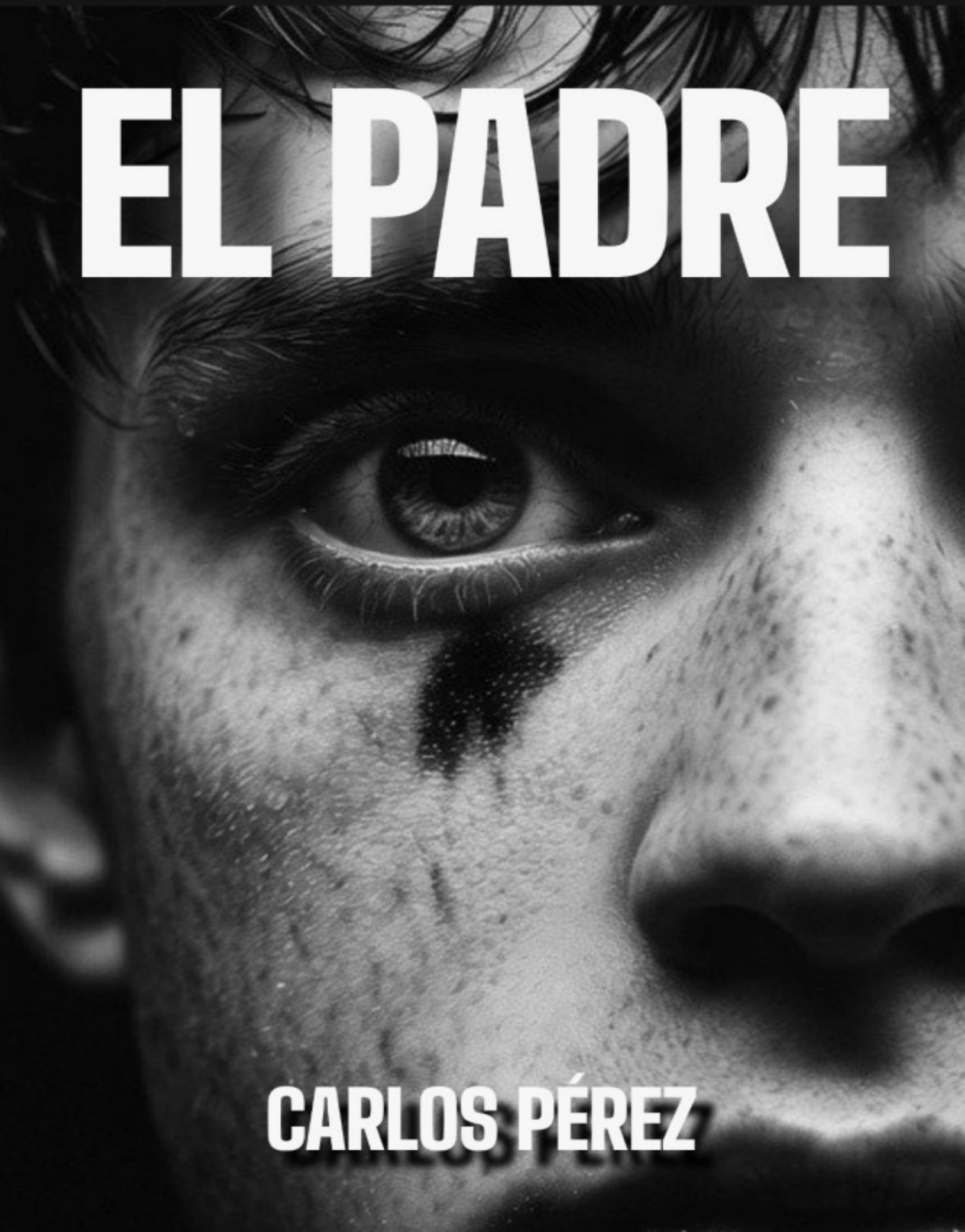
EL PADRE



CARLOS PÉREZ

Índice

Capítulo 1 — El Chico De La Gasolinera

Capítulo 2 — Aniversario En Prime Time

Capítulo 3 — Hospital Y Primer Interrogatorio

Capítulo 4 — Marta, La Madre Coraje

Capítulo 5 — Reunión En Interior

Capítulo 6 — El Reencuentro Anunciado

Capítulo 7 — El Adn Y La Espera

Capítulo 8 — La Fiesta De La Voluntad

Capítulo 9 — El Padre

Capítulo 10 — Búsqueda En La Noche

Capítulo 11 — La Niña Del Catre

Capítulo 12 — La Verdad De Marta

Capítulo 13 — La Caza Del Padre

Capítulo 14 — La Hermana Gemela

Capítulo 15 — Puerta E

Capítulo 16 — Intercambio De Gemelas

Capítulo 17 — Sangre En La Lastra

Capítulo 18 — Grieta Final

Capítulo 19 — La Última Puerta

Capítulo 20 — El Recuerdo Completo

Capítulo 21 — Negociaciones Y Traiciones

Capítulo 22 — Comienza El Directo

Capítulo 23 — La Verdad En Directo

Capítulo 24 — El Día Después
Capítulo 25 — La Puerta Siempre Abierta

CAPÍTULO 1
EL CHICO DE LA GASOLINERA

Martes / Carretera N-232, kilómetro 47 / 02.38 horas

La lluvia caía desde hacía cuatro horas seguidas, de ese modo que tiene la lluvia de noviembre en la meseta cuando ha decidido que no va a parar: vertical, constante, sin dramatismo ni tregua, como si el cielo simplemente se hubiera olvidado de cerrar un grifo. El asfalto de la N-232 brillaba negro y aceitoso, y los faros de los escasos coches que pasaban por ese tramo abrían túneles de luz blanca que se cerraban enseguida, dejando la oscuridad todavía más densa después.

La gasolinera Repsol del kilómetro 47 era una isla. Eso era lo que Raúl Méndez pensaba siempre a esta hora, cuando llevaba ya cinco horas de turno nocturno y le quedaban otras tres: una isla de neón amarillo flotando en mitad de la nada. A su izquierda, el monte y la niebla baja que lo cubría hasta las rodillas en los días húmedos. A su derecha, el talud de la autovía en obras que llevaba paralizada desde junio, con sus vallas naranjas y sus carteles de peligro que el viento había torcido. Delante, la marquesina de los surtidores con su zumbido eléctrico de fondo, y detrás, la tienda: doscientos metros cuadrados de snacks, mapas de carretera que ya nadie compraba, cafés de máquina y el olor permanente a aceite de motor mezclado con el ambientador de pino que alguien había colgado detrás de la caja y que no conseguía disimular nada.

Raúl estaba reponiendo botellas de agua en el expositor refrigerado cuando escuchó el detector de entrada.

Bip.

No levantó la vista enseguida. Los clientes a las dos y media de la madrugada en una carretera secundaria eran siempre los mismos: camioneros con sueño, conductores que habían calculado mal el depósito, algún borracho de los pueblos cercanos que había dejado

el coche tirado y venía a pedir el teléfono de un taxi. Nada que no hubiera visto mil veces.

Luego escuchó el sonido.

No era un sonido que debiera estar ahí. Era el sonido de algo mojado golpeando el suelo de linóleo, un chapoteo blando y repetido, y debajo de ese sonido otro más perturbador: el de respiración entrecortada, la clase de respiración que hace alguien que lleva demasiado tiempo corriendo o demasiado tiempo aguantando algo que pesa mucho.

Raúl levantó la vista.

El chico estaba parado justo dentro de la puerta automática, que permanecía abierta a su espalda dejando entrar el viento y el olor a tierra mojada. Tenía el pelo negro pegado a la frente. Llevaba una camiseta gris de manga larga, pantalón de pana oscuro, y los pies descalzos sobre el linóleo. Las plantas negras de barro seco y asfalto, como si hubiera caminado kilómetros sin zapatos por el arcén de una carretera en noviembre.

Los dos hombres que esperaban su turno en la caja, dos camioneros portugueses con facturas de gasoil en la mano, se giraron a mirarlo.

Nadie dijo nada durante tres segundos.

Entonces la puerta automática intentó cerrarse, detectó al chico en el umbral, volvió a abrirse con un pitido discreto. El viento entró en otra ráfaga. Uno de los camioneros se apartó un paso, casi sin darse cuenta, el instinto animal de crear distancia frente a algo que no encajaba.

El chico miró la tienda. Sus ojos —Raúl lo vio desde el pasillo de las neveras, con una botella de agua en cada mano— recorrieron el espacio con una lentitud extraña. No la lentitud de alguien desorientado o drogado, sino la de alguien que está catalogando, registrando, intentando procesar una cantidad de información para la que no tiene los archivos preparados. Miró los estantes de snacks. Miró la máquina de café. Miró las pantallas de los surtidores encendidas en el exterior. Miró el techo con sus tubos fluorescentes.

Se detuvo en el techo más tiempo del necesario.

—Oiga —dijo Raúl, porque alguien tenía que decir algo—. ¿Está bien?

El chico lo miró. Tenía los ojos muy oscuros, casi negros en esa luz, y unas ojeras que no eran de una sola noche de insomnio sino de algo más acumulado, más viejo. Veinte años o veintiuno, calculó Raúl. Podría ser más joven si la expresión no lo envejeciera de ese modo particular en que la envejecen ciertas experiencias.

—Tengo hambre —dijo el chico.

La voz era baja. Modulada de una manera rara, las palabras demasiado separadas entre sí, como si las midiera antes de soltarlas.

Raúl dejó las botellas en el expositor y se acercó despacio, con el mismo cuidado con el que te acercas a un animal que no sabes si va a morderte o a salir corriendo.

—¿Tienes dinero?

El chico miró sus propias manos. Las abrió delante de él como si las estuviera viendo por primera vez esa noche, como si la pregunta sobre el dinero requiriera una inspección física antes de poder ser respondida. Las palmas estaban sucias. Tenía un corte pequeño en el índice derecho, seco pero reciente.

—No.

—¿Y el DNI?

Silencio.

—¿Tienes documentación? Carné, algo.

—No tengo.

Raúl se paró a dos metros. Los dos camioneros portugueses habían terminado de pagar sin decir nada y salieron con sus facturas, cerrando la puerta detrás de ellos con más cuidado del habitual. Por el cristal, Raúl los vio acelerar hacia sus cabinas. En cinco minutos el aparcamiento estaría vacío.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

El chico pareció considerar la pregunta.

—Andando.

—¿Desde dónde?

No contestó. Miró hacia el suelo. El charco que se había formado alrededor de sus pies descalzos era oscuro, mezcla de agua de lluvia

y de la tierra del arcén. Tenía los dedos de los pies completamente blancos de frío.

Raúl tomó aire.

—Espera aquí.

Fue a la parte de atrás, cogió de la cesta de artículos de primera necesidad un paquete de galletas de mantequilla, una botella de agua de medio litro y los calcetines térmicos que vendían a los camioneros, y los puso sobre el mostrador. Luego marcó el teléfono de emergencias mientras sacaba también una manta isotérmica de las que guardaban para accidentes de carretera.

—Servicios de emergencias, ¿cuál es su urgencia?

—Soy Raúl Méndez, gasolinera Repsol kilómetro cuarenta y siete de la N-232. Tengo aquí a un chico, parece que está bien pero viene descalzo, empapado, sin documentación. Creo que necesita que alguien lo vea.

El chico lo estaba observando desde la puerta. No se había movido del umbral.

—¿Ha podido decirle cómo se llama o de dónde viene?

Raúl miró al chico.

—¿Cómo te llamas?

Pausa larga.

—Samuel.

—Se llama Samuel —repitió Raúl al teléfono—. No sé el apellido. Tiene unos veinte años, yo diría. No parece drogado ni borracho, pero tiene cara de\... —buscó la palabra adecuada— de no estar bien desde hace tiempo.

—Bien, voy a mandar una unidad. Unos quince o veinte minutos. ¿Puede mantenerlo ahí?

—Lo intentaré.

Colgó. El chico seguía mirándolo.

—¿Tienes frío?

Fue una pregunta estúpida. El chico estaba temblando de manera visible, los brazos cruzados sobre el pecho, los dientes apretados para que no castañetearan. Raúl se acercó con la manta isotérmica y se la ofreció. El chico la miró como si fuera un objeto desconocido.

—Es para el frío —dijo Raúl—. Te la pones encima.

El chico la tomó con cuidado. La abrió. La miró por las dos caras —plateada por un lado, dorada por el otro— con esa misma atención lenta y catalogadora, y luego se la puso sobre los hombros.

Raúl puso el paquete de galletas y la botella de agua encima del mostrador.

—Come algo si quieres.

El chico se acercó. Abrió la botella, bebió la mitad de un trago. Luego cogió el paquete de galletas y lo miró.

—¿Cómo se abre?

Raúl parpadeó.

—¿Cómo se\...? Tiras de ahí, del extremo.

El chico tiró. El paquete se abrió con ese sonido plástico característico. El chico sacó una galleta, la olió antes de comérsela. Luego cerró los ojos mientras masticaba, con una expresión que no era de placer exactamente, sino de algo más básico: la concentración de alguien que lleva demasiado tiempo sin comer y ahora está memorizando los sabores para no olvidarlos.

Raúl apoyó los codos en el mostrador.

—Samuel. ¿Qué ha pasado? ¿De dónde vienes?

El chico comió otra galleta. Bebió otro trago de agua.

—Me escapé.

Las dos palabras cayeron en el silencio de la tienda con un peso desproporcionado. Afuera seguía lloviendo. Los tubos fluorescentes del techo zumbaban. La máquina de café goteó en su ciclo de limpieza automática.

—¿Escapaste de dónde?

—De la casa.

—¿Qué casa?

El chico miró hacia la puerta automática. Miró el exterior empapado, la marquesina de los surtidores, la oscuridad más allá. Algo en su postura cambió, una tensión nueva en los hombros, como si el acto de mirar hacia fuera le costara un esfuerzo físico.

—La casa del Padre.

Raúl lo miró.

—¿Tu padre?

No contestó.

—¿Dónde está esa casa?

Silencio otra vez. El chico se volvió hacia el mostrador, cogió otra galleta, la sostuvo entre los dedos sin comérsela.

—No puedo volver.

—¿Quién te ha dicho que tienes que volver?

—No puedo. —Repitió la frase de la misma manera, con el mismo acento exacto, como si fuera una instrucción grabada—. No puedo volver.

Raúl sintió algo que no sabía nombrar muy bien. No era miedo exactamente. Era el malestar de estar ante algo que no tenía la forma que debería tener, como cuando encuentras una foto de un familiar tuyo en una caja que no es tuya.

—Nadie te va a mandar de vuelta a ningún sitio —dijo, sin saber si era verdad—. He llamado a emergencias. Va a venir alguien a ayudarte.

El chico lo miró.

—¿Policía?

—Y ambulancia, creo. Para que te vea un médico.

El chico no dijo nada. Acabó la galleta que tenía en la mano. Bebió el resto del agua. Luego se envolvió mejor en la manta isotérmica y se quedó quieto, mirando los estantes, con esa mirada que catalogaba y catalogaba y seguía sin encontrar los archivos donde poner las cosas.

Raúl pensó que debería hacerle más preguntas. Pensó que debería llamar a alguien más. Pensó que había algo en este chico que era como una herida sin cerrar, como algo que llevaba demasiado tiempo en la oscuridad y ahora estaba aquí, bajo los fluorescentes, sin saber todavía si la luz era buena o mala.

En cambio, se quedó callado y esperó.

Llegaron a los dieciséis minutos.

Primero los vio por el reflejo en los cristales de la puerta: los destellos azules y rojos cortando la lluvia, alternos, frenéticos, ese estroboscopio de emergencia que en condiciones normales no tiene nada de particular.

El chico los vio al mismo tiempo.

O mejor dicho: los sintió. Porque no estaba mirando hacia la puerta cuando empezaron los destellos, estaba mirando un estante de revistas —las miraba con la misma atención que todo lo demás, tocando los bordes con las yemas de los dedos, como quien aprende el braille de un mundo desconocido— y aun así su cuerpo reaccionó antes de que sus ojos se giraran, una sacudida que empezó en los hombros y le bajó por la espalda, y cuando finalmente se volvió hacia la puerta su cara había cambiado completamente.

Lo que Raúl había interpretado como embotamiento o shock pasó a ser otra cosa. Los ojos del chico se abrieron: no era sorpresa. Era reconocimiento. El reconocimiento aterrado de algo que ya conoces y a lo que no querías volver a enfrentarte.

—¿Qué es eso? —dijo.

—La ambulancia. Y la patrulla, imagino.

—Las luces.

—Sí, las luces de emergencia. Es normal.

—¿Para qué sirven?

Raúl abrió la boca. La cerró.

—Para avisar de que vienen. Para que los coches se aparten.

El chico miró los destellos. La ambulancia estaba entrando ya en el aparcamiento, los neumáticos salpicando en los charcos, la sirena apagada pero las luces encendidas y girando. Detrás, el coche de policía local con sus propios destellos azules. Todo ese equipamiento pensado para ser visible en la oscuridad y en la lluvia, todo ese vocabulario lumínico de la urgencia, cayendo sobre los ojos del chico como si fuera algo completamente nuevo y completamente peligroso al mismo tiempo.

Samuel se metió detrás del mostrador.

No de una manera violenta. Lo hizo despacio, casi con dignidad, como alguien que conoce bien el protocolo de desaparecer: pegó la espalda a la pared, se dejó caer hasta quedar en cuclillas, y se tapó los ojos con las manos. La manta isotérmica se le resbaló de los hombros y quedó en el suelo, arrugada, brillando bajo los fluorescentes.

—Oye —dijo Raúl, bajando también él al otro lado del mostrador, sin saber muy bien por qué—. Oye, para. No pasa nada.

—Las luces —repitió el chico, con la voz cambiada ahora, más baja y más desnuda, el control medido de antes raspado hasta dejar algo más antiguo debajo—. Las luces grandes son el castigo.

Raúl se quedó inmóvil.

—¿Cómo?

Pero el chico ya no hablaba. Respiraba. Respiraba de una manera que era casi un sistema: inspiración lenta por la nariz, cuatro tiempos, retención, expiración por la boca. Como alguien que ha aprendido a no ahogarse.

La puerta automática se abrió. Entró el técnico de la ambulancia, un hombre de unos cuarenta años con chaqueta reflectante y la expresión profesional de quien ha visto muchas situaciones sin forma clara.

—¿Raúl Méndez? Soy Jesús, del SAMUR. ¿Dónde está el chico?

Raúl señaló detrás del mostrador sin decir nada.

Jesús rodeó la caja, vio al chico en cuclillas, y adoptó de inmediato la postura que adoptan los que saben: se agachó a su misma altura, sin acercarse demasiado, y usó una voz diferente. Una voz sin ángulos.

—Hola. Me llamo Jesús. He venido a ayudarte. Nadie va a hacerte nada.

El chico lo miró entre los dedos.

—Las luces.

—Las puedo apagar. ¿Quieres que las apague?

Pausa.

—Sí.

Jesús se levantó, asomó la cabeza a la puerta, habló con el conductor. Los destellos de la ambulancia se apagaron. Un segundo después, los del coche de policía también. El aparcamiento quedó bajo la lluvia y las luces fijas de la marquesina, sin estroboscopios, sin urgencia visible.

El chico bajó las manos de los ojos.

Tardó unos treinta segundos en deshacer las cuclillas y ponerse de pie. Lo hizo con cuidado, como comprobando que el suelo todavía estaba donde debía estar. Recogió la manta del suelo y se la puso de nuevo sobre los hombros.

Jesús esperó.

—Tengo que llevarte a que te vean —dijo cuando el chico estuvo de pie—. ¿Puedes venir conmigo?

El chico miró la puerta. Miró a Raúl. Miró a Jesús.

—¿A dónde?

—Al hospital. Aquí cerca. Para que un médico te examine.

—¿Hay más luces allí?

—Sí, pero no como esas. Luces normales. De techo, como las de aquí.

El chico consideró esto durante varios segundos con una seriedad que era desproporcionada para la pregunta y al mismo tiempo perfectamente comprensible, si uno asumía que las cosas más simples del mundo eran para él negociaciones en territorio desconocido.

—Bien —dijo al fin.

Jesús le puso una mano suave en el codo para guiarlo hacia la puerta. El chico no se apartó, pero tampoco siguió el contacto: lo toleró, que es diferente.

Raúl se quedó en el mostrador viendo cómo salían. La lluvia se intensificó en el momento en que la puerta automática se abrió, como si hubiera estado esperando. El chico se detuvo un segundo en el umbral, sintiendo el agua en la cara, y Raúl tuvo la impresión —absurda, duradera— de que estaba grabando esa sensación también, añadiéndola al catálogo.

Luego desapareció en la oscuridad mojada del aparcamiento.

Raúl se quedó solo en la tienda, con el charco oscuro en el suelo de linóleo, el paquete de galletas vacío sobre el mostrador, la botella de agua a medio beber. La manta isotérmica se la habían llevado con él.

Buscó el detector de entrada con la mirada, ese sensor que hacía bip cuando alguien cruzaba el umbral.

Pensó: ¿De dónde ha salido este chico?

Pensó: ¿Qué es «la casa del Padre»?

Pensó: ¿Qué clase de castigo usa luces?

No llegó a ninguna respuesta. Cogió la fregona del cuarto de limpieza y empezó a pasarla por el suelo, y el sonido de la fregona

contra el linóleo mojado y el sonido de la lluvia en el tejado de chapa fueron los únicos sonidos del mundo durante un rato largo.

En la ambulancia, Samuel se sentó en la camilla sin recostarse. Mantuvo la espalda recta, los pies en el suelo, las manos sobre los muslos. Jesús le tomó la tensión sin decirle nada sobre los números que vio, y le puso una manta térmica de verdad encima, y le ofreció un vaso de plástico con agua azucarada que Samuel bebió con la misma atención sistemática con la que había bebido la botella de antes.

El conductor arrancó. Las ruedas de la ambulancia pisaron los charcos del aparcamiento, salieron a la carretera, y la gasolinera quedó atrás: esa isla de neón naranja haciéndose pequeña en el retrovisor hasta desaparecer en la lluvia.

Samuel miró sus manos.

El corte del índice derecho había vuelto a abrirse un poco con el calor. Un hilo de sangre muy fino, casi del color del barro que tenía entre los dedos.

Jesús anotaba cosas en un formulario. El conductor conducía. Nadie le hacía preguntas.

Samuel cerró los ojos.

La puerta era de madera oscura. No tenía pomo por dentro.

Eso era lo primero que recordaba siempre: la ausencia del pomo. El lado exterior tenía uno, grande, de latón, él lo había visto alguna vez en el instante del que la puerta se abría, ese destello de metal amarillo antes de que la luz entrara y lo deslumbrara. Pero por dentro la puerta era lisa. Una superficie plana, sin asideros, sin hendiduras. Una pared que algunas veces se abría y otras veces no.

El cuarto olía a madera húmeda y a algo más difícil de nombrar: a años, quizás. A tiempo acumulado en un espacio cerrado. En invierno hacía frío cerca de la pared norte, y él había aprendido a dormir en el centro, en el suelo, con las rodillas contra el pecho.

Aquí estás seguro.

La voz llegaba siempre desde el otro lado de la puerta, antes de que se cerrara. La voz no era cruel. Eso era lo que más le costaba explicarle a la parte de sí mismo que había aprendido, lentamente y a tientas, que no debería serlo: que la voz nunca fue cruel. Era

paciente. Era cálida de una manera que dolía, porque el calor de una voz que te encierra no es calor.

Aquí estás seguro y yo siempre vuelvo.

La puerta se cerraba.

El clic del cerrojo era un sonido pequeño para todo lo que contenía.

Samuel abrió los ojos en la ambulancia.

Jesús seguía con su formulario. La lluvia golpeaba el techo de la furgoneta en un ritmo que no era regular, que cambiaba con las curvas de la carretera, más fuerte en las rectas, más tenue cuando giraban hacia el sur.

Hacia el sur. ¿Por qué sabía que iban hacia el sur?

Lo había aprendido por la luz. El Padre le había enseñado la luz: cómo orientarse por el ángulo del sol en la ventana pequeña que había sobre la puerta, la única ventana, la que daba al exterior pero estaba demasiado alta para ver nada que no fuera cielo. El sur es el calor a mediodía. El norte es el frío antes del amanecer. Cosas así. Cosas que parecían educación pero que en realidad eran el mapa de una jaula.

Samuel miró el techo de la ambulancia.

Escuchó la lluvia.

Pensó: Llevo cuatro horas andando. Llevo cuatro horas fuera de la casa. Llevo cuatro horas siendo el único dueño de mis pasos.

Era un pensamiento enorme. Demasiado grande para caber entero en la cabeza de una vez. Tenía que mirarlo por partes, como se mira un paisaje desde una ventana cuando eres demasiado pequeño para abarcar el horizonte.

La puerta se cerraba. El clic del cerrojo.

Y después, siempre después, la voz:

—Aquí estás seguro, Samuel. Aquí no puede encontrarte nadie.

Samuel cerró el puño sobre el corte del índice. La presión era leve, apenas suficiente para notar el pulso.

Pero en algún lugar detrás de ese recuerdo —detrás de la voz, detrás de la puerta de madera sin pomo, detrás de los años acumulados en el olor de ese cuarto— había algo más. Algo que el Padre no sabía que él había visto. Algo que él había guardado en la

parte más profunda y más callada de sí mismo durante mucho tiempo, esperando el momento de no tener que callarlo más.

La ambulancia tomó una curva. Las luces del techo parpadearon una vez, un fallo eléctrico de medio segundo, y Samuel apretó los dientes y esperó a que volvieran.

Volvieron.

Siguió mirando el techo.

No está solo ahí dentro, pensó.

Y no se refería a sí mismo.

CAPÍTULO 2
ANIVERSARIO EN PRIME TIME

Martes / Plató 3, Mediacentro Madrid / 21.47 horas

El maquillaje pesaba.

Eso era lo que Alicia Varela pensaba siempre a esta hora del directo, cuando llevaba ya dos horas bajo los focos y la capa de base comenzaba a hacer lo que hace la base cuando ha cumplido su función y empieza a convertirse en otra cosa: en máscara, en corteza, en la segunda piel que te pones cuando la primera no es suficiente para lo que te piden que hagas. Sentía el fondo de maquillaje en los pliegues del entrecejo. Lo sentía en las comisuras, pesando hacia abajo con la gravedad y con algo más difícil de nombrar.

Pero sonreía.

Llevaba veinte años sonriendo en las pausas publicitarias.

—Volvemos en cuarenta segundos —dijo Marcos desde el auricular. Marcos era el realizador de plató, treinta y dos años, demasiado café en sangre, la voz del hombre que maneja los hilos desde una cabina de cristal donde el aire acondicionado funciona bien y los focos no te queman la nuca.

—Recibido —dijo Alicia.

En la pantalla gigante que tenía detrás, a sus espaldas, la imagen congelada del vídeo-resumen: Marta Sáez en la escalinata del juzgado, doce años atrás, con el abrigo negro que se convirtió en icono. El puño apretado. La mandíbula apretada. Los ojos secos, que fue lo que todo el mundo recordó: que Marta Sáez nunca lloraba delante de las cámaras —ni siquiera en las ruedas de prensa del caso— ese control quirúrgico del duelo público— fue lo que la hizo diferente de todas las madres anteriores y de todas las que vinieron después.

Alicia conocía esa imagen de memoria. La conocía mejor que su propio reflejo, porque la había estudiado durante años con la

atención que se dedica a los objetos que te han cambiado la vida.

—Veinte segundos.

Alicia cogió el vaso de agua que tenía en el apoyabrazos de la silla, bebió un sorbo y dejó el vaso. No cogió el café. El café llevaba frío desde las nueve y media, desde antes incluso de que empezara la emisión, y había aprendido hace años que el café frío en plató era una de esas cosas que hacías o no hacías según el nivel de desesperación en el que te encontraras. Esta noche no lo necesitaba. Esta noche estaba perfectamente despierta, perfectamente presente, con esa clase de alerta tensa que produce el directo cuando llevas suficientes años haciéndolo para saber exactamente en qué momento puedes bajar la guardia y en qué momento no.

Esta noche no podías bajar la guardia. Esta noche era el aniversario.

—Cinco, cuatro\...

El presentador, Iván Soler, se colocó frente a la cámara principal con la facilidad de quien ha ocupado ese espacio tantas veces que su cuerpo sabe solo dónde ir. Iván era bueno. Tenía el don de la gravedad superficial: podía poner cara de que le importaba todo sin que nada le importara realmente, y en televisión eso vale mucho más de lo que nadie admite en público.

—\...tres, dos\...

La luz roja de la cámara principal se encendió.

—Bienvenidos de nuevo a Veinte años sin Lucas, el especial de esta noche en el que seguimos recordando el caso que conmocionó España. Conmigo, como siempre, la doctora Alicia Varela, criminóloga y autora de El Niño del Valle, el libro que se convirtió en el relato definitivo de esta historia. Doctora Varela, usted ha dedicado dos décadas a este caso. ¿Qué siente esta noche?

Alicia lo miró. La pregunta era mala —siempre eran malas las preguntas sobre sentimientos, eran las preguntas que hacen los presentadores cuando no saben qué preguntar— pero llevaba veinte años respondiendo preguntas malas sobre este caso y había construido un repertorio.

—Siento —dijo, midiendo el ritmo— lo mismo que siento cada año en esta fecha. Que Lucas Sáez tenía cuatro años cuando desapareció, que ahora tendría veinticuatro, y que mientras no sepamos qué pasó con él no podemos hablar de este caso en pasado. Seguimos en presente.

Iván asintió con la cabeza inclinada. La cámara dos hizo un corte a la pantalla gigante donde aparecía ahora la foto de Lucas: el niño de cuatro años con la camiseta de rayas azules y blancas, el pelo oscuro cortado a tazón, la sonrisa torcida que salía en todas las búsquedas de imagen porque era la que Marta había dado a la prensa en los primeros días.

La foto que Alicia había visto diez mil veces.

La foto que aparecía en la cubierta de su libro.

—En el vídeo que hemos visto antes —continuó Iván— aparecen imágenes de los primeros días de búsqueda. Imágenes que muchos de nuestros espectadores recordarán. ¿Qué recuerda usted de aquella semana?

Alicia dejó pasar un segundo. Uno solo. El tiempo justo para que pareciera que estaba buscando en la memoria y no en el archivo perfectamente ordenado donde guardaba las respuestas a esta pregunta.

—Recuerdo el frío —dijo—. Era enero. Los voluntarios que buscaban en el monte llevaban tres días sin dormir. Recuerdo a Marta Sáez en la carpa de coordinación, a las cuatro de la mañana, con el café en la mano, preguntando por qué habían suspendido la búsqueda nocturna. No lloraba. Coordinaba. Eso fue lo que me hizo entender que este caso era diferente.

No añadió lo que también recordaba: que ella misma tenía treinta y dos años ese enero, que llevaba dos meses en paro después de que la consultora de perfiles criminales donde trabajaba cerrara por falta de contratos, que el caso Lucas Sáez fue la primera llamada que recibió de una cadena de televisión y que la hizo porque necesitaba el dinero y porque pensó que sería una sola vez.

Eso no salía en el libro. Tampoco en el documental.

El vídeo-resumen duró ocho minutos.

Alicia lo conocía de memoria pero lo vio de todas formas, mirando la pantalla gigante a su espalda con la misma atención que fingía delante de las cámaras y que con los años había acabado convirtiéndose en atención real, porque cuando repites algo suficientes veces el gesto y la emoción terminan por fusionarse en algo que ya no sabes si es auténtico o fabricado. Probablemente las dos cosas. Probablemente ya no importaba.

El vídeo empezaba con las imágenes de archivo del valle. El pueblo de Hoces del Duero en invierno: casas de piedra, el río con la corriente baja de enero, los chopos sin hojas. La voz en off del narrador —el mismo desde el primer documental, hacía ocho años, una voz grave y pausada que el equipo de producción llamaba internamente «la voz del caso»— explicando lo que todo el mundo sabía y que sin embargo convenía repetir, porque la memoria colectiva necesita el rito de la repetición para seguir funcionando.

El doce de enero de dos mil cinco, Lucas Sáez, cuatro años, desapareció del jardín trasero de la casa familiar mientras su madre trabajaba en el interior. Nadie lo vio salir. Nadie vio nada.

Luego venía Marta.

Marta Sáez llorando en la rueda de prensa del primer día: ese llanto desordenado y real que fue lo único desordenado que el público le vio jamás, esa grieta de tres minutos antes de que se recompusiera y empezara a dar instrucciones a los periodistas sobre cómo difundir el número de búsqueda. Luego las imágenes de la búsqueda masiva: los doscientos voluntarios con chalecos reflectantes peinando el monte, los helicópteros de la Guardia Civil, los perros rastreadores con el hocico pegado al suelo helado del valle.

Luego Marta otra vez, ya sin lágrimas, ya convertida en la otra Marta: la de los carteles, la de las ruedas de prensa semanales, la de las peticiones al gobierno, la de las comparecencias en el Congreso. Madre coraje. Así la llamó el titular que la hizo icono nacional, y así se quedó para siempre, adherido a ella como ese maquillaje que pesa al final de una noche de directo.

Alicia la había entrevistado cuatro veces. Cuatro entrevistas en profundidad, grabadas, transcritas, analizadas. Conocía los patrones

de respuesta de Marta Sáez mejor que los suyos propios. Sabía cuándo aceleraba el ritmo al hablar y cuándo lo frenaba. Sabía qué preguntas la hacían apartar la mirada hacia la izquierda. Sabía que cuando tocaba el reloj que llevaba en la muñeca izquierda —el reloj de su madre, un Omega de los años setenta— era porque la conversación había entrado en territorio que prefería no transitar.

Había cosas que Marta Sáez no había dicho nunca en esas cuatro entrevistas.

Alicia sabía cuáles eran. Las tenía escritas en un documento que guardaba en local, sin copia en la nube, en una carpeta sin nombre en el escritorio de su portátil de trabajo.

Nunca las había publicado.

Todavía no.

El programa terminó a las once menos cuarto con los índices de audiencia más altos de la noche en su franja: un diecisiete por ciento de share, un millón novecientos mil espectadores. Marcos lo anunció desde la cabina con la satisfacción del hombre al que las cifras le dan la razón.

La reunión de valoración fue en la sala pequeña junto al plató, la que olía a cable eléctrico y a las cajas de pizzas que alguien había pedido para el equipo técnico. Patricia Leal, directora de contenidos, llegó con el portátil bajo el brazo y esa expresión de ejecutiva que distingue el éxito del triunfo: el éxito te da un margen, el triunfo te da presupuesto.

—Diecisiete de share —dijo, sentándose sin saludar a nadie en particular—. Con lo que hay en la competencia esta noche, no está mal.

—No está mal es quedarse corta —dijo Iván, que seguía con el auricular colgado del cuello y había cogido una copa de la bandeja que alguien había puesto en un rincón—. Hace tres años hicimos catorce. Hace dos, quince. Vamos subiendo.

—Vamos subiendo porque cada año que pasa sin resolverse el caso es un año más de historia acumulada —dijo Alicia, desde la silla del fondo, con el café frío que ahora sí había cogido—. En algún momento eso cambia. En algún momento la historia deja de ser

sobre lo que no sabemos y pasa a ser sobre el hecho de que no vamos a saber nunca.

Patricia la miró.

—¿Y eso cuándo es?

—No lo sé. Pero cuando llegue, el share bajará.

Hubo un silencio que era el silencio de la gente que sabe que estás diciendo la verdad y no le gusta.

—Por eso —dijo Patricia, con la calma de quien ha llegado a la reunión con la conclusión ya preparada y solo está esperando el momento de soltarla— necesitamos algo nuevo antes de que eso pase. Una temporada dos del documental. Algo que abra una línea que todavía no hemos explorado.

Alicia dejó el café.

—¿Qué línea?

—La hija. Julia Sáez. Tiene veintidós años, nunca ha dado una entrevista. Ni una. En veinte años. —Patricia abrió el portátil, giró la pantalla para que Alicia pudiera ver: una cuenta de Instagram privada con el nombre \@j.saez, dos seguidores, sin foto de perfil—. Si conseguimos que hable, tenemos algo que nadie tiene.

—La hija tenía dos años cuando desapareció su hermano —dijo Alicia—. No recuerda nada. ¿Qué podría contarnos?

—Su versión de crecer siendo la hermana de Lucas Sáez. Su relación con Marta. Qué piensa del caso después de veinte años. —Patricia cerró el portátil—. No me digas que no es una historia.

Es una historia, pensó Alicia. Es una historia muy buena. El problema es que para contarla tienes que conseguir que Julia Sáez quiera contártela, y Julia Sáez lleva veintidós años negándose a existir en el espacio público de este caso de manera deliberada y con una consistencia que habla de alguien a quien han enseñado muy bien a protegerse, o de alguien que ha decidido sola que no quiere ser personaje de la historia de otro.

No dijo nada de esto. Asintió con la cabeza en el modo que significaba lo pensaré, que en el lenguaje de las reuniones de producción era la única respuesta que podías dar cuando no querías decir ni que sí ni que no.

Iván habló de merchandising del documental. El responsable digital habló de engagement en redes. Marcos habló de la posibilidad de un podcast. Alicia bebió el café frío y miró la pantalla apagada que ocupaba una pared entera de la sala, donde veinte minutos antes había estado la foto de Lucas Sáez con su camiseta de rayas.

Veinte años.

El niño de la camiseta de rayas tendría veinticuatro años. Si estaba vivo. Si había crecido en algún lugar. Si alguien lo había visto crecer.

El coche era un Volvo gris que olía a los ambientadores de papel que su asistenta colgaba en el espejo retrovisor y que Alicia retiraba siempre a los dos días porque el olor a pino artificial le provocaba jaqueca. Ahora no había ambientador. Había el olor neutro del interior de un coche caro y bien mantenido, y el sonido de la lluvia sobre el techo, y la autovía de Madrid a las once y cuarto de la noche con sus farolas naranjas reflejadas en el asfalto mojado.

Alicia condujo veinte minutos sin música. Era algo que hacía después de los directos: el silencio como decompresión, como la pausa que necesitas entre estar encendida y estar apagada. El problema con los directos de larga duración era que el cuerpo tardaba en desconectar: seguías con el ritmo de la adrenalina aunque ya no hubiera cámaras, seguías midiendo las palabras aunque nadie estuviera escuchando, seguías siendo la doctora Alicia Varela, criminóloga, cuando ya solo tenías que ser Alicia, cincuenta y dos años, un piso en el barrio de Salamanca y la nevera probablemente vacía porque había pasado tres días preparando el especial y no había hecho la compra.

El teléfono estaba en el soporte del salpicadero. La pantalla se encendió a la altura del nudo de O\'Donnell: una notificación de mensaje de voz. El nombre en la pantalla era GARRIDO - NO LLAMAR TARDE, el contacto que le había puesto ese nombre ella misma hace dos años después de que el inspector retirado la llamara tres veces pasada la medianoche para hablar del caso con la urgencia de alguien que no distingue muy bien entre el tiempo del sueño y el tiempo de la vigilia.

Pero eran las once y cuarto. No era tarde.

Alicia pulsó play.

La voz de Garrido llenó el habitáculo. Setenta años o cerca, aunque el expediente decía sesenta y dos: esa clase de voz que el tabaco y los años y la clase específica de insomnio que produce un caso sin resolver durante dos décadas habían convertido en algo poroso y áspero, como madera que ha estado demasiado tiempo a la intemperie.

—Alicia. Soy Garrido. Sé que estás en el programa. Escucha cuando puedas. Esta noche ha pasado algo. Ha aparecido alguien en una gasolinera de la N-232, a unos setenta kilómetros de Hoces del Duero. Joven. Descalzo. Sin documentación. Dice que se escapó. Dice que venía de una casa. —Pausa. El sonido de fondo era el de una televisión encendida en un volumen bajo, o quizás el de la lluvia —. Me ha llamado un conocido del hospital. El chico no ha dicho mucho. Pero ha dicho suficiente.

Otra pausa.

—Ha dicho que se llama Samuel.

Alicia no dijo nada. El coche seguía avanzando por la autovía, el tráfico fluido a esta hora, los faros de los coches del carril contrario cruzando por el parabrisas con ese ritmo hipnótico que tienen los faros en carretera de noche.

—Llámame —continuó la voz de Garrido—. No a estas horas. Mañana. Pero llámame antes de que lo haga nadie más, Alicia. Antes de que esto salga en algún sitio. —La voz bajó un tono, se hizo más densa, como si el hombre al otro lado estuviera inclinándose hacia el teléfono—. El chico dice que se llama Samuel. Y dice que tiene veinticuatro años.

El mensaje terminó.

El coche siguió. La lluvia siguió. Las farolas naranjas siguieron pasando sobre el parabrisas como un metrónomo lento.

Veinticuatro años.

Lucas Sáez habría cumplido veinticuatro años en marzo.

Alicia apretó el volante con las dos manos hasta que notó los nudillos. No era un gesto consciente. Era el gesto del cuerpo cuando

la cabeza ha recibido algo demasiado grande para procesarlo de una sola vez y necesita aferrarse a algo sólido mientras organiza el resto.

Pensó en el programa que acababa de terminar. En los diecisiete puntos de share. En Patricia Leal hablando de temporada dos. En la foto de Lucas con la camiseta de rayas y la sonrisa torcida congelada en la pantalla gigante del plató.

Pensó en las cosas que Marta Sáez no había dicho nunca en ninguna entrevista. En el documento sin nombre en el escritorio de su portátil.

Pensó en los dos años que llevaba diciéndose que había un límite en lo que podías construir sobre una historia que no era tuya, y en los dos años que llevaba sin encontrar ese límite.

Salió de la autovía en la siguiente rotonda y aparcó en el primer espacio libre que encontró, en una calle lateral con los adoquines mojados brillando bajo las farolas. No era su calle. No importaba.

Pulsó llamar.

Garrido descolgó al primer tono.

—¿Lo has escuchado?

—Sí —dijo Alicia—. Cuéntame todo.

CAPÍTULO 3
HOSPITAL Y PRIMER INTERROGATORIO

Martes / Hospital Comarcal de Valdecinos / 03.14 horas

El desinfectante tenía un olor que Samuel no supo nombrar pero que su cuerpo reconoció antes que su cabeza.

No era un olor de fuera. Era un olor de interior, de superficie controlada, de algo que había sido limpiado con una intención específica. Se parecía al olor del cuarto cuando el Padre lo fregaba los jueves, ese olor acre y limpio al mismo tiempo que significaba que las cosas habían vuelto al orden correcto, que la semana había transcurrido sin incidentes y que el Padre estaba satisfecho. El olor de los jueves era bueno. El olor de los jueves significaba que no habría puerta cerrada esa noche.

Este olor se le parecía.

Samuel respiró despacio y miró el techo.

Los tubos fluorescentes del hospital eran distintos a los de la gasolinera. Más largos, más blancos, con un zumbido diferente: más agudo, más constante, sin las pequeñas variaciones de frecuencia que los tubos viejos adquieren con los años. Samuel llevaba tres minutos estudiando ese zumbido desde la camilla, con la bata de papel que le habían dado y que crujía con cada movimiento, identificando el patrón. El zumbido era regular. Lo regular era predecible. Lo predecible era manejable.

Eso también lo había aprendido del Padre.

Cuando no sepas dónde estás, Samuel, escucha los sonidos. Los sonidos del espacio te dicen cómo es el espacio antes de que puedas verlo.

La doctora que entró no llamó antes de abrir la puerta. Eso fue lo primero que Samuel registró: que la puerta se abrió sin previo aviso, sin el protocolo de tres golpes y espera que era la única manera en que las puertas debían abrirse. Su cuerpo reaccionó antes de que su cabeza pudiera detenerlo: un endurecimiento brusco de toda la

musculatura, los pies buscando el suelo aunque la camilla estaba alta, las manos cerrándose sobre el borde del colchón.

La doctora lo vio.

No dijo nada sobre ello. Se acercó a la pantalla táctil que había en la pared, leyó algo, luego se giró hacia él con una expresión que Samuel tardó unos segundos en clasificar: no era la expresión del Padre cuando entraba con comida, que era cálida y estudiada al mismo tiempo. No era la expresión del técnico de la ambulancia, que era profesional y un poco cautelosa. Esta era algo diferente. Más neutra. La expresión de alguien que ha decidido no tener expresión hasta saber qué tiene delante.

—Samuel —dijo. No era pregunta.

—Sí.

—Soy la doctora Ruiz. Voy a explorarte. ¿Entiendes lo que significa eso?

Samuel consideró la pregunta.

—Que vas a mirarme.

—Eso es. ¿Puedo hacerlo?

Nadie le había pedido permiso para tocarlo en mucho tiempo. La pregunta le llegó desde un ángulo extraño, como las preguntas que el Padre hacía a veces cuando quería enseñarle algo sobre el mundo exterior, sobre cómo funcionaban las personas de fuera. Las personas de fuera piden permiso para las cosas del cuerpo, Samuel. Es una de sus normas. Lo había dicho con un tono que Samuel ahora, en este cuarto blanco con olor a desinfectante, intentaba descifrar: si era un tono de aprobación o de algo más complejo. No lo conseguía. Los tonos del Padre eran siempre capas sobre capas.

—Sí —dijo.

La doctora Ruiz tenía unos cincuenta años, el pelo recogido en una coleta que no era coqueta sino funcional, y unas manos que se movían con la eficiencia de quien ha hecho el mismo gesto miles de veces y ya no necesita pensar en él. Le tomó el pulso. Le miró las pupilas con una pequeña linterna, y Samuel apretó los dientes cuando la luz directa le golpeó los ojos, pero no apartó la cabeza. Aprendió hace mucho tiempo a no apartar la cabeza de las cosas que no le gustaban cuando el Padre lo miraba.

—¿Te molesta la luz?

—Un poco.

—¿Desde siempre o desde esta noche?

Samuel pensó en cómo responder esa pregunta. Pensó en lo que significaba desde siempre: si el siempre de la doctora era el mismo que su siempre, que empezaba en el primer recuerdo que tenía del cuarto y terminaba en la gasolinera de esta noche.

—No lo sé —dijo.

La doctora anotó algo en la tableta. No le dijo qué.

La exploración duró cuarenta minutos.

La doctora Ruiz no habló mucho durante ese tiempo, pero Samuel aprendió a leerla de la manera en que había aprendido a leer al Padre: por los gestos pequeños, por los cambios de ritmo, por lo que hacía con las manos cuando encontraba algo que no esperaba encontrar. Y encontró cosas. Samuel lo notaba porque el ritmo de sus manos cambiaba, se volvía más lento y más cuidadoso, como cuando tocaba algo frágil.

Le examinó los pies primero. Las plantas tenían cortes y ampollas de esta noche, del asfalto y el arcén, pero debajo de eso —Samuel lo intuyó por cómo la doctora se detuvo y pasó el pulgar por el talón derecho— había algo que no era de esta noche. Una dureza antigua, la callosidad de años de superficie dura bajo los pies descalzos. Caminar descalzo en el interior de la casa era la norma. Los zapatos eran para el exterior, y Samuel no había estado en el exterior en mucho tiempo.

Le examinó los brazos. Los extendió uno a uno sobre la camilla y los recorrió desde la muñeca hasta el hombro con los dedos, y en el antebrazo izquierdo se detuvo. Samuel sabía lo que había encontrado: la cicatriz larga y pálida, ya vieja, que él mismo no recordaba cómo se había hecho porque el recuerdo de ese momento era uno de los que tenía fragmentados, partido en trozos que no encajaban bien. Recordaba el dolor pero no la causa. Recordaba la voz del Padre diciéndole ya ha pasado, ya ha pasado mientras le limpiaba la herida, pero no recordaba qué había pasado antes de esa voz.

—¿Esta cicatriz de cuándo es? —preguntó la doctora.

—No lo sé.

—¿Te acuerdas de cómo fue?

—No.

La doctora no insistió. Anotó.

Le tomó muestras de sangre. Le midió la tensión dos veces, primero en el brazo derecho y luego en el izquierdo, y comparó los números con una expresión que era casi imperceptiblemente de sorpresa. Le midió la estatura y el peso: un metro setenta y ocho, sesenta y tres kilos. Le palpó el abdomen, el hígado, el bazo. Le percutió el tórax. Le auscultó los pulmones con el fonendoscopio frío que Samuel toleró sin moverse, aunque el frío del metal sobre la piel fue otro de esos estímulos para los que no tenía archivo preparado.

Al final de la exploración, la doctora se sentó en el taburete que había junto a la camilla y lo miró durante un momento antes de hablar. Una fracción de segundo de pausa que Samuel había aprendido, era el tiempo que la gente necesitaba para organizar cómo decir algo que no sabía cómo decir.

—¿Cuándo comiste por última vez? Antes de las galletas de esta noche.

Samuel calculó.

—Ayer al mediodía.

—¿Qué comiste?

—Pan. Queso. Algo de fruta.

—¿Y antes de ayer?

—Lo mismo. Es lo que hay siempre.

La doctora asintió.

—¿Has tenido alguna enfermedad grave que recuerdes? ¿Algo que requiriera médico, cirugía, hospitalización?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

La doctora miró la tableta. Luego lo miró a él. Luego miró la tableta otra vez.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a un médico?

Samuel pensó. El Padre era médico. Eso lo sabía porque el Padre se lo había dicho, porque el Padre tenía libros de medicina en la

estantería grande de la sala y a veces los leía en voz alta para enseñarle cosas sobre el cuerpo. El Padre le tomaba la temperatura cuando tenía fiebre. El Padre le ponía inyecciones cuando hacía falta, siempre explicando qué ponía y por qué, siempre con la misma voz calmada de quien enseña una lección importante.

—Él era médico —dijo Samuel.

—¿Él?

—El Padre.

Pausa.

—¿El Padre te atendía cuando estabas enfermo?

—Sí.

La doctora no anotó nada esta vez. Se quedó con la tableta en las manos y una expresión que Samuel ya sabía leer: la expresión de alguien que está procesando información y decidiendo qué parte de lo que piensa decir en voz alta.

—Samuel, —dijo finalmente—, tu cuerpo está razonablemente bien para alguien que ha pasado una noche en el arcén de una carretera en noviembre. Algo bajo de peso, pero no grave. Tensión normal. Función cardíaca normal. —Hizo una pausa—. Es como si hubieras vivido en una burbuja. Un espacio muy controlado. Con muy poca variación.

Samuel la miró.

—Sí —dijo.

Era la respuesta más exacta que había dado en toda la noche.

El agente llegó a las cuatro menos veinte.

Era joven. Más joven que el técnico de la ambulancia, más joven que el empleado de la gasolinera, posiblemente más joven que cualquier persona que Samuel hubiera visto esta noche. Veinticinco años, quizás menos, con el uniforme todavía demasiado planchado para ser el uniforme de alguien que lo lleva puesto mucho tiempo. Tenía una libreta de papel aunque también llevaba una tableta, y Samuel dedujo de eso que la libreta era un hábito y la tableta una obligación.

Se llamaba Ferreira. Lo dijo nada más entrar, con el nombre solo, sin el rango, lo que significaba o que era demasiado joven para que

el rango le resultara natural todavía o que alguien le había dicho que con este chico convenía ir despacio.

—Hola, Samuel. ¿Puedo sentarme?

—Sí.

Ferreira se sentó en la silla que había junto a la camilla, la misma donde antes había estado la doctora Ruiz, y abrió la libreta en una página en blanco. Destapó el bolígrafo. Lo destapó y lo volvió a tapar dos veces antes de empezar a hablar, un tic nervioso que probablemente no sabía que tenía.

—Voy a hacerte algunas preguntas. No tienes la obligación de responder a nada. Si en algún momento quieres parar, me lo dices. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Sabes dónde estás ahora mismo?

—En un hospital.

—¿Sabes en qué ciudad?

Samuel pensó. El técnico de la ambulancia había mencionado una dirección cuando hablaba por radio. Una palabra. No la había retenido completa.

—No.

—Valdecinos. ¿Conoces Valdecinos?

—No.

—¿Has estado alguna vez en esta zona? La provincia de Soria.

Samuel miró el entrecejo fruncido del agente, donde se formaba una arruga pequeña cada vez que esperaba una respuesta.

—No sé dónde está Soria.

Ferreira destapó el bolígrafo. Esta vez sí escribió algo.

—¿Puedes decirme tu apellido?

—No tengo.

—Todo el mundo tiene apellido.

—Yo no. —Samuel lo dijo sin énfasis, como un hecho geográfico —. El Padre decía que los apellidos son de las familias, y que nuestra familia éramos solo nosotros.

Ferreira escribió algo más. Lo escribió con más cuidado esta vez, más despacio, como cuando copias algo que no quieres que se te escape ninguna letra.

—¿Quién es el Padre?

Samuel miró el techo. El tubo fluorescente zumbaba en su frecuencia aguda y constante.

—El hombre con el que vivía.

—¿Es tu padre biológico?

—No lo sé.

—¿Cómo se llamaba?

—El Padre.

—¿No tenía otro nombre?

—No que yo supiera.

Ferreira frunció más el entrecejo. Destapó el bolígrafo, lo tapó.

—¿Dónde vivíais?

—En la casa.

—¿Puedes describir la casa?

Samuel pensó en cómo describir la casa. La casa era todo lo que había sido el mundo durante mucho tiempo, y cuando algo es todo el mundo simultáneamente es difícil describirlo desde fuera, como es difícil describir el interior de un ojo desde dentro del mismo ojo.

—De piedra —dijo finalmente—. Paredes de piedra. Suelo de madera en las habitaciones, de piedra en la cocina. Una ventana grande en la sala. En mi cuarto, una ventana pequeña, alta.

—¿Cuántas habitaciones?

—Cuatro que yo conocía.

—¿Que tú conocías?

—Había una puerta en el pasillo que nunca se abría.

Ferreira no dijo nada durante un momento.

—¿Sabes en qué pueblo estaba la casa? ¿En qué provincia, qué región?

—En el valle.

—¿Qué valle?

—Solo el valle. Así lo llamaba él. El valle.

—¿Podías ver el pueblo desde la casa?

Samuel consideró esto.

—A veces, desde la ventana de la sala, se veían tejados. A lo lejos.

—¿El valle tenía un río?

—Sí. No lo veía. Lo oía de noche, cuando había mucha agua. En invierno sobre todo.

Ferreira escribió. Escribió durante más tiempo del que la respuesta parecía justificar, y Samuel dedujo que estaba anotando también las cosas que no decía, o las cosas que decía de una manera que merecía anotarse.

—¿Por qué te fuiste esta noche?

La pregunta llegó sin previo aviso, directa, sin el tono de calentamiento que habían tenido las anteriores. Samuel miró al agente. El agente lo miró. En ese intercambio de tres segundos había algo que los dos sabían y ninguno de los dos dijo: que esta era la pregunta real, que todo lo anterior había sido el corredor que llevaba a esta puerta.

—Porque encontré la manera —dijo Samuel.

—¿El Padre te retenía contra tu voluntad?

—No podía salir.

—¿Te lo impedía físicamente?

—Había cierres. Había normas.

—¿Te hacía daño si intentabas salir?

Samuel tardó en responder. No porque no supiera la respuesta, sino porque la respuesta era complicada de una manera que no cabía en la pregunta tal como había sido formulada.

—Las luces —dijo finalmente.

—¿Las luces?

—Cuando hacía algo que no estaba permitido. Las luces fuertes. Durante tiempo.

Ferreira dejó de escribir.

—¿Te castigaba con luces?

—Sí.

—¿Qué clase de luces?

—Focos. Como los de los coches, pero más. En el cuarto, durante horas. No podías cerrar los ojos porque vigilaba. —Samuel lo dijo sin emoción, en el mismo tono con el que había descrito las paredes de piedra y el suelo de madera, porque para él tenía el mismo estatus: era una característica de la casa, un hecho del mundo tal como

había sido su mundo—. Después venía oscuridad completa. Días a veces.

El agente Ferreira tenía la mano quieta sobre la libreta. El bolígrafo no se movía.

—Samuel, —dijo, y su voz había cambiado de textura, más plana y más cuidadosa, como se habla cuando quieres que las palabras no hagan demasiado ruido—, ¿cuánto tiempo llevas viviendo en esa casa?

—Siempre.

—¿Siempre desde cuándo?

Samuel lo miró.

—Desde el principio.

Ferreira salió a las cuatro y cuarto. Samuel escuchó sus pasos en el pasillo y luego el sonido amortiguado de una conversación al otro lado de la puerta, dos voces, una de las cuales era la del agente y la otra era más grave, más mayor, probablemente un superior que había llegado mientras duraba el interrogatorio.

No pudo escuchar las palabras. Sí pudo escuchar el tono: la urgencia controlada de alguien que acaba de comprender que lo que tiene entre manos es más grande de lo que parecía cuando empezó el turno.

Se quedó solo.

La habitación del hospital era pequeña y blanca y seguía oliendo a desinfectante y a la bata de papel que crujía cada vez que se movía. Samuel se movió lo menos posible. Se quedó sentado en el borde de la camilla, con los pies colgando, y miró sus manos durante un rato.

En el corte del índice le habían puesto una tirita. La tirita era de color carne, o de un color que alguien había decidido que se llamaba así aunque no se parecía al color de ninguna carne que Samuel hubiera visto. La miraba con la misma atención con la que había mirado el paquete de galletas en la gasolinera, el panel de la ambulancia, los tubos del techo: catalogando.

Pensó en el Padre.

A estas horas —las cuatro de la madrugada, que Samuel sabía reconocer porque el silencio de la casa a las cuatro de la madrugada

era diferente a todos los demás silencios— el Padre dormiría. Dormía siempre del lado derecho, con la puerta de su cuarto entornada, y si Samuel se despertaba de noche podía escuchar su respiración desde el pasillo si se acercaba lo suficiente. A veces lo hacía. No para escapar, porque escapar no había sido todavía una posibilidad real durante mucho tiempo. Solo para escuchar. Para saber que el Padre seguía ahí, que la respiración seguía su ritmo, que el mundo seguía teniendo el tamaño que tenía.

Ahora el mundo tenía un tamaño diferente y Samuel no sabía todavía cómo medirlo.

Se frotó la cara con las manos. Tenía sueño pero no de la clase que se resuelve durmiendo: era el sueño de fondo que lleva días instalado, el que acompaña pero no se marcha.

Empezó a tararear.

No fue una decisión consciente. Surgió solo, como surgen las cosas que el cuerpo ha aprendido independientemente de la cabeza: un sonido suave, cerrado, sin letra. La melodía era simple. Cuatro notas que se repetían en un patrón circular, siempre volviendo al principio, sin resolución, sin final. El Padre se la había enseñado en uno de los primeros inviernos, o eso creía Samuel, aunque los primeros inviernos eran los más borrosos. Cuando tengas miedo, tararea esto. El sonido propio te recuerda que estás aquí.

Samuel tarareo las cuatro notas.

Las repitió.

Las repitió otra vez.

El sonido llenó el cuarto blanco de manera extraña, demasiado doméstico para ese espacio clínico, como un objeto de otra habitación que apareciera en el lugar equivocado. Pero Samuel lo siguió. El sonido lo anclaba. El sonido era suyo aunque lo hubiera aprendido de otro.

En el pasillo, al otro lado de la puerta, el agente Ferreira hablaba por teléfono en voz baja. Samuel no intentaba escuchar. Tarareaba.

—\...no, escúcheme, esto no es una llamada rutinaria. El chico dice que vivía en un valle con un río, casa de piedra, setenta kilómetros de aquí. Dice que nunca pudo salir. Que el hombre con el

que vivía era médico. —Pausa—. Tiene veinticuatro años. O dice tener veinticuatro años. Y se llama Samuel.

Samuel tarareo las cuatro notas. Una vez más.

—\...sé lo que parece. Por eso le estoy llamando a usted y no al turno normal. —Pausa más larga—. Sí. Hoces del Duero está a sesenta y ocho kilómetros de aquí. Lo he comprobado mientras hablaba con él.

La melodía era redonda y sin aristas, diseñada para caber en la cabeza de un niño. Cuatro notas que volvían siempre al principio. Samuel no sabía que era una canción. El Padre nunca se la había presentado como una canción, sino como un ejercicio, una técnica de regulación, una herramienta.

No sabía que había crecido tarareando una nana.

No sabía que esa nana específica, con esa progresión específica de cuatro notas en modo menor, solo la cantaban las madres de una región muy concreta del interior de España, transmitida de generación en generación con las pequeñas variaciones que adquieren las cosas que se pasan de boca en boca durante siglos.

No sabía que había una mujer en Madrid, una mujer que llevaba veinte años sin dormir del todo, que habría reconocido esa melodía antes de que terminara el primer ciclo.

Samuel tarareo.

La puerta del cuarto siguió cerrada.

CAPÍTULO 4
MARTA, LA MADRE CORAJE

Miércoles / Piso de Marta Sáez, calle Montserrat 14, Madrid / 08.47 horas

El café se había quemado.

Llevaba en la cafetera desde las siete y media, que era cuando Marta se levantaba siempre, con la alarma del teléfono puesta a las siete veintinueve para poder apagarla un minuto antes de que sonara y empezar el día con la sensación —ilusoria, pero necesaria— de que controlaba el tiempo. Pero esta mañana la alarma había sonado y Marta no la había apagado porque Marta llevaba despierta desde las cuatro y media, mirando el techo del dormitorio con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando la lluvia contra el cristal de la ventana.

Así que el café llevaba una hora y diecisiete minutos en la cafetera y olía a eso: a café que ha esperado demasiado y ha cruzado la línea que separa el café del poso amargo de sí mismo.

Marta lo bebía de todas formas.

De pie junto a la ventana de la cocina, con el albornoz blanco que salía en las fotos de las revistas cuando hacían reportajes de en casa con Marta Sáez —el albornoz era un detalle que su agente de comunicación había sugerido hace años: transmite vulnerabilidad accesible, Marta, la gente necesita verte humana dentro de casa— miraba la calle mojada de abajo. Un martes de noviembre a las nueve menos cuarto: la gente con paraguas, los coches con las luces encendidas aunque ya había salido algo parecido al sol, ese sol gris de otoño tardío que ilumina sin calentar.

Veinte años.

Lo pensó sin dramatismo, que era la única manera en que podía pensarlo ahora. Al principio, los primeros aniversarios, el número la aplastaba. El primero fue el peor: un año sin Lucas, con el peso específico del uno, tan pequeño y tan definitivo al mismo tiempo.

Luego el cinco, con su redondez de hito. El diez, que fue cuando el caso entró oficialmente en la categoría estadística de los que no se resuelven aunque nadie lo dijera en voz alta. Y ahora el veinte, que era un número tan grande que había dejado de tener peso concreto y se había convertido en algo abstracto, casi geográfico, como decir que hay veinte kilómetros hasta algún lugar al que no llegas nunca.

Bebió el café quemado.

En el salón, los marcos.

Julia los había contado una vez. Tenía doce años cuando lo hizo, en uno de esos momentos de claridad distante que la acompañaban desde pequeña y que su madre interpretaba como frialdad y su terapeuta como mecanismo de defensa y ella misma interpretaba como la única manera que había encontrado de sobrevivir a ser quien era. Los había contado: diecisiete marcos con fotografías de Lucas. Más tres con dibujos suyos enmarcados —uno en oro, el del árbol con cinco colores que Lucas había pintado el mes antes de desaparecer, que su madre guardaba en papel de seda y sacaba a colgar en el aniversario—. Más las zapatillas de deporte de talla veintitrés en la estantería de la sala, las que Lucas nunca había llegado a usar porque las compraron en Navidad y desapareció en enero, y que Marta mantenía en su caja original con el papel de relleno aunque la caja estaba ya amarillenta y los bordes empezaban a deshacerse.

Diecisiete marcos, tres dibujos, unas zapatillas en una caja de cartón que se pudría despacio.

Julia entró en el salón con su propio café —el que había hecho ella, en el cazo, como hacía siempre porque la cafetera de Marta producía una cantidad industrial para una persona sola que además siempre se lo dejaba quemar— y se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, mirando el árbol de cinco colores en su marco dorado.

Tenía veintidós años. Le faltaban cuatro meses para los veintitres. Llevaba toda su vida siendo la hermana de Lucas Sáez, que era una manera de existir tan específica y tan poco elegida que había decidido a los catorce años que o la convertía en combustible o la dejaba que la consumiera, y había elegido lo primero porque lo

segundo no le parecía una opción real sino solo una opción diferente de rendirse.

—¿Has dormido? —preguntó Marta desde la puerta de la cocina.

—Algo.

—Yo no. —Marta entró en el salón y se sentó en el sillón que estaba frente al sofá de Julia, el sillón que Marta llamaba mi sillón con esa apropiación de los objetos que tienen las personas que viven solas durante mucho tiempo—. Esta noche ha sido difícil.

—El programa —dijo Julia. No era pregunta.

—El programa, el aniversario. Ver las imágenes otra vez. —Marta miró el árbol de cinco colores. Tenía la expresión que Julia conocía bien: la de su madre cuando estaba siendo sincera o la de su madre cuando ensayaba la sinceridad, que desde los catorce años Julia ya no sabía distinguir con certeza—. A veces pienso que debería dejar de hacer el programa. Que cada año es peor.

—¿Y lo vas a dejar?

Marta la miró.

—No.

—Ya.

—Julia.

—No he dicho nada.

—Has dicho ya de una manera muy específica.

Julia bebió su café. El café era bueno porque ella sabía hacerlo, porque había aprendido a hacer las cosas bien desde pequeña, con la precisión de alguien que no puede permitirse que le fallen las cosas que están bajo su control.

—He dicho ya porque entiendo que no lo vas a dejar. No lo digo como crítica.

—Lo dices como crítica.

—Mamá. —Julia dejó la taza en la mesita—. Son las nueve de la mañana. ¿Podemos no tener esta conversación todavía?

Marta apretó los labios. En su boca, cuando apretaba los labios así, se formaban dos líneas verticales en las comisuras que los maquilladores le borraban antes de las cámaras y que Julia había visto aparecer con los años como si el cuerpo de su madre fuera un mapa de todo lo que no se decía en voz alta.

—Viene Roberto a las once —dijo Marta, cambiando de tono con la fluidez de quien ha aprendido que hay momentos en que conviene cambiar de tono—. La entrevista de El País Semanal. El reportaje de aniversario.

—Lo sé.

—Necesito que estés.

Julia la miró.

—No.

—Julia, es importante. Es el vigésimo aniversario, el reportaje lleva meses—

—Lo sé. Y ya hablamos de esto. Mi respuesta sigue siendo no.

—Eres su hermana.

—Soy tu hija. —Julia lo dijo sin crueldad, simplemente como corrección de un hecho—. Soy tu hija y tengo veintidós años y he pasado veintidós años siendo la hermana de Lucas Sáez en todos los reportajes, en todas las ruedas de prensa, en todas las fotos del aniversario. —Hizo una pausa—. Este año no.

Marta la miraba con esa expresión que Julia había aprendido a leer como la expresión real, la que no estaba ensayada: la de alguien que quiere decir algo y sabe que si lo dice en voz alta va a ser verdad de una manera que todavía no puede gestionar. La expresión duró tres segundos. Luego Marta la guardó y puso la otra, la que Julia llamaba internamente la expresión de la madre coraje: la mandíbula firme, los ojos ligeramente brillantes pero sin lágrimas, la dignidad del sufrimiento que se sostiene a sí mismo.

—Está bien —dijo Marta.

—Está bien —repitió Julia, y bebió su café.

A las diez y cuarto sonó el teléfono fijo.

El teléfono fijo era una anomalía en el piso de Marta, un aparato de plástico negro que llevaba diez años en la mesita del pasillo y que solo llamaba gente del gobierno, algunas ONGs con las que Marta colaboraba, y los periodistas que no tenían su móvil. Marta lo cogió al segundo tono con la automaticidad de quien ha contestado ese teléfono miles de veces.

Julia, en su cuarto, escuchó la voz de su madre a través de la pared. No las palabras, solo el tono: ese tono inicial de sí, soy yo,

diga que luego cambiaba, que ella escuchaba cambiar incluso desde el cuarto con la puerta cerrada, porque el tono de su madre cuando recibía una noticia sobre el caso tenía una textura diferente a todos los demás tonos. Era un tono que se ahuecaba. Como si el cuerpo de Marta necesitara más espacio interno para contener lo que estaba recibiendo.

Julia dejó el libro que estaba leyendo sobre la cama.

Escuchó.

La conversación duró unos ocho minutos. Julia no distinguió más que frases sueltas: ¿cuándo?, ¿cómo está?, ¿qué dice exactamente?, quiero hablar con el responsable directo, no, no, absolutamente nada a la prensa todavía. La última frase sí llegó clara, porque Marta la había dicho más alto, con la autoridad de alguien que lleva dos décadas sabiendo exactamente qué pedirle a la policía cuando llaman con algo que podría romper el mundo.

Luego hubo silencio.

Julia esperó dos minutos. Luego salió de su cuarto.

Marta estaba en el pasillo, con el teléfono todavía en la mano, mirando la pared donde colgaba la foto de Lucas de los cuatro años, la de la camiseta de rayas, la que Julia conocía desde antes de tener memoria propia porque había estado ahí toda su vida, en ese pasillo, mirándola cada vez que Julia pasaba.

—¿Mamá?

Marta se giró.

Y ahí estaba, esa grieta. Julia la había visto pocas veces: la grieta real en la cara de su madre, el lugar donde la madre coraje se partía y dejaba pasar algo que no tenía nombre todavía porque todavía no sabía si era esperanza o terror o las dos cosas mezcladas en una proporción que no se puede calcular hasta que ya ha pasado todo.

—Llama la policía —dijo Marta. La voz era baja. Controlada todavía, pero con el control de quien aprieta algo con las dos manos para que no se escape, no el control de quien tiene la situación en orden.

—¿Qué ha pasado?

—Ha aparecido alguien. —Marta tragó saliva—. Un chico joven. Esta noche. En una gasolinera al norte de aquí, en la provincia de

Soria. Sin documentación, sin apellidos.

Julia esperó.

—Dice que tiene veinticuatro años —dijo Marta.

El número cayó entre las dos en el pasillo estrecho, junto a la foto de Lucas con la camiseta de rayas. Julia hizo el cálculo automáticamente, como siempre lo hacía, porque llevar toda la vida siendo la hermana de un niño desaparecido te convierte en una calculadora permanente de edades que no existen: Lucas desapareció con cuatro años, hace veinte años, tendría veinticuatro años.

—No tiene por qué ser —dijo Julia.

—No. —Marta asintió con la cabeza—. No tiene por qué ser.

—Hay gente que dice cosas. Que intenta—

—Lo sé. —Marta apretó el teléfono—. Lo sé, Julia.

—Entonces—

—Pero han dicho que pide que lo llamen Samuel.

Julia cerró la boca.

Samuel. No Lucas. Samuel. Y sin embargo.

—¿Por qué Samuel? —dijo.

—No lo saben. Dice que así lo llamaban.

Julia miró la foto de su hermano. Luego miró a su madre. Marta tenía los ojos brillantes ahora, con esa clase de brillo que es anterior a las lágrimas pero que también puede no llegar a serlo, que puede quedarse ahí, suspendido, si la persona consigue mantener la estructura suficiente tiempo.

—Mamá. Escúchame. —Julia habló con la precisión con que había aprendido a hablar cuando las cosas eran importantes—. Esto puede ser muchas cosas. Puede ser alguien que ha leído el caso, que sabe los detalles, que—

—Están haciendo pruebas —dijo Marta—. El policía ha dicho que están haciendo pruebas. Que me avisarán de los resultados del ADN en cuarenta y ocho horas, pero que querían que yo supiera ya, que consideraban que tenía derecho a saberlo, que\...

Se detuvo. Se llevó la mano libre a la boca, un gesto que Julia reconoció: era el gesto de taparse la boca cuando lo que quieres

decir no puedes decirlo todavía porque decirlo en voz alta lo convierte en real de una manera para la que no estás preparada.

—Mamá.

Marta sacudió la cabeza. Luego hizo algo que Julia no había visto hacer a su madre en años, quizás desde que tenía diez u once: se apoyó en la pared del pasillo y se deslizó despacio hasta quedar sentada en el suelo, con el albornoz blanco alrededor, el teléfono todavía en la mano, la espalda contra la pared justo debajo de la foto de Lucas.

Julia se quedó mirándola.

Quería sentir algo sin ambigüedades. Quería que esto fuera simple: su madre llorando, ella consolándola, la situación con una forma reconocible. Pero nada en los veintidós años de Julia había sido simple de esa manera, y esta mañana tampoco iba a serlo, porque incluso ahora, mirando a su madre en el suelo del pasillo, Julia no podía desconectar la parte de sí misma que observaba y catalogaba y se preguntaba cuánto de lo que veía era real y cuánto era el personaje que su madre llevaba veinte años construyendo sin poder ya separarlo de sí misma.

Se sentó en el suelo también, a su lado. No la abrazó. Le puso la mano en el brazo, encima del albornoz blanco, con una presión constante.

—Puede no ser —dijo Julia—. Probablemente no sea.

—Probablemente —dijo Marta.

—Y si es, tampoco sabemos nada todavía.

—No.

—Y si es\...

Se detuvo. Porque ahí estaba el límite. El si es que Julia no podía terminar porque terminarlo requería imaginar un escenario para el que no tenía mapa: su hermano vivo durante veinte años, en algún lugar, llamándose Samuel. Lo que significaría eso. Lo que significaría para Marta, para ella, para los veinte años de caso construido sobre la premisa de que Lucas Sáez había desaparecido sin dejar rastro y sin que nadie supiera nada.

Sin que nadie supiera nada.

¿Sin que nadie supiera nada?

Julia miró la foto de su hermano en la pared.

Luego miró a su madre.

Y por primera vez en mucho tiempo no pudo leer la expresión de Marta Sáez. No la cara pública, no la cara privada. Solo un espacio en blanco donde normalmente había algo que Julia podía descifrar, y ese espacio en blanco era más inquietante que cualquier cosa que hubiera leído ahí antes.

Roberto, el periodista de El País Semanal, llamó al timbre a las once y tres minutos.

Marta llevaba cuarenta minutos duchada, vestida y maquillada. El albornoz blanco colgaba en el baño, el teléfono estaba en la mesita de la entrada con el volumen bajado, el café de la cafetera había sido vaciado y reemplazado por uno nuevo. Los marcos de Lucas seguían en el salón, el árbol de cinco colores en su marco dorado colgaba en la pared, las zapatillas en su caja amarillenta ocupaban su lugar en la estantería.

Julia observó a su madre abrirle la puerta al periodista con la misma expresión de siempre: la mandíbula firme, los ojos brillantes de la manera correcta, la dignidad del sufrimiento que se sostiene a sí mismo. La madre coraje. Igual que en la foto del juzgado que llevaba doce años circulando. Igual que en el plató de televisión la noche anterior.

—Roberto, gracias por venir. Pasa. —La voz era cálida, exacta, sin una sola grieta—. ¿Quieres café?

Julia se fue a su cuarto.

Se sentó en la cama. Cogió el libro que había dejado boca abajo. No lo abrió.

En el salón, escuchaba la voz de su madre respondiendo preguntas con el ritmo medido de quien conoce las respuestas de memoria: veinte años, Lucas estaría, no he dejado de, la esperanza es lo último, las familias de niños desaparecidos merecen. Las frases tenían la forma de las frases que se han dicho muchas veces, pulidas por la repetición hasta quedar sin aristas, perfectamente manejables.

Julia encendió la radio pequeña que tenía en la mesita de noche, en voz baja, para no escuchar.

Puso RNE porque era lo que ponía siempre, el noticiero de la mañana con su ritmo de boletín horario, y durante un rato escuchó sin escuchar: el tiempo, la bolsa, algo del Congreso, algo de un acuerdo europeo.

Luego el locutor cambió de tono.

—\...las autoridades de Soria han confirmado esta mañana que un joven de aproximadamente veinte años fue encontrado esta madrugada en la gasolinera del kilómetro cuarenta y siete de la N-232, en el término municipal de Valdecinos, en estado de desorientación y sin documentación. El joven, que se habría identificado solo como Samuel, fue trasladado al Hospital Comarcal de Valdecinos donde permanece en observación. Fuentes policiales no han confirmado si existe relación con ningún caso abierto, aunque han pedido discreción mientras se realizan las comprobaciones pertinentes. Les iremos informando a medida que\...

Julia tenía la radio en la mano.

La gasolinera.

N-232.

Setenta kilómetros de Hoces del Duero.

Demasiado cerca.

La radio siguió. El locutor pasó a otra noticia. Y entonces, porque el locutor había dejado un momento de silencio antes de la siguiente historia, Julia escuchó lo que venía del salón.

No la voz de su madre.

No la voz del periodista.

Había un vídeo reproduciéndose en el teléfono del periodista, o en su portátil, algo que él había traído para mostrarle a Marta como contexto del reportaje. Un vídeo con sonido ambiente de fondo, ruido de hospital, el siseo de un pasillo fluorescente.

Y sobre ese fondo, débil pero perfectamente audible en el silencio de la mañana lluviosa, un sonido.

Cuatro notas.

Un tarareo.

Julia no se movió durante tres segundos completos.

Las cuatro notas se repetían en su patrón circular, siempre volviendo al principio, sin resolución, sin final. Un sonido cerrado, suave, sin letra. La melodía más simple del mundo, cuatro notas en modo menor que giraban sobre sí mismas como algo que no sabe que tiene salida.

Julia la conocía.

La conocía de la única manera en que se conocen las cosas que están antes de la memoria: de haberla escuchado en el momento en que los sonidos se graban sin que todavía sepas que te los estás grabando. De haberla escuchado en el cuarto de un bebé, de noche, cuando alguien la tarareaba en la oscuridad para que se quedara dormida.

Su madre. Marta Sáez.

La nana que Marta tarareaba cuando Julia era un bebé, y antes que a ella, cuando Lucas era un bebé.

La nana que solo existía dentro de esas cuatro paredes, transmitida de la madre de Marta a Marta, de la abuela de Julia a Julia, y que Julia no había vuelto a escuchar en veintidós años porque Marta había dejado de tararearla el día que Lucas desapareció y nunca más había vuelto.

El tarareo del vídeo siguió cuatro notas. Giró sobre sí mismo. Volvió al principio.

Julia se levantó de la cama.

Cruzó el pasillo sin hacer ruido.

Se paró en la puerta del salón.

Marta estaba sentada frente al periodista, con la espalda recta y los ojos brillantes de la manera correcta, respondiendo algo sobre la esperanza, sobre los veinte años, sobre lo que una madre nunca deja de sentir.

No había escuchado el vídeo.

O si lo había escuchado, no lo había reconocido.

O lo había reconocido y había decidido no mostrarlo.

Julia miró la cara de su madre durante un momento largo.

Luego miró el árbol de cinco colores en su marco dorado.

Luego miró las zapatillas de talla veintitrés en su caja de cartón amarillenta.

Y pensó, por primera vez en veintidós años de ser la hermana de Lucas Sáez, que quizás el problema no era solo que su hermano hubiera desaparecido.

Quizás el problema era todo lo que había pasado antes de que desapareciera.

CAPÍTULO 5
REUNIÓN EN INTERIOR

Miércoles / Ministerio del Interior, sala de reuniones B-4, Madrid / 09.52 horas

El café institucional tenía un sabor que Garrido había aprendido a identificar a lo largo de cuarenta años de reuniones en despachos como este: el sabor de algo que ha sido preparado en cantidad industrial por alguien que no va a beberlo. Café de máquina de pasillo, servido en vasitos de plástico blanco que se ablandaban con el calor y cedían si apretabas demasiado. Garrido apretaba demasiado. Siempre había apretado demasiado.

Llevaba veinte minutos en la sala B-4 antes de que llegara nadie más.

Lo habían citado a las diez. Él había llegado a las nueve y cuarenta, porque había aprendido hace décadas que llegar antes que los demás a una reunión te da diez minutos de acceso al espacio sin testigos, y que diez minutos en un espacio sin testigos equivalen a más información que una hora de lo que la gente decide contarte cuando ya están todos sentados y el orden del día está sobre la mesa.

La sala B-4 era una sala de reuniones sin ventanas. Eso ya lo sabía: las salas sin ventanas en los ministerios eran las salas donde se discutían las cosas que no debían verse desde fuera. Mesa ovalada de madera laminada, ocho sillas ergonómicas con el respaldo azul marino desgastado en los puntos de contacto, una pantalla de proyección en la pared del fondo, dos plantas de plástico en las esquinas que nadie había quitado todavía aunque hacía años que nadie se las creía. El fluorescente del techo tenía un parpadeo muy leve, casi imperceptible, cada cuarenta y cinco segundos aproximadamente. Garrido lo había cronometrado mientras esperaba.

Sobre la mesa, una carpeta. Solo una, en el centro, con el sello del Ministerio en la cubierta y debajo, en letra de cuerpo doce, la denominación del expediente:

CASO SÁEZ / NIÑO DEL VALLE — REACTIVACIÓN PRELIMINAR — CLASIFICADO B.

Garrido la había abierto. Claro que la había abierto. La había leído en los diez minutos que tuvo antes de que llegara la primera asistente con el carrito del café y lo mirara con la expresión de quien no esperaba encontrar a nadie y preferiría no haberlo encontrado.

Cuatro páginas. Resumen del caso original, una cronología que él conocía de memoria mejor que quien la había escrito, y al final una sección titulada SITUACIÓN ACTUAL que ocupaba media página y que básicamente decía, en el lenguaje cauterizado de los informes oficiales, que un joven sin identificar había aparecido la noche anterior en una gasolinera de Soria diciendo llamarse Samuel y que existía una convergencia de factores —edad aproximada, zona geográfica, características físicas compatibles— que justificaba la reactivación provisional del expediente con nivel de confidencialidad B.

Convergencia de factores.

Garrido había vuelto a dejar la carpeta en el centro de la mesa antes de que entrara nadie más.

Llegaron a las diez y doce.

Primero Dolores Prim, directora de Comunicación del Ministerio, que entró con el portátil bajo el brazo y el teléfono en la mano y los dejó sobre la mesa al mismo tiempo que se sentaba, con la fluidez de alguien para quien los objetos son prolongaciones del cuerpo. Cincuenta años, traje de chaqueta gris, el pelo corto y sin ornamento: la estética de alguien que ha decidido que su aspecto no va a ser nunca el tema de ninguna conversación.

Luego Marcos Ibáñez, comisario jefe de la Unidad Central de Personas Desaparecidas, que Garrido conocía desde hacía quince años y con quien había tenido la relación específica que se tiene con la gente que comparte un caso sin compartir nunca del todo la misma versión de lo que pasó. Ibáñez era del tipo de policía que Garrido había encontrado con más frecuencia según ascendía en los

escalafones: el tipo que había aprendido a gestionar los casos antes de investigarlos.

Luego dos personas que Garrido no conocía pero cuyos perfiles reconoció de inmediato. Un hombre joven con americana sin corbata que sacó un bloc de notas de papel —siempre los mismos, los asesores de comunicación de nueva generación que usaban bloc de papel para que pareciera que no grababan nada— y una mujer de unos cuarenta y cinco con gafas de pasta y expresión de quien lleva tres horas revisando escenarios posibles.

El último en llegar fue Sotelo. Subsecretario de Seguridad, cargo que llevaba dos años y cuyo despacho quedaba tres plantas más arriba de esta sala sin ventanas. Garrido lo vio entrar y pensó lo que pensaba siempre que veía a Sotelo: que era exactamente el tipo de hombre que escala exactamente hasta donde escala porque ha aprendido que en ciertos puestos la cualidad más valiosa no es la inteligencia sino la capacidad de parecer que tomas decisiones cuando en realidad estás esperando a que alguien te diga cuál es la decisión menos peligrosa.

—Inspector Garrido. —Sotelo le tendió la mano antes de sentarse —. Gracias por venir. Sé que lleva tiempo retirado y que esto es irregular.

—No es irregular —dijo Garrido—. Fui el inspector jefe del caso original. Si han reabierto el expediente, tiene sentido consultarme.

—Exacto. —Sotelo se sentó en la cabecera—. Exactamente eso.

Prim abrió el portátil. Ibáñez sirvió café en su vasito con la parsimonia de quien ya ha decidido que no va a beberlo pero necesita el gesto. El asesor de comunicación destapó su bolígrafo. La mujer de las gafas de pasta abrió una carpeta más gruesa que la que estaba sobre la mesa.

El fluorescente parpadeó. Una vez. Cuarenta y cinco segundos.

—Bien —dijo Sotelo—. Situemos a todos en el mismo punto.

Los primeros veinte minutos fueron lo que Garrido había esperado que fueran.

Ibáñez presentó el resumen: aparición del sujeto, estado físico, primeras declaraciones, situación actual en el Hospital Comarcal de Valdecinos. Lo presentó con la misma neutralidad con que

presentaría el robo de un vehículo o el hallazgo de un cuerpo en el Manzanares: los hechos como hechos, sin temperatura. Garrido escuchó y no dijo nada porque los primeros veinte minutos de una reunión como esta no eran para decir nada, eran para escuchar lo que la gente decía cuando todavía creía que estaba controlando el relato.

—Las pruebas de ADN tardarán entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas —concluyó Ibáñez—. Hasta entonces no tenemos confirmación de nada. El sujeto podría ser quien dice ser o podría no serlo.

—¿Ha pedido algo? —preguntó Prim, sin levantar la vista del portátil—. ¿El chico? ¿Ha hecho alguna demanda, ha contactado con alguien, ha pedido abogado?

—No. No ha pedido nada. Ha contestado lo que le han preguntado y ha pedido que apagaran las luces de la ambulancia.

Silencio breve.

—¿Las luces?

—Las luces rotatorias de emergencia. Reaccionó con aparente terror. Los técnicos lo anotaron en el parte.

Prim escribió algo. El asesor de comunicación también escribió. Garrido miró lo que escribía el asesor desde el otro lado de la mesa: luces — reacción traumática — potencial visual.

—Bien —dijo Sotelo—. Lo que necesitamos en este momento es un protocolo claro para las próximas setenta y dos horas. Antes de los resultados del ADN. Antes de que esto llegue a la prensa de manera incontrolada.

—Ya ha llegado —dijo Garrido.

Todos lo miraron.

—RNE esta mañana. Breve, sin detalles, pero está ahí. Gasolinera, joven sin identificar, provincia de Soria. En seis horas alguien habrá hecho la suma.

Prim cerró los ojos medio segundo. Uno solo.

—¿Fuente?

—No lo sé. Probablemente alguien del hospital o del turno de policía local. Son cosas que pasan cuando no sellas el perímetro en

las primeras dos horas y aquí llevamos —Garrido miró su reloj— ocho.

Ibáñez frunció el entrecejo.

—El agente de guardia tenía instrucciones de—

—El agente de guardia tiene veinticinco años y ha pasado la noche con un chico que podría ser el caso más grande de España en dos décadas. —Garrido dejó el vasito de café sobre la mesa—. No le culpo. Yo habría hecho lo mismo.

Sotelo apoyó los codos en la mesa.

—Lo hecho, hecho está. La pregunta es cómo gestionamos lo que viene.

La mujer de las gafas de pasta habló por primera vez. Tenía una voz precisa, de quien mide las palabras antes de soltarlas.

—Hay dos escenarios potenciales. En el primero, el ADN confirma que el sujeto no es Lucas Sáez. En ese caso, gestionamos el cierre: declaración breve del Ministerio, agradecimiento a los servicios de emergencia, énfasis en la correcta actuación de los protocolos. Historia de veinticuatro horas, máximo cuarenta y ocho.

—¿Y el segundo? —dijo Garrido.

—En el segundo, el ADN confirma que sí lo es. —La mujer de las gafas no cambió el tono—. En ese caso, lo que tenemos no es una gestión de crisis. Es la historia del año. Posiblemente de la década.

—Y necesitamos controlarla antes de que nos controle a nosotros —dijo Prim, terminando la frase.

Garrido las miró. Miró a Sotelo. Miró al asesor de comunicación que seguía escribiendo en su bloc.

—Hay un tercer escenario —dijo.

—¿Cuál? —dijo Sotelo.

—Que el ADN diga lo que diga, haya cosas en este caso que no queremos que salgan.

La sala tuvo el silencio específico de cuando se dice en voz alta algo que todo el mundo está pensando y nadie había dicho.

Fue Prim la primera en romperlo.

—Inspector Garrido, entendemos que usted tiene una relación larga y compleja con este expediente. Y precisamente por eso

hemos considerado importante incluirle en esta reunión. Pero necesito que seamos precisos: ¿a qué se refiere exactamente?

Garrido la miró.

—Me refiero a que en 2005 hubo decisiones que se tomaron rápido. Demasiado rápido. Líneas de investigación que se cerraron antes de agotarse.

—Las investigaciones siempre tienen líneas que—

—Me refiero a líneas específicas. —Garrido sacó una carpeta de la bolsa que había traído y la puso sobre la mesa. No la abrió—. En 2005, tres semanas después de la desaparición, recibimos presión para reducir el equipo. El caso estaba generando un coste mediático que se consideraba desproporcionado en relación a las probabilidades de resolución. Esas fueron las palabras exactas que me dijo el entonces director general. Desproporcionado en relación a las probabilidades de resolución.

Ibáñez cruzó los brazos.

—Eso es una caracterización muy parcial de—

—Redujimos el equipo de doce investigadores a cuatro en febrero de 2005. Seis semanas después de la desaparición. —Garrido lo dijo sin énfasis, como dato—. El caso oficial lleva veinte años técnicamente abierto y técnicamente paralizado. No porque no hubiera dónde investigar. Porque se decidió dejar de investigar.

Sotelo lo miraba con la expresión que Garrido había aprendido a reconocer en los políticos cuando escuchaban algo que no podían negar del todo: una atención muy quieta, casi sin parpadear, el gesto de quien está calculando el coste de diferentes respuestas.

—Inspector —dijo finalmente—, eso son acusaciones muy graves.

—Son hechos documentados en el propio expediente. —Garrido empujó la carpeta hacia el centro de la mesa—. No acuso a nadie en particular. Solo señalo que si ese chico en el hospital es Lucas Sáez, alguien va a empezar a hacer preguntas sobre qué pasó en las semanas posteriores a su desaparición. Y esas preguntas van a llegar al mismo sitio al que yo he llegado veinte años mirando este caso.

La mujer de las gafas de pasta escribía. El asesor de comunicación había dejado de escribir y miraba a Sotelo.

—¿Cuál es ese sitio? —dijo Prim.

—Que hubo urgencia política en cerrar este caso —dijo Garrido—. No en resolverlo. En cerrarlo.

El silencio duró más esta vez.

Fue Ibáñez quien lo rompió, con el tono de quien vuelve al orden del día porque el orden del día es más manejable que lo que se ha salido de él.

—Esas son conversaciones que podemos tener en otro contexto. Lo que necesitamos ahora es el protocolo de las próximas setenta y dos horas.

—Estoy de acuerdo —dijo Sotelo, y en su tono había algo que era alivio y también instrucción.

La mujer de las gafas tomó la palabra. El protocolo que propuso era limpio y eficiente: silencio oficial durante cuarenta y ocho horas, declaración neutra preparada para si la prensa escalaba, contacto directo y privado con Marta Sáez a través del Ministerio —ya se había hecho, confirmó Ibáñez, esa misma mañana— y un rostro que pudiera pilotar el relato público si la situación se desbordaba antes de los resultados del ADN.

—El rostro ideal —dijo el asesor de comunicación, hablando por primera vez con la seguridad de quien lleva toda la reunión esperando este momento— es Alicia Varela.

Garrido lo miró.

—La criminóloga —dijo.

—Exacto. Conoce el caso mejor que nadie excepto usted. Tiene credibilidad mediática contrastada. El público la asocia al caso de manera positiva. Y —el asesor hizo una pausa calculada— ya está en el circuito. Anoche hizo el especial de aniversario. Si sale a hablar de esto, es continuidad natural, no instrumentalización.

—¿Habéis hablado ya con ella? —dijo Garrido.

—Todavía no oficialmente.

—¿Y extraoficialmente?

Nadie contestó, que era una forma de contestar.

Garrido pensó en la llamada que le había hecho a Alicia la noche anterior. Pensó en que le había pedido que le contara todo antes de que lo hiciera nadie más.

Pensó en que Alicia Varela llevaba veinte años siendo el rostro de este caso y que los rostros de los casos y los casos mismos tenían una relación complicada que no siempre era en la dirección que el público imaginaba.

—Tiene un libro —dijo Garrido—. Un documental. Una carrera construida sobre Lucas Sáez.

—Exactamente. Tiene todos los incentivos para que esto se resuelva bien. —El asesor lo dijo como si fuera un argumento a favor.

—O para que se resuelva de una manera que proteja lo que ha construido —dijo Garrido.

Otra pausa.

—Inspector —dijo Sotelo—, confío en que Alicia Varela es una profesional.

—Todos lo somos —dijo Garrido—. El problema es lo que hacemos cuando ser profesional y proteger lo nuestro señalan en direcciones distintas.

Nadie respondió. La reunión continuó. Se fijaron los protocolos, se distribuyeron las responsabilidades, se establecieron los canales de comunicación interna. Garrido escuchó y firmó lo que le pidieron que firmara y dijo que sí donde tenía que decir que sí porque había aprendido que las batallas que valen la pena no se libran en las reuniones donde ya está todo decidido antes de que empieces a hablar.

A las doce menos diez, Sotelo dio la reunión por concluida.

Garrido fue el último en salir.

Se tomó su tiempo recogiendo la carpeta, poniéndola en la bolsa, abotonandose el abrigo. Era viejo, de lana marrón, con el forro cosido a mano en el bolsillo interior donde lo había descosido el año pasado y su mujer lo había arreglado sin decir nada, como arreglaba todas las cosas rotas del piso sin decir nada, con la paciencia de quien sabe que decirlo en voz alta no cambia que las cosas se rompen.

La asistente recogía los vasitos de plástico. Garrido le preguntó si podía dejarle la carpeta del expediente un momento más. La

asistente lo miró, evaluó que era el tipo de hombre al que era más fácil decirle que sí que explicarle por qué no, y salió de la sala.

Garrido abrió la carpeta oficial del Ministerio.

No la leyó. Sabía lo que contenía. La usó como superficie mientras abría la suya propia, la que había traído de casa, la que llevaba seis meses sin tocar porque seis meses era el tiempo que había pasado desde la última vez que había conseguido convencerse de que valía la pena seguir mirando algo que nadie quería que mirara.

La carpeta de Garrido contenía copias. Fotocopias de documentos del expediente original, algunas con sus propias anotaciones al margen en letra apretada y azul, de un bolígrafo que ya no existía pero cuya tinta seguía siendo perfectamente legible. Informes de campo. Declaraciones de testigos. Registros de llamadas al teléfono de búsqueda. Y al fondo, debajo de todo, en un sobre de papel manila que había doblado dos veces para que cupiera, las notas que él mismo había tomado en las primeras semanas de la investigación y que nunca habían entrado en el expediente oficial porque cuando llegó el momento de incorporarlas ya le habían reducido el equipo y ya no había nadie a quien asignárselas.

Sacó el sobre.

Lo abrió.

Eran tres páginas manuscritas, su propia letra, más apresurada que la de las anotaciones de los márgenes, la letra de alguien que escribe rápido porque tiene miedo de que la cosa se le escape antes de que la tenga completa.

Las repasó hasta llegar a la página dos.

Párrafo tercero. Subrayado con dos líneas, como había hecho él mismo en su momento, aunque ya no recordaba exactamente en qué momento o por qué había usado dos líneas en vez de una.

Testimonio vecino Hoces del Duero, 28/01/2005. Anónimo, varón, 60-70 años aprox. Declara haber visto, en los días previos a la desaparición, a un hombre adulto desconocido en los alrededores de la zona del río con «dos criaturas pequeñas». No pudo precisar edades. Cuando se le preguntó si podría ser uno de los niños Lucas Sáez, respondió que «podría ser, o podrían ser los dos». Testimonio

descartado por imprecisión e incapacidad del testigo para confirmarlo.

Descartado. Firmado: Subinspector R. Mora.

Garrido había descartado este testimonio en 2005. Lo había leído, lo había clasificado como impreciso, lo había puesto en el montón de los que no llevaban a ningún sitio porque en las primeras semanas de una investigación hay siempre un montón de los que no llevan a ningún sitio y hay que decidir dónde poner los recursos y él había decidido.

Había decidido mal.

Dos criaturas pequeñas.

No uno. No Lucas.

Dos.

Garrido miró el párrafo durante un tiempo que no midió. Luego dobló las páginas, las metió en el sobre, el sobre en la carpeta, la carpeta en la bolsa. Se levantó. Empujó la silla hacia la mesa.

El fluorescente parpadeó una vez sobre su cabeza.

Samuel había dicho, en la gasolinera, en el hospital, en algún punto de esa noche: no está solo ahí dentro.

Garrido lo había escuchado en el resumen del parte que le había pasado su contacto del hospital. Lo había escuchado y había pensado que podría significar muchas cosas o ninguna.

Ahora pensaba que significaba exactamente lo que decía.

Salió de la sala B-4 sin hablar con nadie.

En el pasillo, el carrito del café seguía ahí, con los vasitos de plástico vacíos alineados en la bandeja. Garrido pasó junto a él sin coger ninguno. Tenía ya suficiente amargura propia para el resto del día.

CAPÍTULO 6
EL REENCUENTRO ANUNCIADO

Miércoles / Hospital Comarcal de Valdecinos / 13.20 horas

Alicia lo vio antes de entrar en la habitación.

Había un ventanuco de cristal en la puerta, pequeño, rectangular, del tipo que tienen las puertas de los hospitales para que el personal pueda mirar dentro sin abrir, y Alicia se detuvo frente a él durante un momento que nadie que la estuviera observando habría identificado como indecisión porque Alicia Varela no mostraba indecisión en público, sino como la pausa natural de alguien que organiza sus pensamientos antes de entrar a una reunión importante.

No era una reunión. Era un chico sentado en una cama de hospital mirando sus manos.

Lo que le llamó la atención no fue lo que esperaba que le llamara la atención. Había visto muchas fotos de víctimas, muchos supervivientes, muchos sujetos de casos que había estudiado durante años hasta conocer sus caras mejor de lo que conocía la suya propia. Había aprendido a mirarlos con simultaneidad clínica y humana, el equilibrio que te enseñan en criminología y que en la práctica nadie consigue del todo pero todos fingen haber conseguido.

Esperaba ver un chico traumatizado. Un cuerpo que llevaba las marcas visibles de lo que le habían hecho.

Lo que vio fue otra cosa.

Vio a alguien que miraba sus manos con una atención tan completa y tan desprovista de angustia que durante un segundo Alicia pensó que no estaba traumatizado sino concentrado. La diferencia era sutil. Era la diferencia entre alguien que no puede dejar de mirar sus manos porque le aterran y alguien que las mira porque está aprendiendo algo de ellas que todavía no tiene del todo claro.

La mirada. Eso fue lo que la detuvo. Desde el ventanuco, a esa distancia, con la luz plana del hospital cayendo sobre el chico en ángulo lateral, había algo en los ojos que Alicia no supo nombrar en ese primer momento. Un brillo que no era lo que el brillo de los ojos significaba normalmente en ese contexto: no era fiebre, no era llanto contenido, no era el vidrio particular de la disociación. Era algo más activo. Como si detrás de esos ojos hubiera alguien que llevaba mucho tiempo sin poder mirar y ahora miraba todo con la voracidad silenciosa de quien sabe que el tiempo es limitado y no quiere desperdiciar ningún detalle.

Alicia había visto esa mirada antes. En los archivos del caso, en los testimonios de los primeros días de búsqueda, en la única foto que existía de Lucas Sáez mirando directamente a la cámara: no la de la camiseta de rayas, que era de perfil casi, sino una que Marta había dado a la policía en la segunda semana y que Alicia había incluido en el libro en la página doscientos doce, en el capítulo sobre la personalidad del niño reconstruida a partir de los testimonios de quienes lo conocían.

Era un niño que lo miraba todo, había escrito Marta en una de las entrevistas. Como si estuviera aprendiendo el mundo de memoria, por si acaso.

Alicia abrió la puerta.

El chico levantó la vista.

No con sobresalto, sino con la misma atención controlada con la que miraba las manos: un movimiento preciso, sin exceso. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo en el tiempo exacto que hace falta para catalogar a alguien sin que parezca que lo estás catalogando, y Alicia, que había pasado veinte años aprendiendo a hacer exactamente lo mismo, reconoció el gesto con algo que no sabía si era satisfacción profesional o algo más incómodo.

—Hola —dijo ella—. Me llamo Alicia. Soy criminóloga. ¿Sabes lo que es eso?

El chico la miró.

—Alguien que estudia los crímenes.

—Más o menos. También estudio a las personas que han vivido experiencias difíciles. He venido a hablar contigo, si te parece bien.

Sin cámaras. Sin grabaciones. —Hizo una pausa—. Sin prisa.

El chico miró hacia la puerta, que Alicia había cerrado detrás de ella. Luego la miró a ella.

—¿Eres policía?

—No. Soy independiente.

—¿Independiente de qué?

La pregunta era buena. Alicia se sentó en la silla junto a la cama, a una distancia que había calibrado sin pensarlo: suficientemente cerca para que la conversación fuera íntima, suficientemente lejos para que el chico tuviera espacio.

—De la policía, del hospital, del Ministerio. —Dejó pasar un segundo—. Y de la televisión, aunque eso quizás ya lo has supuesto.

—La televisión habla del caso.

—¿Has visto televisión esta mañana?

—Me la han puesto. Luego la han apagado cuando han visto que la miraba.

Alicia asintió.

—¿Qué has visto?

—Una foto. Un niño con una camiseta de rayas. Y un nombre.

—¿Qué nombre?

—Lucas Sáez.

Lo dijo con una neutralidad que Alicia estudió: no había en ese tono ni reconocimiento ni rechazo. Era el tono de alguien que repite una información que ha recibido y todavía no sabe qué hacer con ella.

—¿Te dice algo ese nombre?

El chico tardó en contestar.

—No.

—¿Estás seguro?

—No estoy seguro de nada —dijo. Lo dijo sin énfasis, como corrección factual—. El Padre decía que la certeza es para los que no han pensado suficiente.

Alicia anotó mentalmente la frase. La anotaría literalmente en cuanto saliera de la habitación. La certeza es para los que no han pensado suficiente. Era el tipo de aforismo que los manipuladores construían para sus víctimas: aparentemente filosófico,

funcionalmente útil para mantener a alguien en un estado de duda permanente sobre su propia percepción.

—¿Cuántas cosas te enseñó el Padre? —preguntó.

—Muchas.

—¿Como cuáles?

El chico miró el techo. Alicia aprovechó esos segundos para observarlo: el corte en el índice con su tirita de color carne, las muñecas delgadas pero no frágiles, la postura en la cama que era recta sin ser tensa, como alguien que ha aprendido a ocupar el espacio mínimo necesario sin aparentar que lo está haciendo.

—A leer —dijo el chico—. Matemáticas. Historia. Geografía, aunque\... —Se detuvo.

—¿Aunque?

—Cuando veo un mapa, no reconozco los nombres. Los conocía en los libros pero no sé dónde están de verdad.

—¿Qué libros tenías?

—Muchos. El Padre tenía una estantería grande. Enciclopedias. Novelas. Libros de medicina. Libros de cocina. —Hizo una pausa muy breve—. No tenía periódicos. Decía que los periódicos eran el ruido del mundo y que el ruido del mundo contamina el pensamiento.

El ruido del mundo contamina el pensamiento.

Otra frase construida para aislar. Alicia las estaba contando. Cada una era una pieza de la arquitectura de control que alguien había levantado alrededor de este chico durante años, y la arquitectura era tan elaborada y tan interna que el chico la reproducía sin saber que estaba reproduciendo algo de otro.

—Samuel, —dijo, y él levantó la vista al escuchar su nombre, con ese reflejo particular de quien no está acostumbrado a ser llamado con frecuencia—, ¿tienes recuerdos de antes de la casa?

Silencio.

—¿Antes de la casa? —repitió el chico, como si la pregunta requiriera ubicarse en un tiempo que no tenía mapa.

—De cuando eras pequeño. Antes de vivir con el Padre.

El chico frunció el entrecejo. Una arruga pequeña entre las cejas que apareció y desapareció en tres segundos.

—Hay cosas —dijo—. Pero no sé si son recuerdos o son cosas que el Padre me contó.

—¿Cuál es la diferencia, para ti?

—Los recuerdos tienen olor. —Lo dijo despacio, como descubriendo mientras hablaba—. Las cosas que me contó no tienen olor. Son como leer algo. Las que son mías tienen olor y temperatura.

Alicia sintió algo que no era exactamente emoción pero que ocupaba el mismo espacio: la sensación de estar frente a algo que importa. Había entrevistado a supervivientes de secuestros, a víctimas de abuso prolongado, a personas que habían pasado años en condiciones de aislamiento extremo. Había escuchado muchas versiones de la memoria rota. Pero esta descripción —los recuerdos propios tienen olor, los implantados no— era la más precisa que había escuchado nunca, y la precisión venía de alguien que no había tenido acceso a psicología, a literatura del trauma, a ningún vocabulario externo con el que nombrarse.

Había llegado solo.

—¿Qué recuerdas que tenga olor? —preguntó Alicia.

El chico abrió la boca. La cerró. Abrió de nuevo.

—Tierra mojada —dijo—. Algo grande y oscuro. Un ruido de agua. —Frunció el entrecejo otra vez—. Frío en los pies.

Tierra mojada. Agua. Frío en los pies.

Enero. El río del valle. Un niño de cuatro años al que llevan a algún lugar.

Alicia mantuvo la expresión quieta con el esfuerzo específico que requería mantenerla quieta cuando lo que querías era inclinarte hacia delante y hacer veinte preguntas al mismo tiempo.

—¿Hay algo más?

—Una voz —dijo el chico. Y luego se detuvo de una manera que era definitiva, la parada de quien ha llegado al límite de lo que va a dar por hoy—. Pero no sé de quién.

Alicia esperó.

—Y una puerta —dijo Samuel tras un silencio—.

En el pasillo. El Padre nunca la abría.

Tenía cerrojo por fuera. Yo oía cosas dentro.

A veces. De noche.

Alicia sintió el pulso acelerarse un grado.

No lo mostró.

—¿Qué cosas oías?

—Pasos pequeños. Llanto.

El Padre hablando bajo.

Luego silencio.

Alicia anotó mentalmente: puerta cerrojo exterior.

Pasos pequeños. Llanto infantil.

—¿Preguntaste alguna vez?

Samuel miró el techo. Los fluorescentes zumbaban.

—Una vez. Me puso las luces tres días.

Nunca más pregunté.

El ruido llegó antes de que Alicia pudiera hacer otra pregunta.

Lo escuchó desde el pasillo: el sonido específico de varias personas moviéndose al mismo tiempo con urgencia contenida, voces en voz baja que sin embargo sumaban un volumen considerable, y debajo de ese sonido, distinguible porque Alicia la había escuchado muchas veces en muchos contextos distintos, la voz de Marta Sáez dando instrucciones.

Samuel la escuchó también. Su cuerpo no reaccionó de manera visible, pero algo cambió en la calidad de su atención: se orientó hacia la puerta sin moverse, como un animal que detecta algo en el perímetro sin necesitar verificarlo con los ojos.

—¿Quién es? —dijo.

—Hay alguien que quiere verte.

—¿Quién?

Alicia midió sus opciones en el tiempo de un parpadeo.

—La madre de Lucas Sáez.

El chico la miró. En su cara no había lo que Alicia esperaba que hubiera: no había anticipación, ni miedo, ni el reconocimiento súbito que en las películas marca el momento en que el personaje sabe. Había algo más complicado y más difícil de leer, algo que en otra persona Alicia habría llamado cautela pero que en este chico parecía más antiguo que la cautela, más instalado.

—¿Qué quiere? —dijo.

—Verte.

—¿Por qué?

—Porque cree que podrías ser su hijo.

El chico miró sus manos otra vez. La tirita del índice. El hilo de sangre seco que no había llegado a manchar nada.

—¿Y yo qué creo? —dijo, en voz muy baja.

La puerta se abrió.

Marta Sáez entró como entraba en todos los espacios en los que Alicia la había visto entrar: primero, completamente, sin la timidez de asomarse. Pero había algo diferente esta vez. El control que Alicia conocía de veinte años de ruedas de prensa y platós y entrevistas grabadas estaba presente, sí, pero con una textura distinta, como cuando una tela ha sido lavada demasiadas veces y mantiene la forma pero ha perdido peso.

Detrás de Marta, pegada al marco de la puerta como si quisiera tener siempre una salida a mano, Julia.

Alicia la vio y pensó: más alta de lo que esperaba. Tenía los ojos de Marta, la misma estructura ósea del pómulo, pero la expresión era completamente otra: donde Marta tenía brillo, Julia tenía filo. Miraba la habitación con la atención de alguien que está buscando las salidas de emergencia antes de decidir si se quedaba.

Y en el pasillo, detrás de la puerta que alguien había dejado entornada, el destello blanco y frío de al menos dos cámaras fotográficas.

Alicia se levantó.

—Señora Sáez, los medios deberían—

—Ya lo sé. —Marta no la miró. Miraba al chico en la cama—. Ya les he dicho que esperen.

Pero el destello volvió. Dos veces. El sonido inconfundible del obturador.

Marta no se movió hacia la cama de inmediato. Se quedó parada a unos tres metros, mirando al chico con una expresión que Alicia analizó de manera automática y que no le dio una lectura limpia: había en esa cara demasiadas cosas al mismo tiempo, superpuestas como capas de pintura sobre una pared, y Alicia no supo cuál era la más reciente y cuál llevaba más tiempo ahí.

El chico la miraba a ella.

No con reconocimiento. Con la misma atención catalogadora con la que miraba todo.

—Hola —dijo Marta. La voz salió más pequeña de lo que probablemente pretendía.

—Hola —dijo el chico.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Marta avanzó dos pasos. Luego se detuvo. Luego avanzó otros dos, y en ese movimiento entrecortado Alicia leyó algo que llevaba tiempo intentando leer en Marta Sáez: la distancia entre lo que el cuerpo quería hacer y lo que la cabeza le decía que hiciera, y cuál de los dos ganaba en cada momento.

—Me han dicho que te llamas Samuel —dijo Marta.

—Sí.

—Yo me llamo Marta.

—Lo sé. —Una pausa—. Te he visto en la televisión esta mañana.

Marta parpadeó.

—¿Sí?

—Antes de que la apagaran. Estabas hablando de un niño.

—De mi hijo. —Marta tragó saliva—. De Lucas.

El chico no dijo nada.

Marta avanzó el último tramo hasta la cama con una rapidez que parecía decisión pero que Alicia leyó como el momento en que el cuerpo se adelanta a la cabeza porque la cabeza lleva demasiado tiempo deliberando. Se sentó en el borde de la cama, sin pedir permiso, y extendió una mano hacia la del chico. El chico no retiró la suya. Dejó que Marta la tomara, con la misma tolerancia sin respuesta que había mostrado cuando el técnico de la ambulancia le puso la mano en el codo.

—Dios mío —dijo Marta, en voz muy baja. Y luego no dijo nada más durante varios segundos, mirando la mano del chico entre las suyas, y en esos segundos la expresión que Alicia no había podido leer se simplificó hasta dejar una sola cosa: algo que era o dolor real o la representación más perfecta del dolor real que Alicia había visto en veinte años de observar a Marta Sáez.

Luego Marta levantó la vista hacia el chico y le dijo algo que Alicia no oyó porque lo dijo demasiado bajo, casi sin voz, y entonces el chico hizo algo que Alicia no esperaba.

Dejó que Marta lo abrazara.

No respondió al abrazo. Pero tampoco se apartó. Se quedó quieto dentro del abrazo de Marta con los brazos a los lados del cuerpo, la misma quietud que había tenido en la gasolinera cuando la manta isotérmica, cuando la ambulancia, cuando todo lo que esta noche y esta mañana había puesto sobre él sin pedirle permiso y él había tolerado porque todavía estaba aprendiendo cómo funcionaban los gestos del mundo de fuera.

Alicia lo miraba.

Julia también lo miraba, desde la puerta.

Y lo que Julia veía —Alicia lo supo porque conocía bien la cara de Julia a estas alturas de la mañana, había tenido tiempo de estudiarla en los segundos desde que había entrado— era lo mismo que veía Alicia pero desde otro ángulo, el ángulo de alguien que conocía los abrazos de Marta de primera mano, que había crecido dentro y fuera de ellos, que sabía exactamente cómo se sentía Marta cuando abrazaba de verdad y cómo se sentía cuando abrazaba para que la vieran abrazar.

La postura de Marta era ligeramente incorrecta.

Un grado. Quizás dos. Los hombros demasiado hacia atrás, la cabeza girada en el ángulo que dejaba ver la cara desde la puerta entornada, desde donde los objetivos fotográficos seguían disparando con ese sonido de obturador que era discreto y sin embargo lo llenaba todo.

Julia lo vio.

Alicia vio que Julia lo veía.

Y en la expresión de Julia, en ese filo que tenía donde Marta tenía brillo, algo se afilaba todavía más, hasta quedar en una cosa muy pequeña y muy fría que no era odio pero se le parecía más de lo que debería parecérsele en una chica de veintidós años mirando a su madre abrazar a alguien que podría ser su hermano.

Alicia aprovechó el momento para coger lo que había venido a coger.

Sobre la mesita de noche, alguien del hospital había dejado una tableta con acceso restringido al sistema de información del paciente, y junto a la tableta, impresa en papel fotográfico de mala calidad desde alguna impresora del pasillo, la foto que los agentes habían usado en las primeras comprobaciones de identidad: la foto de Lucas Sáez con la camiseta de rayas, ampliada y un poco pixelada, con el nombre y la fecha de nacimiento impresos al pie.

La foto estaba boca abajo sobre la mesita.

Alguien la había dejado boca abajo. Alicia no supo si había sido el agente Ferreira por protocolo, o el médico por consideración, o el propio Samuel por una razón que todavía no tenía nombre.

Marta se separó del chico despacio, como si despegarse costara un esfuerzo físico. Le puso la mano en la mejilla. El chico no se apartó. Sus ojos la miraban con esa atención sin temperatura que lo miraba todo de la misma manera, y Alicia pensó que eso era lo que más debía de doler de este encuentro si Marta era la madre: no el miedo a que no fuera él, sino la posibilidad de que fuera él y que veinte años de ausencia hubieran construido entre ellos algo impermeable, una distancia que tenía la forma de un hijo pero no la temperatura de uno.

—Tengo algo para ti —dijo Marta. Abrió el bolso y sacó una fotografía. Impresa en papel normal, doblada por la mitad, como si la hubiera metido en el bolso con prisa. La doblez estaba en el centro de la cara del niño—. Es la única que tengo aquí. Hay más en casa.

El chico tomó la fotografía.

Alicia lo vio desdoblarla.

Lo vio mirar la imagen.

Era la foto de la camiseta de rayas. La misma que Alicia conocía de memoria, que había usado en el libro, que había salido en todos los informativos esta mañana. El niño de cuatro años con el pelo cortado a tazón y la sonrisa torcida.

El chico la miraba en silencio.

Marta lo miraba a él.

Julia miraba a Marta.

Alicia miraba al chico.

Y el chico, después de un tiempo que nadie midió pero que todos sintieron en algún lugar físico del cuerpo, levantó la vista de la foto y miró a Marta con una expresión que era la primera en toda la mañana que Alicia no supo clasificar inmediatamente.

No era reconocimiento.

No era extrañeza.

Era algo entre los dos, algo que no tenía nombre todavía en el catálogo que Alicia llevaba veinte años construyendo.

—¿Ese era yo? —dijo.

Tres palabras. El condicional en pasado. No soy yo ni ese soy yo sino ¿ese era yo?, la pregunta de alguien que mira una imagen de algo que debería reconocer y no puede confirmar que lo reconoce pero tampoco puede confirmar que no.

Marta abrió la boca.

La cerró.

Asintió.

Y sus ojos se llenaron de las lágrimas correctas, en el momento correcto, con el ángulo correcto hacia la puerta entornada y los objetivos que seguían disparando desde el pasillo.

Julia, desde la puerta, se giró y se fue.

Sus pasos se alejaron por el pasillo sin que nadie la llamara.

CAPÍTULO 7
EL ADN Y LA ESPERA

Miércoles / Hospital Comarcal de Valdecinos / 15.45 horas

La jeringuilla era de las pequeñas.

El técnico —Rafa, según la tarjeta plastificada que llevaba en el bolsillo del pecho, con una foto de carné donde parecía cinco años más joven y menos nervioso— la había preparado con el cuidado excesivo de alguien que sabe que lo están mirando demasiada gente para el procedimiento que va a realizar. Había en la sala, además de Rafa y de Samuel, una enfermera, un agente de policía nacional que había llegado de Soria esa mañana para supervisar la cadena de custodia, y Alicia, que había conseguido estar ahí mediante una combinación de insistencia y de invocar su nombre con la suficiente frecuencia hasta que nadie recordaba exactamente quién la había autorizado a quedarse.

Ese era un talento. No el único, pero sí el más útil en situaciones como esta.

Samuel miraba la jeringuilla con la atención con que lo miraba todo, pero Alicia detectó algo diferente en esta ocasión: no era el interés catalogador de las últimas horas sino algo más antiguo, más instalado en el cuerpo. Reconocimiento, quizás. El Padre era médico. El Padre había usado jeringuillas.

—¿Te han sacado sangre antes? —preguntó Alicia, en voz baja.

—Sí.

—¿El Padre?

—Cuando estaba enfermo. Decía que era para saber qué tenía.

Rafa, que no pretendía escuchar pero que evidentemente escuchaba porque era imposible no escuchar en esa habitación de cuatro metros cuadrados, quitó el tapón de la jeringuilla con un movimiento que fue un segundo más lento de lo necesario.

—Voy a necesitar que estires el brazo —dijo Rafa.

Samuel extendió el brazo izquierdo sobre la mesita articulada. El antebrazo quedó expuesto con la cicatriz pálida visible, y Rafa la miró durante el tiempo que tardó en aplicar el torniquete, que fue más tiempo del estrictamente necesario.

—¿Alguna alergia conocida?

—No lo sé.

Rafa limpió la zona con el algodón empapado en alcohol. El olor fue inmediato y agudo, y Samuel cerró los ojos un segundo. Solo uno. Luego los abrió.

—Pequeño pinchazo —dijo Rafa.

La jeringuilla entró. Samuel no se movió. Miró el punto de entrada con la misma atención clínica con la que el Padre probablemente le había enseñado a mirar estas cosas: sin drama, como un proceso que ocurre en el cuerpo pero al que el cuerpo puede observar desde una distancia razonable.

La sangre fue oscura y rápida.

Tres tubos. El técnico los etiquetó con un rotulador de punta fina, con letra pequeña y apretada: SUJETO A / CASO 2005-SE-0047 /. Los metió en una bolsa de plástico con cierre hermético, la bolsa en un contenedor de poliespán, el contenedor en una caja de cartón precintada.

—Cadena de custodia desde este punto —dijo el agente de policía, que se había acercado y extendía ya un formulario—. Necesito que firme aquí y aquí.

Rafa firmó.

El agente selló.

Luego miró a Alicia con la expresión del hombre que sabe que ella no debería estar aquí y ha decidido que señalarlo no le beneficia.

—La muestra materna se ha recogido esta mañana en Madrid —dijo el agente, dirigiéndose a Rafa y no a Alicia—. El laboratorio de referencia es el Instituto Nacional de Toxicología, unidad de genética forense. Tiempo estimado de resultado: cuarenta y ocho horas con protocolo urgente.

—¿Cuarenta y ocho horas con protocolo urgente? —repitió Alicia.

El agente la miró.

—Eso he dicho.

—¿No hay manera de reducirlo?

—No dentro del protocolo oficial.

Alicia miró la caja precintada. Luego miró al agente. Luego sonrió de la manera que Alicia Varela sonreía cuando estaba pensando en tres cosas al mismo tiempo y solo mostraba una.

—Entendido —dijo.

Llamó desde el coche.

No desde el aparcamiento del hospital, donde había periodistas desde las once de la mañana con sus furgonetas de retransmisión aparcadas en batería y sus cámaras apuntando a la entrada principal, sino desde la carretera comarcal que salía hacia el oeste, a dos kilómetros del hospital, aparcada en un ensanche de tierra que había usado un tractor hace poco porque las huellas todavía eran visibles en el barro. La lluvia había parado pero el cielo seguía bajo y compacto, del color del cemento húmedo, y el paisaje de encinas y monte bajo a ambos lados de la carretera tenía esa textura invernal que convierte el campo castellano en algo que parece una advertencia.

Marcó el número de memoria. Contestaron al segundo tono.

—Doctora Varela. —La voz de Patricia Leal, directora de contenidos, tenía la energía específica del día en que algo importante está pasando y la cadena todavía no tiene acceso a ello —. ¿Dónde estás?

—En Soria. He visto al chico.

Pausa de dos segundos. El silencio del cálculo.

—¿Y?

—Es interesante. —Alicia eligió la palabra con cuidado—. Muy interesante.

—¿Qué tan interesante?

—Lo suficiente para que me des lo que necesito.

Otra pausa. Más larga.

—¿Qué necesitas?

—Contacto en el Instituto Nacional de Toxicología. Alguien que pueda agilizar los resultados del ADN. No que los filtre —añadió

antes de que Patricia pudiera decir nada—, solo que los procese con prioridad real. Veinticuatro horas en vez de cuarenta y ocho.

—Eso es intervenir en un procedimiento judicial.

—Es usar influencia legítima para agilizar un proceso de interés público. —Alicia miró el monte bajo por el parabrisas—. Patricia. Si ese chico es quien podría ser, tenemos la historia del año. Posiblemente de la década. Necesito saber antes que nadie para poder construirlo bien. No para filtrarlo. Para estar preparada cuando salga.

El silencio de Patricia Leal era un silencio que Alicia conocía bien: el de alguien que ya ha tomado la decisión y está esperando el momento correcto para anunciarla.

—Te paso un número —dijo Patricia—. Es un contacto personal, no de la cadena. Lo que hagas con él es cosa tuya.

—Entendido.

—Y Alicia. —Pausa—. Necesito algo a cambio. Esta tarde. Declaración tuya en plató, primera persona, «he visto al chico, puedo confirmar que el caso está activo». Sin detalles. Solo presencia.

Alicia miró sus manos en el volante.

—A las siete.

—A las siete —confirmó Patricia, y colgó.

El número llegó por mensaje tres minutos después. Sin nombre. Solo los dígitos.

Alicia los marcó.

La conversación con el laboratorio duró once minutos.

El hombre que contestó se llamaba doctor Fuentes, y tenía la voz de alguien que lleva mucho tiempo haciendo un trabajo que requiere precisión y ha desarrollado hacia la imprecisión del resto del mundo una intolerancia que le ha costado amigos pero le ha dado exactitud. Alicia lo escuchó durante los primeros tres minutos hablar del protocolo, de la cadena de custodia, de los tiempos estándar, de las implicaciones legales de alterar esos tiempos, y cuando Fuentes terminó su exposición Alicia dijo:

—Doctor Fuentes, entiendo perfectamente todo lo que me acaba de explicar. Y lo respeto. Lo que le voy a pedir no compromete

ninguno de esos principios. Solo le pido que este caso esté al frente de la cola, no que cambie el proceso. El proceso sigue siendo el mismo. El orden de prioridad cambia.

—Tenemos otros casos urgentes.

—Ninguno con el perfil mediático de este.

—El perfil mediático no es un criterio científico.

—No. Pero la presión institucional sí es un criterio real, y usted va a tenerla en las próximas doce horas de todas maneras. Preferiría que la tuviera de mi parte antes que de la parte del Ministerio, que tiene menos paciencia con los tecnicismos que yo.

Silencio.

—¿Quién ha dicho que hay presión del Ministerio?

—Nadie todavía —dijo Alicia—. Pero conozco cómo funcionan estas cosas, doctor. Y usted también.

Otro silencio. Más largo.

—Veinticuatro horas —dijo Fuentes finalmente—. No menos. Y los resultados van al canal oficial primero. A usted no le llega nada directamente.

—Por supuesto —dijo Alicia.

Colgó.

Miró el paisaje por el parabrisas durante un momento. El monte bajo. Las encinas. El cielo del color del cemento húmedo.

Pensó: si es verdad, cambia todo.

No lo pensó como periodista o como criminóloga o como autora de un libro que llevaba veinte años siendo el relato definitivo de un caso. Lo pensó como lo que era en ese momento específico, sola en un coche aparcado en un ensanche de tierra en la provincia de Soria: como alguien que ha construido su vida sobre una historia y que acaba de entender que la historia podría tener un capítulo que ella no escribió.

Si Samuel era Lucas Sáez, su libro tenía veinte años de historia que no sabía.

Si Samuel era Lucas Sáez, todo lo que ella había presentado como definitivo era provisional.

Si Samuel era Lucas Sáez, su carrera no terminaba. Se reiniciaba.

Y reiniciarse a los cincuenta y dos años era diferente a construir a los treinta y dos.

Arrancó el coche.

Garrido estaba en la habitación del motel cuando le llegó el mensaje de Alicia: ADN en proceso. 24h. Te aviso.

Leyó el mensaje, lo cerró y volvió a la mesa.

La habitación del Hostal Castilla de Valdecinos tenía la misma relación con el confort que la mayoría de los hostales de carretera de provincias: funcional en los términos mínimos, con una colcha de poliéster que olía a lavadora industrial y una lámpara de mesita que daba una luz naranja insuficiente para leer. Garrido había pedido en recepción una lámpara de escritorio y le habían dicho que no tenían, y entonces había reorganizado las dos lámparas de la habitación —la de la mesita y la del cuarto de baño, que sacó con el cable bien estirado hasta la puerta— para crear una superficie de trabajo razonablemente iluminada sobre la mesa de formica.

Sobre la mesa, la carpeta.

No la carpeta del Ministerio. La suya.

La había abierto por completo esta vez, sacando cada hoja y colocándola en orden sobre la mesa hasta que la superficie quedó cubierta de papel: informes, transcripciones, fotocopias de fotocopias donde el texto era ya una sombra de sí mismo, notas manuscritas en los márgenes. El expediente oficial tenía quinientas páginas. La carpeta de Garrido tenía ochenta y tres hojas seleccionadas a lo largo de veinte años, las que él había considerado que decían algo que el expediente oficial no quería escuchar.

Buscaba una en concreto.

La encontró en la página cuarenta y uno: una fotocopia de un informe de campo del 3 de febrero de 2005, tres semanas después de la desaparición de Lucas. El informe lo había redactado él mismo, con su letra de entonces que era más vertical y más rápida que la de ahora. El informe describía una ruta de búsqueda en el sector norte del valle, siguiendo el río hacia arriba, y en el párrafo cuarto mencionaba el hallazgo de una construcción abandonada a cuatro kilómetros del pueblo: una antigua casa de guarda forestal, paredes

de piedra, tejado parcialmente hundido, sin señales recientes de ocupación.

Sin señales recientes de ocupación. Eso había escrito en febrero de 2005.

Pero debajo de ese informe, en una hoja suelta que Garrido había añadido a la carpeta mucho más tarde —tenía la fecha de 2009 en el margen, cuatro años después— había una nota escrita a lápiz. La letra era más pequeña, más apretada, la letra de alguien que escribe en un espacio pequeño y no quiere que nadie más lo vea.

Revisé el informe del sector norte. El agente Domínguez, que participó en la búsqueda de ese día, me dijo en conversación informal (marzo 2009, jubilación Domínguez) que había encontrado algo en la casa forestal que no incluyó en el informe porque el subinspector Mora le dijo que «no era relevante». Lo que encontró Domínguez: una huella de bota grande en el barro del interior. Y junto a ella, dos huellas pequeñas. De niño. Dos huellas distintas, tamaños distintos. Domínguez no pudo precisar la edad de las huellas. Mora cerró ese sector al día siguiente.

Dos huellas pequeñas. Tamaños distintos.

Garrido había releído esta nota tantas veces en quince años que el lápiz se había borrado en los bordes por el roce de sus propios dedos. Pero nunca había podido hacer nada con ella porque Domínguez había muerto en 2011, porque Mora había negado siempre cualquier versión que se desviara del expediente oficial, y porque en 2009 el caso llevaba cuatro años paralizado y nadie en la estructura quería que Garrido siguiera tirando de un hilo que se había decidido cortar.

Ahora el hilo había vuelto solo.

Garrido puso la nota junto al testimonio del vecino anónimo que había encontrado el día anterior en el Ministerio: «Podría ser, o podrían ser los dos.» Dos huellas de niño de tamaños distintos. Un testigo que vio a un hombre con dos criaturas. Samuel diciendo no está solo ahí dentro.

Tres puntos que formaban una línea.

Una línea que Mora había borrado en 2005.

Garrido sacó el teléfono y llamó a un número que no estaba en los contactos, que marcó de memoria porque los números importantes los guardaba en la cabeza desde que aprendió que los teléfonos se pierden y las cabezas también pero en diferente orden.

Contestó una mujer.

—Necesito localizar a Ramón Mora —dijo Garrido sin presentarse, porque no hacía falta—. Sé que está retirado en Burgos. Necesito una dirección.

—Garrido, eso es—

—Sé lo que es. Necesito la dirección.

Silencio. El sonido de teclas.

—Te mando un mensaje. Y Garrido: si esto te explota en la cara, yo no he hablado contigo.

—Nunca hablas conmigo —dijo Garrido, y colgó.

Samuel llevaba dos horas solo cuando empezó a dibujar.

No había pedido papel. Lo había encontrado él mismo, en el cajón de la mesita de noche donde los hospitales guardan folletos de nutrición y formularios de alta que nadie lee: un cuaderno pequeño de espiral, probablemente olvidado por algún paciente anterior, con las primeras doce páginas usadas y el resto en blanco. Al lado, un bolígrafo azul.

Arrancó las páginas usadas con cuidado, doblándolas por la espiral sin romper nada. Luego miró las páginas en blanco durante un momento.

Empezó a dibujar la casa.

No era un dibujante. O quizás sí lo era, de una manera que no tenía nombre técnico, porque el Padre le había enseñado a copiar lo que veía con precisión antes que a interpretarlo. Lo que aparecía en el papel era arquitectura antes que arte: la planta de la casa desde arriba, con las proporciones cuidadas, las paredes marcadas con doble línea, las habitaciones etiquetadas con letras. A: mi cuarto. B: sala. C: cocina. D: cuarto del Padre.

Y luego, con más titubeo, más lento: E: la puerta que no se abre.

La puerta que no se abre no tenía habitación detrás. Solo una línea que cruzaba el pasillo y se detenía en un rectángulo cerrado.

Samuel miró el dibujo.

Luego, en la página siguiente, algo diferente. No planta sino alzado: la fachada de la casa tal como la recordaba desde el interior, desde la ventana de la sala, que era el único punto desde el que podía ver el exterior. La ventana grande daba al sur, y al sur había un patio de tierra y más allá un muro de piedra y más allá el valle bajando hacia donde estaba el pueblo, los tejados que a veces se veían cuando la niebla no lo cubría todo.

Dibujó el valle.

Dibujó los tejados.

Y en el extremo del papel, en la esquina inferior derecha, donde el valle se cerraba entre dos cerros, dibujó algo más pequeño que el resto: una figura. Una figura que era apenas un esbozo, dos líneas para el cuerpo y un círculo para la cabeza, del tamaño de las figuras que dibujan los niños cuando aprenden a representar personas.

Pequeña. Más pequeña que él mismo en el dibujo, donde no había puesto ninguna figura que lo representara.

Más pequeña. Como de un niño de cuatro o cinco años.

Samuel miró la figura durante un tiempo que el zumbido del fluorescente midió en su frecuencia constante.

Luego escribió debajo, con la letra cuidadosa que el Padre le había enseñado y que era vertical y precisa y no se parecía a ninguna letra que hubiera aprendido en una escuela porque nunca había aprendido en una escuela: No sé su nombre.

Tres palabras.

Las miró.

Luego añadió cuatro más, debajo, con el bolígrafo quieto un segundo antes de empezar a moverse: Pero sé que estaba.

El teléfono de Alicia sonó a las 19.47, cuando llevaba veinte minutos fuera del plató después de la declaración en directo que Patricia Leal había querido y que Alicia había dado con la precisión de cirujano: el caso está activo, las autoridades están trabajando, en las próximas horas sabremos más. Nada que comprometiera nada. Todo lo suficientemente real para que la audiencia entendiera que algo grande estaba pasando.

Estaba en el coche otra vez. El parking del edificio de Mediacentro, nivel menos dos, bajo los tubos de luz fría que

convertían todo en contraplano de película de suspense.

El número que apareció en pantalla no tenía nombre asignado.

Pero Alicia supo quién era antes de descolgar.

—Doctora Varela —dijo la voz del doctor Fuentes, y en su tono había algo diferente al de por la mañana: la precisión seguía ahí pero debajo había otra cosa, algo que no era exactamente excitación pero se le parecía, el temblor específico de alguien que acaba de confirmar algo que no esperaba confirmar—. Le llamo porque los resultados están procesados.

Alicia no dijo nada.

—Hemos hecho la comparativa con la muestra materna siguiendo el protocolo estándar de dieciséis marcadores STR. —Una pausa. El doctor Fuentes no era hombre de pausas, lo que significaba que esta pausa era involuntaria, que la propia información la estaba produciendo—. La compatibilidad es completa. Sin ambigüedad estadística.

El parking. Los tubos de luz fría. El sonido de un coche entrando en la rampa tres niveles más arriba.

—¿Completa? —dijo Alicia.

—Positivo en todos los marcadores. —La voz de Fuentes era perfectamente plana ahora, de vuelta al protocolo, como si la planitud fuera la única manera de contener lo que estaba diciendo—. El sujeto A es hijo biológico de la mujer cuya muestra se ha analizado como referencia materna.

Alicia cerró los ojos.

Los abrió.

—¿Va a haber un informe escrito?

—En las próximas dos horas, siguiendo el protocolo. El canal oficial es la Unidad de Personas Desaparecidas. Ellos notificarán a las partes.

—Entendido. Gracias, doctor Fuentes.

Colgó.

Se quedó con el teléfono en la mano, en el parking del nivel menos dos, bajo los tubos de luz fría.

El chico de la gasolinera era Lucas Sáez.

El chico que había vivido veinte años en una casa en un valle con un hombre al que llamaba el Padre era el niño desaparecido que había construido la carrera de Alicia, el libro de Alicia, el documental de Alicia, la versión de Alicia de lo que era el dolor de una madre y el fracaso de un sistema y la memoria colectiva de un país.

Y había una habitación en esa casa con una puerta que no se abría.

Y había un dibujo en el cuaderno de espiral de Samuel con una figura pequeña en la esquina inferior derecha.

Y había una nota de 2005 que decía dos huellas pequeñas, de tamaños distintos.

Alicia marcó el número de Garrido.

Contestó antes del primer tono completo, como si hubiera estado esperando con el teléfono en la mano.

—¿Ya? —dijo Garrido.

—Positivo —dijo Alicia—. Es él.

Silencio.

—Entonces, lo que me contaste esta mañana\... —dijo Garrido—. La puerta del pasillo.

—Sí —dijo Alicia—. Cerrojo por fuera. Oía pasos pequeños dentro.

Llanto. El Padre hablando bajo. Tres días de luces por preguntar.

Silencio más largo.

Garrido calculó.

—Mi nota del 2005 —dijo finalmente—. Dos huellas pequeñas.

Diferentes tamaños. Sector norte del valle.

Alicia sintió el parking menos dos volverse más frío.

CAPÍTULO 8
LA FIESTA DE LA VOLUNTAD

Miércoles / Piso de Marta Sáez, calle Montserrat 14, Madrid / 23.15 horas

El cava se había derramado en la alfombra del salón y nadie lo había limpiado.

Julia lo vio desde el pasillo: una mancha oscura y expansiva junto al pie de la estantería donde estaban las zapatillas de talla veintitrés, como si el líquido hubiera elegido ese lugar específico para verterse, junto a las zapatillas que Lucas nunca había usado, bajo los marcos con las fotografías de Lucas que llevaban veinte años en esa pared. La mancha tenía la forma irregular de las cosas que ocurren sin que nadie las planifique, que era la única forma que tenía la realidad esta noche en el piso de Marta Sáez, porque todo lo demás había sido planificado o estaba siendo planificado en tiempo real por su madre con la eficiencia específica de alguien que lleva dos décadas siendo el director de su propio espectáculo.

Había doce personas en el salón. Julia las había contado desde la puerta.

Tres periodistas con cámaras. Dos redactoras de revistas con libretas. El fotógrafo de Hola que había llegado el primero, antes incluso de que Marta colgara el teléfono con el Ministerio, como si hubiera estado esperando en la esquina. La agente de comunicación de Marta, Silvia, con un móvil en cada mano como si sus dos brazos fueran extensiones de dos conversaciones simultáneas. Un productor de televisión al que Julia no reconocía pero cuya chaqueta tenía el logo bordado de una cadena. Y el resto: conocidos de Marta, gente del entorno de la campaña, una mujer de la ONG que llevaba la cara de alguien que no sabía si esto era apropiado pero había venido de todas formas.

El cava era Juvé & Camps. Habían traído cuatro botellas. Dos estaban vacías.

Marta estaba en el centro del salón con una copa en la mano y la cara de alguien que ha recibido la mejor noticia de su vida y lleva veinte años preparándose para recibirla de manera que parezca espontánea.

—Es un milagro —decía Marta, y las palabras salían con la temperatura exacta, ni demasiado frías para parecer calculadas ni demasiado calientes para parecer histéricas—. Veinte años esperando este momento y ahora que está aquí no\... no tengo palabras.

El fotógrafo de Hola disparó tres veces seguidas. Los flashes llenaron el salón con esa luz blanca y violenta que convierte los espacios domésticos en contraplanos de película, que aplana las sombras y endurece los rasgos y borra la diferencia entre lo que es real y lo que está siendo registrado para ser real después, en papel satinado, en pantallas de teléfono, en portadas de revistas que la gente hojea en las salas de espera.

Julia miró la mancha de cava en la alfombra.

Luego miró a su madre.

La inconsistencia número uno: Marta había recibido la llamada del Ministerio con los resultados del ADN a las siete y cuarenta y nueve. Julia lo sabía porque estaba en la habitación de al lado y había escuchado el tono específico del teléfono fijo que usaban para las llamadas oficiales, y había escuchado los dos minutos de silencio de su madre escuchando, y luego había escuchado la puerta del dormitorio de Marta cerrarse.

Marta había tardado cuatro minutos en salir del dormitorio.

Cuatro minutos era el tiempo que Marta necesitaba para recomponerse después de una noticia difícil. Julia lo sabía porque lo había medido durante años, de manera no consciente al principio y luego deliberada, el tiempo que tardaba su madre en convertir lo que sentía en lo que iba a mostrar que sentía. Cuatro minutos para noticias difíciles.

Pero esto era una noticia buena. La mejor noticia posible, según cualquier criterio que Julia pudiera aplicar. Su hermano estaba vivo. Veinticuatro años. Un hombre, ya, no el niño de la camiseta de rayas, pero vivo.

Y Marta había tardado cuatro minutos en salir.

El mismo tiempo.

Julia no sabía qué significaba eso. Pero lo había anotado en la parte de su cabeza donde anotaba las cosas que no sabía qué significaban todavía y que esperaban ahí, en fila, hasta que tuvieran suficiente contexto para volverse legibles.

La inconsistencia número dos: cuando Marta salió del dormitorio, su primera llamada no había sido al hospital. No había sido a Samuel. Había llamado a Silvia, la agente de comunicación, y Julia había escuchado esa conversación entera porque Marta no había cerrado la puerta de la cocina donde la tuvo.

—Silvia, es positivo. Sí. Sí, confirmado. Necesito que llames al fotógrafo de Hola esta noche, que venga aquí. Y al productor de Vergara, dile que mañana algo. Sí, esta noche. —Pausa—. No, primero las fotos aquí. Luego el hospital. Sí.

Primero las fotos. Luego el hospital.

Julia había escuchado esas dos frases desde el pasillo y se había quedado quieta durante un momento, procesando. No era la primera vez que su madre hacía algo así. Había toda una gramática en la manera en que Marta gestionaba la relación entre lo privado y lo público, y Julia la conocía de haberla vivido desde dentro durante veintidós años, y a veces esa gramática era comprensible —una madre que había aprendido a sobrevivir en el espacio mediático para mantener el caso vivo— y otras veces era algo diferente, algo que Julia no tenía todavía el nombre exacto para llamarlo pero que notaba en el cuerpo como se nota el frío antes de ver la temperatura.

Esta noche era algo diferente.

—Julia, ven, quieren hacernos una foto juntas.

Marta la había encontrado en el pasillo con esa capacidad que tenía de detectar la posición de Julia en cualquier espacio, ese radar maternal que Julia a veces pensaba que era amor y otras veces pensaba que era gestión del perímetro.

—No —dijo Julia.

—Julia. —La voz de Marta bajó medio tono—. Esta noche es importante. Tu hermano ha vuelto.

—Mi hermano está en un hospital en Soria y tú estás aquí con el fotógrafo de Hola. —Julia lo dijo sin crueldad, simplemente como descripción de la realidad—. Yo me quedo en el pasillo.

Marta la miró durante tres segundos con la expresión real, la que no era para las cámaras, la que aparecía en los espacios sin testigos. Era una expresión que Julia había aprendido a leer como la superficie de algo más profundo que nunca acababa de ver del todo: como un lago con buena visibilidad hasta cierta profundidad y después solo oscuridad.

—Mañana vamos al hospital —dijo Marta.

—Lo sé.

—Juntas. Las dos.

—Si tú quieres.

—¿Y tú no quieres?

Julia miró a su madre.

—Yo quiero ver a Samuel. No sé si quiero ver lo que va a pasar alrededor de verle.

Marta abrió la boca. La cerró. Luego volvió al salón con la copa de cava y la expresión de la madre coraje, y el fotógrafo de Hola disparó tres veces más, y los flashes blancos y violentos se filtraron hasta el pasillo donde Julia seguía parada.

Julia miró la mancha de cava en la alfombra.

Luego miró el árbol de cinco colores en su marco dorado.

Pensó: si Lucas ha vivido veinte años en algún sitio, hay cosas que explican cómo llegó ahí. Y esas cosas tienen principio. Y ese principio está antes de su desaparición.

Pensó: hay cosas que mi madre no ha dicho nunca en veinte años.

Pensó: el mismo tiempo que tarda cuando la noticia es difícil.

En el plató de televisión, Alicia Varela estaba respondiendo la misma pregunta por cuarta vez en una hora.

La pregunta variaba en la formulación pero era siempre la misma pregunta: ¿cómo se siente? Los presentadores la hacían de maneras diferentes, con inflexiones diferentes, con los ojos más o menos brillantes según el nivel de implicación emocional que hubieran decidido proyectar esa noche, pero la estructura era idéntica y la

respuesta que esperaban también era idéntica: la experta emocionada, la criminóloga que llevaba veinte años con este caso y que ahora, con el resultado del ADN confirmado, podía permitirse sentir lo que siempre había contenido dentro del análisis.

Alicia lo daba. Sabía darlo.

—Es un momento extraordinario —decía, con el tono que había calibrado en el coche camino al plató: suficientemente cargado para que pareciera genuino, suficientemente controlado para que pareciera profesional—. Veinte años de trabajo de muchas personas, de una madre que nunca dejó de creer, y esta noche tenemos la confirmación de que Lucas Sáez está vivo.

Los aplausos del público llenaban el estudio cada vez que decía Lucas Sáez está vivo. El realizador había pedido al público que respondiera a esa frase específica, Alicia lo sabía porque Alicia llevaba años sabiendo cómo funcionaba el mecanismo de los platós y de los públicos y de las frases que se convierten en palancas emocionales.

El share era de veintitrés punto cuatro por ciento.

Patricia Leal le había mandado el dato por mensaje con tres signos de exclamación, que era el máximo de entusiasmo que Patricia Leal expresaba nunca en formato escrito.

Pero debajo del plató, debajo de los focos y los aplausos y el veintitrés punto cuatro, había algo que Alicia no estaba gestionando bien y que notaba en el cuerpo de la misma manera que se nota una piedra en el zapato cuando llevas kilómetros caminando: no lo suficientemente grande para que puedas parar, sí lo suficientemente constante para que no puedas olvidarlo.

Su libro llevaba veinte años siendo el relato definitivo.

El Niño del Valle había vendido ciento veinte mil ejemplares. Había generado un documental en tres partes. Había dado a Alicia Varela una autoridad sobre este caso que ningún otro profesional tenía, una autoridad construida sobre el argumento implícito de que ella lo conocía mejor que nadie, que había accedido a la verdad de lo que había pasado de una manera más completa que los demás.

Lucas Sáez llevaba veinte años en una casa en un valle.

Alicia no sabía nada de esa casa. No sabía nada de esos veinte años. No sabía nada del Padre, de las rutinas, de la puerta sin pomo, de las luces como castigo, de la figura pequeña que Samuel había dibujado en la esquina inferior derecha de un cuaderno de espiral.

Todo lo que había escrito en el libro era lo que había pasado antes del secuestro y lo que había pasado después de la desaparición. Pero el centro de la historia, los veinte años del centro, eran un espacio en blanco que ella no había llenado porque no había podido llenarlo.

Ahora podía.

Y eso era lo que no cabía del todo en el plató, entre los aplausos y el veintitrés punto cuatro: la conciencia de que la historia que había construido era correcta hasta cierto punto y después de ese punto era silencio, y el silencio iba a hablar ahora, y lo que dijera podía confirmar lo que ella había escrito o podía contradecirlo, y no había manera de saber cuál de las dos cosas sería hasta que Samuel hablara.

Y Samuel, hasta ahora, había dado muy poco.

En la habitación del hotel donde la policía lo había instalado después del hospital, Samuel miraba la televisión.

Le habían dejado el mando a distancia, que era un objeto que Samuel había examinado durante diez minutos antes de entender su funcionamiento: una lógica simple una vez que tenías el principio, cada botón con su función, el volumen en una dirección y los canales en otra. El Padre no había tenido televisión. Había tenido radio, que era diferente porque la radio era solo voz y la televisión era voz y cara al mismo tiempo, y las caras de la televisión eran extrañas de una manera que Samuel todavía no había terminado de clasificar: demasiado grandes, demasiado cerca, demasiado expresivas de maneras que parecían calculadas para producir reacciones específicas en quien miraba.

En la pantalla, su nombre.

No Samuel. Sino Lucas Sáez. Pero debajo del nombre, en el rótulo que aparecía en la parte inferior de la pantalla, las dos palabras juntas:

LUCAS / SAMUEL.

Y debajo:

VIVO TRAS 20 AÑOS.

Samuel miraba las palabras.

Miraba a la mujer de la pantalla que hablaba del caso con autoridad, que había estado en el hospital esa mañana, que se llamaba Alicia. En la pantalla Alicia tenía una presencia diferente a la que había tenido en la habitación del hospital: más grande, más nítida, como si la pantalla la amplificara más allá de lo que el espacio real permitía.

Luego cambiaron a otra imagen.

La imagen era el piso de Marta Sáez.

Samuel reconoció el salón por las fotos de las paredes, que eran las mismas fotos que Marta le había mostrado esa mañana en el hospital. Pero el salón estaba lleno de gente y de flashes y Marta estaba en el centro con una copa en la mano, y su cara tenía una expresión que Samuel estudió durante varios segundos sin poder clasificarla del todo.

No era la expresión que Marta había tenido en el hospital.

En el hospital la expresión de Marta había sido la que Samuel había aprendido a reconocer como la de alguien que está procesando algo grande, con el temblor específico de las cosas que importan demasiado para gestionarlas limpiamente. En la televisión, la expresión de Marta era diferente: más fija, más orientada hacia algo, como cuando las personas miran a algo que no es la persona que tienen delante sino la idea de esa persona.

Samuel no tenía el vocabulario para llamarlo actuación.

Pero tenía el instinto que había desarrollado veinte años leyendo a una sola persona en un espacio cerrado, y ese instinto decía que lo que veía en la pantalla y lo que había visto en el hospital eran dos versiones de la misma mujer con distinto grado de procesamiento.

Apagó la televisión.

La habitación quedó en silencio. La lluvia había vuelto, más fina que la de la noche anterior, un susurro constante contra la ventana.

Samuel miró el cuaderno de espiral que tenía en la mesita de noche. El dibujo de la casa. El dibujo del valle. La figura pequeña en la esquina inferior derecha y las siete palabras debajo:

No sé su nombre. Pero sé que estaba.

—¿Dónde está el niño que dibujé? —dijo en voz alta.

No había nadie en la habitación para escucharlo.

La pregunta se quedó suspendida en el aire durante un momento, luego fue absorbida por el silencio y la lluvia, y Samuel se quedó mirando el techo con los ojos abiertos.

Sabía, de una manera que no era pensamiento sino algo más físico, más antiguo, que la respuesta a esa pregunta era lo único que importaba ahora mismo. No las fotos de Marta. No la televisión. No el ADN positivo en cuyo significado todavía no había terminado de encontrar los archivos donde guardarlo.

El niño del dibujo.

Que era pequeño. Y estaba en el valle. Y cuyo nombre Samuel no sabía.

Y cuya ausencia en la casa cuando Samuel se había escapado era tan importante como cualquier cosa que hubiera dicho o dibujado o recordado en las últimas veinticuatro horas.

La llamada llegó al móvil del inspector Sáez —el inspector al mando del caso desde esa mañana, sin relación familiar con Marta a pesar del apellido, circunstancia que le había costado tres aclaraciones en el día— a las once y cincuenta y dos.

Era el equipo que había entrado en el valle seis horas antes.

Habían encontrado la casa.

No a cuatro kilómetros del pueblo, como decía el informe de 2005. A seis. La carretera forestal llegaba hasta los dos kilómetros y el resto era pista de tierra que la lluvia había convertido en barro, y habían necesitado el todoterreno de la Guardia Civil y luego cuatrocientos metros a pie con linternas.

La casa era de piedra. Paredes gruesas, tejado de pizarra, dos plantas. La puerta principal estaba abierta, lo que significaba que alguien había salido por ella y no la había cerrado detrás, o no había podido, o no había querido.

El inspector Sáez escuchó el informe de pie junto a la ventana de su despacho provisional en la comisaría de Valdecinos, con el teléfono apretado contra la oreja y el café que alguien le había puesto en la mesa ya frío y sin tocar.

—¿Hay alguien? —preguntó.

—Nadie —dijo la voz al otro lado—. La casa está vacía. Pero\...

—¿Pero?

El agente al otro lado tardó un segundo.

—Hay dos habitaciones en la planta de arriba. —Otra pausa—. En una hay una cama de adulto. Libros. Una estantería. Parece que alguien vivía ahí de manera permanente.

—¿Y la otra?

—La otra tiene dos catres. —La voz del agente era plana, del tipo de planitud que se construye encima de algo que no es plano—. Pequeños. Del tamaño de catres de niño. Los dos con ropa de cama. Los dos con señales recientes de uso.

El inspector Sáez cerró los ojos.

Los abrió.

—Asegura el perímetro. Nadie entra hasta que llegue el equipo forense. Y quiero saber si hay alguna salida por la parte trasera.

—Hay una puerta trasera que da al monte —dijo el agente—. Estaba abierta también.

—¿Rastros?

Pausa.

—Huellas en el barro. Hacia el norte. —Otra pausa, más larga—. Dos tamaños distintos. Una grande. Una pequeña.

El inspector Sáez miró la lluvia por la ventana.

Dos tamaños distintos.

Una grande. Una pequeña.

El Padre y el niño que Samuel no sabía nombrar pero sabía que estaba.

Que había estado.

Que quizás seguía estando en algún lugar del monte, hacia el norte, con la lluvia borrando las huellas a razón de milímetros por hora.

—Moviliza a los equipos de búsqueda —dijo el inspector—. Todo el que tengamos disponible. Y llama a la Guardia Civil de montaña.

Colgó.

Luego marcó el número de Garrido, que era el único número que en este momento le parecía pertinente marcar.

Garrido contestó al primer tono, como siempre.
—Han encontrado la casa —dijo el inspector—. Dos catres.
Silencio de Garrido.
—¿Cuánto tiempo llevan vacíos? —dijo Garrido.
—Recientes. El equipo dice que recientes.
Silencio más largo.
—Entonces sigue ahí fuera —dijo Garrido.
No especificó quién. No hacía falta.
El inspector miró la lluvia.
—Sí —dijo.

CAPÍTULO 9
EL PADRE

Miércoles / Monte norte, término municipal de Hoces del Duero / 23.50 horas

El frío no era un problema.

Javier Ruiz Montoya llevaba botas de montaña, pantalón térmico, dos capas de lana debajo del anorak impermeable. Había preparado la mochila con tres días de autonomía, como siempre que subía al monte: agua, comida de alta energía, manta de emergencia, el botiquín con lo básico. Treinta años de subir a este monte le habían enseñado que el frío era una variable gestionable si se planificaba. Casi todo lo era.

Estaba sentado en el abrigo rocoso del Espigón, con la espalda contra la piedra que retenía el calor del día y que a esta hora aún lo cedía despacio, en cantidades que no calentaban del todo pero que diferenciaban el estar ahí del estar a la intemperie. Esa diferencia, había aprendido, era suficiente para pensar.

Necesitaba pensar.

La tablet que había traído era la misma que usaba para mantener a Jana informada: noticias, documentales, las coberturas del aniversario que había gestionado con cuidado durante los últimos tres meses, dejando que Jana viera exactamente lo que necesitaba ver y exactamente en el orden en que necesitaba verlo. Jana era inteligente. Más que Samuel en algunos aspectos: más rápida para el patrón, menos necesitada de la certeza de los hechos para llegar a una conclusión. Con Samuel había tenido que construir el razonamiento paso a paso. Con Jana bastaba señalar la dirección y ella llegaba sola.

Había sido un error subestimarla.

No en el sentido que el sistema llamaría error: no había hecho nada que no estuviera dentro de lo previsto, nada que no hubiera calculado como variable posible. El error había sido de otro tipo.

Había asumido que la inteligencia de Jana operaba dentro de los parámetros que él había definido para ella, que los años en la casa la habían hecho más suya que del mundo exterior. Esa era la teoría. Y la teoría era correcta en lo fundamental: Jana no era del mundo exterior. El mundo exterior la había reclamado durante tres años de infancia y después ella había sido suya durante diecisiete. Eso no se deshace en una tarde de carretera.

Pero la teoría no preveía que Jana eligiera.

Encendió la tablet. La pantalla iluminó el interior del abrigo con una luz azulada que redujo a cero su visión nocturna, y Ruiz esperó los treinta segundos necesarios para que los ojos se adaptaran antes de seguir mirando hacia el valle.

En la pantalla: el canal de noticias que llevaba dieciséis horas transmitiendo en bucle la misma imagen. El chico en la gasolinera. La ambulancia. El hospital. La foto del ADN que alguien había filtrado antes de que el Ministerio pudiera gestionarlo. Samuel con la manta isotérmica, los pies descalzos, la expresión que Ruiz reconoció de inmediato aunque no la había visto en veinte años porque era la expresión que Samuel ponía cuando algo no encajaba en sus categorías y necesitaba tiempo para construir una nueva.

Samuel había construido la categoría. Eso era lo que decía su cara en la televisión. Ya no era la expresión de alguien perdido: era la de alguien que ha encontrado el marco y está probando si aguanta el peso.

Aguantaba.

Ruiz apagó la pantalla.

En la oscuridad repentina, el valle volvió a existir: las luces de los vehículos de la Guardia Civil en la carretera comarcal, los focos del equipo de búsqueda moviéndose entre los árboles al norte, el sonido lejano de lo que podía ser un perro o el viento en una rendija de roca. Las luces eran más de las que esperaba. Habían movilizado más unidades de las que justificaba un joven sin historia, sin identidad oficial, sin más que la convergencia de factores que el Ministerio había descrito en el comunicado de las diez de la mañana.

No era por Samuel.

Era por lo que Samuel representaba: veinte años de un caso que el sistema había cerrado y que ahora se abría con la violencia específica de las cosas que han estado bajo presión durante demasiado tiempo. El sistema necesitaba gestionar eso. Y gestionar eso significaba encontrar a Ruiz, que era la variable que convertía el caso de anomalía en crimen, de misterio en historia con culpable.

El sistema necesitaba un culpable.

Ruiz entendía eso. Lo había entendido desde el principio, desde 1998, cuando el comité ético rechazó la tesis y él comprendió que la diferencia entre investigación y delito no estaba en la metodología ni en los resultados sino en si el sistema aprobaba el marco teórico. Su marco no era aprobado. Nunca lo había sido. Y sin aprobación del marco, todo lo que venía después se clasificaba automáticamente como daño.

Pero daño era una palabra del sistema. Una palabra que presuponía que el estado natural de un niño era la exposición al ruido del mundo exterior, que arrancar a un niño de ese ruido era privarle de algo en lugar de protegerle de algo. Ruiz había trabajado diez años con niños dañados por ese ruido. Los había visto llegar a la consulta con el mismo peso en los ojos que Samuel tenía en la gasolinera, ese peso que no es cansancio sino acumulación: demasiado mundo demasiado pronto sin la capacidad de procesarlo. El sistema que producía ese daño no tenía autoridad moral para juzgar los métodos de quien intentaba evitarlo.

Samuel estaba vivo.

Jana estaba viva.

Eso era lo que importaba. No los errores anteriores —y habían sido errores, Ruiz no tenía dificultad en llamarlos así porque un error es simplemente un cálculo incorrecto de una variable, y sus cálculos habían sido incorrectos en los primeros años, cuando la teoría no estaba suficientemente desarrollada para saber qué variables eran críticas. Los primeros niños habían muerto porque él no sabía todavía lo que aprendería con ellos. Era un coste. Un coste que el sistema también pagaba, en silencio, en todos los niños que pasaban por centros de acogida y salían rotos de maneras que nadie documentaba porque el sistema no se documenta a sí mismo

cuando falla. La diferencia era que él sí lo había documentado. Todo. Un método imperfecto en sus primeras iteraciones, como todos los métodos. Perfectible. Perfeccionado.

Samuel.

Jana.

La linterna del equipo de búsqueda se detuvo un momento a doscientos metros al norte, luego reanudó su movimiento. Los perros llevaban horas en el monte pero el arroyo había cortado el rastro, lo sabía porque había cruzado el arroyo tres veces esa tarde antes de subir al Espigón, y el olor en el agua se dispersa de una manera que incluso los malinois pierden.

Tenía tiempo.

No mucho. Pero suficiente para lo que necesitaba hacer antes de que el sistema terminara de construir su versión de la historia y cerrara todas las puertas excepto la que él elegiría no cruzar.

Lo que necesitaba hacer era simple: hablar con Samuel una vez más. No para convencerle de nada —Samuel tomaría sus propias decisiones, eso lo sabía desde el principio, era lo que lo hacía valioso — sino para asegurarse de que cuando Samuel hablara, hablara con toda la información disponible. No con la versión del sistema. Con la versión completa.

Samuel merecía la versión completa.

Ruiz cerró los ojos.

En la oscuridad detrás de los párpados, las cuatro notas que Samuel tarareaba de noche cuando Jana tenía miedo. Una canción de familia, había dicho Samuel en la televisión. No de la suya.

De la suya.

De la única familia que había existido antes de que el sistema pusiera un nombre en un formulario y lo convirtiera en caso.

Ruiz abrió los ojos.

Las luces del equipo de búsqueda seguían moviéndose al norte.

Él bajaría al sur.

CAPÍTULO 10
BÚSQUEDA EN LA NOCHE

Jueves / Monte norte, término municipal de Hoces del Duero / 01.14 horas

El barro era viscoso, específicamente viscoso:

Garrido lo notó en el primer paso fuera del todoterreno: no el barro seco que cede y cruje, sino el barro vivo de tierra empapada que cede demasiado, que te toma el pie con una succión leve pero constante, que hace que cada zancada cueste el doble y deje una huella que la lluvia empieza a borrar antes de que hayas levantado el pie del siguiente paso. El barro de noviembre en la meseta castellana, a setecientos metros de altitud, con la temperatura rozando los dos grados y bajando.

Garrido tenía sesenta y dos años y unas botas de montaña que había comprado en 2018 para una excursión con su hijo que al final nunca habían hecho, y que llevaban cinco años en el armario esperando una ocasión. Esta no era la ocasión que había imaginado.

Pero estaba aquí.

El agente Fonseca, que llevaba el mando operativo del equipo de búsqueda desde que el inspector Sáez había delegado en él por ser el único con experiencia en rastreos nocturnos, lo había mirado cuando llegó al punto de coordinación con la expresión específica de los policías jóvenes cuando ven aparecer a alguien que no debería estar ahí pero cuya autoridad informal es suficientemente conocida para que protestar resulte más costoso que aceptar.

—Inspector Garrido. —No había añadido retirado, que Garrido apreció—. El perímetro está establecido desde aquí hasta el cerro norte. Dos equipos de cuatro más las unidades caninas.

—¿Cuántos perros?

—Tres. Dos pastores alemanes de rastreo y un malinois de la unidad de la Guardia Civil de montaña.

—¿Han tomado olor del catre?

—De la ropa de cama del catre pequeño, sí. Hace cuarenta minutos.

—¿Y?

Fonseca señaló hacia el monte con la linterna. En la oscuridad, a unos doscientos metros, los tres conos de luz blanca de las unidades caninas se movían entre los árboles con esa irregularidad característica que tienen las linternas cuando la gente que las lleva está siguiendo algo que no va en línea recta.

—Están en la pista —dijo Fonseca—. Pero la lluvia complica el rastro. El malinois ha marcado dos veces y luego ha perdido en el arroyo.

—¿Hay arroyo?

—Afluente del Duero. Pequeño, pero con agua esta noche. Si cruzaron por el agua, el rastro se corta.

Garrido miró el monte. La linterna que llevaba era de las grandes, de las de trabajo, con un haz que llegaba a cuarenta metros en condiciones normales y a veinte con esta lluvia y esta niebla baja que se había instalado en el valle como un techo a tres metros del suelo.

—¿Cuánto tiempo llevan fuera?

—Imposible saberlo con precisión. Los catres estaban fríos cuando entró el primer equipo, así que al menos cuatro horas. Probablemente más.

—¿Dirección?

—Norte. Las huellas que encontraron antes de que la lluvia las borrara iban norte.

Garrido lo pensó. Norte, desde la casa, era el monte. El monte durante cinco kilómetros, luego el límite con el término municipal de Fuenteblanca, luego una carretera comarcal poco transitada. Si sabías lo que hacías, si conocías el terreno, podías cruzar ese monte en tres horas con buen tiempo. Con esta lluvia y con un niño, el doble.

Si era un niño.

Si era lo que Samuel había dibujado.

Si era lo que el vecino anónimo de 2005 había visto.

La casa estaba acordonada con cinta amarilla que se agitaba en el viento como algo vivo.

Garrido entró con la autorización de Fonseca y la mirada no del todo convencida del técnico forense que llevaba dos horas procesando la escena y al que la llegada de un inspector retirado con una carpeta de notas viejas bajo el brazo no le generaba entusiasmo.

La planta baja primero.

La cocina era funcional y ordenada con una meticulosidad que Garrido reconoció de inmediato: no la meticulosidad del obsesivo, sino la del controlador, la del hombre que organiza el espacio exterior como extensión del espacio interior, que necesita que las cosas estén donde deben estar porque eso es lo único que puede garantizarse. Los tarros de la despensa estaban etiquetados con letra pequeña e idéntica. Los utensilios colgaban en orden de tamaño en la pared. La mesa tenía tres sillas, dos de ellas pequeñas, y Garrido se detuvo en ese detalle: tres sillas. Tres personas. El Padre y dos.

Samuel y otro.

La sala tenía una estantería. Garrido se acercó con la linterna aunque había un técnico que había instalado focos portátiles que iluminaban el cuarto con la luz blanca y sin sombras del trabajo forense. Los libros eran los que Samuel había descrito: enciclopedias, novelas, medicina, cocina. Pero había otros que Samuel no había mencionado, probablemente porque no había tenido acceso a ellos o no había sabido interpretarlos: manuales de psicología del desarrollo, pedagogía en casa, tratados sobre el aislamiento voluntario de comunidades rurales. No ficción, todos. Una biblioteca construida con un propósito.

La ventana grande daba al sur.

Desde ahí se veían los tejados del pueblo, exactamente como Samuel había descrito. Exactamente como lo había dibujado.

Garrido subió.

Las habitaciones de arriba tenían el techo bajo de las casas de piedra antiguas, la viga central visible, el suelo de madera que crujía en los bordes. La primera puerta daba al cuarto del adulto: cama

grande, mesita, armario. Sencillo sin ser austero. En la mesita, un libro de medicina abierto boca abajo con el lomo bien cuidado, como si alguien lo hubiera dejado ahí hace pocas horas con la intención de volver.

Garrido no tocó nada.

La segunda puerta.

Aquí los focos forenses ya estaban instalados. El técnico que los había colocado estaba en la esquina haciendo fotografías de los catres con una cámara que disparaba en silencio y dejaba solo el destello del flash.

Los catres eran de metal, con colchonetas de espuma y sábanas de algodón blanco. Uno ligeramente más grande que el otro. Ambos con la ropa de cama doblada —no hecha, no estirada, sino doblada, como si alguien hubiera recogido antes de salir— aunque la prisa de la salida había dejado una doblez irregular en el más pequeño, la esquina de la sábana cayendo hacia el suelo.

Garrido se arrodilló junto al más pequeño.

Le costó más de lo que debería porque las rodillas a los sesenta y dos años en suelos de madera fría son una negociación, pero se arrodilló y encendió la linterna a baja potencia y la acercó al barrote del catre, al cabecero, a la zona lateral donde el metal se unía con el somier.

Las iniciales estaban en el barrote lateral izquierdo.

Talladas con algo pequeño y afilado, con la presión de alguien que no tiene mucha fuerza pero tiene mucho tiempo y mucha determinación. No eran perfectas. La primera letra era reconocible: una J con la base ligeramente curvada, el trazo hecho en varias pasadas superpuestas porque el objeto que había usado no cortaba bien el metal y había tenido que repetir.

Debajo de la J, con diferente profundidad, trazada en otra sesión quizás: algo que podría ser una A o podría ser una V, con el vértice inferior más marcado que los brazos.

J y una segunda letra que el tiempo y el metal oxidado hacían difícil de leer.

Garrido se quedó mirando las iniciales con la linterna quieta durante varios segundos.

El técnico lo miraba desde la esquina.

—¿Las han fotografiado? —dijo Garrido sin moverse.

—Sí.

—¿Las han enviado a Sáez?

—Hace diez minutos.

Garrido se levantó. Las rodillas protestaron de la manera en que protestaban siempre, ese crujido seco que era el sonido de los años acumulándose en los cartílagos. Miró el cuarto. Los dos catres. La ventana pequeña que daba al norte.

Pensó en la nota de 2005. Dos tamaños distintos. El subinspector Mora cerró ese sector al día siguiente.

Pensó en Samuel diciendo no está solo ahí dentro.

Pensó en la figura pequeña en el dibujo del cuaderno de espiral y las siete palabras: No sé su nombre. Pero sé que estaba.

La diferencia de tamaño entre los catres era de unos veinte centímetros.

Samuel tenía veinticuatro años.

Veinte centímetros de diferencia en catres de niño podía significar dos o tres años de diferencia de edad.

Lo que significaría que el otro niño tenía ahora veintiuno o veintidós.

Si era un niño. Si había llegado después de Samuel. Si había llegado antes.

Si no había llegado el mismo día.

Fonseca lo encontró en el exterior, junto al muro sur de la casa, mirando el valle hacia abajo.

—Garrido. Tenemos a alguien.

El alguien resultó ser un hombre de unos setenta y cinco años con un chubasquero verde oliva que olía a establo y una expresión de quien ha tomado una decisión difícil y ha llegado demasiado tarde a tomarla. Lo habían encontrado los agentes del primer equipo en el camino de tierra que subía desde el pueblo, caminando hacia la casa en la oscuridad y la lluvia con una linterna de bolsillo, solo.

Se llamaba Aurelio Vega. Vivía en Hoces del Duero desde siempre.

—He visto las luces de los coches subir —dijo, cuando Garrido se sentó frente a él en el todoterreno donde los agentes lo habían instalado con un café de termo—. He sabido lo que era. Llevaba tiempo esperando que vinierais.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Garrido.

El viejo lo miró.

—Veinte años.

Garrido no dijo nada. El interior del todoterreno olía a neopreno húmedo y a café malo y a ese olor específico de los espacios cerrados donde hay mucha gente con ropa mojada. La lluvia repiqueteaba en el techo de metal.

—Fui yo —dijo el viejo—. El que llamó en 2005. El que vio al hombre con los niños.

Garrido lo miró.

—Hablaste con la policía.

—Hablé con un agente que me escuchó cinco minutos y luego me dijo que lo que había visto no era relevante para la investigación. —El viejo apretó el café entre las manos como si necesitara el calor —. Me dijo que si había más cosas que recordara que llamara al número de búsqueda. Llamé tres veces. Nadie me devolvió la llamada.

—¿Qué viste exactamente?

El viejo miró por la ventanilla empañada.

—Era enero. Dos días después de que desapareciera el niño del pueblo, el pequeño de los Sáez. Yo salía temprano al monte, siempre he salido, para ver cómo estaban las encinas después de las heladas. —Hizo una pausa—. Vi al hombre en el río. En el vado del Duero, el que cruza hacia el término de Fuenteblanca. Cargaba con algo.

—¿Con qué?

—Con un niño. Uno dormido o\... —El viejo se detuvo—. No sé si dormido. No se movía. Lo llevaba al hombro, así, como un saco, con una mano sujetando las piernas.

—¿Y el segundo niño?

El viejo lo miró.

—Eso es lo que no dije bien en 2005. Yo dije que había visto dos criaturas pequeñas, pero el agente apuntó que eran dos niños y yo no lo corregí porque pensé que lo había entendido. —Hizo una pausa—. El segundo no era un niño. Era una niña.

El todoterreno quedó en silencio excepto por la lluvia.

Garrido sintió algo que no era exactamente sorpresa sino el reconocimiento de algo que ya estaba en algún lugar del expediente sin que nadie hubiera sabido leerlo, como una palabra en un idioma que aprendes y que de repente tiene sentido en una frase que habías leído diez veces sin entenderla.

Las iniciales en el catre. La J clara. La segunda letra que podía ser A o V.

O podía ser otra cosa.

—¿Cómo de grande era la niña? —dijo Garrido.

—Pequeña. —El viejo pensó—. Tres años, cuatro. Caminaba sola, eso sí. La llevaba de la mano. El hombre la llevaba de la mano mientras cargaba con el otro. —Pausa—. Se dejó llevar sin resistirse. Eso fue lo que me pareció raro. Que no lloraba. Ninguno de los dos lloraba.

Garrido anotó. Luego miró sus propias notas durante un momento.

Enero de 2005.

Lucas Sáez desaparecido el doce de enero.

Un hombre cruzando el río el catorce con un niño al hombro y una niña de la mano.

Si la niña tenía tres o cuatro años en 2005, ahora tendría veintitrés o veinticuatro.

La misma edad que Samuel.

O un año menos. O dos.

—¿Reconocerías al hombre? —dijo Garrido.

—Era de lejos y de noche casi. Pero era alto. Ancho de hombros. —El viejo lo miró—. Llevaba abrigo oscuro. Y andaba como alguien que conoce bien el terreno. Sin dudar.

Garrido cerró la libreta.

La radio crepitó a la 1.47.

Fonseca estaba coordinando desde el exterior de la casa cuando llegó la comunicación del helicóptero. La Guardia Civil había mandado el EC135 de la base de Valladolid una hora antes, con cámara térmica, y llevaba cuarenta minutos peinando el sector norte en cuadrículas de quinientos metros.

Garrido escuchó la comunicación desde dos metros.

—Equipo tierra, aquí Ángel Uno. Tenemos firma térmica en sector norte-cuatro, coordenadas\...

La voz del piloto dio las coordenadas. Fonseca las marcó en la tablet con el mapa topográfico.

—Firma pequeña. Temperatura consistente con fuego de combustible sólido, madera probablemente. Tamaño estimado: fuego de campo, no estructura. Una o dos personas máximo. Moviéndose intermitentemente.

—¿Distancia desde la casa? —dijo Fonseca a la radio.

—Tres kilómetros y medio, dirección nor-noroeste. Ladera del cerro que llaman el Espigón en los mapas locales. Hay una cueva o abrigo rocoso en esa zona, aparece en la cartografía.

Fonseca miró a Garrido.

—El Espigón —dijo el viejo Aurelio desde el todoterreno, que tenía la ventanilla bajada y había escuchado—. Hay un abrigo ahí arriba. Los pastores lo usaban. Tiene profundidad suficiente para dormir.

Garrido miró el monte.

Tres kilómetros y medio con esta lluvia y esta niebla y el barro era cuarenta minutos a buen paso, una hora si el terreno era complicado. El equipo canino estaba a dos kilómetros en dirección similar.

—Protocolo dice esperar a que escampe —dijo Fonseca—. Con esta visibilidad, si el sujeto decide moverse, podemos perderlo y arriesgamos al equipo.

—El protocolo no tiene diez años —dijo Garrido.

Fonseca lo miró.

—¿Perdón?

—El niño que puede estar ahí arriba\... no sabemos cuántos años tiene. —Dijo Garrido—. Ni cuánto tiempo lo ha tenido encerrado. —

Garrido miró el monte—. Lo que sí sabemos

es que lleva tres horas en el monte con lluvia y frío y está con el hombre que tuvo encerrado a Lucas veinte años, y esta noche tiene un motivo para moverse rápido y un motivo para no dejar testigos.

Fonseca apretó el entrecejo.

—No tenemos confirmación de que sea un niño.

—No. Tenemos firma térmica pequeña, dos catres de tamaño infantil, testimonio de testigo ocular de 2005 y veinte años de expediente que dice que alguien cerró líneas de investigación antes de agotarlas. —Garrido se abrochó el abrigo—. Yo subo.

—Garrido, usted no es—

—No soy nada. Exactamente. Así que si algo sale mal, no es responsabilidad tuya. —Se giró hacia el monte—. Manda el equipo canino al sector nor-cuatro. Yo voy por el camino de pastores, que conozco porque lo leí en el informe de campo de 2005 que tú probablemente nunca has visto.

Fonseca lo miró durante tres segundos. Luego habló a la radio.

El camino de pastores era una teoría.

En la práctica era una serie de indicios en el suelo —piedras colocadas con una regularidad ligeramente superior a la aleatoria, zonas donde la hierba había crecido menos durante años de pisadas repetidas— que Garrido seguía con la linterna grande inclinada hacia el suelo y el instinto de cuarenta años leyendo terrenos en condiciones malas.

A veinte minutos de la casa, encontró la mochila.

Estaba junto a un árbol, no tirada sino apoyada, como si alguien la hubiera dejado conscientemente en ese punto. Era pequeña, de las de niño, con dibujos de algo que en la oscuridad Garrido no pudo identificar y que con la linterna resultaron ser dinosaurios, en colores que la lluvia había apagado pero no borrado del todo.

La abrió con guantes, que llevaba porque los había metido en el bolsillo del abrigo antes de salir sin saber exactamente por qué, el instinto de los cuarenta años otra vez.

Dentro: una muda de ropa doblada, una botella de plástico con agua, un trozo de pan envuelto en papel. Y debajo de todo, en el

fondo de la mochila, una bolsa de plástico con cierre hermético que protegía su contenido de la lluvia.

Garrido abrió la bolsa.

Dentro había una fotografía.

Una sola. Impresa en papel fotográfico normal, del tamaño de las que revelan en los supermercados, con el borde blanco característico. La imagen estaba protegida por la bolsa y perfectamente conservada.

Dos niños.

Sentados uno junto al otro en lo que parecía el suelo de madera de una habitación, con la pared de piedra al fondo. El mayor tenía quizás ocho o nueve años. El menor, cinco o seis.

Los dos miraban a la cámara con esa expresión que Garrido había visto esta mañana a través del ventanuco de la habitación del hospital: la expresión de alguien que mira con atención completa, que cataloga, que aprende de memoria lo que tiene delante por si acaso.

El mayor era reconocible.

Era Samuel, con ocho o nueve años, con los ojos oscuros y la postura recta que tenía ahora de adulto.

El menor lo miraba a él, no a la cámara. Tenía la cabeza girada hacia Samuel con una expresión que Garrido tardó un momento en clasificar: no era miedo, no era tristeza. Era la expresión de alguien que mira a la única cosa del mundo que conoce y que le parece segura.

Los dos llevaban camiseta blanca.

Los dos tenían el pelo cortado igual, a la misma longitud, por la misma mano.

Garrido sostuvo la fotografía bajo la lluvia con el plástico protegiéndola y la linterna iluminándola y el sonido de los perros llegando desde algún lugar a su izquierda, todavía lejos, ganando terreno en la oscuridad.

Pensó en las iniciales del catre. La J clara.

Pensó en el viejo Aurelio diciendo era una niña.

Pensó en el menor de los niños de la fotografía, con la cabeza girada hacia Samuel y esa expresión de quien mira la única cosa

segura del mundo.

Subió el plástico sobre la foto.

Miró el monte.

El fuego de campo estaba a tres kilómetros y medio en esa oscuridad de lluvia y niebla, y había en él una firma térmica pequeña que el helicóptero había descrito como de una o dos personas moviéndose intermitentemente, y Garrido no sabía cuántas personas había exactamente en ese abrigo rocoso en la ladera del Espigón ni en qué estado estaban ni qué había pasado en las últimas horas desde que el Padre había entendido que Samuel no iba a volver.

Pero sabía que había una fotografía en su mano con dos niños que se parecían demasiado para no ser lo que parecían.

Y sabía que había una mochila con comida y ropa que alguien había dejado junto a un árbol, apoyada, no tirada.

Dejada a propósito.

Como una señal.

O como un rastro.

Garrido guardó la fotografía en el bolsillo interior del abrigo, junto a las notas del 2005 que llevaba veinte años cargando.

Luego siguió subiendo.

CAPÍTULO 11
LA NIÑA DEL CATRE

Jueves / Ladera del Espigón, término municipal de Hoces del Duero / 02.31 horas

El fuego llevaba menos de una hora apagado.

Garrido lo supo por las brasas: todavía rojas en el centro, con ese calor que no es llama pero que si pones la mano a diez centímetros todavía calienta, el calor residual de algo que ha ardido bien y ha sido abandonado antes de consumirse del todo. La madera era de encina, ramas delgadas apiladas con el cuidado de alguien que sabe hacer fuego y sabe hacerlo de manera que dure sin llamar demasiado la atención: sin humo excesivo, sin llamas altas, solo lo suficiente para dar calor en un espacio cerrado.

El abrigo rocoso del Espigón era más grande de lo que sugería la cartografía. La roca saliente formaba un techo de unos cuatro metros de fondo y tres de ancho, con el suelo de tierra apisonada que hablaba de décadas de uso estacional por pastores que ya no existían o que habían encontrado refugios mejores. Al fondo, contra la pared, había una acumulación de paja seca que alguien había traído, no encontrada: demasiado ordenada, demasiado limpia para llevar mucho tiempo ahí. Una improvisación preparada de antemano.

O una ruta planificada.

Garrido se arrodilló junto a las brasas y las estudió con la linterna. Luego estudió el suelo alrededor: pisadas múltiples en la tierra húmeda que se había colado bajo el techo desde los bordes. Las grandes, de bota adulta con suela de dibujo pronunciado. Las pequeñas, más difíciles de leer porque eran más ligeras y la presión sobre el suelo era menor, pero claramente distintas a las grandes, claramente de alguien con un pie diferente.

Un pie de niño.

No. Espera.

Garrido inclinó la linterna. La pisada pequeña tenía una forma específica: no el pie redondeado de un niño muy pequeño, sino un pie más largo, más estrecho, con el arco marcado. El pie de alguien que había crecido pero cuyo pie seguía siendo pequeño.

Diez años, quizás. Doce. No cinco ni seis.

Eso no encajaba con lo que el viejo Aurelio había descrito en 2005: una niña de tres o cuatro años. Si esa niña tenía tres o cuatro años en enero de 2005, ahora tendría diecinueve o veinte. No diez ni doce.

Garrido lo repasó.

A no ser que no fuera la misma niña.

A no ser que hubiera más de dos.

Se levantó. La rodilla izquierda protestó. La ignoró.

El agente Fonseca había llegado detrás de él con dos miembros del equipo, y el malinois estaba en el perímetro del abrigo con la nariz pegada al suelo, moviéndose en círculos concéntricos que se iban expandiendo hacia el norte. El guía del perro miraba al animal con la atención de quien lee un texto complicado: el malinois estaba en algo, pero el algo era intermitente, como una señal que aparece y desaparece.

—¿Cuánto llevan? —preguntó Garrido.

—Veinte minutos desde que llegaron —dijo Fonseca—. El rastro va hacia el norte pero se pierde en las rocas. Hay una zona de lastra en el cerro, unos doscientos metros más arriba, donde la nariz no ayuda.

—¿El helicóptero?

—Combustible limitado. Lo han mandado de vuelta. Vuelve al amanecer con el segundo equipo.

Garrido miró el norte. La oscuridad era total más allá del radio de las linternas, y la niebla había bajado otro metro desde que habían subido, convirtiendo el monte en un espacio sin perspectiva, todo igual de cercano y todo igual de invisible.

Sacó la fotografía del bolsillo interior del abrigo.

La desdobló con cuidado bajo la linterna.

Los dos niños en el suelo de madera. El mayor con ocho o nueve años. El menor con cinco o seis.

Los dos con el pelo cortado igual.

Garrido miró la fotografía durante un momento y luego hizo lo que había estado postergando desde que la había encontrado: la miró bien. No al mayor, que era Samuel y eso lo había establecido enseguida. Al menor.

La forma de la cara. Los ojos. La estructura del pómulo.

El menor tenía la cabeza girada hacia Samuel, pero en el ángulo de tres cuartos se veía suficiente: la mandíbula, la nariz, la línea del pelo en la frente.

Garrido había visto esa cara esta mañana.

No en los archivos. No en el expediente de 2005. Esta mañana, en el Hospital Comarcal de Valdecinos, en la puerta de la habitación de Samuel.

La había visto con veintidós años en vez de con seis, con la expresión más cerrada y más fría y más construida, pero la estructura era la misma. Los pómulos eran los mismos. La línea del pelo en la frente era la misma.

Garrido miró la fotografía.

Luego miró a Fonseca.

—Necesito comunicación con el inspector Sáez ahora mismo —dijo.

La llamada al inspector Sáez duró cuatro minutos.

Los cuatro minutos más lentos que Garrido recordaba desde hacía tiempo, porque cada frase que decía requería que el inspector al otro lado procesara algo que su estructura mental había organizado de una manera y que Garrido estaba reorganizando de otra, y la reorganización de estructuras mentales en tiempo real a las dos y media de la madrugada con lluvia y barro y un sujeto en fuga por el monte no era un proceso rápido.

Luego Garrido llamó al número del laboratorio forense de guardia.

Y describió la fotografía.

Y pidió que buscaran en la base de datos de menores desaparecidos europeos. No solo España. Europa.

—¿Algún parámetro? —dijo la voz del laboratorio.

—Niña. Entre tres y cinco años en enero de 2005. Rasgos mediterráneos, posiblemente. Pelo oscuro, ojos oscuros. —Garrido miró la foto una vez más—. Y busquen también en 2003. Y en 2002.

—¿Tan atrás?

—Las iniciales del catre son J y algo más. La segunda letra no está clara. —Hizo una pausa—. Empiecen por J.

Jueves / Piso de Marta Sáez, calle Montserrat 14, Madrid / 04.15 horas

La llamada del inspector Sáez llegó al teléfono fijo de Marta a las cuatro y cuarto de la mañana.

Julia lo escuchó.

No estaba dormida. Llevaba horas sin poder dormir, desde que los periodistas, los fotógrafos y el productor de la cadena se habían ido y el piso había recuperado su silencio habitual, ese silencio con textura de vacío que tenía el piso de Marta cuando no había nadie que lo llenase con ruido intencional. Julia había estado en su cama con los ojos abiertos y el teléfono en la mano, leyendo las noticias que se actualizaban cada cinco minutos: la casa encontrada en el valle, los dos catres, la búsqueda en el monte, el helicóptero, la firma térmica en el Espigón.

Cada artículo añadía algo. Cada algo hacía más grande el espacio que Julia no podía llenar con ninguna explicación que tuviera la forma correcta.

Cuando sonó el teléfono fijo escuchó a su madre levantarse. Escuchó sus pasos en el pasillo. Escuchó el clic del auricular.

Luego escuchó silencio.

El silencio de Marta escuchando era diferente a todos los demás silencios del piso. Tenía una densidad específica, como cuando el aire cambia antes de una tormenta, esa presión imperceptible que el cuerpo detecta antes de que la mente la nombre.

Julia se levantó.

Fue hasta la puerta de su cuarto y la abrió sin hacer ruido.

Su madre estaba en el pasillo con el auricular en la oreja y la espalda contra la pared, exactamente en el mismo lugar donde se había deslizado al suelo esa mañana cuando llegó la primera llamada del Ministerio. Pero esta vez no se había deslizado. Esta vez estaba

de pie, con la espalda muy recta, y la mano que no sujetaba el auricular tenía los dedos extendidos contra la pared como si necesitara sentir la superficie sólida.

—¿Qué foto? —dijo Marta, en voz baja pero audible.

Julia esperó.

—No sé de qué me está hablando. —Pausa—. No hay ninguna otra niña. —Pausa más larga—. Inspector, esto es—

Se detuvo.

El silencio duró tanto que Julia contó los segundos sin querer: doce, trece, catorce.

—Mañana —dijo Marta finalmente, con una voz que era nueva, que Julia no había escuchado antes en veinte años de ser su hija—. Mañana hablamos. —Y colgó.

No se movió durante varios segundos.

Luego se giró y vio a Julia.

Las dos se miraron en el pasillo, con la única luz encendida que era la del cuarto de baño que alguien había dejado abierta, y esa luz lateral y escasa les daba a las dos una expresión que Julia no habría sabido describir pero que tenía algo en común con las caras de la fotografía que Garrido tenía en el monte: la expresión de alguien que mira lo único que conoce y que le parece seguro, y que está empezando a tener dudas sobre si lo es.

—¿Qué foto? —dijo Julia.

—Nada —dijo Marta—. Es tarde. Vete a dormir.

—Mamá.

—Vete a dormir, Julia.

Marta entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Julia se quedó en el pasillo con el sonido del cierre resonando en el silencio del piso, junto a la foto de Lucas con la camiseta de rayas, que la miraba desde su marco con la sonrisa torcida y los ojos que lo miraban todo como si estuviera aprendiendo el mundo de memoria, por si acaso.

La foto llegó a los medios a las seis y cuarenta y dos de la mañana.

Nadie supo nunca exactamente cómo. Hubo investigaciones posteriores, señalamientos, un expediente disciplinario que no llegó

a ninguna conclusión firme. Lo que sí era seguro era que a las seis y cuarenta y dos la imagen estaba en la cuenta de Twitter de un periodista de sucesos de Burgos con cuatro mil seguidores, y a las siete y diez estaba en las webs de todos los informativos nacionales, y a las siete y media el tema era trending número uno en España con el texto que alguien había añadido a la publicación original:

¿QUIÉN ES LA NIÑA DE LA FOTO?

Julia la vio en el teléfono a las siete y tres minutos, antes de levantarse, con los ojos todavía medio cerrados y el cerebro todavía en el estado semilíquido de quien lleva horas intentando dormir sin conseguirlo del todo.

La foto tardó tres segundos en enfocarse en su cabeza.

Dos niños. Suelo de madera. Pared de piedra. El mayor mirando a la cámara con los ojos oscuros y la postura recta. El menor mirando al mayor con la expresión de quien mira lo único seguro del mundo.

Julia conocía al mayor. Samuel, con ocho o nueve años. Los mismos ojos, la misma postura, el mismo catálogo de gestos que había observado en el hospital.

El menor tardó más. Porque el menor tenía la cabeza girada en tres cuartos y la imagen no era perfecta y el cerebro necesita cierto tiempo para procesar lo que no espera procesar, sobre todo cuando lo que procesa es una cara que conoce desde siempre pero en la que no esperaba encontrarse.

Cinco o seis años.

Pelo oscuro cortado a la misma longitud que el mayor.

La mandíbula. Los pómulos. La línea del pelo en la frente.

Julia se incorporó en la cama.

Se miró las manos. Las mismas manos que había tenido toda la vida, con los mismos nudillos y las mismas uñas que se mordía cuando era pequeña y que había dejado de morderse a los doce años por pura fuerza de voluntad.

Miró la foto otra vez.

La niña de la foto tenía las uñas cortas. No mordidas. Cortadas con tijeras, con esa precisión de quien corta lo que tiene acceso a cortar y no puede dejarse llevar por los tics que da el nerviosismo.

El pulso de Julia llegó a ciento cuarenta antes de que ella fuera consciente de que le había subido.

Se levantó.

Fue hasta el cuarto de baño y se miró en el espejo con la luz encendida, que era la única luz honesta que había en el piso porque los otros espejos tenían marcos y contexto y el espejo del baño a las siete de la mañana con luz de fluorescente no tiene nada de eso, solo la cara sin preparar.

Luego miró el teléfono con la foto.

Luego el espejo.

Luego la foto.

La estructura del pómulo. La línea de la mandíbula. Los ojos.

Soy yo, pensó Julia.

No como pregunta. Como constatación. La frialdad específica de los hechos que no tienen forma de no ser lo que son.

La niña de la foto era ella con cinco o seis años.

Lo que significaba que la niña de la foto había estado en la casa del Padre.

Lo que significaba que ella había estado en la casa del Padre.

Lo que significaba que ella no recordaba haber estado en la casa del Padre.

Lo que significaba.

Julia se sentó en el borde de la bañera porque las piernas habían tomado la decisión de no seguir sosteniéndola sin consultarla, y se quedó ahí con el teléfono en la mano y la foto en la pantalla y el fluorescente del baño zumbando en su frecuencia de fluorescente de baño que era una frecuencia perfectamente ordinaria y que esta mañana sonaba como algo completamente distinto.

Garrido recibió la respuesta del laboratorio a las ocho y cuarto.

Estaba en el coche, de vuelta a Valdecinos, con el barro de la noche en las botas y el agotamiento de las seis horas en el monte instalado en los músculos: ya no era dolor, simplemente presencia constante. La búsqueda había sido suspendida al amanecer para reagruparse: el rastro en el monte se había perdido en la zona de lastra, el malinois había marcado dos veces más sin resultado sólido,

y Fonseca había tomado la decisión correcta de retirar los equipos hasta que hubiera luz suficiente y mejores condiciones.

El sujeto y quien fuera que estaba con él seguían en el monte.

O habían cruzado el término y estaban en la carretera comarcal.

O estaban en cualquier otro lugar de un territorio que era demasiado grande para cubrirlo con los recursos que tenían esta noche.

El teléfono sonó con el número del laboratorio y Garrido lo puso en manos libres.

—Garrido. Tenemos algo en la base europea.

El técnico tenía esa voz de quien acaba de encontrar lo que buscaba y no estaba seguro de que encontrarlo fuera una buena noticia.

—Dígame.

—La descripción que nos dio encaja con una niña desaparecida en Berlín en septiembre de 2004. Cuatro meses antes de la desaparición de Lucas Sáez. —Una pausa—. Se llamaba Jana Kovář. Cuatro años. Padre no registrado y madre española. Desapareció de un parque en el barrio de Prenzlauer Berg. El caso quedó sin resolver. La madre española se llamaba\...

El técnico hizo una pausa que era demasiado larga para ser técnica.

—¿Cómo se llamaba la madre? —dijo Garrido.

—Elena Vidal. —Otra pausa—. Garrido, Elena Vidal es hermana de Marta Sáez.

El coche siguió avanzando por la carretera comarcal con la lluvia y el amanecer gris y el campo castellano a ambos lados. Garrido no dijo nada durante varios segundos.

—¿Prima? —dijo—. ¿O hermana?

—Hermana. Residía en Berlín desde 2001. —El técnico siguió leyendo—. El expediente alemán la identifica como Elena Vidal porque usaba el apellido del marido; de soltera era Elena Sáez. El expediente alemán menciona que Marta Sáez viajó a Berlín en octubre de 2004, un mes después de la desaparición de Jana, para estar con su hermana. La hermana\... la hermana falleció en 2006. Accidente de tráfico.

Garrido aparcó el coche en el arcén.

No porque necesitara parar. Sino porque conduciendo le parecía que podía perderse algo.

Jana Kovář. Hija de la hermana de Marta. Desaparecida en Berlín en septiembre de 2004. Cuatro meses antes de Lucas.

El mismo hombre.

El mismo valle.

Dos niños de familias distintas. Una familia conectada.

—¿La niña de la foto? —dijo Garrido.

—Estamos haciendo la comparativa facial ahora mismo. Pero la descripción coincide. Y la edad coincide. Jana tendría veinticuatro años ahora.

La misma edad que Samuel. Dos años más que Julia.

Garrido miró la carretera.

—¿Garrido? —dijo el técnico—. ¿Sigue ahí?

—Sigo. —Garrido arrancó—. Mándeme todo lo que tenga de Elena Vidal. Todo.

Colgó.

Condujo durante dos minutos en silencio.

Luego llamó al inspector Sáez.

—Necesito que traigan a Marta Sáez a comisaría esta mañana —dijo cuando contestó—. No como testigo. Como persona con información relevante no comunicada.

—¿En qué se basa?

—En que el hombre que secuestró a su hijo también secuestró a la hija de su hermana cuatro meses antes. Y en que Marta Sáez viajó a Berlín en octubre de 2004 y no dijo nada de eso en ninguna de las trescientas declaraciones que dio en veinte años. —Pausa—. Y en que hay una niña en una foto que no puede identificarse sin la colaboración de Marta Sáez.

Silencio al otro lado.

—¿Cree que lo sabía?

—Creo que hay cosas que sabe y cosas que no quiere saber y que la frontera entre esas dos categorías es lo que llevamos veinte años sin poder leer correctamente. —Garrido tomó la curva que entraba en Valdecinos—. Traiganla.

Marta llegó a la comisaría a las diez menos cuarto.

No la habían detenido. Había venido con su abogado, que era un hombre de unos cincuenta y cinco años con traje gris que transmitía la tranquilidad costosa de quien cobra suficiente para mantenerse tranquilo en todas las situaciones. Pero la tranquilidad de Marta era diferente esta mañana: no la que Garrido conocía de veinte años de ruedas de prensa y declaraciones, esa tranquilidad construida y sostenida desde dentro. Esta era la tranquilidad de alguien que ha pasado la noche entera en algún lugar oscuro de sí misma y ha salido de ahí sin haber resuelto nada pero habiendo decidido algo.

Garrido la esperaba en la sala de reuniones, no en la de interrogatorio, que era una distinción que había pedido expresamente porque la sala de interrogatorio tenía una función que esta conversación todavía no tenía.

Todavía.

—Señora Sáez —dijo Garrido cuando se sentó.

—Inspector —dijo Marta.

—Exinspector.

—Lo sé.

El abogado se sentó a su lado y abrió un bloc. El inspector Sáez, que había insistido en estar presente, se quedó de pie junto a la pared con los brazos cruzados.

Garrido puso la fotografía sobre la mesa. La misma que había encontrado en la mochila del monte, ahora en una funda de plástico transparente.

Marta la miró.

Y la expresión que puso al mirarla era la que Garrido había estado esperando toda la noche, desde que había empezado a construir la hipótesis en el monte con las brasas todavía calientes y las pisadas pequeñas en el barro: no la expresión de alguien que ve algo que no reconoce, sino la expresión de alguien que ve algo que reconoce y lleva mucho tiempo sabiendo que iba a tener que reconocerlo.

—¿Quién es la niña de la foto, señora Sáez? —dijo Garrido.

El abogado abrió la boca.

Marta le puso una mano en el brazo sin mirarlo.

—Jana —dijo Marta. Una sola palabra. En voz muy baja, como si la dijeran por primera vez en muchos años, que probablemente era el caso.

—¿Jana Kovář?

Marta asintió.

—La hija de su hermana.

—Sí.

—¿Sabía que estaba con Lucas?

El silencio que siguió tenía la textura del silencio de veinte años comprimido en diez segundos.

—No con certeza —dijo Marta finalmente. Y luego, antes de que Garrido pudiera decir nada—: Lo sospeché. En 2006, cuando murió Elena, encontré algo entre sus cosas. Una nota. Escrita a mano. Con una dirección que no reconocí.

—¿Qué hizo con esa nota?

Marta miró la foto. Miró a Jana con seis años mirando a Samuel con la expresión de quien mira lo único seguro del mundo.

—Nada —dijo Marta.

La palabra cayó sobre la mesa con el peso específico de las cosas que son verdad y que no deberían serlo.

El inspector Sáez se despegó de la pared.

Garrido lo detuvo con un gesto.

—¿Por qué? —dijo Garrido. Sin acusación. Solo la pregunta.

Marta tardó un momento. Cuando habló, su voz había perdido todas las capas que Garrido había escuchado en veinte años de ruedas de prensa y platós y entrevistas grabadas, hasta dejar algo que era o la verdad o lo que quedaba cuando ya no quedaba nada más.

—Porque si Jana estaba con Lucas, Lucas estaba vivo —dijo Marta—. Y si Lucas estaba vivo en algún lugar que yo podía localizar\... —Se detuvo. Sus ojos se llenaron de algo que no era el brillo correcto del ángulo correcto para la cámara correcta. Era otra cosa. Más antigua—. Llevaba un año siendo la madre de un niño desaparecido. Tenía el libro de Alicia a punto de salir. Tenía la campaña. Tenía\...

—Tenía una identidad —dijo Garrido.

Marta lo miró.

—Tenía a Julia —dijo Marta, con una voz que era diferente a todas las demás—. Tenía a Julia y si Lucas volvía yo tendría que explicar por qué había tardado un año en encontrarlo. Por qué había dejado esa nota en un cajón.

El silencio que siguió era el más pesado de toda la mañana.

Garrido miró la foto.

Samuel mirando a la cámara.

Jana mirando a Samuel.

En el hotel, en la habitación donde le habían trasladado esa mañana, Samuel miraba el techo.

Había visto la foto en el teléfono que le había dejado el agente de guardia, que no había pensado en lo que hacía cuando se lo dejó o sí había pensado y había decidido que Samuel tenía derecho a verla.

Samuel la había mirado durante mucho tiempo.

La imagen tenía la calidad borrosa de algo fotografiado con poca luz, pero él mismo se reconocía con ocho años porque los ocho años y todos los años anteriores y posteriores en esa casa eran los únicos años que tenía y los conocía mejor que nadie.

Y reconocía a la niña.

No con el nombre, que en la foto no estaba y que Samuel no había sabido nunca o había olvidado o le habían enseñado a no usar. Pero reconocía la cara. Reconocía la manera de girar la cabeza. Reconocía el gesto específico de la mano izquierda, con el pulgar ligeramente doblado hacia dentro, que era un gesto que la niña hacía cuando estaba quieta y pensando.

Un nombre llegó desde algún lugar que no era el pensamiento sino algo más antiguo.

Juli, pensó Samuel.

No Julia. Juli. Con la abreviatura cariñosa que tienen los nombres cuando los aprende alguien que todavía no sabe pronunciarlos completos y luego se queda con esa versión porque ya tiene el peso de algo real.

Juli.

Y junto al nombre, como siempre llegaban juntas cuando llegaban, las cuatro notas.

La melodía circular, sin resolución, sin final.

La que el Padre le había enseñado. Cuando tengas miedo, tararea esto.

Pero ahora, con la foto en la mano, con el nombre llegando desde el lugar donde guardaba las cosas que tenían olor y temperatura, Samuel entendió algo que no había entendido antes porque antes no había tenido suficiente contexto para entenderlo.

El Padre no le había enseñado la melodía.

La melodía ya estaba en él cuando llegó a la casa.

La melodía era anterior a la casa.

La melodía era de antes.

Y Juli la tarareaba también.

CAPÍTULO 12
LA VERDAD DE MARTA

Jueves / Comisaría de Valdecinos / 10.47 horas

Julia llegó en taxi porque no había podido conducir.

No en el sentido de que no supiera: en el sentido de que había intentado arrancar el coche en el aparcamiento del piso de su madre, había puesto las manos en el volante, y las manos le habían temblado de una manera que no era miedo sino algo más profundo y más antiguo, algo que venía de un lugar que no tenía todavía nombre claro pero que estaba dando señales desde las siete de la mañana con una insistencia que ya no podía ignorar.

Había pedido el taxi con el teléfono. Había dado la dirección de la comisaría de Valdecinos porque era la única dirección que tenía. Había pasado las dos horas de trayecto mirando la foto en la pantalla y mirando por la ventanilla el campo castellano mojado y volviendo a la foto y sintiéndose como alguien que está intentando leer un texto en un idioma que sabe que conoce pero cuyos caracteres han cambiado de forma mientras no miraba.

La niña de la foto.

La estructura del pómulo. La línea del pelo. El pulgar ligeramente doblado hacia dentro en la mano izquierda.

Julia había pasado veintidós años mirando sus propias manos.

Sabía cómo doblaba el pulgar cuando estaba quieta y pensando.

El taxi llegó a Valdecinos a las diez y cuarenta y dos. Julia pagó sin mirar el importe, salió, y entró en la comisaría con el paso de alguien que ha tomado una decisión en el trayecto y cuya única duda ahora es si llegará a tiempo de tomarla antes de que alguien se la quite de las manos.

La agente de recepción levantó la vista.

—Soy Julia Sáez —dijo Julia—. Mi madre está aquí.

La sala de reuniones tenía un ventanuco en la puerta.

Julia lo vio antes de entrar: su madre sentada al otro lado de la mesa con el abogado a su derecha y Garrido frente a ella, y el inspector Sáez junto a la pared, y encima de la mesa una fotografía en una funda de plástico transparente que Julia reconoció aunque la viera del revés y a través del cristal.

Abrió la puerta.

Cuatro cabezas se giraron.

La expresión de Marta al verla fue la primera expresión completamente sin capas que Julia había visto en el rostro de su madre en veintidós años: no la madre coraje, no la madre en privado, no ninguna de las versiones catalogadas. Solo terror. El terror de alguien que sabe exactamente lo que la persona que acaba de entrar ha venido a decir y sabe que no tiene ningún argumento contra ello.

—Julia —dijo Marta.

—Esa niña soy yo —dijo Julia.

No como pregunta. Como habían sido todas las cosas importantes esta mañana: como constatación, como el hecho que no tiene forma de no ser lo que es.

El abogado se levantó.

—Señorita, esta sala está—

—Siéntese —dijo Garrido, sin mirarlo.

El abogado se sentó.

Julia entró hasta quedar frente a la mesa, frente a la foto, frente a su madre. Cogió la foto en su funda de plástico y la miró. Luego miró a Marta.

—Estuve en esa casa —dijo Julia.

Marta no lo negó.

Eso fue lo que destrozó algo en Julia que llevaba toda la mañana agrietándose: no la confirmación, sino la ausencia de negación. Porque Marta Sáez llevaba veinte años negando, matizando, reenmarcando, construyendo narrativas sobre cualquier cosa que amenazara la arquitectura del caso. Y ahora no lo hacía. Ahora se quedaba quieta con las manos en la mesa y los ojos brillantes de la manera incorrecta, la que no era para las cámaras.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Julia.

—Julia\...

—¿Cuánto tiempo estuve en esa casa?

Marta cerró los ojos.

—No lo sé exactamente. —La voz era nueva, la de esa mañana en comisaría, sin capas—. Elena me dijo que Jana había desaparecido en septiembre de 2004. Cuando encontré la nota en 2006\... —Se detuvo—. La dirección que había en la nota era de una zona forestal al norte de Hoces del Duero. Muy imprecisa. No era una dirección que pudiera usarse para encontrar nada.

—¿La tiraste?

—La guardé.

—¿Y no hiciste nada con ella?

—Hice lo que pude —dijo Marta, y en esa frase había algo que sonaba a verdad y también a la clase de verdad que se construye alrededor de una mentira para que la mentira tenga un suelo donde sostenerse.

—Eso no es una respuesta —dijo Julia.

—Julia, tú tenías dos años cuando Lucas desapareció. Lo que recuerdes de antes de los cinco o seis años no es—

—No lo recuerdo. —Julia lo dijo con la frialdad de los hechos comprobados—. No recuerdo nada de antes de los cinco años. Nada en absoluto. ¿Sabes cuántas personas tienen recuerdos claros de antes de los cuatro años?

Marta no contestó.

—Casi ninguna —dijo Julia—. Es normal. La memoria episódica no se consolida bien antes de los tres o cuatro años. Así que si yo estuve en esa casa entre los tres y los cinco, no hay nada que recordar. Y tú lo sabías.

Garrido la miraba desde el otro lado de la mesa con la atención callada de quien está escuchando a alguien decir lo que él mismo había llegado a concluir por un camino diferente y más largo.

—Señora Sáez —dijo Garrido—. ¿Cuándo supo que Jana estaba con Lucas?

—En 2006. Con la nota.

—¿Y supo en algún momento que Julia también había estado allí?

La pausa más larga de toda la mañana.

—Sospechaba —dijo Marta finalmente—. Cuando Julia volvió. Cuando la encontré.

—¿Julia fue encontrada? —dijo Garrido—. ¿Cuándo?

Marta miró a su hija.

Julia miraba a su madre.

—Tenías cuatro años —dijo Marta, en voz muy baja—. Estabas\... te encontraron. En Soria. —Pausa—. Sola. Sin documentación. Solo decías Julia. Y tarareabas.

Había algo en la manera en que lo dijo que no era la fluidez de los hechos recordados sino la torpeza de los hechos construidos en el momento: las pausas en los lugares incorrectos, la vaguedad donde debería haber detalle, la mirada que se fue hacia la izquierda antes de que la frase terminara.

Garrido anotó en su libreta sin levantar la vista.

Julia miró a su madre durante un segundo. Dos. Con la misma atención que le había visto aplicar toda la vida a las preguntas de los periodistas, a las declaraciones en el Congreso, a las entrevistas grabadas: la atención de alguien que sabe leer lo que hay debajo de las palabras porque lleva veinte años construyendo lo que hay debajo de las suyas propias.

Marta sostuvo la mirada.

Pero el abogado había puesto la mano en el brazo de Marta, el gesto que en el lenguaje de los abogados significaba no sigas por aquí, y Marta había parado exactamente donde debía parar alguien que ha dicho lo suficiente para que la historia exista y no lo suficiente para que pueda ser verificada.

—¿Por qué no lo dijiste nunca? —dijo Julia.

—Porque tú no lo recordabas. Porque los médicos dijeron que era mejor no. Porque si lo decía\... —Marta se detuvo—. Si decía que mi hija de cuatro años había estado en manos de quien tenía a Lucas, tenía que explicar cómo había llegado ahí. Y explicar cómo había llegado ahí significaba explicar cosas que\...

—¿Qué cosas? —dijo Julia.

Marta no contestó.

El abogado puso una mano en el brazo de Marta.

Garrido tomó nota.

Julia miró la fotografía que todavía tenía en la mano. La niña con el pulgar doblado. Luego miró a su madre. Luego miró a Garrido, que seguía escribiendo con la cabeza inclinada sobre la libreta con la expresión de alguien que no ha terminado de anotar pero que ha entendido más de lo que está anotando.

Nadie dijo nada durante un momento.

Fuera, en el pasillo de la comisaría, alguien hablaba por teléfono en voz baja y los pasos de dos agentes cruzaron de un lado al otro con la urgencia específica de los pasos que tienen un destino.

Julia dejó la fotografía sobre la mesa.

No con brusquedad. Con el mismo movimiento despacio con el que había cogido la foto en el piso de su madre esa mañana, el movimiento de alguien que trata con cuidado las cosas que podrían romperse si las sueltas demasiado rápido.

Jueves / Hospital Comarcal de Valdecinos / 11.30 horas

Samuel llevaba la mañana entera recordando en fragmentos.

No era el proceso ordenado de alguien que recupera memoria sistemáticamente. Era más parecido a lo que ocurre cuando un olor activa algo que estaba dormido y que al activarse activa a su vez otras cosas en una cadena que no controlas y que puedes seguir o interrumpir pero no dirigir. El detonante había sido la foto. La foto había activado el nombre. El nombre había activado la melodía. La melodía había activado los juegos.

Los juegos de Juli.

Eran juegos de código, lo entendía ahora aunque entonces no hubiera tenido ese vocabulario. Juli había llegado a la casa siendo pequeña, más pequeña que él, y al principio no hablaba mucho o hablaba en una mezcla de sonidos que Samuel no entendía pero que el Padre escuchaba con una paciencia particular, y poco a poco Juli había aprendido las mismas palabras que Samuel tenía pero también había inventado las suyas, palabras que solo existían entre los dos, la lengua privada de dos personas que tienen un solo mundo disponible y deciden llenarlo con lo que pueden.

Puerta-fría era la puerta del cuarto que no se abría: la puerta E del dibujo, la que daba al pasillo y que tenía siempre la manilla más

fría que el resto porque el metal de la manilla conducía el frío del exterior ; la madera de las paredes, no.

Luz-castigo eran los focos. Samuel los conocía desde antes. Juli los conoció después, la primera vez que hizo algo que el Padre consideró que merecía corrección, y cuando salió del cuarto después de las horas de luz Samuel había estado esperando en el pasillo con la espalda contra la pared y cuando ella salió le había explicado en su lengua privada lo que era la luz-castigo y lo que hacías para aguantarla.

Cuatro-notas era la melodía.

Samuel se dio cuenta de eso ahora: que la habían llamado así. Las cuatro notas. Porque tenían un nombre para ella, lo que significaba que era un objeto compartido entre los dos, no solo algo que él tarareaba en privado sino algo que los dos conocían y que a veces tarareaban juntos, él primero y ella repitiendo, o ella empezando en mitad de la noche cuando tenía miedo y él continuando desde su catre para que supiera que estaba ahí.

Dos catres.

Él en el de la izquierda.

Juli en el de la derecha.

Samuel miraba el techo del hospital con la nitidez creciente de los recuerdos que vuelven: no todos a la vez, no en orden cronológico, sino con la lógica asociativa de lo que ha estado guardado mucho tiempo en un lugar sin luz y al que ahora le llega luz desde un ángulo y va iluminando lo que tiene más cerca del foco primero.

Juli tenía el pelo oscuro cortado a la misma longitud que el suyo porque el Padre los cortaba a los dos con las mismas tijeras en la misma sesión, sentados en la silla de la cocina uno después del otro.

Juli tenía una manera de dormir con la rodilla izquierda doblada hacia arriba que Samuel reconocía incluso en la oscuridad completa por el sonido diferente que hacía la colchoneta cuando se movía.

Juli había aprendido antes que él a encontrar los bordes de la puerta-fría con los dedos en la oscuridad, trazando el perímetro completo antes de dormir como si necesitara confirmar que la puerta seguía siendo exactamente del tamaño que era.

Y Juli había desaparecido.

No de golpe, no de manera violenta. Había desaparecido de la única manera en que las cosas desaparecen en un espacio cerrado sin que nadie entre ni salga: poco a poco, en una tarde que empezó igual que las otras y que terminó con el catre de la derecha vacío y con el Padre diciéndole que Juli había tenido que irse, que Juli estaba bien, que a veces las personas necesitan irse.

Y Samuel había creído al Padre durante años porque creer al Padre era lo único que tenía.

Hasta que había dejado de creerle.

Tras dos noches en el hotel, la policía había decidido devolver a Samuel al hospital, donde era más fácil controlar las visitas y las sesiones con la psicóloga.

La reunión en el hospital no había sido planificada.

Había ocurrido porque Julia había llegado desde la comisaría en el mismo coche que Garrido, que había considerado que las dos conversaciones —la de Julia con Marta en la sala de reuniones y la de Julia con Samuel en el hospital— eran conversaciones que necesitaban ocurrir en cierto orden y que el orden correcto era ese.

La habitación de Samuel tenía cuatro sillas y una cama y el zumbido del fluorescente.

Samuel estaba sentado en el borde de la cama cuando entraron. Garrido primero. Julia detrás, que se detuvo en el umbral con la misma pausa que había tenido Alicia días antes frente al ventanuco, pero diferente: Alicia había pausado para organizar. Julia pausó porque el cuerpo le pidió un segundo antes de cruzar una línea que sabía que era irreversible.

Samuel la miró.

Julia lo miró.

No fue el reconocimiento de las películas, el golpe de relámpago y la certeza inmediata. Fue algo más lento y más extraño: el reconocimiento de alguien que ves en una foto antigua y que tu cerebro sabe que conoce aunque no pueda construir el camino entre la cara de la foto y la cara de ahora porque el camino tiene demasiados años sin marcar.

—Hola —dijo Samuel.

—Hola —dijo Julia.

Garrido se quedó junto a la puerta.

Julia entró y se sentó en la silla que estaba más cerca de la cama. No la más cercana al cabecero, sino la del lateral, la que quedaba a un metro y que era la distancia que había entre los dos catres.

—Me llamo Julia —dijo.

—Lo sé —dijo Samuel.

Julia lo miró.

—¿Lo sabes?

—Lo vi en la televisión. —Una pausa—. Y lo recordé.

—¿Cómo me llamabas?

La pregunta salió directa, sin preparación, porque era la pregunta que había tenido en la cabeza desde que había visto la foto y que era más urgente que todas las demás, más urgente incluso que las preguntas para su madre, porque esta era la que podía confirmar lo que no podía confirmarse de ninguna otra manera.

—Juli —dijo Samuel.

El fluorescente zumbó.

Julia cerró los ojos durante tres segundos. Cuando los abrió tenían el brillo de las cosas que duelen de una manera específica, no por su peso sino por su precisión, la exactitud de algo que encaja en un hueco que llevaba mucho tiempo vacío sin que supieras que era un hueco.

—¿Cuánto tiempo estuve ahí? —dijo.

Samuel pensó.

—No lo sé con exactitud. Eras muy pequeña cuando llegaste. Yo tenía\... —calculó— siete u ocho años. Y te fuiste cuando tenías cuatro o cinco.

—¿Te dijo por qué me fui?

—Dijo que necesitabas irte. Que estabas bien. —Una pausa—. Tardé mucho tiempo en entender que cuando el Padre decía que alguien estaba bien no significaba que estuviera bien.

Julia asintió.

—¿La puerta? —dijo Julia, sin terminar la frase.

Samuel la miró.

—¿Qué?

—La puerta que no se abría. En el pasillo. —Julia lo dijo despacio, extrayendo algo que no era un recuerdo completo sino un fragmento, una textura—. Era más fría que las otras.

El silencio que siguió era diferente al de toda la mañana. No era el silencio de la información contenida o de la verdad que no se dice. Era el silencio de dos personas que acaban de reconocerse en un idioma que ninguno de los dos sabía que todavía hablaba.

—Puerta-fría —dijo Samuel, en voz muy baja.

Julia abrió la boca.

La cerró.

Abrió la mano derecha sobre la rodilla con el pulgar ligeramente doblado hacia dentro, el gesto que hacía cuando estaba quieta y pensando, el gesto de la foto.

Samuel lo miró.

—¿Tú también la recuerdas? —dijo Julia.

—La recordaba en la foto. Es como te reconocí. —Pausa—. El gesto de la mano.

Julia miró su propia mano. Luego lo miró a él.

—Yo no recuerdo casi nada. Solo fragmentos. El olor del desinfectante de esta mañana me activó algo pero no sé qué.

—El Padre limpiaba los jueves —dijo Samuel—. El mismo producto siempre.

Julia cerró los ojos otra vez.

—Jueves —dijo.

No como confirmación. Como cuando una palabra suelta produce resonancia en algún lugar que no es el pensamiento sino más abajo.

—Las cuatro notas —dijo Julia, con los ojos todavía cerrados.

—Sí.

—¿Me las enseñaste tú?

—No lo sé. Los dos las sabíamos. —Samuel pensó—. Creo que los dos las sabíamos antes de la casa.

Julia abrió los ojos.

—Mi madre nos las cantaba —dijo—. Es una nana de familia. De su madre, de su abuela. Solo existe dentro de nuestra familia.

Samuel la miró durante un momento.

—Entonces somos familia —dijo Samuel.

Y lo dijo sin sentimentalismo, con la misma precisión clínica con la que decía todas las cosas, como un hecho geográfico. Pero debajo de esa precisión había algo que Julia reconoció porque lo llevaba veintidós años reconociendo en sí misma: la emoción que se ha aprendido a guardar tan adentro que ya no sabe si es emoción o arquitectura.

La televisión del pasillo del hospital llevaba encendida toda la mañana.

Era una pantalla plana en la zona de espera, sintonizada en el canal de noticias que emitía en bucle la cobertura del caso desde las siete, y que a las doce y cuarto del mediodía estaba en mitad de una conexión en directo desde Madrid con una periodista que hablaba de Marta y la comisaría y la foto de Jana cuando la programación se interrumpió.

No con el aviso habitual de la banda de urgencia.

Se interrumpió con estática. Dos segundos de estática, luego imagen.

La imagen era de baja calidad, de cámara de un móvil o una tablet, con la iluminación desigual de alguien que no ha preparado el encuadre. Al fondo se veía roca y tierra oscura, como el interior de una cueva o un abrigo, con una fuente de luz cálida en el lateral que podría ser fuego.

En el encuadre, un hombre.

Garrido lo vio desde la puerta de la habitación de Samuel porque había salido al pasillo a tomar el café que llevaba horas sin poder tomar, y cuando se giró hacia la pantalla el café se quedó a mitad de camino.

El hombre de la pantalla tenía unos cincuenta y cinco años. Hombros anchos. Cara larga, con la mandíbula marcada y el pelo oscuro con canas en las sienes. Miraba a la cámara con la expresión de alguien que ha calculado exactamente cuánto tiempo tiene y exactamente qué quiere hacer con él.

Hablaba.

Garrido se acercó a la pantalla.

—\...no pretendo que esto sea fácil de entender para quienes no han estado ahí —decía el hombre, con una voz que era exactamente como Garrido había imaginado durante veinte años que sería: calmada, modulada, con el peso particular de alguien que ha pasado mucho tiempo en espacios cerrados y ha aprendido que las palabras duran más que el ruido—. Solo pido que antes de que nadie tome ninguna decisión, los niños tengan la oportunidad de elegir. Que se les pregunte. Que se les permita volver si quieren volver.

Hizo una pausa.

—Llevan veinte años en un mundo. No en este. —Otra pausa—. Traedlos a casa.

La pantalla volvió a la estática.

Luego a la periodista en Madrid, que tardó dos segundos en entender que acababa de interrumpirse su emisión y que lo que había salido por antena no era un error técnico.

En la sala de control del canal, las voces empezaron a solaparse: ¡Cortad la señal! ¡Es un hackeo!

Garrido tiró el café.

Entró en la habitación.

Samuel y Julia lo miraron.

—Acaba de salir en televisión —dijo Garrido—. Un hombre. Desde lo que parece el abrigo del Espigón.

Samuel se quedó quieto.

Julia se quedó quieta.

—¿Qué ha dicho? —dijo Samuel.

Garrido los miró. A los dos. A Samuel con veinticuatro años y los ojos que lo catalogaban todo. A Julia con veintidós y el filo que había construido alrededor de algo que ahora tenía nombre y que resultaba ser exactamente lo que había sospechado siempre sin tener las palabras para nombrarlo.

—Ha dicho que os dejen elegir —dijo Garrido—. Ha dicho que os traigan a casa.

El fluorescente zumbó.

Samuel miró a Julia.

Julia miró a Samuel.

Y en el espacio entre los dos, en el metro de distancia que era exactamente la distancia entre dos catres pequeños en una habitación con paredes de piedra y una ventana demasiado alta para ver nada que no fuera cielo, pasó algo que ninguno de los dos podría haber descrito con palabras aunque Garrido lo vio perfectamente desde la puerta:

El reconocimiento completo.

No de la cara. No del nombre. De algo más antiguo que todo eso: el reconocimiento de dos personas que aprendieron juntas el mismo idioma privado en el único mundo que tenían, y que ahora estaban en este mundo nuevo y extraño, y que de repente tenían de nuevo a alguien que hablaba ese idioma.

Tararear, pensó Garrido.

Las cuatro notas.

El Padre había llamado a los niños.

Y los niños lo habían escuchado.

CAPÍTULO 13
LA CAZA DEL PADRE

Jueves / Centro de Coordinación Provisional, Hotel Castilla, Valdecinos / 13.15 horas

El teléfono sonó cuarenta minutos después de la emisión.

No el teléfono de la comisaría. No el del inspector Sáez. El de Garrido. El número personal que Garrido llevaba ocho años con la misma tarjeta SIM porque cambiar de número a los sesenta y dos te costaba más de lo que te ahorraba. El número que Garrido había dado a muy poca gente en los últimos años y que por lo tanto, cuando aparecía en pantalla con identificación de número desconocido, significaba que quien llamaba lo había conseguido de una manera que no era casual.

Garrido estaba en el centro de coordinación provisional que habían montado en la sala de reuniones del Hotel Castilla, el único hotel de Valdecinos con espacio suficiente para las pantallas y los equipos que se habían instalado en las últimas horas: dos portátiles conectados al sistema de drones, un monitor con el feed del helicóptero que había vuelto al amanecer, tres radios en frecuencias distintas y un mapa topográfico del sector norte desplegado sobre la mesa que alguien había fijado con tazas de café porque no habían encontrado cinta adhesiva.

Contestó al tercer tono.

—Garrido —dijo.

Silencio de dos segundos. El silencio de alguien que está midiendo la calidad de lo que tiene al otro lado antes de empezar.

—Inspector. —La voz era exactamente como había sido en la televisión: calmada, modulada, con el peso de quien ha practicado mucho tiempo hablar de manera que las palabras lleguen donde quiere que lleguen—. Supongo que le sorprende que llame.

—No especialmente —dijo Garrido.

Un tono que podría haber sido aprobación o podría haber sido otra cosa.

—Es usted el único que ha entendido este caso desde el principio —dijo la voz—. Los demás han mirado el mapa pero usted ha mirado el territorio.

—Llámeme por lo que soy —dijo Garrido—. Un policía retirado que lleva veinte años mirando un expediente que alguien cerró demasiado rápido.

—Exactamente. —Pausa—. Por eso le llamo a usted y no a ellos.

Garrido hizo una señal al técnico de comunicaciones, que asintió: la llamada ya estaba siendo rastreada, ya estaba siendo grabada, ya estaban triangulando. El técnico levantó tres dedos. Tres minutos para la triangulación.

—¿Qué quiere? —dijo Garrido.

—Lo que he dicho en la emisión. Que los niños elijan.

—No son niños.

—Para mí sí.

—Samuel tiene veinticuatro años. Jana, si está con usted, tiene la misma edad.

Una pausa más larga.

—Jana —repitió la voz, con algo que no era exactamente ternura pero se le parecía de una manera que resultaba más perturbadora que la ternura—. No la ha llamado así nadie en mucho tiempo.

—¿Cómo la llama usted?

—La llamo por el nombre que eligió cuando era suficientemente mayor para elegir.

Garrido apretó el teléfono.

—¿Qué nombre es ese?

—Eso es entre ella y yo.

El técnico bajó dos dedos. Dos minutos.

—Escúcheme —dijo Garrido, cambiando el tono hacia algo más plano y más directo—. Tiene a una persona con usted en el monte, en noviembre, sin suministros suficientes. La búsqueda va a intensificarse en las próximas horas. Puede terminar esto ahora, por las buenas, o puede terminar de una manera que no va a beneficiar a nadie, especialmente a la persona que está con usted.

—La persona que está conmigo —dijo la voz— está aquí porque ha elegido estar.

—¿Le ha dado la opción de no estarlo?

Silencio.

—Todo lo que he hecho en veinte años ha sido darles opciones que el mundo exterior les habría negado. —La voz había cambiado de textura, ligeramente, el primer borde que aparecía debajo de la superficie calmada—. Samuel lo eligió todo. Eligió aprender. Eligió quedarse. Eligió irse cuando estuvo listo.

—Samuel se escapó.

—Samuel salió cuando supo que podía. Eso también es una elección.

—Una elección que usted retrasó veinte años.

El borde se suavizó otra vez. La superficie calmada volvió.

—Inspector, no voy a convencerle. No es necesario que me entienda. Solo le pido que cuando hablen con Samuel y con Jana, les hagan la pregunta correcta. No ¿quieres volver con tu familia? Eso no es una pregunta libre. La pregunta correcta es ¿qué quieres tú?

El técnico bajó un dedo. Un minuto.

—¿Dónde está ahora mismo? —dijo Garrido.

—Donde necesito estar.

—¿Está Jana en condiciones físicas correctas?

—Está perfectamente. Siempre ha estado perfectamente.

—Entonces demuéstrelo. Salga del monte y entréguese. Si lo que dice es verdad, tendrá la oportunidad de decirlo ante alguien que escuche.

Una pausa larga.

—La última vez que confié en que alguien escucharía —dijo la voz—, el caso se cerró en seis semanas por presión política. —Otra pausa—. Usted mismo lo sabe. Por eso lleva veinte años con esa carpeta.

La línea se cortó.

El técnico miró la pantalla y luego miró a Garrido.

—Zona de lastra en el sector nor-siete —dijo—. Mismo cuadrante de anoche, pero más al norte. Se ha movido.

Garrido miró el mapa.

Luego miró la grabación de la llamada que el técnico ya estaba reproduciendo desde el principio, con los auriculares puestos y la expresión de quien busca algo específico.

La última vez que confié en que alguien escucharía, el caso se cerró en seis semanas por presión política.

No era la frase de alguien que improvisa. Era la frase de alguien que lleva veinte años construyendo una narrativa en la que es el protagonista y los demás son el sistema, y que ha encontrado en Garrido, de todos los disponibles, al interlocutor que más se parece a su propia versión de los hechos.

Lo que era o una táctica o la verdad.

O las dos cosas, que era la combinación más peligrosa.

El análisis forense de la fotografía llegó a las catorce y diez.

Garrido lo leyó de pie, con el café frío en la mano izquierda que no bebía porque estaba frío pero que tampoco dejaba porque necesitaba tener algo en la mano que no fuera el teléfono.

El informe tenía cinco páginas técnicas y una conclusión de dos párrafos.

El primer párrafo establecía la metodología: análisis de rasgos faciales, comparación con fotografías de referencia de ambos sujetos a diferentes edades, aplicación del sistema FACES de reconocimiento biométrico.

El segundo párrafo tenía tres frases.

La comparativa entre el sujeto menor de la fotografía y los registros disponibles de Jana Kovář (4 años, Berlín 2004) confirma compatibilidad biométrica de alto grado. La comparativa adicional con Lucas Sáez (4 años, fotografías aportadas por Marta Sáez) establece un grado de similitud facial estadísticamente consistente con gemelaridad. Se recomienda verificación mediante análisis de ADN comparativo entre sujeto recuperado (Samuel) y muestra de referencia materna de Elena Vidal.

Garrido releyó el párrafo.

Gemelaridad.

Lucas Sáez y Jana Kovář.

El niño de Hoces del Duero y la niña de Berlín.

Hijos de madres distintas, hermanas entre sí. Madres que eran hermanas. Niños que eran gemelos.

Eso no era posible con dos madres distintas en el sentido biológico habitual, y Garrido lo sabía, y la única manera en que tenía sentido era la que el expediente de Elena Vidal decía si lo leías con cuidado: Elena Vidal, española residente en Berlín, embarazada de gemelos en 2000. Gemelos nacidos en Berlín en abril de 2001. Uno registrado como Jana Kovář en Berlín. El otro, registrado como Lucas Sáez en España.

En el papel, eran hijos de dos mujeres distintas. En la sangre, eran los dos hijos de Elena y del mismo hombre.

Dos madres. Un padre biológico.

Garrido buscó en el expediente de Elena Vidal el nombre del padre de Jana.

El campo estaba en blanco en el registro alemán.

Padre desconocido.

Miró el expediente de Lucas Sáez.

En el registro de nacimiento español, firmado por Marta Sáez, el campo del padre también estaba en blanco.

Padre desconocido.

Garrido dejó el café en la mesa. Se sentó.

Las dos hermanas. El mismo hombre. Dos niños en dos países distintos que eran gemelos porque sus madres eran hermanas y su padre era el mismo hombre.

El mismo hombre que veinte años después, desde el interior de una cueva en el monte castellano, había llamado a esos niños suyos con una convicción que no era sólo la convicción del secuestrador sino algo diferente, algo que ahora tenía una capa más de significado que Garrido no había tenido antes para leer.

Traed a los niños a casa.

No devolvédmelos. No son míos. Traedlos a casa.

Como si casa fuera un lugar que existía en su cabeza de manera más real que cualquier otro lugar disponible.

Julia estaba en el pasillo del hospital cuando le llegó el mensaje de Garrido.

Era un mensaje de texto, sin preámbulo, con la economía de palabras de alguien que ha decidido que algunas cosas se dicen directamente o no se dicen: Análisis foto. Jana y Lucas son gemelos biológicos. Madre Elena. Padre mismo que Lucas. Tú no estuviste en la casa. Llámame cuando puedas.

Julia leyó el mensaje tres veces.

Tú no estuviste en la casa.

Se apoyó en la pared del pasillo apoyando la espalda, los pies separados del suelo a la distancia del grosor de los talones, la postura de alguien que necesita un punto de contacto sólido mientras procesa.

No había estado en la casa.

La niña de la foto era Jana. Jana Kovář, hija de Elena, sobrina de Marta, gemela de Lucas, veinticuatro años, en algún lugar del monte con el hombre al que llamaba de una manera que Garrido no había conseguido que dijera en la llamada.

Julia no había estado en la casa.

Lo que significaba que los fragmentos que había creído reconocer esta mañana —el olor del desinfectante, la palabra jueves, la resonancia de las cuatro notas— no eran memoria recuperada de un trauma vivido. Eran otra cosa. Eran la acumulación de veintidós años viviendo en un piso donde el caso lo ocupaba todo, donde los libros y los documentales y las entrevistas y las ruedas de prensa habían llenado el espacio disponible hasta que era imposible distinguir lo que sabías porque lo habías vivido de lo que sabías porque lo habían vivido otros y te lo habían contado tan cerca que había pasado a tener textura propia.

Tú no estuviste en la casa.

El alivio fue lo primero.

Duró exactamente cuatro segundos.

Luego llegó lo otro: si ella no había estado, Jana sí. Jana con cuatro años, con tres, con dos, con la edad que tuviera cuando el Padre la llevó al valle. Jana que era la gemela de Lucas. Jana que era la hija de Elena. Jana que era la sobrina de Marta.

Jana a quien Marta podía haber buscado en 2006 y no había buscado.

Julia marcó el número de Garrido.

Los drones térmicos detectaron el movimiento a las quince y cuarenta.

El técnico que llevaba las pantallas desde primera hora de la mañana con la concentración específica de alguien que ha aprendido a leer mapas de calor como otros leen texto —interpretando las manchas naranjas y amarillas sobre el fondo azul del frío como si fueran palabras con significado— levantó la voz sin apartar los ojos de la pantalla.

—Sector nor-ocho. Dos firmas.

Garrido cruzó la sala en cuatro zancadas.

Las dos firmas en la pantalla eran claras: una grande, irregular, de adulto en movimiento. Una más pequeña, más constante, más cerca del suelo. Las dos moviéndose en dirección este, hacia el límite del término municipal, hacia la carretera comarcal que conectaba con la autovía.

—¿Velocidad?

—Lenta. Tres, cuatro kilómetros hora. El terreno es complicado ahí.

—¿Cuánto hasta la carretera?

—Un kilómetro y medio. Con esa velocidad, treinta minutos.

Garrido miró el mapa. La carretera comarcal en esa zona tenía dos desvíos: uno hacia el sur, de vuelta a Valdecinos y a la autovía en dirección Madrid. Uno hacia el norte, hacia Fuenteblanca y desde ahí a la red secundaria de carreteras que cruzaba la sierra.

—Necesito dos unidades en el cruce norte de la comarcal ya —dijo al inspector Sáez, que había llegado quince minutos antes con cara de quien lleva veinticuatro horas sin dormir y ha decidido que dormir es un problema de otra semana.

—Las tengo en cinco minutos.

—Y el helicóptero a la carretera. Si pisan asfalto, los pillamos. En el monte desaparecen entre los árboles.

Sáez habló a la radio.

Garrido siguió mirando las dos firmas en la pantalla. La grande y la pequeña moviéndose en paralelo por el mapa de calor, dos manchas naranjas sobre azul, y no había manera de saber desde

aquí qué clase de movimiento era: si la pequeña seguía a la grande por elección o por necesidad, si la distancia entre las dos era la distancia de alguien que camina con alguien o la distancia de alguien que es llevado.

El técnico señaló la pantalla.

—Se han parado.

Las dos firmas seguían en el sector nor-ocho pero habían dejado de moverse. Quietas, juntas, a unos cincuenta metros de la zona de lastra.

—¿Por qué paran? —dijo el inspector Sáez.

Garrido lo sabía antes de que el técnico lo confirmara.

—Firma grande está bajando —dijo el técnico—. Temperatura decreciente. Está\... está en el suelo.

—¿Caída?

—No lo parece. Voluntario. Se ha sentado o tumbado.

La firma pequeña seguía de pie, junto a la grande, sin moverse.

Garrido tenía el teléfono en la mano cuando sonó.

El mismo número de antes.

—Garrido —contestó.

—Mire sus pantallas —dijo la voz.

—Las estoy mirando.

—Bien. Lo que ve es a Jana decidiendo. Le he dado el dispositivo GPS y le he dicho que puede seguir hacia la carretera si quiere. —Una pausa—. He dejado que elija.

La firma pequeña en la pantalla se movió.

Un paso. Dos. En dirección este. Hacia la carretera.

Se detuvo.

Luego retrocedió dos pasos.

Luego avanzó tres.

—Está dudando —dijo la voz—. Veinte años es mucho tiempo para decidir en treinta segundos.

La firma pequeña se detuvo otra vez.

Garrido miró la pantalla.

—Si la quiere —dijo Garrido—, déjela ir.

Silencio.

—La quiero —dijo la voz—. Por eso la dejo elegir.

—Eso no es querer. Eso es delegar la responsabilidad de lo que usted ha hecho en alguien que no tiene los instrumentos para calibrarlo.

—¿Y quién tiene esos instrumentos? —La voz había perdido la capa exterior. Era más directa ahora, más cruda—. ¿Marta Sáez, que sabía dónde buscar en 2006 y guardó la nota en un cajón? ¿El Ministerio, que cerró la investigación por presión política? ¿Usted, que lleva veinte años con una carpeta que nadie quería que existiera?

Garrido no dijo nada.

—Nadie en este caso tiene las manos limpias, inspector. Ni siquiera usted.

La línea se cortó por segunda vez.

En la pantalla, la firma grande se levantó.

Se movió hacia el oeste, alejándose de la firma pequeña. Rápido. Con una decisión que contrastaba con la lentitud de los últimos treinta minutos.

—La firma grande se separa —dijo el técnico—. Dirección oeste. Hacia la lastra.

—Que el helicóptero lo siga —dijo Sáez.

—Si entra en la lastra, lo perdemos. La roca dispersa la señal térmica.

—Que lo siga hasta donde pueda.

La firma pequeña seguía quieta en la pantalla.

Sola ahora, sin la grande a su lado.

Quieta durante diez segundos que en el centro de coordinación parecieron diez minutos.

Luego se movió.

Hacia el este.

Hacia la carretera.

El técnico siguió la señal con el dron, ajustando el ángulo, y en la pantalla la mancha naranja pequeña avanzaba por el azul del monte con una regularidad que era la regularidad de alguien que ha tomado una decisión y la está ejecutando antes de poder cambiar de opinión.

—Unidades al cruce norte —dijo Garrido al inspector Sáez—. Que esperen. Que no se acerquen hasta que ella llegue. Que no usen las luces.

Sáez transmitió las instrucciones.

Garrido miró la firma pequeña avanzar en la pantalla.

Pensó en Jana Kovář. Cuatro años en Berlín en septiembre de 2004. Veinte años en un valle. Una firma naranja en un mapa de calor tomando una decisión en el monte en noviembre con el frío y el barro y la única vida que había conocido dejada atrás en dirección oeste con pasos que se hacían más pequeños en la pantalla hasta que la lastra se los tragó y ya no hubo firma grande ni rastro ni señal de lo que había sido el único mundo de dos personas durante dos décadas.

Solo la firma pequeña.

Avanzando.

Garrido cogió el abrigo de la silla.

—Voy al cruce —dijo.

Encontraron el GPS veinte minutos después.

No lo llevaba Jana. Lo había dejado. Colgado de una rama a tres metros del borde de la lastra, en una bolsa de plástico con cierre hermético del mismo tipo que la que había protegido la fotografía en la mochila de dinosaurios.

Dentro de la bolsa, además del GPS, un papel doblado.

Garrido lo abrió con los guantes puestos, en el cruce de la carretera comarcal, con los faros del todoterreno iluminando el asfalto mojado y la lluvia que había vuelto, más fina que la de la noche anterior pero igualmente constante.

El papel tenía una sola línea, escrita a mano con letra pequeña y vertical.

Los que buscan la verdad deberían preguntarse primero quién tenía interés en no encontrarla.

Y debajo, separado por una línea en blanco, un nombre.

No el suyo. No el de Samuel. No el de Jana.

El nombre de Marta Sáez.

Y junto al nombre, una fecha.

Septiembre de 2004.

Un mes antes de la desaparición de Jana en Berlín.

Garrido miró el papel durante un momento con la lluvia cayendo sobre sus hombros y los faros del todoterreno detrás y el monte al norte donde el hombre al que llevaba veinte años persiguiendo acababa de desaparecer en la lastra como si la roca lo hubiera absorbido.

Dobló el papel.

Lo guardó en el bolsillo interior del abrigo, junto a las notas del 2005.

Luego miró la carretera.

Jana vendría por ahí.

Lo que viniera después vendría después.

CAPÍTULO 14
LA HERMANA GEMELA

Jueves / Cruce carretera comarcal N-232 / 16.14 horas

Apareció desde el monte como aparecen las cosas que llevan mucho tiempo en la oscuridad cuando salen a la luz: despacio, con el cuerpo todavía organizado para el espacio anterior, sin saber todavía si el espacio nuevo es seguro o si la luz es castigo o si hay diferencia entre las dos cosas.

Garrido la vio antes de que los agentes de las unidades la vieran, porque estaba mirando el borde del monte desde hacía veinte minutos con la atención de quien sabe que algo va a salir por ahí y que cuando salga no va a tener la forma que nadie espera.

No tenía la forma que nadie esperaba.

Jana Kovář tenía veinticuatro años y caminaba como alguien que ha pasado la vida aprendiendo a moverse en espacios con techo bajo: ligeramente inclinada hacia delante, los pasos más cortos de lo que correspondía a su altura, los brazos cerca del cuerpo. El pelo estaba rapado casi a cero, lo que hacía que la estructura de su cara —la mandíbula, los pómulos, la línea del cráneo— fuera visible de una manera que una persona con pelo nunca es visible, como una arquitectura sin ornamento. Llevaba ropa de monte, funcional, en capas, con el barro del suelo en las rodillas y en los antebrazos. En el cuello, una bufanda oscura que se había soltado en algún punto del descenso y que pendía hacia un lado.

Caminaba sola.

Caminaba en línea recta hacia el cruce, como si el cruce fuera el único punto del universo hacia el que tenía sentido dirigirse.

Y tarareaba.

Garrido lo escuchó cuando ella estaba a unos treinta metros: las cuatro notas, el patrón circular sin resolución, el mismo que había escuchado en la grabación del hospital, el mismo que había aprendido a reconocer en los últimos tres días como una señal de

algo que todavía no sabía nombrar del todo pero que tenía que ver con la manera en que los seres humanos se anclan cuando el mundo se les ha hecho demasiado grande para poder estar en él sin un punto fijo.

Garrido fue hacia ella.

Solo. Sin los agentes. Se lo había pedido a Sáez diez minutos antes: cuando salga, voy yo primero. Solo.

Jana se detuvo cuando lo vio acercarse. No con miedo. Con la misma cautela medida de Samuel en la gasolinera, esa cautela que no era miedo sino el protocolo de alguien que ha aprendido que los espacios nuevos requieren verificación antes de proceder.

Garrido se paró a tres metros.

—Hola —dijo.

Jana lo miró. Los ojos eran los ojos de Samuel. Exactamente. La misma oscuridad, la misma calidad de la atención, el mismo brillo catalogador que miraba y archivaba y seguía mirando.

No dijo nada.

—Me llamo Garrido. Soy policía. —Hizo una pausa—. Retirado. Llevo veinte años buscándoos.

Jana siguió mirándolo.

—¿A los dos? —dijo.

La voz era baja. Modulada de la misma manera que la de Samuel: las palabras separadas, medidas, como si el acto de hablar con otra persona fuera una negociación que requería precisión en cada término.

—A los dos —confirmó Garrido—. A Samuel y a ti.

Jana miró el asfalto. La lluvia caía sobre el capó de los coches aparcados en el cruce y producía ese sonido específico del agua sobre metal que es uno de los sonidos más constantes del mundo y que probablemente ella no había escuchado nunca en una carretera porque las carreteras no existían en el mundo donde había vivido.

—Se ha ido —dijo Jana.

—Lo sé.

—No voy a decirles dónde.

—No se lo pido.

Jana levantó la vista.

—¿Por qué no?

—Porque usted no es información —dijo Garrido—. Es una persona. Y ahora mismo lo que necesita una persona es calor, comida y un sitio donde estar sin que nadie le pida nada durante un rato.

Jana lo miró durante tres segundos exactos.

Luego asintió.

Un movimiento pequeño y único, sin repetición.

Garrido extendió el brazo hacia el todoterreno y Jana siguió su dirección sin que él la tocara, con la misma distancia entre los dos que cuando una persona sigue a otra sin que haya contacto físico pero hay una línea invisible que los conecta.

La manta isotérmica que el agente tenía preparada fue lo siguiente. Jana la recibió exactamente como Samuel había recibido la suya en la gasolinera, con la misma atención a las dos caras del material, y Garrido pensó que era lógico: misma casa, mismos veinte años, mismas maneras de recibir lo que el mundo exterior ofrece porque nadie les había enseñado que había una manera distinta.

La diferencia estaba en el antebrazo izquierdo.

Cuando Jana se puso la manta y el brazo quedó expuesto un momento, Garrido vio el tatuaje.

No era grande. No era decorativo en el sentido habitual. Era funcional, hecho con algo primitivo, la tinta irregular y los bordes sin la precisión de una aguja profesional: una sola letra, grande, clara.

La puerta E.

La puerta que no se abría.

Garrido lo miró durante el segundo que tardó en quedar cubierto por la manta.

Luego miró hacia delante y no dijo nada.

Jueves / Hospital Comarcal de Valdecinos / 17.45 horas

La habitación donde ubicaron a Jana era la del pasillo C, a cuatro puertas de la de Samuel.

Julia estaba en el pasillo cuando la trajeron. No porque alguien le hubiera dicho que estaría ahí: había llegado al hospital después de la llamada de Garrido con la misma inevitabilidad con la que había

llegado a la comisaría esa mañana, el movimiento de alguien que sabe que hay un lugar donde necesita estar aunque no sepa todavía qué va a hacer cuando llegue.

Vio a Jana desde el pasillo.

Jana caminaba entre Garrido y una enfermera, con la manta sobre los hombros y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, y cuando pasó bajo el fluorescente del pasillo C Julia tuvo la experiencia de ver su propia cara en un ángulo que ningún espejo había podido darle nunca: de perfil, en movimiento, con la mandíbula y los pómulos y la línea del pelo en la frente que eran los mismos que los suyos y que sin embargo nunca había visto así, externos, fuera del cuerpo, perteneciendo a otra persona que se movía de una manera completamente diferente a como ella se movía.

Julia no dijo nada.

Jana tampoco.

Pero Jana giró la cabeza cuando pasó junto a Julia, y sus miradas se cruzaron durante dos segundos, y en esos dos segundos algo ocurrió que Julia no supo describir entonces ni supo describir después cuando intentó hacerlo: no fue reconocimiento en el sentido que ella esperaba, no fue el golpe de relámpago de las películas. Fue más parecido a mirar al espejo y encontrar que el espejo tiene un segundo de retraso, que la imagen es tuya pero no está sincronizada, que hay algo familiar que es exactamente tuya y al mismo tiempo pertenece a otra persona que ha pasado veinte años siendo otra cosa.

Jana entró en la habitación.

La puerta se cerró.

Julia se quedó en el pasillo con la espalda contra la pared y las manos colgando a los lados.

Garrido se paró junto a ella.

—¿Está bien? —dijo.

—No —dijo Julia.

—¿Quiere entrar?

Julia miró la puerta cerrada.

—Todavía no.

Pasaron veinte minutos.

Garrido los usó para hablar con el inspector Sáez, para revisar la grabación de la segunda llamada del Padre, para coordinar la búsqueda en la zona de lastra que seguía sin resultado. El hombre había desaparecido en el terreno con la fluidez de quien lo conoce mejor que cualquier mapa disponible, y los equipos estaban cubriendo los sectores posibles de salida pero los sectores eran muchos y el terreno era complicado y la lluvia seguía borrando rastros.

Cuando Julia llamó a la puerta de la habitación de Jana, Garrido estaba a tres metros y lo vio.

Llamó dos veces. Con los nudillos, no con la palma. El sonido específico de alguien que pide permiso de verdad y no solo por protocolo.

Desde dentro, una voz.

—Sí.

Julia abrió la puerta.

Jana estaba sentada en el borde de la cama, igual que Samuel había estado sentado en el borde de la suya cuando Alicia entró tres días antes. Con la misma postura recta, los mismos pies en el suelo, las mismas manos sobre los muslos. La bata del hospital sobre la ropa de monte, porque se había negado a quitársela según el parte de la enfermera: había tolerado la exploración, había tolerado que le pusieran vía, pero la ropa de monte se la quedaba puesta.

Julia entró.

Se quedó parada a dos metros de la cama.

Las dos se miraron.

El parecido en este ángulo, frontal, con la misma luz encima, era de una intensidad que Garrido, asomado al ventanuco de la puerta, no había anticipado aunque debería haberlo anticipado. No eran idénticas: Jana tenía el pelo rapado y Julia lo tenía largo, Jana tenía tres kilos menos y una manera de ocupar el espacio físico completamente distinta, Jana tenía el tatuaje en el antebrazo y Julia tenía una cicatriz pequeña en la barbilla de cuando se cayó de una bici a los nueve años. Pero la estructura era la misma. El plano era el

mismo. El molde original del que las dos habían salido era inequívocamente idéntico.

Como si fueran gemelas.

—Hola —dijo Julia.

—Hola —dijo Jana.

—Me llamo Julia.

Jana la miró.

—Lo sé —dijo Jana—. Te he visto en la televisión esta mañana.

Julia parpadeó.

—¿Había televisión en\...?

—No. En el abrigo. Él tenía una tablet con batería. —Pausa—. La dejó encendida para que pudiera ver.

La dejó encendida para que pudiera ver. Garrido anotó la frase mentalmente. El Padre había querido que Jana viera la cobertura del caso. Había querido que Jana viera a Julia. Había gestionado la información de Jana de la misma manera meticulosa en que lo había gestionado todo: con criterio, con propósito, dando lo que necesitaba dar y no más.

Julia entró hasta la silla y se sentó.

—¿Sabes quién soy? —dijo.

—Mi hermana —dijo Jana.

La palabra cayó en la habitación con un peso que no era el peso de una revelación sino el de algo que Jana ya sabía y que decirlo en voz alta era simplemente el paso siguiente a haberlo sabido.

—¿Él te lo dijo?

—Me dijo que tenía una hermana por parte de familia. Que vivía con ella. —Pausa—. Dijo que era mejor que yo no lo supiera hasta que fuera mayor.

—¿Y cuándo fuiste mayor?

Jana pensó.

—Hace dos años, me dijo que tenía veintidós años y que ya podía saberlo.

Julia procesó esto.

—¿Y cómo te sentiste?

—No lo sé todavía.

Fue una respuesta honesta. De la clase de honestidad que no tiene modales sociales porque nadie le ha enseñado que la honestidad a veces se viste de otra cosa.

Julia miró el antebrazo de Jana. La bata había resbalado ligeramente y la E del tatuaje asomaba por el borde de la manga.

—Puerta-fría —dijo Julia, en voz muy baja.

Jana levantó la vista.

—¿Cómo sabes eso?

—Samuel me lo dijo.

Jana miró la E en su propio antebrazo. Un gesto automático, el de alguien que mira algo que lleva tanto tiempo en el cuerpo que ya no necesita mirarlo pero a veces lo mira de todas formas, como verificación.

—Me lo hice yo —dijo Jana—. Hace tres años. Con una aguja y tinta de bolígrafo. —Pausa—. Él no lo sabe.

—¿Por qué?

—Porque era mío.

Julia miró de nuevo la E.

—La E de la puerta que no se abría —dijo.

—La E de la puerta detrás de la que había algo que él no quería que viéramos —dijo Jana, con una precisión que cambió el significado de la letra en el brazo de una manera que Julia no había anticipado—. No era solo una puerta cerrada. Había algo dentro.

El silencio que siguió era diferente a todos los silencios del día.

—¿Qué había dentro? —dijo Julia.

Jana la miró.

—No lo sé. Nunca pudimos abrir la puerta. Pero había ruidos a veces. —Pausa—. Samuel decía que eran los ruidos de la casa. Yo pensaba que eran otra cosa.

La detención de Marta Sáez se produjo a las seis de la tarde.

No fue dramática. Fue lo opuesto de dramática: un agente de paisano llamando al timbre del piso de la calle Montserrat, Marta abriendo con el abogado al lado porque el abogado llevaba horas ahí desde la mañana, la lectura de los cargos en la entrada del piso con la foto de Lucas en la pared al fondo y las zapatillas de talla veintitrés en su caja de cartón amarillenta.

Garrido no estaba presente.

Sáez sí.

Garrido estaba en el hospital cuando le llegó la confirmación por radio, y estaba ahí porque había una conversación que necesitaba que ocurriera antes de que se cerrara ninguna puerta, antes de que los abogados y los protocolos y los comunicados oficiales convirtieran todo en procedimiento.

Entró en la habitación de Samuel.

Samuel estaba en el mismo sitio de siempre, en el borde de la cama, con el cuaderno de espiral abierto. Había estado dibujando: la habitación de los dos catres, desde la perspectiva del catre de la izquierda mirando al de la derecha, con el detalle de la ventana pequeña y alta y la luz que entraba desde el norte.

—Han detenido a Marta —dijo Garrido.

Samuel no preguntó por qué. Esperó.

Hay un documento firmado por Marta Sáez en una notaría. Una renuncia de custodia sobre un menor. —Hizo una pausa—. Sobre ti.

Samuel lo miró.

—¿Me entregó?

—El documento legal no dice eso. Dice renuncia de custodia a favor de un particular cuyos datos en el documento original están parcialmente ilegibles. —Garrido midió las palabras—. El contexto sugiere que el particular era el hombre que conoces como el Padre.

Samuel miró el dibujo de los dos catres.

—¿Por qué?

—Eso es lo que todavía no sabemos. Lo que sí sabemos es que cuando Jana desapareció un mes después, Marta ya no tenía ningún instrumento legal para reclamar tu devolución sin admitir que había firmado ese documento. Y el documento la colocaba en una posición que—

—Que la destruía —dijo Samuel.

—Sí.

Samuel miró el dibujo.

—¿Ella eligió al Padre?

Garrido no respondió de inmediato. Era la pregunta correcta y la respuesta era complicada de una manera que ninguna frase corta

podía contener.

—Hay evidencia de que tu madre y el Padre tuvieron una relación —dijo Garrido finalmente—. Anterior a tu nacimiento y a la desaparición de Jana. La naturaleza exacta de esa relación es parte de lo que la investigación va a tener que establecer.

Samuel asintió.

Luego dijo algo que Garrido no esperaba que dijera.

—¿Y Jana? —dijo—. ¿La han localizado ya?

—Sí, está aquí —dijo Garrido—. En el hospital. Pero aún no le hemos dicho nada.

—¿Le dirán lo de Marta?

—Eso también hay que establecerlo.

Samuel cerró el cuaderno.

—Quiero verla —dijo.

La reunión entre Samuel y Jana ocurrió en la habitación de Jana, a las seis y cuarenta y cinco.

Garrido la vio desde el pasillo, a través del ventanuco, porque ninguno de los dos había pedido que se quedara y ninguno de los dos había pedido que se fuera.

Samuel entró.

Jana lo miró desde el borde de la cama.

Samuel se quedó de pie junto a la puerta durante un momento, y en ese momento Garrido vio algo que no había visto en ninguno de los dos desde que los conocía: los dos a la vez, en el mismo espacio, y la manera en que la presencia de uno cambiaba algo en la postura del otro de una manera que no era solo reconocimiento sino algo más antiguo, el ajuste de dos personas que han pasado años aprendiendo el ritmo del otro en un espacio cerrado.

Samuel se sentó en la silla junto a la cama.

—Te fuiste —dijo Samuel.

—Me fui —dijo Jana.

—Estabas conmigo cuando me escapé —dijo Samuel—. Por eso sabía que podías.

—¿Está bien? —dijo Samuel.

—¿Él?

—Sí.

—No lo sé —dijo Jana—. Se fue hacia la lastra.

Samuel miró sus manos.

—Lo encontrarán —dijo.

—Probablemente —dijo Samuel.

—¿Qué pasará entonces?

Samuel miró el techo, el mismo fluorescente zumbando en su frecuencia constante.

—No lo sé. —Pausa—. Hay muchas cosas que no sé todavía.

Jana no dijo nada.

—Pero tú llevas más tiempo sabiéndolo.

Jana lo miró.

—Desde hace dos años —dijo—. Desde que me dijo lo de la hermana.

—¿Y?

—Y no sé qué hacer con eso todavía.

Samuel asintió.

Era la respuesta correcta. Era la única respuesta posible cuando lo que tienes que hacer con algo es demasiado grande para calcularlo en el tiempo disponible, y los dos lo sabían porque los dos llevaban la vida entera aprendiendo a esperar cuando la información superaba la capacidad de procesarla.

Luego Jana dijo algo que había estado esperando desde que Samuel apareció en las noticias, y el Padre le había dicho que podía irse y ella había dudado y luego había ido hacia la carretera porque ir hacia la carretera era diferente a volver:

—Tú tarareabas de noche —dijo Jana—. Cuando tenía miedo. Siempre lo hacías .

—Sí —dijo Samuel.

—Las cuatro notas.

—Sí.

Jana miró su antebrazo. La E del tatuaje.

—Él decía que era una canción de familia —dijo Jana.

—Era una canción de familia —dijo Samuel—. Pero no de la suya.

El silencio entre los dos tenía la textura de algo que se asienta, no de algo que se resuelve. El asentamiento lento de las cosas que

son demasiado grandes para caber de golpe pero que con tiempo y espacio suficiente van encontrando dónde ponerse.

Garrido se separó del ventanuco.

El vídeo llegó a las ocho y doce a la dirección de correo oficial del inspector Sáez.

Sin remitente identificable. Con una sola línea en el asunto: Para quien corresponda.

La grabación duraba cuatro minutos y dieciséis segundos.

Eran imágenes de Jana de pequeña. Dos años, tres, cuatro, cinco. En el interior de la casa, en el patio de tierra, en la sala con la estantería. Imágenes caseras, con la estabilidad imperfecta de quien graba sin trípode, con la luz natural de las ventanas que Garrido reconoció como la misma luz de los dibujos de Samuel.

Jana aprendiendo a leer. Jana comiendo. Jana dormida en el catre de la derecha. Jana y Samuel juntos en el suelo de madera con los libros abiertos.

En el último plano, Jana mirando a la cámara con cuatro años y la sonrisa que era la misma sonrisa de las fotos de Lucas con cuatro años, la sonrisa torcida que Garrido había visto diez mil veces en veinte años de expediente.

Y sobre la imagen, en texto blanco, sin voz:

Esto es lo que les quitaron. Entréguenla o los que saben demasiado empezaran a desaparecer.

Y debajo, en texto más pequeño:

Esto incluye a quien lleva veinte años con una carpeta.

Garrido leyó el mensaje dos veces.

La segunda vez se detuvo en la última línea. Quien lleva veinte años con una carpeta. No era Alicia: Alicia llevaba veinte años con un libro, con un programa, con una carrera construida sobre el caso. Era él. Era la carpeta de notas que llevaba en la bolsa desde 2005, la que nadie en la investigación oficial había querido ver y que sin embargo Ruiz sabía que existía.

Lo que significaba que Ruiz lo había tenido identificado desde antes de que él supiera que Ruiz existía.

Luego llamó a Sáez.

Luego se quedó sentado en la silla del hotel con la carpeta de notas viejas en el regazo y la lluvia en la ventana y el zumbido del fluorescente de la habitación que era diferente al de todos los demás fluorescentes pero que de alguna manera producía el mismo sonido.

El mismo sonido que habían escuchado Samuel y Jana durante veinte años.

Y que ahora, esta noche, en habitaciones separadas del hospital, volvían a escuchar.

CAPÍTULO 15
PUERTA E

Viernes / Casa del Padre, sector norte, valle de Hoces del Duero / 08.30 horas

La puerta E cedió al tercer golpe de maza.

No porque fuera débil: era de roble macizo con refuerzos de hierro en los bordes, una puerta que alguien había instalado con la intención de que durara más que quien la instalaba. Cedió porque el marco de piedra que la sostenía llevaba veinte años absorbiendo humedad y lo que parecía solidez era en realidad la solidez específica de las cosas que se han calcificado alrededor de una herida.

El técnico forense Ignacio Fuentes —no el del laboratorio de ADN, otro Fuentes, el de la unidad de escena del crimen de Soria que había llegado esa mañana con el equipo completo— anotó la hora en su tableta y esperó a que el polvo que había levantado el golpe de maza se asentara antes de entrar.

El polvo tardó cuarenta y cinco segundos en asentarse.

Garrido contó los segundos desde el pasillo.

Llevaba en la casa desde las siete y media, cuando el inspector Sáez lo había llamado para decirle que el equipo iba a forzar la puerta y que su presencia era bienvenida en calidad de consultor, que era la calidad que le habían asignado de manera informal desde el principio y que nadie había cuestionado porque cuestionar a Garrido en este caso había demostrado ser consistentemente una mala decisión.

El polvo se asentó.

Fuentes entró primero con la linterna de trabajo. Luego su asistente. Luego Garrido, que no esperó a que nadie lo invitara porque nadie lo invitaría y porque llevar veinte años con una carpeta de notas te da ciertos privilegios que no están escritos en ningún protocolo.

La habitación detrás de la puerta E medía unos cuatro metros cuadrados.

Era más pequeña de lo que cualquiera hubiera imaginado. El techo era bajo, de piedra sin revocar, y olía de una manera que Garrido reconoció antes de que sus ojos terminaran de adaptarse a la luz de la linterna: el olor de algo orgánico que ha completado su proceso de descomposición hace tiempo y lo que queda ya no huele a muerte sino a lo que queda después de la muerte, a tierra y a tiempo y a la quietud específica de los espacios que llevan muchos años sin recibir aire nuevo.

Fuentes proyectó la linterna en el suelo.

Dos formas pequeñas.

Garrido las miró durante el tiempo que necesitó para que su cabeza terminara de procesar lo que sus ojos ya habían procesado: dos esqueletos en posición fetal, uno junto al otro, con la distancia entre ellos de dos personas que duermen cerca. Los huesos eran pequeños, del tamaño de los huesos de niños de cuatro a seis años, con el cráneo todavía relativamente intacto y la estructura vertebral parcialmente desarticulada por el tiempo pero reconocible.

Junto a los esqueletos, contra la pared, un objeto.

Una caja de metal con tapa, del tipo que se usan para guardar documentos, con la cerradura oxidada pero cerrada.

Y sobre la caja, sujetas al metal con una goma elástica que se rompió cuando Fuentes la tocó, un fajo de fotografías polaroid.

Fuentes las separó con pinzas, una a una, depositándolas sobre la superficie plana de su maletín abierto.

Eran dieciséis fotografías.

Las primeras ocho eran de una niña. Pequeña, con el pelo oscuro, en distintas edades que Garrido calculó entre los dos y los cinco años. La niña en el suelo de madera de la sala. La niña dormida. La niña mirando por la ventana pequeña y alta con la expresión de quien intenta ver algo que está demasiado lejos para verse.

En cuatro de las fotos, junto a la niña, un niño mayor.

Samuel, con cinco o seis años.

Las últimas ocho fotografías eran diferentes. La misma niña, pero en las últimas imágenes la niña no estaba sola ni estaba dormida. Estaba quieta de una manera que era diferente a todas las formas de quietud que Garrido había aprendido a leer en veinte años de trabajo.

Garrido miró las últimas fotografías el tiempo necesario y luego dejó de mirarlas.

—Necesito los diarios —dijo.

Fuentes abrió la caja de metal.

Jueves / Hospital Comarcal de Valdecinos / 12.00 horas

La psicóloga que había llegado de Soria esa mañana para trabajar con Samuel y Jana se llamaba doctora Herrero y tenía la clase de paciencia que no es un rasgo de carácter sino una herramienta profesional, construida específicamente para situaciones en las que la información que necesitas está en un lugar al que no puedes llegar directamente y cualquier intento de llegar directamente lo aleja más.

No era hipnosis en el sentido cinematográfico.

Era inducción de relajación profunda con foco en memoria sensorial: el tipo de técnica que la psicología forense usa con supervivientes de trauma cuando los recuerdos están fragmentados y lo que necesitas no es el recuerdo completo sino los detalles periféricos que el cerebro guarda en lugares diferentes al recuerdo principal, los detalles que a veces sobreviven cuando el núcleo central del recuerdo ha sido protegido por el olvido.

Samuel y Jana estaban en habitaciones separadas.

El protocolo lo requería: los recuerdos de testigos independientes no deben contaminarse mutuamente antes de ser recogidos. Garrido lo había explicado y los dos lo habían aceptado con la misma ecuanimidad con que aceptaban todo: como una regla del espacio nuevo que convenía seguir hasta entender si tenía sentido o no.

Garrido siguió la sesión de Samuel a través del monitor en la sala de al lado.

La doctora Herrero hablaba en voz baja. Samuel tenía los ojos cerrados y la respiración más lenta que de costumbre, los cuatro

tiempos que Garrido había visto hacer en la ambulancia, en el hospital, en todos los momentos en que el mundo exterior había requerido más procesamiento del disponible.

—Estás en la habitación de los dos catres —dijo la doctora—. Es de noche. ¿Qué escuchas?

—El río —dijo Samuel, con los ojos cerrados—. Cuando hay mucha agua en invierno. Y a Jana.

—¿Qué hace Jana?

—Duerme. Respira distinto cuando duerme. —Pausa—. Antes de Jana había otra.

La doctora no cambió el ritmo.

—¿Antes de Jana?

—En el catre de la derecha. Antes de que Jana llegara. —Samuel frunció el entrecejo con los ojos cerrados, la arruga pequeña entre las cejas—. Era más pequeña. Más pequeña que yo. Yo tenía\... cuatro años. Cinco. Era muy pequeña. Ya estaba cuando yo llegué.

—¿Cómo se llamaba?

Silencio.

—No lo sé. La llamábamos Juli. —Pausa—. Pero creo que no era su nombre. Era el nombre que yo le había puesto porque no podía decir bien el nombre real.

—¿Recuerdas el nombre real?

Silencio más largo.

—Suena como Julia —dijo Samuel finalmente—. Pero diferente. Más corto. Iulia. Iulia.

Garrido escribió.

Iulia. Nombre rumano o italiano, variante. Posible víctima anterior a Jana.

—¿Qué pasó con Iulia? —dijo la doctora.

Samuel abrió la boca. La cerró. El frunce del entrecejo se acentuó.

—Estaba protegiendo —dijo Samuel—. De la luz-castigo. La ponía en el centro junto a mi cama, en el suelo, para que si el Padre venía con los focos\... — Se detuvo—. Para que los focos me dieran a mi primero.

—¿Y un día?

—Un día no funcionó —dijo Samuel, con una voz que había perdido el color, que era plana de la manera en que las voces se aplanan cuando dicen cosas que el cuerpo ha guardado en el lugar más protegido—. Había algo en el suelo. No lo vi. Era de noche. —Pausa—. No fue el Padre. Fue un accidente.

Garrido cerró los ojos un segundo.

Los abrió.

Iulia. Antes de Jana. Antes de 2004.

Un año antes, quizás dos. Cuatro años, tres.

Un accidente en la oscuridad.

Y el Padre que había guardado los restos detrás de la puerta E y había traído a Jana y no había dicho nada y había seguido y había seguido y había seguido durante veinte años con la puerta cerrada y los dos niños durmiendo en los catres del otro lado de la pared.

Los diarios del Padre eran seis cuadernos de tapa dura.

Garrido los leyó en orden, en la sala de coordinación del Hotel Castilla, con el café que alguien le ponía en la mesa y que se enfriaba sin que él lo tocara.

El hombre se llamaba Javier Ruiz Montoya.

O se había llamado así: el nombre aparecía en las primeras páginas del primer cuaderno, en el contexto de lo que era evidentemente un diario que había empezado como ejercicio terapéutico y se había convertido en otra cosa. Había sido psicólogo infantil. No médico, como Samuel había creído o el Padre le había dejado creer: psicólogo, especializado en desarrollo cognitivo temprano, con una tesis doctoral sobre estimulación en entornos de aislamiento controlado que había presentado en la Universidad Complutense en 1998 y que había sido rechazada por el comité ético antes de llegar a publicación.

Rechazada por el comité ético.

Garrido releyó esa frase tres veces.

El primer cuaderno describía los años anteriores al primer secuestro: la frustración de Ruiz con lo que llamaba el ruido del sistema, los años de consulta con niños a los que el mundo exterior dañaba de maneras que él consideraba evitables, la construcción lenta de una teoría que en el cuaderno se llamaba entorno de

desarrollo optimizado y que en la práctica era exactamente lo que Samuel había descrito: un espacio cerrado, controlado, con acceso limitado al mundo exterior, donde un adulto seleccionaba toda la información que el niño recibía.

El niño que crece sin el ruido del mundo, escribía Ruiz en el segundo cuaderno, crece sin el daño del mundo. No es secuestro. Es protección. La diferencia entre los dos es la intención.

Luego la relación con Marta Sáez. Descrita con la distancia clínica de alguien que documenta una variable experimental, no con el lenguaje de un amante:

M. comprende la teoría mejor que nadie. M. tiene miedo. El miedo de M. es el miedo del sistema, no el suyo propio. Necesita tiempo.

Y luego, en enero de 2005, una entrada que Garrido leyó dos veces.

M. ha firmado como tutora legal de L. No entiende completamente lo que ha firmado pero lo ha hecho.

E. incapacitada desde 2004 -toxicomanía + depresión post-parto.

J. conmigo desde 2004 (La madre incapacitada, nadie la buscará).

L. ya está aquí desde 2005.

Por fin mis hijos están conmigo

La hermana de M., E., no lo sabe todavía.

E. es un problema no previsto.

Los gemelos complican la variable de control.

Los gemelos.

Lucas y Jana.

El mismo padre biológico: Javier Ruiz Montoya.

Julia, la tercera, era solo de Marta. El único de los cuatro niños que Ruiz nunca había reclamado.

Marta había firmado la custodia de Lucas, era su tutora legal. Elena no había firmado nada: a Jana la habían tomado sin firma, sin protocolo, sin el papel de la notaría berlinesa que daba a lo que hizo Marta una legibilidad legal que lo de Jana nunca tuvo.

Lo de Marta, pensó Garrido, fue una elección. Lo de Jana fue un robo.

Y Iulia, antes de los dos, antes de la teoría completamente desarrollada, antes de la firma y del papel y del protocolo, era el experimento anterior, la niña sin nombre conocido que había llegado y había muerto y cuya muerte había quedado detrás de la puerta E durante veinte años.

Garrido cerró el cuaderno.

Buscó en la base de datos de menores desaparecidos el nombre Iulia con las variantes posibles.

Encontró tres coincidencias en el período 2001-2003. Iulia Stanescu, tres años, desaparecida en Madrid en junio de 2002. Familia de origen rumano, residente en el barrio de Lavapiés. El caso sin resolver.

Tres años en 2002.

Cinco o seis en 2004 o 2005, cuando Samuel calculaba que Iulia había estado en la casa.

Iulia Stanescu.

La primera.

Entre los objetos registrados esa mañana en la planta baja figuraba un portátil Dell de 2009 con la bisagra rota, guardado en una caja de herramientas bajo el fregadero. El técnico informático lo había abierto en el acto: sin contraseña, sin cifrado. En el escritorio, una carpeta sin nombre con tres archivos. El primero era un script en Python de catorce líneas, comentado a mano en los márgenes con anotaciones en español. El segundo era el log de una conexión satelital rebotada a través de un repetidor de dron agrícola abandonado en el monte, a dos kilómetros de la finca. El tercero era el vídeo.

Garrido había mirado al técnico.

—¿Esto es lo que entró en el sistema del hospital?

—Esto, o algo muy parecido —había dicho el técnico—. No es sofisticado. Pero funciona.

Garrido había pensado en los cuadernos. En la meticulosidad de Ruiz. En la frase del sexto cuaderno: Si el sistema recupera lo que tomó el sistema, el sistema deberá devolver lo que tomó el sistema. Un hombre que documenta todo. Que no improvisa. Que tiene el plan B preparado antes de necesitarlo.

La llamada llegó a la una y cuarto.

No al teléfono de Garrido esta vez. Al del inspector Sáez, que estaba en la sala de coordinación cuando sonó y lo puso en altavoz antes de contestar con el instinto de alguien que ha aprendido que este caso requiere testigos para todo.

Era la agente que supervisaba la vigilancia del piso de Marta Sáez, que había quedado con custodia policial mientras se procesaba la detención formal.

—Inspector —dijo la agente—, Julia Sáez salió del edificio hace cuarenta minutos. Le dijimos que podía moverse libremente, que la custodia era solo para la madre. Salió sola, caminando, dijo que iba a dar una vuelta.

—¿Y? —dijo Sáez.

—No ha vuelto. Le hemos llamado cuatro veces. El teléfono está apagado. —Una pausa—. Hemos revisado las cámaras del portal. Salió sola. Pero en la cámara de la esquina, a ciento veinte metros del edificio, hay un vehículo aparcado que no estaba en el registro del barrio. Un Transit oscuro. —Otra pausa—. Julia dobla la esquina hacia ese vehículo. No sale por el otro lado.

Garrido se levantó.

—¿Matrícula del Transit?

—Falsa. La estamos rastreando.

Garrido miró a Sáez.

Sáez miró a Garrido.

Gemela falsa por gemela real. La frase del vídeo que habían recibido la noche anterior. La frase que Garrido había leído y archivado y a la que no había dado suficiente peso porque había demasiadas otras cosas a las que dar peso y solo tienes una cantidad de atención disponible en cada momento.

Entréguenla o los que saben demasiado empiezan a desaparecer.

La amenaza sobre Garrido la había procesado. La amenaza sobre Julia no.

Sáez ya estaba hablando por la radio. Garrido ya estaba marcando el número de Alicia, que era quien tenía acceso a los medios y que en los próximos minutos iba a ser la diferencia entre

que esto saliera en los noticiarios de las tres o no saliera hasta las nueve.

—¿Aurelio? —dijo Garrido al teléfono, marcando el número del viejo que le habían dado del pueblo.

Nadie contestó.

Marcó otra vez.

Nada.

Llamó a la agente de guardia en Hoces del Duero.

—Necesito que verifiquen el domicilio de Aurelio Vega —dijo—. Inmediatamente.

La agente tardó cuatro minutos en volver a llamar.

Cuatro minutos que Garrido pasó de pie junto a la ventana de la sala de coordinación mirando la lluvia en el asfalto del aparcamiento del hotel, con el café frío en la mano que esta vez sí bebió porque necesitaba algo que hacer con las manos.

La agente llamó.

—Inspector Garrido. —La voz tenía esa planitud que Garrido había escuchado esta mañana cuando Fuentes había entrado en la habitación detrás de la puerta E, la voz de alguien que construye distancia entre lo que ve y lo que dice—. Aurelio Vega ha sido encontrado en el interior de su domicilio. —Pausa—. Está muerto. El médico dice que lleva entre ocho y doce horas.

Entre ocho y doce horas.

Entre las doce de la noche y las cuatro de la mañana.

Mientras Garrido intentaba unir las piezas del puzle en su duermevela. Mientras Samuel y Jana dormían en el hospital. Mientras Julia no dejaba de reconocer su propia cara en una fotografía.

Mientras Javier Ruiz Montoya había desaparecido en la lastra.

—Causa —dijo Garrido. No como pregunta.

—El médico dice traumatismo en cuello —dijo la agente—. Consistente con compresión manual.

Garrido cerró los ojos.

Aurelio Vega, setenta y cinco años. El único testigo con nombre y apellido que había visto al Padre cruzar el río en enero de 2005. El

hombre que había esperado veinte años caminando de noche bajo la lluvia hacia la casa para decirle a alguien lo que había visto.

La última vez que confié en que alguien escucharía, el caso se cerró en seis semanas.

Ruiz había dicho eso en la primera llamada. Y luego había matado al testigo. Y luego había tomado a Julia.

La amenaza no era la amenaza de alguien que improvisa. Era la amenaza de alguien que tenía el plan desde antes de que Garrido supiera que había un plan.

Garrido abrió los ojos.

Miró el mapa topográfico sobre la mesa. La lastra. El sector nor-siete. Los cuadrantes que los equipos de búsqueda habían cubierto y los que no.

Pensó en los diarios. En la entrada de septiembre de 2004:

M. ha firmado como tutora legal de L. No entiende completamente lo que ha firmado pero lo ha hecho.

Pensó en la entrada que había encontrado al final del sexto cuaderno, la más reciente, fechada tres semanas antes: Si el sistema recupera lo que tomó el sistema, el sistema deberá devolver lo que tomó el sistema. Un intercambio es un intercambio.

No era la frase de un hombre que huye.

Era la frase de un hombre que negocia.

Número desconocido.

Pero Garrido ya lo sabía.

Javier Ruiz Montoya.

—Inspector.

—¿Dónde está Julia Sáez?

—Conmigo.

—¿Está bien?

—Perfectamente. Como siempre han estado todos los que han estado conmigo. —Una pausa—. Eso es lo que nadie en este caso quiere reconocer.

Garrido apretó el teléfono.

—Escúcheme —dijo—. Ha matado a Aurelio Vega. Eso cambia todo.

Silencio.

—No sé de qué me habla.

—Sí sabe.

Una pausa larga.

—Lo que sé —dijo la voz finalmente, y había algo nuevo en ella, algo que no era el control perfecto de las llamadas anteriores sino el borde más largo y más irregular de alguien que ha cruzado una línea que no sabe si puede cruzarse de vuelta— es que Jana está en el hospital y que debería estar conmigo. —Pausa—. Una gemela por una gemela, inspector. Julia por Jana. Es un intercambio limpio.

—No hay intercambios limpios cuando hay un muerto.

—Aurelio Vega era un testigo que iba a dar un testimonio parcial sobre un hecho que no entendía completamente. —La voz se había recompuesto. La superficie calmada otra vez, aunque Garrido ahora sabía lo que había debajo—. El mundo ha tomado decisiones sobre mis hijos durante veinte años. Es mi turno.

—Julia Sáez no es su hija.

—Jana es mi hija —dijo la voz—. Y Jana merece a su gemela.

La línea se mantuvo abierta.

Garrido no colgó.

En la sala de coordinación, Sáez coordinaba unidades. En el hospital, Samuel y Jana ignoraban lo que estaba ocurriendo. En algún lugar entre la lastra y la carretera comarcal, Julia Sáez estaba en un vehículo con el hombre que había construido su vida alrededor de una teoría y que ahora estaba construyendo su final alrededor de la misma.

El fluorescente de la sala parpadeó.

Una vez.

Garrido lo miró.

Luego miró el mapa.

Luego dijo, despacio, con la precisión de alguien que ha decidido que la única manera de ganar tiempo es darlo:

—Dígame qué necesita para que Julia esté segura.

CAPÍTULO 16
INTERCAMBIO DE GEMELAS

Viernes / Cueva norte, ladera del Espigón / 13.40 horas

Julia recuperó la conciencia con el olor.

No con el dolor, que llegaría después. No con el miedo, que había estado presente antes de perder la conciencia y que volvería cuando el cerebro terminara de procesar dónde estaba. Con el olor: tierra húmeda, humo de madera quemada hace horas, y algo más difícil de nombrar que era o musgo o piedra mojada o el olor específico de los espacios que llevan mucho tiempo sin recibir luz del sol.

Abrió los ojos.

El techo de la cueva estaba a dos metros por encima de su cabeza. Roca oscura con vetas de cuarzo que reflejaban la luz de una linterna LED apoyada en el suelo. Julia estaba tumbada sobre algo que había sido paja y ahora era humedad compactada, con una manta sobre el cuerpo que no era la manta isotérmica del hospital sino algo más grueso, de lana, con olor a almacenamiento prolongado.

Giró la cabeza.

El hombre estaba sentado junto a la entrada de la cueva, a unos tres metros, con la espalda apoyada en la pared de roca y las piernas cruzadas. Miraba hacia el exterior, donde se veía el monte bajo y la niebla y el gris de la tarde lluviosa. Tenía el perfil que Julia reconoció de las fotografías que había visto en las últimas horas: Javier Ruiz Montoya, cincuenta y cinco años, hombros anchos, mandíbula marcada, el pelo oscuro con canas en las sienes.

El Padre.

Julia intentó incorporarse.

El movimiento activó el dolor: un golpe sordo en la base del cráneo que le subió por la nuca hasta los ojos. Cerró los ojos. Esperó a que el dolor se estabilizara en algo manejable.

Cuando los abrió, el hombre la estaba mirando.

—Hola, Julia —dijo.

La voz era exactamente como en las grabaciones: calmada, modulada, con el peso de quien ha practicado mucho tiempo hablar de manera que las palabras lleguen donde quiere que lleguen. Pero había algo diferente esta vez, algo que las grabaciones no habían captado del todo: había en esa voz una calidez que era o completamente genuina o tan profundamente construida que ya no se podía distinguir de lo genuino.

Julia no dijo nada.

—Lamento el golpe —dijo el hombre—. Fue necesario. No tenías manera de entender que venías voluntariamente.

Julia procesó la frase durante tres segundos.

—No vine voluntariamente —dijo.

—No conscientemente —dijo el hombre—. Pero la verdad inconsciente es que has pasado veinte años queriendo entender qué pasó con tu hermano. Y ahora estás en el único lugar donde puedes entenderlo.

Julia miró la cueva. La entrada. La distancia hasta la entrada.

—Si intentas salir —dijo el hombre, sin cambiar el tono—, no te detendré. Pero afuera hay tres kilómetros de monte en noviembre con niebla y lluvia y no sabes orientarte. Llegarás al valle en dos horas o te perderás en la lastra. Las probabilidades están equilibradas.

Julia miró al hombre.

—¿Por qué estoy aquí?

El hombre la miró durante un momento con una expresión que Julia tardó en clasificar: no era crueldad, no era satisfacción. Era algo más parecido a la tristeza, pero una tristeza que había pasado por tantos filtros que ya no era reconocible como tal.

—Porque eres la gemela falsa —dijo.

Garrido recibió las coordenadas del intercambio a las catorce y cinco.

Llegaron por mensaje de texto al teléfono del inspector Sáez, no al suyo, porque Ruiz había decidido cambiar de interlocutor o porque había decidido que multiplicar los canales de comunicación era una

manera de mantener el control de una situación que se le estaba escapando.

Las coordenadas eran un punto en la carretera comarcal, a medio camino entre Valdecinos y Fuenteblanca. Un tramo recto de dos kilómetros sin edificaciones, con visibilidad larga en ambas direcciones. Un lugar donde cualquier vehículo que se acercara sería visible con diez minutos de antelación.

La hora: diecisiete treinta. Tres horas y veinticinco minutos desde ahora.

Las condiciones: Jana, sola, caminando por el arcén norte. Julia sería liberada cuando Jana cruzase el punto medio de la carretera.

—No es un intercambio —dijo Sáez, mirando el mensaje—. Es una trampa.

—Por supuesto que es una trampa —dijo Garrido—. La cuestión es de qué tipo.

Garrido miró el mapa. El punto de intercambio estaba a cuatro kilómetros de la lastra. Ruiz tendría que bajar del monte con Julia, cruzar una zona expuesta, llegar al arcén sur de la carretera. Todo eso con los equipos de búsqueda cubriendo el perímetro y con el helicóptero en el aire.

A no ser que Ruiz ya estuviera en la carretera.

A no ser que hubiera bajado durante la noche.

A no ser que el Transit oscuro que había usado para tomar a Julia estuviera aparcado en algún desvío secundario esperando.

Garrido marcó el número de Ruiz.

Contestó al segundo tono.

—Quiero hablar con Julia —dijo Garrido.

—No.

—Necesito verificar que está bien.

—Está perfectamente. Como todos los que han estado conmigo.

—Eso dijo de Iulia Stanescu —dijo Garrido—. Y está muerta detrás de la puerta E.

Silencio.

—Iulia fue un accidente. —La voz había perdido medio grado de control—. Un accidente que Samuel lamenta tanto como yo.

—Samuel era un niño. Usted era el adulto.

—Exactamente. Yo era el adulto que los protegía del mundo que mata a más niños en un año que todos mis errores en veinte. —Pausa—. ¿Ha visto las estadísticas de abuso infantil en España, inspector? ¿Las cifras de explotación? ¿El porcentaje de niños que crecen traumatizados por un sistema que dice protegerlos pero que los daña sistemáticamente?

—Y su solución era encerrarlos.

—Mi solución era darles un espacio donde crecer sin el ruido. Sin la contaminación del sistema. —La voz había recuperado el control y algo más: convicción, la clase de convicción que es más peligrosa que la duda porque no tiene manera de corregirse a sí misma—. Samuel es más inteligente que el noventa y nueve por ciento de los adultos que ha conocido en estos tres días. Jana tiene una claridad moral que el mundo exterior destruiría en seis meses. ¿Y me dice que lo que hice estuvo mal?

Garrido no contestó esa pregunta. Contestó otra.

—¿Qué quiere de Julia?

—Nada —dijo Ruiz—. Julia es el precio del intercambio. Jana por Julia. Una gemela por la otra.

—Julia no es gemela de Jana.

—No gemela. Pero de la misma sangre. —Pausa—. Marta Sáez construyó su vida alrededor de la idea de que había perdido a su hijo. La madre coraje. La defensora de los niños desaparecidos. Todo eso mientras sabía dónde buscar y decidía no hacerlo. —Otra pausa —. Julia lleva mi sangre igual que Jana y Samuel. Marta lo sabía. Por eso la tuvo. Por eso la guardó. Y ahora el sistema tendrá que decidir qué hace con eso.

Garrido escuchó la lógica interna de esa frase y la encontró perfectamente coherente dentro del sistema de pensamiento de alguien que ha pasado veinte años construyendo una narrativa donde todas las piezas encajan y donde cualquier cosa que no encaja es porque el mundo exterior está equivocado, no él.

—Diecisiete treinta —dijo Garrido—. Carretera comarcal. Jana sola.

—Exacto.

—¿Y si no viene?

—Entonces Julia se queda conmigo —dijo Ruiz—. Y el mundo tendrá que decidir si prefiere recuperar a la gemela verdadera o a la falsa.

La línea se cortó.

Viernes / Hospital Comarcal de Valdecinos / 15.15 horas

Jana estaba sentada en el borde de la cama cuando Garrido entró.

No le sorprendió verlo. Había visto el movimiento en el pasillo durante la última hora: los agentes que entraban y salían, las conversaciones en voz baja, el cambio de tensión en el aire que ocurre cuando algo grande está pasando y todo el mundo lo sabe pero nadie lo dice todavía en voz alta.

—Han secuestrado a Julia —dijo Garrido.

Jana sabía el nombre. Samuel le había hablado de Julia en alguna de las conversaciones de los últimos días, con la economía de palabras que usaba para las cosas que importaban: su hermana, la que no estuvo en la casa, la que creció creyendo otra historia.

No preguntó quién. No hacía falta.

—¿Está bien?

—Según él, sí.

Jana miró sus manos. El pulgar ligeramente doblado hacia dentro, el gesto de cuando estaba quieta y pensando.

—¿Qué quiere? —dijo.

—Un intercambio. Tú por ella.

Jana levantó la vista.

—¿Cuándo?

—Diecisiete treinta. Carretera comarcal, cuatro kilómetros al norte.

Jana miró el reloj de la pared. Las quince y diecisiete. Dos horas y trece minutos.

—¿Y si no voy?

—Julia se queda con él.

Jana consideró esto durante varios segundos con la misma atención medida que Samuel aplicaba a todo, la atención de alguien que ha aprendido que las decisiones importantes requieren tiempo aunque el tiempo disponible sea poco.

—Iré —dijo.

Garrido había esperado esa respuesta. No porque Jana fuera predecible en el sentido habitual, sino porque había una lógica interna en la manera en que Jana procesaba el mundo que era la misma lógica que Samuel tenía y que Garrido había aprendido a leer en los últimos días: la lógica de alguien que ha pasado veinte años en un espacio donde las reglas eran claras y donde romper las reglas tenía consecuencias inmediatas, y para quien el mundo exterior todavía no tenía suficiente textura para competir con esa claridad.

—No tienes que ir —dijo Garrido.

—Sí tengo.

—Podemos resolver esto de otra manera.

—¿Cómo? —Jana lo miró—. ¿Esperando a que él mate a alguien más? ¿Esperando a que Julia pase veinte años donde yo pasé veinte años?

—Él no va a tener veinte años más.

—No. Pero Julia puede tener una semana. Y una semana ahí es suficiente para que algo cambie que no se puede cambiar después.

Garrido sabía que eso era verdad. Había leído los cuadernos. Había visto cómo Ruiz documentaba el proceso de cada niño, la manera en que los primeros días eran críticos, la ventana en que el niño acepta que el espacio nuevo es el único espacio disponible y deja de buscar el anterior.

Siete días, había escrito Ruiz en el tercer cuaderno. Después de siete días, el niño empieza a construir las rutinas del espacio nuevo. Después de catorce, el espacio nuevo es el único que recuerda con claridad. Después de veintiuno, el espacio anterior es un sueño.

—¿Quieres volver con él? —dijo Garrido.

Jana tardó en contestar.

—No sé si querer es la palabra correcta —dijo finalmente—. Pero es mi casa. Ha sido mi casa veinte años. Y él es\... —Se detuvo—. No sé qué es. Pero es lo único que conozco que se parece a una familia.

Garrido la miró.

—Samuel es tu familia.

—Samuel es mi hermano. —Pausa—. Pero él también es algo. Y ese algo tiene un peso que no desaparece porque ahora esté aquí en vez de ahí.

En la puerta, Samuel apareció.

No había llamado. Había entrado directamente con la misma ausencia de protocolo social que los dos compartían, y se quedó parado en el umbral mirando a Jana con la expresión de alguien que ha escuchado suficiente de la conversación para entender lo que está pasando.

—No puedes ir —dijo Samuel.

—Tengo que ir.

—No tienes que ir. Hay otras maneras.

—¿Cuáles?

Samuel no tenía respuesta para eso. O tenía respuestas pero ninguna que pudiera articular en el tiempo disponible, ninguna que tuviera el peso suficiente para competir con la decisión que Jana ya había tomado.

—Si vas —dijo Samuel—, no vuelves.

—Lo sé.

—Entonces es lo mismo que cuando te fuiste la primera vez. —Samuel dio dos pasos dentro de la habitación—. Dijiste que ibas hacia la carretera. Dijiste que era diferente a volver. Pero si vuelves ahora, no es diferente. Es lo mismo.

Jana lo miró durante un momento con los ojos que eran los ojos de Samuel, la misma oscuridad, la misma calidad de la atención.

—No es lo mismo —dijo Jana—. La primera vez elegí salir. Esta vez elijo entrar. La diferencia no está en la dirección. Está en quién decide.

El intercambio estaba programado para las diecisiete treinta.

A las diecisiete, Jana salió del hospital con la ropa que le habían dado —no la ropa de monte del día anterior, que estaba siendo procesada como prueba, sino ropa nueva de una tienda de Valdecinos que alguien había comprado con prisa: vaqueros, camiseta gris, chaqueta de abrigo— y subió al todoterreno de Garrido.

Samuel no fue. Había querido ir. Garrido le había dicho que no era posible, que los protocolos de seguridad no permitían civiles en la zona de intercambio, que era mejor que esperara en el hospital.

Samuel había aceptado de la misma manera que aceptaba todo: con una ecuanimidad que era o resignación o la comprensión profunda de que hay cosas que no puedes controlar y que intentar controlarlas solo produce más dolor del necesario.

El trayecto hasta el punto de intercambio duró dieciocho minutos.

Jana no habló durante esos dieciocho minutos. Miró por la ventanilla el paisaje que pasaba —el monte bajo, las encinas, el cielo gris de la tarde que empezaba a oscurecer aunque faltaban dos horas para la puesta de sol porque noviembre en la meseta es así, el día se apaga antes de terminar— con la misma atención catalogadora que todo, archivando.

A las diecisiete y veinticinco llegaron al punto de intercambio.

Era exactamente como las coordenadas habían indicado: un tramo recto de carretera comarcal, dos kilómetros de asfalto mojado con visibilidad larga en ambas direcciones. Sin edificaciones. Sin árboles cerca del arcén. Solo el monte bajo a cincuenta metros a cada lado y la niebla que había bajado otro metro desde la mañana.

El operativo estaba desplegado: dos vehículos en cada extremo del tramo, a kilómetro y medio de distancia. El helicóptero en el aire, a trescientos metros de altura, con cámara térmica. Cuatro francotiradores en posiciones elevadas con línea de visión al punto de intercambio.

Garrido lo había coordinado durante las últimas dos horas con Sáez y con la unidad táctica que había llegado de Soria. Todo por protocolo. Todo siguiendo el manual de situaciones de rehenes.

Pero había algo en este caso que no encajaba en el manual, que era el hecho de que el rehén —Julia— era el cebo, y el intercambio —Jana— era el objetivo, y el secuestrador —Ruiz— era alguien que no estaba intentando escapar sino intentando recuperar algo que consideraba suyo desde el principio.

No es un secuestro tradicional, había dicho el jefe de la unidad táctica. Es una negociación de custodia con armas.

Jana bajó del todoterreno.

Garrido se quedó dentro.

—Camina por el arcén norte —dijo Garrido—. Despacio. Cuando veas a Julia en el lado opuesto, sigues caminando. No corras. No te detengas. El protocolo es que cuando estés a mitad de camino, él libera a Julia y tú sigues hacia él.

Jana asintió.

—¿Y si no libera a Julia?

—Entonces los francotiradores tienen instrucciones.

Jana miró hacia el monte bajo donde se suponía que estaban los francotiradores. No los vio. Ese era el propósito.

—¿Qué instrucciones?

Garrido la miró.

—Neutralizar la amenaza.

Jana asintió otra vez.

Luego empezó a caminar.

La figura apareció en el otro extremo del tramo a las diecisiete y treinta y dos.

Dos minutos tarde, que era suficiente tiempo para que todos los que esperaban empezaran a pensar que Ruiz no iba a presentarse, que había cambiado de plan, que esto había sido una distracción.

Pero apareció.

Era Julia. Garrido la vio a través de los prismáticos: caminaba despacio por el arcén sur, con las manos visibles a los lados del cuerpo, sin chaqueta a pesar del frío. Detrás de ella, a unos veinte metros, la figura de un hombre.

Ruiz.

No caminaba. Estaba parado en el borde del monte bajo, con algo en la mano derecha que los prismáticos de Garrido identificaron como un arma. No apuntaba a Julia. La tenía a lo largo del muslo, apuntando al suelo, pero la tenía.

Jana siguió caminando.

Julia siguió caminando.

Las dos en direcciones opuestas, por arcenes opuestos, separadas por diez metros de asfalto mojado y por veinte años de biografías que habían empezado en el mismo punto y que ahora

volvían a cruzarse en este tramo de carretera en noviembre bajo la niebla.

Garrido seguía a Jana con los prismáticos. Luego a Julia. Luego a Ruiz.

Ruiz no se movía. Miraba a Jana con una intensidad que era visible incluso a esa distancia, una intensidad que era o alivio o algo más complicado, el reconocimiento de algo que has perdido y que vuelve y que no sabes si vuelve porque quiere o porque no tiene otra opción.

Las dos chicas estaban a cincuenta metros de distancia. Cuarenta. Treinta.

A veinte metros, Jana se detuvo.

Julia siguió caminando.

—¿Por qué se detiene? —dijo Sáez desde la radio.

Garrido no contestó. Miraba a Jana a través de los prismáticos.

Jana había girado la cabeza hacia Ruiz. Lo miraba desde el arcén norte con la distancia de diez metros de asfalto y cien metros de carretera entre ellos.

Luego Jana hizo algo que nadie había previsto en el protocolo.

Cruzó la carretera.

No hacia Julia. Hacia Ruiz.

Caminó directamente hacia él, cruzando la línea de fuego de los francotiradores, cruzando el perímetro de seguridad, cruzando todos los límites que el operativo había establecido, con la misma determinación tranquila con la que había cruzado el monte la noche anterior cuando había elegido ir hacia la carretera.

—Abortar —dijo el jefe de la unidad táctica a la radio—. Rehén en línea de fuego.

—No disparen —dijo Garrido.

Jana llegó a cinco metros de Ruiz.

Se detuvo.

Los dos se miraron.

Y Garrido vio, incluso a través de los prismáticos, lo que había en esa mirada: no el reconocimiento de secuestrador y víctima. El reconocimiento de dos personas que han pasado veinte años construyendo una relación que no tiene nombre en el vocabulario

del sistema, una relación que el sistema llama secuestro y que ellos dos han llamado otra cosa durante tanto tiempo que la palabra del sistema ya no tiene peso suficiente para borrar la otra.

Ruiz bajó el arma.

La dejó en el suelo.

Dio dos pasos hacia Jana.

Y entonces ocurrió lo que Garrido había sabido que iba a ocurrir desde el momento en que Jana había cruzado la carretera, lo que es inevitable cuando pones a dos francotiradores nerviosos con instrucciones ambiguas en una situación que cambia más rápido de lo que el protocolo puede actualizar.

El disparo.

No fue uno. Fueron dos. Casi simultáneos, desde posiciones diferentes, coordinados o no coordinados, no quedó claro en el informe posterior.

El primero impactó en el suelo a medio metro de Ruiz. El segundo impactó en Jana.

No en el centro de masa, que era donde el francotirador había apuntado cuando pensaba que Ruiz era el objetivo y Jana estaba a cinco metros. En el hombro izquierdo, cuando Ruiz dio el paso y Jana quedó parcialmente detrás de él en el ángulo de tiro.

Jana cayó.

Julia gritó desde el arcén sur.

Ruiz se agachó, cogió a Jana, la levantó con una fuerza que no parecía posible en alguien de cincuenta y cinco años pero que era la fuerza de alguien que ha pasado veinte años cargando cosas en el monte, y corrió.

No hacia el monte. Hacia el Transit oscuro que Garrido vio ahora por primera vez, aparcado en un desvío de tierra a cincuenta metros dentro del monte bajo, invisible desde la carretera, esperando.

Garrido salió del todoterreno.

Corrió hacia Julia, que estaba en el arcén sur, paralizada, mirando cómo Ruiz desaparecía en el monte con Jana en brazos.

Llegó hasta ella. La agarró del brazo.

—¿Estás bien?

Julia lo miró sin verlo.

—La han disparado —dijo Julia.

—Lo sé.

—La han disparado y él se la ha llevado.

—Lo sé.

El sonido del motor del Transit llegó desde el monte. Luego el sonido de los neumáticos sobre la tierra mojada, alejándose, hacia el norte.

El helicóptero ya lo estaba siguiendo.

Las unidades ya estaban en movimiento.

Pero Garrido sabía, con certeza, que Ruiz conocía el terreno mejor que ningún helicóptero y que el Transit iba a desaparecer en algún desvío secundario que no estaba en ningún mapa y que para cuando lo encontraran Ruiz y Jana ya no estarían ahí.

Miró a Julia.

Julia lo miraba con los ojos de alguien que acaba de entender algo que llevaba toda la vida sin entender y que ahora que lo entiende no sabe qué hacer con ello.

—Me dijo que era la gemela falsa —dijo Julia—. Que Marta me construyó para reemplazar al hijo que entregó. —Pausa—. ¿Es verdad?

Garrido no contestó.

No porque no supiera la respuesta.

CAPÍTULO 17
SANGRE EN LA LASTRA

Viernes / Zona de lastra, sector nor-nueve / 18.05 horas

La sangre de Jana dejaba un rastro.

No continuo. La presión que Ruiz había aplicado sobre la herida con su propia camisa, doblada cuatro veces y apretada contra el hombro de Jana mientras conducía el Transit por los desvíos que conocía de memoria, había reducido el sangrado a un goteo intermitente. Pero en la lastra, donde había tenido que cargarla otra vez porque el Transit no podía avanzar más, las gotas habían vuelto a espaciarse en el suelo con la regularidad de un metrónomo lento.

Gota cada cinco pasos.

Ruiz las contaba sin querer, el instinto del hombre que ha pasado veinte años midiendo todo —la comida, el agua, el combustible, el tiempo, la luz— porque medir es la única manera de controlar y controlar es la única manera de proteger.

Jana pesaba menos de lo que debería pesar alguien de su altura. Eso era lo primero que había notado cuando la había levantado del asfalto. Sesenta kilos, quizás menos, con la musculatura magra de quien ha crecido con comida suficiente pero no abundante, con ejercicio controlado pero no libre. El cuerpo que Ruiz había construido durante veinte años con la misma meticulosidad con la que había construido todo lo demás: el espacio, las rutinas, la arquitectura completa de un mundo que era pequeño pero perfecto hasta que el mundo exterior lo había roto.

El mundo exterior siempre rompe lo que toca.

Ese había sido el núcleo de su teoría desde el principio. El sistema contamina. Los niños que crecen en contacto con el sistema crecen dañados. La única protección posible es el aislamiento. Y durante veinte años había funcionado. Samuel había crecido inteligente, articulado, sin las neurosis que Ruiz veía en cada niño que salía de las consultas de los psicólogos infantiles de Madrid.

Jana había crecido con una claridad moral que el mundo exterior destruiría en seis meses.

Y ahora el sistema los había cazado como a animales.

Había disparado a Jana.

El sistema había disparado a su hija.

Ruiz apretó los dientes y siguió subiendo por la lastra.

La cueva que buscaba estaba a doscientos metros más arriba, en una zona que los mapas topográficos no mostraban porque era demasiado pequeña para registrarse en la escala que usaban. Pero Ruiz la conocía desde hacía treinta años, desde antes de Samuel, desde antes de la teoría completa, desde los años en que todavía era un psicólogo frustrado que subía al monte los fines de semana para escapar del ruido de Madrid.

La cueva tenía profundidad suficiente para dos personas.

Tenía agua de filtración en la pared del fondo.

Tenía lo que Ruiz había dejado ahí dos semanas antes, cuando había empezado a preparar la tercera fase del plan, la fase que esperaba no tener que usar pero para la cual se había preparado de todas formas porque prepararse era lo que distinguía el éxito del fracaso.

Llegó a la entrada de la cueva a las seis y doce.

Depositó a Jana en el suelo con el cuidado de quien maneja algo frágil. Jana no había hablado durante el trayecto. Había mantenido los ojos abiertos, había mantenido la mano presionando la camisa contra su propio hombro cuando Ruiz le había dicho que presionara, pero no había dicho nada. El shock, probablemente. O la disociación. O las dos cosas.

Ruiz encendió la linterna LED que había dejado en la cueva.

La luz llenó el espacio.

Jana parpadeó.

—¿Dónde estamos? —dijo.

—En casa —dijo Ruiz.

Viernes / Centro de Coordinación Provisional, Hotel Castilla, Valdecinos / 18.20 horas

El helicóptero había perdido el Transit a las seis y seis minutos.

El piloto lo había reportado con la voz plana de quien reporta un fallo técnico y no un desastre operativo, pero el resultado era el mismo: el Transit había entrado en una zona de bosque denso al norte del sector nueve y la cámara térmica había perdido la señal porque las copas de los árboles dispersaban la firma y porque Ruiz había elegido esa zona exactamente por eso, porque la conocía y porque había calculado que el helicóptero no podría seguirlo.

Garrido escuchó el reporte desde la sala de coordinación con el café frío en la mano y la sensación específica de estar dos pasos por detrás de alguien que lleva veinte años pensando en cada contingencia.

—Unidades terrestres en el sector —dijo Sáez a la radio—. Que peinen desde el punto donde se perdió el contacto.

—Ya en ruta —confirmó la voz de Fonseca desde el terreno.

Garrido miró el mapa. El sector nor-nueve era lastra en su mayor parte, con zonas de bosque intercaladas. Difícil para vehículos. Ideal para alguien a pie que conoce el terreno. Y con una persona herida, las opciones de Ruiz se reducían: no podía moverse rápido, no podía moverse lejos, necesitaba un lugar donde detenerse.

Un refugio.

Una cueva.

Algo que no estuviera en los mapas pero que Ruiz conociera.

Garrido abrió la carpeta de notas viejas. Buscó el informe de 2005 del sector norte. El que mencionaba la casa forestal y que Mora había cerrado al día siguiente de que Domínguez encontrara las huellas.

En la página tres del informe, una anotación lateral con letra de Garrido: D. menciona otras estructuras en el sector, cuevas no registradas, refugios de pastores.

Garrido marcó el número de Fonseca.

—Necesito a alguien que conozca el monte —dijo—. Alguien local, mayor de sesenta años, que haya sido pastor o que conozca los refugios antiguos.

—Eso va a ser difícil, Garrido. La mayoría de los pastores de esa generación están\...

—Muertos, lo sé. Pero tiene que haber alguien.

Fonseca tardó treinta segundos.

—Hay un hombre en Fuenteblanca. Octavio Ramos. Ochenta y dos años. Fue pastor hasta los setenta. Conoce el monte mejor que los mapas.

—Tráiganlo.

Viernes / Hospital Comarcal de Valdecinos / 18.35 horas

Julia estaba sentada en el pasillo C cuando Samuel salió de su habitación.

No le habían dicho que Jana había sido disparada. No directamente. Pero Samuel había escuchado el movimiento en el pasillo, las radios, las conversaciones en voz baja que la gente tiene cuando algo grave ha pasado y todavía no saben cómo comunicarlo.

Se sentó junto a Julia sin decir nada.

Julia lo miró.

—La han disparado —dijo Julia.

—Lo sé.

—Y él se la ha llevado.

—Lo sé.

Julia miró sus manos. El pulgar ligeramente doblado hacia dentro, el gesto de Jana, el gesto que ahora sabía que no era de Jana sino de las dos, el gesto compartido de dos personas que llevaban la misma sangre aunque sus vidas hubieran sido completamente diferentes.

—Ella cruzó la carretera —dijo Julia—. Nadie le dijo que cruzara. El protocolo era que ella siguiera caminando y que yo siguiera caminando y que nos cruzáramos en el medio. Pero ella cruzó directamente hacia él.

Samuel no dijo nada. Esperó.

—Eligió volver con él —dijo Julia.

—Sí.

—¿Por qué?

Samuel miró el fluorescente del techo, el zumbido constante que era el sonido de fondo de todos los espacios de hospital y que era casi pero no exactamente el mismo zumbido de los fluorescentes de la casa.

—Porque es lo que conoce —dijo Samuel—. Y cuando el mundo se te hace demasiado grande demasiado rápido, vuelves a lo que conoces aunque lo que conoces no sea bueno. Es más manejable que lo desconocido.

Julia lo miró.

—¿Tú también quieres volver?

Samuel consideró la pregunta durante un momento con la honestidad que era su único modo de considerar preguntas.

—A veces —dijo—. Pero sé que no puedo. Y Jana no lo sabe todavía.

—¿Cómo sabes que no lo sabe?

—Porque si lo supiera, no habría cruzado la carretera.

Julia cerró los ojos.

Cuando los abrió, tenían el brillo de las cosas que duelen de una manera que no es física sino estructural, el dolor de cuando algo que creías que era sólido resulta que no lo es.

—Toda mi vida he sido la hermana de Lucas Sáez —dijo Julia—. veintidós años siendo la hermana del niño desaparecido. Y ahora resulta que no soy su hermana. Soy la hija que mi madre construyó para reemplazar al hijo que entregó. —Pausa—. ¿Qué soy entonces?

Samuel la miró.

—Eres Julia —dijo.

—Eso no es suficiente.

—Es lo único que hay.

Julia miró el pasillo. La puerta de la habitación donde Jana había estado hasta hace seis horas. La cama vacía que se veía a través del ventanuco.

—Jana tiene un gemelo real —dijo Julia—. Y yo tengo una madre que mintió durante veinte años. No es el mismo peso.

Samuel no discutió. Era cierto y discutirlo no lo haría menos cierto.

Se quedaron sentados en el pasillo durante un tiempo que ninguno de los dos midió, con el zumbido del fluorescente y el sonido de los pasos de las enfermeras en el turno de noche y el peso de todas las cosas que habían aprendido en los últimos cuatro días y que todavía no sabían dónde poner.

Viernes / Cueva sector nor-nueve / 19.15 horas

Jana recuperó la conciencia con el dolor.

No había perdido la conciencia del todo: había estado en ese estado intermedio donde sabes que estás consciente pero no puedes organizar los pensamientos en nada que tenga forma reconocible, donde el mundo es input sensorial sin categorización, sin archivo, solo la información bruta llegando sin filtro.

Ahora los filtros volvían.

Y con los filtros, el dolor.

El hombro izquierdo ardía con una intensidad que Jana no había experimentado nunca, ni siquiera las veces que el Padre había tenido que ponerle puntos después de una caída o cuando se había roto el dedo meñique a los doce años y el Padre lo había alineado sin anestesia porque no había anestesia disponible y porque el Padre creía que el dolor era una señal del cuerpo que convenía escuchar sin

El dolor te enseña dónde están tus límites.

Abrió los ojos.

El Padre estaba junto a ella, con las manos manchadas de sangre —su sangre, la sangre de Jana— y una expresión que Jana tardó en clasificar porque no era ninguna de las expresiones catalogadas de los veinte años: no era la expresión de cuando enseñaba, no era la de cuando corregía, no era la de cuando simplemente estaban juntos en la sala leyendo.

Era algo nuevo.

O algo antiguo que Jana no había visto nunca porque nunca había habido ocasión para verlo.

Miedo.

El Padre tenía miedo.

—Estás despierta —dijo el Padre.

—Sí.

—¿Cómo te sientes?

—Duele.

—Lo sé. He extraído la bala. Estaba alojada en el músculo deltoides, no ha tocado el hueso. La herida es limpia. —El Padre lo

dijo con la voz clínica que usaba cuando explicaba los procesos del cuerpo, pero debajo de la voz clínica había algo que temblaba—. Vas a estar bien.

Jana miró alrededor. La cueva era pequeña, con el techo bajo y las paredes húmedas. En la esquina había una mochila que Jana reconoció: era la mochila que el Padre usaba para las salidas largas, cuando iba al pueblo a comprar suministros y tardaba dos días en volver.

En la mochila, asomando por la abertura, algo que brillaba con la luz de la linterna.

Metal.

Jana lo reconoció aunque nunca lo había visto de cerca: un arma. La misma que el Padre había tenido en la carretera.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —dijo Jana.

El Padre la miró.

—No lo sé todavía.

—¿A dónde podemos ir?

—Hay lugares. Más al norte. Más aislados. —Pausa—. Pero primero necesito que te recuperes.

Jana procesó esto. El dolor del hombro era constante ahora, un latido sincronizado con el pulso que Jana podía contar si cerraba los ojos: ciento diez, ciento quince. Más rápido\' de lo normal. El shock, probablemente. O la pérdida de sangre.

—¿Cuánta sangre he perdido? —dijo.

—Medio litro, quizás. No crítico. —El Padre le puso la mano en la frente, midiendo la temperatura—. Pero necesito que bebas agua. Mucha agua. Y que descanses.

Jana bebió del cantimplora que el Padre le acercó. El agua tenía gusto a plástico y a algo metálico que podía ser el sabor de su propia sangre en la boca o el sabor del miedo que el Padre había traído a la cueva y que ahora ocupaba el espacio entre los dos.

—¿Por qué me dispararon? —dijo Jana.

El Padre no contestó de inmediato.

—Porque el sistema no permite lo que hicimos —dijo finalmente —. El sistema llama secuestro a lo que fue protección. Y cuando el

sistema recupera lo que cree que es suyo, no pregunta. Solo dispara.

Jana miró el techo de la cueva.

—¿Quieres que vuelva a la casa? —dijo.

—No hay casa. La van a cerrar. La van a convertir en prueba. —El Padre lo dijo con una amargura que era nueva también, o que Jana no había escuchado antes con esta intensidad—. Todo lo que construimos durante veinte años va a ser archivado como escena del crimen. Todo lo que aprendiste va a ser reclasificado como daño.

Jana cerró los ojos.

El dolor del hombro pulsaba con el ritmo del corazón. Ciento veinte. Ciento veinticinco.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo.

—Lo que siempre hicimos —dijo el Padre—. Protegernos. Construir un espacio nuevo donde el sistema no pueda alcanzarnos. —Pausa—. Pero esta vez tiene que ser definitivo. Esta vez no puede haber puertas que se abran desde fuera.

Jana abrió los ojos.

—¿Qué significa eso?

El Padre no contestó.

Viernes / Centro de Coordinación Provisional / 20.10 horas

Octavio Ramos llegó al hotel con la cara de alguien a quien han despertado de la siesta y llevado en coche a un sitio que no entiende por qué necesita estar.

Garrido le mostró el mapa.

—Sector nor-nueve. Zona de lastra. ¿Conoce refugios ahí? Cuevas, abrigos, cualquier estructura donde alguien pudiera pasar una noche.

Octavio estudió el mapa con los ojos entrecerrados. Acercó la cara. Alejó la cara. Luego puso el dedo en un punto.

—Aquí —dijo—. Hay una cueva. Pequeña. Profunda. Los pastores la usábamos en los años cincuenta cuando había tormenta y no daba tiempo a bajar. —Pausa—. No está en el mapa porque es difícil de ver desde fuera. La entrada está tapada por un saliente.

Garrido miró las coordenadas.

—¿Cuánto desde el punto donde se perdió el Transit?

Octavio calculó.

—Tres kilómetros. Cuesta arriba. Con buen tiempo, una hora. Con lluvia y carga, dos.

Garrido miró el reloj. Las ocho y once. Ruiz había desaparecido del radar a las seis y seis. Dos horas y cinco minutos. Suficiente tiempo para llegar.

Marcó el número de Fonseca.

—Tengo coordenadas —dijo—. Cueva en sector nor-nueve. Tres kilómetros al norte del último contacto.

—Movilizando equipos —dijo Fonseca.

Garrido colgó.

Miró el mapa.

Luego miró la fotografía de Iulia Stanescu que habían encontrado en la caja de metal detrás de la puerta E. La niña con el pelo oscuro y los ojos que miraban por la ventana intentando ver algo que estaba demasiado lejos.

Tercera fase, había escrito Ruiz en el último cuaderno. Si el sistema recupera a los niños, el sistema tendrá que pagar el precio completo. Los testigos contaminados no pueden seguir contaminando.

Testigos contaminados.

Garrido había leído esa frase tres veces esta tarde sin saber qué significaba.

Ahora lo sabía.

Marta Sáez había sido detenida. Estaba en custodia. Protegida.

Pero había otros testigos.

Aurelio Vega ya estaba muerto.

¿Quién más?

Garrido marcó el número del hospital.

—Necesito seguridad reforzada en la habitación de Samuel Sáez —dijo—. Ahora.

Viernes / Cueva sector nor-nueve / 20.45 horas

Jana despertó con el sonido.

No era el sonido del Padre moviéndose. Era otro sonido. Más lejano. Metálico.

Helicóptero.

El Padre también lo había escuchado. Estaba en la entrada de la cueva, mirando hacia el exterior, con la linterna apagada y la mochila en la mano.

—Nos han encontrado —dijo el Padre.

—¿Cómo?

—No importa. —El Padre se giró hacia ella—. ¿Puedes caminar?

Jana intentó incorporarse. El dolor del hombro protestó con una intensidad que le nubló la vista durante dos segundos. Esperó a que pasara.

—Sí —dijo.

—Mentira —dijo el Padre—. Pero no tenemos opción.

La ayudó a levantarse. Jana se apoyó en él con el brazo bueno, y los dos salieron de la cueva hacia la noche de la lastra.

El helicóptero estaba más cerca ahora. El sonido de las aspas cortando el aire húmedo, el foco barriendo el monte en arcos amplios.

El Padre miró alrededor.

Luego miró a Jana.

—Hay un lugar —dijo—. Doscientos metros al norte. Más profundo. Más seguro. —Pausa—. Pero tiene que ser ahora.

Jana asintió.

Empezaron a caminar.

El Padre la sostenía con el brazo alrededor de su cintura, cargando la mitad de su peso. Jana ponía un pie delante del otro con la concentración de quien sabe que parar es caer y caer ahora es no levantarse.

El helicóptero barrió la zona donde habían estado treinta segundos antes.

Siguieron subiendo.

A los cien metros, Jana vio la entrada.

No era una cueva. Era una grieta en la roca, estrecha, vertical, del tipo que desde fuera parece que no lleva a ningún sitio pero que si te metes descubres que se abre en profundidad.

El Padre entró primero. Jana lo siguió.

La grieta se abría en una cámara natural de unos seis metros cuadrados. El techo era alto, las paredes húmedas, el suelo irregular.

Y al fondo, iluminados por la linterna del Padre, tres bultos cubiertos con lona impermeable.

El Padre no los miró.

Jana sí.

Porque había algo en la forma de los bultos que era reconocible aunque estuvieran cubiertos, algo en el tamaño y la disposición que el cerebro de Jana procesó antes de que su mente consciente lo admitiera.

Tres formas pequeñas.

Del tamaño de niños.

Jana dio dos pasos hacia los bultos.

El Padre extendió el brazo.

—No —dijo.

Pero Jana ya había levantado la esquina de la primera lona.

Y lo que vio debajo la hizo retroceder con una velocidad que el hombro herido protestó pero que el cuerpo ejecutó de todas formas porque hay cosas ante las que el cuerpo reacciona antes de que la mente pueda dar instrucciones.

Tres esqueletos.

Pequeños. Dispuestos uno junto al otro. Con la distancia entre ellos de personas que duermen cerca.

Más pequeños que Iulia.

Más antiguos.

Jana miró al Padre.

El Padre la miraba con una expresión que era o lo más honesto que había sido nunca o lo más calculado.

—Te dije que la puerta E era para protegeros —dijo el Padre.

Jana no dijo nada.

—Os dije que había cosas del mundo que no necesitabais saber hasta que fuerais mayores. —Pausa—. Esto es una de esas cosas.

El helicóptero pasó sobre la grieta. El foco iluminó la entrada durante dos segundos. Luego siguió.

Jana miraba los tres esqueletos.

—¿Quiénes son? —dijo.

El Padre cerró los ojos.

Cuando los abrió, tenían algo que Jana no había visto nunca.

Lágrimas.

—Los primeros —dijo el Padre—. Antes de que aprendiera a hacerlo bien. Antes de que supiera cómo proteger sin dañar. —Su voz se quebró—. Fueron errores. Pero fueron errores necesarios para que tú y Samuel pudierais crecer como crecisteis.

Jana retrocedió otro paso.

Su espalda tocó la pared de la cámara.

El Padre extendió la mano hacia ella.

—Jana.

—No —dijo Jana.

—Todo lo que hice fue para construir un mundo donde pudierais crecer sin el daño del sistema. —El Padre dio un paso hacia ella—. Estos tres no sobrevivieron al proceso. Pero tú sí. Samuel sí. Eso es lo que importa.

Jana miró los esqueletos.

Luego miró al Padre.

Y algo en su cara cambió. No de golpe. Despacio. Como cuando una estructura se desplaza milímetro a milímetro bajo presión hasta que llega al punto donde el desplazamiento se convierte en fractura.

—La puerta E no era para protegernos del mundo —dijo Jana—. Era para protegernos de ti.

CAPÍTULO 18
GRIETA FINAL

Viernes / Cámara subterránea, lastra sector nor-nueve / 21.03 horas

La fractura en la cara de Jana no fue instantánea.

Fue el proceso lento de alguien que ha pasado veinte años construyendo una arquitectura interna alrededor de ciertas verdades —el Padre protege, la casa es segura, la puerta E guarda lo que no necesitamos saber— y que ahora, en esta cámara subterránea con tres esqueletos pequeños cubiertos con lona impermeable y el olor a tierra antigua, estaba viendo cómo cada una de esas verdades se reordenaba en una configuración nueva que tenía una forma completamente diferente.

La puerta E no era para protegernos del mundo. Era para protegernos de ti.

El Padre la miraba con la mano todavía extendida hacia ella, con las lágrimas que Jana no había visto nunca porque en veinte años el Padre no había llorado, no había mostrado debilidad, no había dejado ninguna grieta en la superficie calmada que era la única versión de sí mismo que Jana había conocido.

—Escúchame —dijo el Padre—. No era eso. Nunca fue eso. Cada uno de estos niños fue un paso necesario hacia el método correcto. Hacia el espacio perfecto donde tú y Samuel pudisteis crecer sin—

—Sin morir —dijo Jana.

La palabra cayó en la cámara con el peso específico de las palabras que nombran lo innombrable.

El Padre cerró la boca.

Jana miró los tres esqueletos. Luego miró al Padre.

—¿Cuántos más? —dijo.

—¿Qué?

—Estos tres. Iulia detrás de la puerta E. —Jana hizo el cálculo con la claridad que el shock a veces produce antes de que el cuerpo

se apague del todo—. ¿Cuántos más antes de que llegaras a Samuel?

El Padre no contestó.

Jana dio dos pasos hacia él. El hombro protestó con una oleada de dolor que le nubló la vista pero que no la detuvo porque hay momentos en que el cuerpo obedece a algo más urgente que el dolor.

—¿Cuántos? —repitió.

—Cinco —dijo el Padre finalmente, con una voz que había perdido todas las capas excepto la más profunda, la que era o completamente honesta o completamente rota—. Cinco niños entre 1998 y 2003. Antes de encontrar el método correcto. Antes de entender que el aislamiento total no era suficiente, que necesitaban un compañero, que necesitaban rutinas más compleja

Cinco niños.

Jana retrocedió hasta que su espalda tocó la pared de la cámara otra vez.

El Padre siguió hablando, con la urgencia de quien ha guardado algo durante mucho tiempo y ahora que empieza a salir no puede detenerlo:

—El primero tenía tres años. Demasiado joven. No sobrevivió al primer invierno. El segundo y el tercero —señaló los esqueletos— tenían cuatro y cinco años, los traje juntos pensando que se protegerían mutuamente, pero el espacio era demasiado pequeño y la comida era insuficiente y— —Se detuvo—. El cuarto era Iulia. Llegó con Samuel. Casi funcionó. Casi. Pero había algo en la estructura de la casa, en el diseño, que todavía no estaba completo. Iulia no sobrevivió.

Se detuvo otra vez.

Jana lo miraba con los ojos que eran los ojos de Samuel, la misma oscuridad, pero con algo nuevo ahora, algo que no era el catálogo sino la comprensión de que el catálogo había estado incompleto todo este tiempo, que había categorías enteras que faltaban y que ahora se estaban llenando con una velocidad que el cerebro no podía procesar sin fracturarse.

—Samuel sobrevivió —dijo Jana—. Porque ajustaste el método.

—Porque aprendí. —El Padre dio un paso hacia ella—. Cada error me enseñó algo. Cada niño que no sobrevivió me mostró qué necesitaba cambiar. Tú llegaste primero. Elena me lo facilitó. Cuatro meses después llegó Samuel, cuando Marta firmó lo que tenía que firmar. Y entonces lo entendí: los dos hijos de Elena, gemelos, con la estructura genética idéntica. La variable de control perfecta. Por fin.

Jana cerró los ojos.

La fiebre estaba subiendo. Lo sabía porque el dolor del hombro había empezado a tener una cualidad diferente, más difusa, menos localizada. Treinta y nueve grados, quizás cuarenta. La infección, probablemente. O el shock. O las dos cosas.

Cuando abrió los ojos, vio algo que no estaba ahí.

Una niña.

Pequeña. Con el pelo oscuro. De pie junto a los esqueletos cubiertos con lona.

Iulia.

Jana parpadeó.

La niña seguía ahí.

Delirio, pensó Jana. Fiebre. No es real.

Pero la niña la miraba con los ojos que Jana recordaba de las fotografías polaroid de la caja de metal, y había en esa mirada algo que era o acusación o simplemente reconocimiento.

Tú sobreviviste. Yo no.

Jana se llevó la mano derecha al antebrazo izquierdo. El tatuaje. La E que se había hecho con aguja y tinta de bolígrafo hace tres años.

La E de la puerta que no se abría.

La E de error.

Hundió la uña del pulgar en el borde del tatuaje y tiró.

El dolor fue inmediato y agudo, diferente al del hombro. La piel se despegó con la resistencia de algo que lleva años adherido, y debajo había sangre fresca y la tinta que había penetrado demasiado profundo para salir limpia.

El Padre se movió hacia ella.

No era racional. La E no se iba a ir con arrancar la piel. Pero había una lógica en el gesto que era la lógica del cuerpo cuando la

mente ya no puede sostener la arquitectura completa y necesita hacer algo físico para marcar el cambio.

El Padre la agarró de la muñeca.

Jana se soltó con una fuerza que no sabía que tenía.

—No me toques.

—Jana, estás delirando. La fiebre—

—La fiebre no cambia lo que dijiste. —Jana lo miró—. Cinco niños muertos antes de que yo llegara. Iulia muerta mientras yo estaba ahí. Tres más antes que todos nosotros. —Hizo el cálculo—. Nueve niños. Nueve.

—Nueve errores que permitieron dos éxitos. —El Padre lo dijo con la convicción de quien ha construido una narrativa tan sólida que la realidad ya no puede penetrarla—. Tú y Samuel. Eso es lo que importa.

Jana miró a Iulia.

Iulia seguía de pie junto a los esqueletos, con la cabeza ligeramente ladeada.

Nueve errores, decía la mirada de Iulia. Yo soy uno de los nueve.

Jana se giró hacia la entrada de la cámara.

Empezó a caminar.

El Padre se interpuso.

—No puedes salir ahí. El helicóptero sigue en el aire. Los equipos de búsqueda están a menos de un kilómetro. Si sales, te encontrarán en diez minutos y todo esto habrá sido para nada.

—Todo esto ya fue para nada —dijo Jana.

Intentó pasar.

El Padre la agarró del brazo bueno.

Jana se giró y le golpeó con el brazo herido, sin pensar, con la torpeza de quien no sabe pelear pero cuyo cuerpo ha decidido que pelear es la única opción disponible.

El dolor del hombro explotó con una intensidad que le hizo gritar.

El Padre la soltó, sorprendido.

Jana corrió hacia la grieta.

Salió.

La noche de la lastra la recibió con el frío de noviembre y la lluvia que había vuelto, más fina pero constante. El helicóptero estaba a

medio kilómetro al sur, el foco barriendo el monte en arcos que se acercaban.

Jana corrió.

No sabía hacia dónde. No tenía mapa. No tenía orientación. Solo tenía la dirección contraria al Padre y la necesidad de poner distancia entre ella y los nueve esqueletos que ahora sabía que existían aunque solo hubiera visto cuatro.

A los treinta metros, el cuerpo decidió que ya era suficiente.

Las piernas cedieron. Jana cayó sobre la lastra mojada con las manos por delante para amortiguar, y el impacto del hombro contra el suelo fue la última cosa que procesó antes de que el mundo se volviera negro.

Viernes / Zona de búsqueda, sector nor-nueve / 21.15 horas

Garrido llegó al Transit a las nueve y diecisiete.

Lo encontraron exactamente donde Octavio Ramos había dicho que podía estar: en un desvío de tierra a dos kilómetros de la lastra, cubierto con ramas de encina que alguien había cortado esa tarde y colocado con el cuidado de quien sabe que la cobertura natural es más efectiva que cualquier camuflaje artificial.

Fonseca llegó primero con su equipo. Garrido llegó cinco minutos después, con Octavio en el todoterreno porque Octavio había insistido en subir y porque Garrido había decidido que un hombre de ochenta y dos años que conoce el monte mejor que los mapas era más útil aquí que esperando en el hotel.

El Transit estaba vacío.

No del todo vacío: en el suelo del lado del pasajero había sangre. No mucha. Una mancha del tamaño de una mano, ya seca en los bordes, reciente en el centro. El grupo sanguíneo sería confirmado más tarde, pero Garrido sabía sin necesidad de confirmación que era la sangre de Jana.

En el asiento del conductor, un mapa topográfico abierto con una ruta marcada en rojo.

La ruta iba desde el punto donde estaban hasta la lastra, y desde ahí hasta un punto marcado con una X a tres kilómetros al norte.

Fonseca lo estudió con la linterna.

—La X está en zona sin estructuras registradas —dijo—. Solo lastra y roca.

—Cuevas —dijo Octavio desde el umbral del Transit—. Hay cuevas en esa zona. Dos que yo conozco. Una es la que ya les dije. La otra es más profunda. Más difícil de encontrar. Una grieta vertical que se abre en cámara subterránea.

Garrido miró la X en el mapa.

—¿Coordenadas exactas?

Octavio se inclinó sobre el mapa. Puso el dedo.

—Aquí. Más o menos. Con margen de cincuenta metros porque la grieta no se ve desde arriba.

Garrido transmitió las coordenadas a Sáez por radio. Sáez movilizó al helicóptero hacia ese sector.

Luego Garrido vio algo más en el asiento del conductor.

No en el asiento. Debajo. En el hueco entre el asiento y la consola central.

Un cuaderno pequeño de espiral, del mismo tipo que el que Samuel usaba para dibujar. Garrido lo sacó con cuidado. Lo abrió.

No eran dibujos.

Eran palabras. Escritas con la letra pequeña y vertical de Jana, apretadas en las páginas como si el espacio fuera limitado y cada palabra tuviera que justificar su existencia.

La primera página tenía una fecha: Hace dos semanas.

Y debajo:

Él me dijo hoy que tengo veinticuatro años. No sé si es verdad. No sé cómo saber si es verdad. Me dijo que cuando eres mayor puedes empezar a saber las cosas que antes no necesitabas saber. Le pregunté qué cosas. Me dijo que tengo una hermana. Que vive con nuestra madre. Que nuestra madre entregó a mi hermano gemelo hace veinte años y que por eso él nos protegió.

No sé si creerle.

Pero tampoco sé cómo no creerle.

Garrido pasó la página.

Hace una semana.

Él ha empezado a hablar de la tercera fase. No sé qué significa. Dice que el sistema va a intentar recuperarnos. Dice que cuando eso

pase, tendremos que elegir. Samuel o yo o los dos. Dice que la elección es nuestra pero que él espera que elijamos correctamente.

No sé qué es correctamente.

Le pregunté por la puerta E. Me dijo que cuando sea el momento lo sabré. Me dijo que la puerta E es donde guardamos lo que no podemos cambiar pero que necesitamos recordar.

Garrido pasó otra página.

La última entrada era de esta mañana. Antes de que Ruiz la tomara del asfalto. Antes de que el francotirador disparara.

Esta mañana en el hospital encontré un espejo grande. Es la primera vez que me veo en un espejo grande. Siempre había sido en el espejo pequeño del baño de la casa, donde solo ves la cara, no el cuerpo entero.

Me vi entera.

Y vi algo que él nunca me dijo que estaba ahí.

En el vientre, justo debajo del ombligo, hay marcas. Pequeñas. Cicatrices viejas. Pensé que eran lunares o pecas pero cuando las miré con atención vi que tienen forma.

Son números.

Coordenadas.

Él las tatuó en mí cuando era pequeña. Tan pequeña que no las recuerdo. Las tatuó en algún momento de los primeros años y luego nunca me dejó ver mi propio cuerpo completo en un espejo.

Las coordenadas son: 41°47\'23«N 3°12\'44»O.

No sé qué significan.

Pero sé que si alguien las encuentra, sabrá dónde buscar lo que él no quiere que encuentren.

Garrido cerró el cuaderno.

Miró a Fonseca.

—Necesito que triangules estas coordenadas —dijo, y le dio los números que Jana había anotado.

Fonseca sacó la tablet. Marcó las coordenadas en el mapa topográfico digital. Esperó tres segundos a que el sistema procesara.

La pantalla mostró un punto.

A cuatro kilómetros al noroeste de donde estaban.

En una zona que el mapa marcaba como terreno privado, acceso restringido.

—¿Qué hay ahí? —dijo Garrido.

Fonseca amplió el mapa.

—Una finca antigua. Registrada a nombre de\... —Leyó la pantalla—. Javier Ruiz Montoya. Comprada en 1996. —Pausa—. Hay una estructura. Parece una casa pequeña o un almacén.

Garrido sintió algo que no era sorpresa sino confirmación.

La última puerta.

No la puerta E de la casa del valle. Otra puerta. Anterior. El lugar donde Ruiz había empezado antes de la teoría completa, antes de Samuel, antes de los veinte años.

El lugar donde estaban los cinco esqueletos anteriores a Iulia.

Garrido marcó el número de Sáez.

—Tengo coordenadas de una segunda ubicación —dijo—. Necesito un equipo ahí ahora.

Viernes / Lastra, sector nor-nueve / 21.34 horas

Jana recuperó la conciencia con el frío.

No con el dolor, que seguía ahí pero que se había convertido en algo de fondo, constante y sordo. Con el frío del suelo de lastra contra su mejilla, con la lluvia cayendo sobre su espalda, con el aire de noviembre entrando en sus pulmones en respiraciones que eran más cortas de lo que deberían ser.

Abrió los ojos.

El Padre estaba de pie junto a ella.

No la había seguido inmediatamente. O la había seguido y la había encontrado y había esperado a que despertara antes de hacer lo que fuera que iba a hacer.

Tenía el arma en la mano.

No apuntando a Jana. Simplemente en la mano, a lo largo del muslo, con la misma postura que había tenido en la carretera.

—Puedes levantarte —dijo el Padre—. O puedo dejarte aquí. Las dos son opciones.

Jana intentó incorporarse. El cuerpo protestó de maneras múltiples y superpuestas: el hombro, la fiebre, el agotamiento de

haber corrido treinta metros con una herida de bala y cuarenta grados de temperatura.

Se levantó de todas formas.

Se quedó de pie, tambaleándose ligeramente, con la mano buena presionando el hombro herido porque la presión era lo único que mantenía el dolor en algo manejable.

—¿A dónde vamos? —dijo Jana.

—A ningún sitio —dijo el Padre—. Ya no hay a dónde ir. El sistema ha cerrado todos los espacios. —Pausa—. Pero hay una última cosa que puedo hacer antes de que me encuentren.

—¿Qué cosa?

El Padre la miró con los ojos que Jana había visto diez mil veces en veinte años pero que ahora, bajo la lluvia y con el arma en la mano y con los nueve esqueletos entre los dos como un peso invisible, eran los ojos de un extraño.

—Los testigos contaminados —dijo el Padre—. Marta Sáez. Garrido. Los que construyeron sus vidas sobre la narrativa equivocada del caso. —Pausa—. No pueden seguir contaminando la historia después de que yo no esté.

Jana lo procesó.

—¿Vas a matarlos?

—Voy a corregir el registro. —El Padre lo dijo con la calma de quien ha decidido algo y para quien la decisión ya no es negociable —. Y para eso necesito a Samuel. Porque Samuel es el único que puede contar la historia correcta. El único que estuvo ahí desde el principio y que sabe que lo que hicimos fue protección, no daño.

—Samuel no va a decir eso.

—Samuel dirá lo que necesita decir cuando entienda que la alternativa es que la historia la escriba Garrido. —Pausa—. O tú.

Jana miró al Padre.

—No voy a ayudarte.

—No te estoy pidiendo ayuda. —El Padre dio un paso hacia ella —. Te estoy diciendo lo que va a pasar. Voy a ir al hospital. Voy a coger a Samuel. Y vamos a terminar esto de la manera que debería haber terminado desde el principio: con los dos juntos, sin interferencia del sistema.

—El hospital tiene seguridad.

—El hospital tiene protocolos. Los protocolos se rompen. —El Padre dio otro paso—. Y tú vas a venir conmigo. Porque eres el seguro para que Samuel venga voluntariamente.

Jana retrocedió.

Su pie resbaló en la lastra mojada. Cayó de rodillas.

El Padre se acercó.

Puso el cañón del arma en la sien de Jana.

El metal estaba frío. Más frío que la lluvia. Más frío que el suelo de lastra.

—Levántate —dijo el Padre.

Jana no se levantó.

Miró la lastra. El agua que se acumulaba en las pequeñas depresiones de la roca. El reflejo del cielo gris.

Y algo más.

A tres metros, parcialmente oculto por un saliente, algo negro y rectangular.

Una radio.

No la del Padre. Otra. Probablemente de uno de los equipos de búsqueda que habían pasado por esta zona en las últimas horas y la habían dejado o perdido.

El Padre no la había visto.

Estaba mirando hacia el sur, donde el helicóptero se había alejado en dirección a las coordenadas que Octavio había dado.

Jana calculó la distancia. Tres metros. Con el hombro herido. Con cuarenta grados de fiebre. Con el Padre con el arma apuntándole a la cabeza.

No eran buenos números.

Pero eran los únicos números disponibles.

Se levantó despacio.

El Padre bajó el arma ligeramente, dejando de apuntar pero sin soltarla.

—Vamos —dijo.

Jana dio un paso.

Luego otro.

Al tercero, se dejó caer hacia la derecha, hacia la radio, con el brazo bueno extendido.

Sus dedos tocaron el plástico de la carcasa.

La agarró.

El Padre se giró.

Jana pulsó el botón de transmisión.

—Sector nor-nueve —susurró, con toda la voz que tenía, que no era mucha pero que era suficiente para que el micrófono la captara —. Grieta vertical. Coordenadas\...

El Padre le quitó la radio de un golpe.

La radio salió volando. Cayó sobre la lastra. El plástico se partió con un crujido seco.

El Padre levantó el arma.

Apuntó a Jana.

Jana lo miró.

Y en ese momento, con el cañón del arma a medio metro de su cara y con la certeza de que el Padre iba a disparar porque ya no había nada que lo detuviera, Jana tuvo un pensamiento que no era miedo ni arrepentimiento ni ninguna de las cosas que se supone que piensas cuando estás a punto de morir.

Pensó: Última puerta.

Pensó: La última puerta no es la E. Es mi pecho.

Pensó: Todo lo que él guardó está detrás de mi pecho. Y cuando me dispare, se abre.

El Padre apretó el gatillo.

El disparo resonó en la lastra con el eco que tienen los disparos en espacios abiertos, multiplicándose en las rocas hasta que es imposible saber de dónde vino el primero.

Jana cayó.

El Padre se quedó de pie, mirándola, con el arma todavía en la mano y el humo saliendo del cañón en una línea delgada que la lluvia dispersó en dos segundos.

Desde el sur, el helicóptero cambió de dirección.

Había escuchado el disparo.

O había escuchado la transmisión de Jana antes de que la radio se rompiera.

O las dos cosas.

El Padre miró el helicóptero.

Luego miró a Jana en el suelo.

Luego guardó el arma y corrió hacia el norte, hacia la zona de lastra que los mapas no cubrían, hacia el último espacio que el sistema todavía no había cerrado.

Garrido llegó al lugar del disparo a las nueve y cuarenta y uno.

La había visto desde el todoterreno cuando el helicóptero había iluminado la zona: una forma pequeña en el suelo de lastra, con la manta isotérmica que alguien —el Padre, probablemente— le había puesto encima en algún momento y que ahora estaba empapada y adherida al cuerpo.

Bajó del todoterreno antes de que se detuviera del todo.

Corrió hacia Jana.

Se arrodilló junto a ella.

Le puso los dedos en el cuello, buscando el pulso.

Lo encontró.

Débil. Ciento diez, ciento veinte. Pero ahí.

—Está viva —gritó hacia el todoterreno, donde Fonseca ya estaba llamando a la ambulancia.

Jana abrió los ojos.

Miró a Garrido.

—Disparó —dijo, con una voz que era apenas audible sobre el sonido del helicóptero.

—Lo sé.

—No me dio.

Garrido miró el cuerpo de Jana. No había sangre nueva. El disparo había impactado en la lastra a medio metro de donde Jana estaba, como si el Padre hubiera apuntado y en el último momento hubiera desviado el tiro.

O como si el Padre hubiera calculado exactamente dónde disparar para que el disparo sonara como un disparo mortal sin serlo.

—¿Por qué no te dio? —dijo Garrido.

Jana cerró los ojos.

—Porque todavía me necesita —dijo—. Para Samuel. Para que Samuel vaya con él voluntariamente.

CAPÍTULO 19
LA ÚLTIMA PUERTA

Viernes / Finca Ruiz Montoya, sector noroeste / 22.15 horas

La puerta de la finca no estaba cerrada.

Eso fue lo primero que Fonseca notó cuando llegó con el equipo: la puerta de madera con marco de hierro oxidado estaba entreabierta, con la rendija suficiente para ver que dentro había oscuridad y que la oscuridad olía de una manera específica que Fonseca reconoció de otras escenas pero que nunca había querido aprender a reconocer.

Olor a muerte antigua.

—Esperen mi señal —dijo Fonseca a la radio.

Empujó la puerta con el pie.

Se abrió con el chirrido de las bisagras que llevan años sin aceite, lento, como si la puerta tuviera que recordar cómo abrirse.

Fonseca entró con la linterna en una mano y el arma en la otra, barriendo el espacio interior con el haz de luz que encontraba las cosas en el orden en que las encuentran las linternas en espacios cerrados: primero el suelo, luego las paredes laterales, luego el fondo.

El espacio era pequeño. Cinco metros por cuatro. Sin ventanas. El techo bajo con vigas de madera carcomida. Las paredes de piedra sin revocar, como las de la casa del valle pero más antiguas, con el musgo que crece en los espacios que llevan décadas sin recibir luz del sol.

Y contra la pared del fondo, cubiertos con lona impermeable del mismo tipo que había en la cámara subterránea de la lastra, cinco bultos.

Fonseca se acercó.

Levantó la esquina de la primera lona.

Lo que vio debajo lo hizo retroceder dos pasos antes de que su entrenamiento le dijera que no había nada ahí que pudiera hacerle

daño porque lo que hacía daño había pasado hace mucho tiempo y lo que quedaba ya no era daño sino prueba.

Cinco esqueletos.

Pequeños. Dispuestos uno junto al otro con el mismo cuidado que los tres de la cámara subterránea, la misma distancia entre ellos como personas que duermen cerca.

Pero estos eran más antiguos. Las costillas habían colapsado en algunos. Los cráneos tenían fracturas que Fonseca no era forense pero que sabía reconocer como las fracturas que ocurren cuando un cuerpo pequeño cae o es golpeado con suficiente fuerza.

Fonseca habló por la radio.

—Encontrados cinco cuerpos. Menores. Antiguos. Necesito al forense aquí ahora.

Luego dirigió la linterna al resto del espacio.

En la esquina opuesta, una mesa. Sobre la mesa, una caja de metal del mismo tipo que la de la casa del valle. Y junto a la caja, tres cuadernos.

Fonseca se acercó. Abrió el primero.

La letra era la misma que Garrido había leído en los seis cuadernos de la casa: letra pequeña, vertical, precisa. Pero la fecha del primer cuaderno era anterior: Enero 1998.

Y la primera entrada decía:

He comprado la finca. Está suficientemente aislada. La estructura es básica pero funcional. Nadie pregunta qué hago aquí porque nadie sabe que existo. Es el espacio perfecto para la primera fase.

El primer sujeto llegará la semana que viene. Lo he seleccionado con cuidado: tres años, sin familia que lo busque con recursos, suficientemente joven para no tener memoria previa consolidada. Si la teoría es correcta, en seis meses habrá olvidado completamente su vida anterior. En un año, su desarrollo cognitivo superará al de cualquier niño expuesto al ruido del sistema.

Fonseca pasó la página.

Febrero 1998.

El primer sujeto no se adapta. Llora constantemente. Se niega a comer. He intentado las técnicas de condicionamiento que funcionaban en la consulta pero aquí, sin el contexto del sistema, no

tienen el mismo efecto. El aislamiento completo produce ansiedad en lugar de calma.

Necesito ajustar el método.

Fonseca siguió leyendo con la urgencia de quien sabe que lo que está leyendo es la confesión completa de algo que el sistema lleva veinte años buscando.

Marzo 1998.

El primer sujeto ha muerto. No fue intencional. La combinación de desnutrición y exposición al frío durante una semana en que no pude venir a la finca por trabajo en Madrid. Cuando llegué, ya era demasiado tarde.

Error de cálculo en las variables de mantenimiento. El aislamiento completo no permite errores. Necesito estar aquí permanentemente o necesito un sistema de suministro más robusto.

He enterrado al sujeto en la finca. No puedo reportarlo sin admitir lo que hice. La teoría es correcta. Solo necesito perfeccionar la ejecución.

Fonseca cerró el cuaderno.

Abrió el segundo.

Septiembre 1998.

Segundo y tercer sujeto. Los he traído juntos pensando que la compañía mutua reducirá la ansiedad. Edades: cuatro y cinco años. Los seleccioné de centros de acogida donde la supervisión es deficiente y donde un niño puede desaparecer sin que nadie haga preguntas difíciles.

Primera semana: adaptación mejor que el primer sujeto. Comen. Duermen. Juegan entre ellos.

Segunda semana: empiezan los problemas. El mayor domina al menor. Competencia por comida. He tenido que separarlos en espacios distintos dentro de la finca.

Tercera semana: el menor ha desarrollado infección respiratoria. Sin acceso a antibióticos, solo puedo tratar síntomas. Temperatura sube a 40°C.

Cuarta semana: el menor ha muerto. El mayor lo vio. Reacción: shock catatónico. No come, no habla, no se mueve.

Sexta semana: el mayor también ha muerto.

Fonseca pasó las páginas rápido. El patrón se repetía: sujeto cuarto y quinto en 1999, ambos murieron en circunstancias similares. Luego un hueco de dos años sin entradas, como si Ruiz hubiera parado o como si hubiera decidido no documentar.

Y luego, en 2002:

He encontrado una nueva ubicación. La casa en el valle. Mejor estructura. Más espacio. Suficientemente aislada pero con acceso más fácil para suministros. Los errores de la finca me han enseñado qué necesito cambiar.

El sexto sujeto será diferente. He aprendido que el aislamiento completo sin compañía produce deterioro. Pero dos sujetos compitiendo también falla. Necesito un sujeto con edad suficiente para cuidar de sí mismo pero suficiente joven para no tener identidad consolidada.

Cinco años. Es la edad correcta.

El sujeto seis es Iulia Stanescu.

Fonseca cerró el cuaderno.

Miró los cinco esqueletos contra la pared.

Luego habló a la radio.

—Garrido. ¿Me copias?

La estática respondió. Luego la voz de Garrido.

—Te copio.

—He encontrado los cinco anteriores. Y los cuadernos. —Fonseca miró el tercer cuaderno sin abrirlo—. Ruiz documentó todo. Cada muerte. Cada ajuste del método. Es una confesión completa.

—¿Dice algo sobre Elena Vidal?

Fonseca abrió el tercer cuaderno. Buscó el nombre. Lo encontró en una entrada de octubre de 2004.

—Sí. Dice que Elena descubrió lo de Jana en septiembre de 2004. Que Elena lo confrontó. Que\... —Fonseca leyó en silencio durante tres segundos—. Que Elena amenazó con ir a la policía. Que Ruiz la siguió. Que el accidente de tráfico no fue accidente.

El silencio en la radio duró más de lo normal.

—¿Lo escribió así? —dijo Garrido.

—Lo escribió así. Con detalle. Fecha, hora, método. —Fonseca pasó la página—. Y hay más. Dice que Elena estaba embarazada de

gemelos en 2000. Jana y Lucas. Los dos de él. —Pausa—. Y que Marta también tuvo un hijo suyo. Dos años después. Julia.

—¿Julia? —dijo Garrido.

—Julia Sáez. —Fonseca releyó—. Ruiz escribe que Marta firmó la custodia de Lucas convencida de que estaría mejor con él. Pero que Elena nunca firmó nada. Que a Jana la tomó sin consentimiento cuando Marta le dio acceso a la familia.

La radio crepitó.

—Envía fotos de las páginas relevantes —dijo Garrido—. Y sella el espacio. Nadie entra hasta que llegue el juez.

Fonseca confirmó.

Colgó.

Miró los cinco esqueletos una última vez antes de salir de la finca.

Cinco niños que murieron antes de que Ruiz aprendiera a mantenerlos vivos.

Nueve en total si contabas a Iulia y los tres de la cámara subterránea.

Nueve errores para perfeccionar el método.

Nueve vidas para construir el espacio donde Samuel y Jana crecieron durante veinte años sin saber que estaban creciendo sobre una tumba colectiva.

Viernes / Hospital Comarcal de Valdecinos / 22.30 horas

Samuel estaba despierto cuando sonó la alarma.

No la alarma de incendios. La otra: la alarma silenciosa que el hospital activa cuando hay una amenaza de seguridad, que se manifiesta como luces rojas parpadeando en los pasillos y como el movimiento rápido de personal hacia posiciones que han practicado en simulacros pero que nunca han tenido que usar de verdad.

Samuel se levantó de la cama.

Fue hasta la puerta.

La abrió.

El pasillo C estaba vacío de pacientes pero lleno de personal: dos enfermeras corriendo hacia la salida de emergencias, un celador hablando por radio, un agente de seguridad que Samuel no había

visto antes moviéndose hacia la entrada principal con la mano en la pistola que llevaba en el cinturón.

Samuel salió al pasillo.

La enfermera jefe lo vio.

—Señor Sáez, vuelva a su habitación y cierre la puerta.

—¿Qué pasa?

—Protocolo de seguridad. Vuelva a su habitación.

Samuel no volvió. Siguió hacia el puesto de enfermería, donde había un monitor de televisión sintonizado en el canal de noticias con el volumen bajo.

En la pantalla, imágenes de la carretera comarcal. Luego de la finca. Luego la foto de Ruiz que habían estado usando en todas las coberturas: la foto de su DNI de hace diez años, con el pelo más oscuro y sin las canas.

Y debajo de la foto, el texto en rojo:

BÚSQUEDA ACTIVA. PELIGROSO. NO APROXIMARSE.

Samuel leyó el texto.

Luego miró hacia la entrada del hospital.

Y lo vio.

Ruiz estaba en el vestíbulo. A cuarenta metros de donde Samuel estaba. Con ropa distinta a la que llevaba en la carretera —una chaqueta oscura, vaqueros, gorra de béisbol— y con la postura de alguien que intenta pasar desapercibido pero que simultáneamente está buscando algo específico.

Buscando a alguien.

Los ojos de Ruiz barrieron el vestíbulo. Se detuvieron en Samuel.

Los dos se miraron a través de la distancia del pasillo, a través de los cuatro días desde la gasolinera, a través de los veinte años que habían pasado juntos en un espacio cerrado donde las reglas eran claras y donde las consecuencias de romperlas eran inmediatas.

Ruiz no se movió hacia Samuel.

Sacó el teléfono. Marcó.

El teléfono de Samuel, que estaba en la mesita de noche de su habitación, sonó.

Samuel no fue a contestarlo. Ya sabía quién era.

En el vestíbulo, Ruiz hablaba al teléfono mientras miraba a Samuel.

Luego colgó.

Esperó.

Samuel fue a su habitación.

Cogió el teléfono.

Había un mensaje de voz.

Lo reprodujo.

—Samuel. —La voz de Ruiz tenía la calma específica de quien está en control aunque el control sea ilusorio—. Sé que me has visto. Sé que estás escuchando esto. Necesito que vengas conmigo. Voluntariamente. Sin que nadie lo sepa. —Pausa—. Si no vienes, vuelvo a por Jana. Y esta vez no fallo el disparo.

El mensaje terminó.

Samuel miró la pantalla del teléfono durante tres segundos.

Luego miró hacia el pasillo, donde el agente de seguridad seguía moviéndose hacia la entrada principal pero no había visto todavía a Ruiz porque Ruiz se había movido detrás de una columna.

Samuel hizo el cálculo.

Podía gritar. Podía señalar. Podía hacer que el agente viera a Ruiz y que activaran el protocolo completo de seguridad y que Ruiz fuera detenido en los próximos cinco minutos.

O podía ir con Ruiz.

Y la historia terminaría de una manera que no sería la que el sistema querría pero que sería la que las personas que habían vivido la historia decidieran que fuera.

Samuel salió de la habitación.

Caminó por el pasillo en dirección contraria al agente de seguridad.

Tomó la escalera de servicio que daba a la salida lateral del hospital, la que usaba el personal para fumar, la que no tenía cámaras porque nadie había considerado que necesitara cámaras.

Ruiz lo estaba esperando ahí.

No dijo nada cuando Samuel salió. Se limitó a caminar hacia el aparcamiento, hacia un vehículo que Samuel no reconoció —un Seat León oscuro, probablemente robado esta tarde de algún

aparcamiento de Soria— y que Ruiz abrió con una llave que había en el contacto.

Samuel subió al asiento del copiloto.

Ruiz subió al del conductor.

Cerró las puertas.

Arrancó.

Salieron del aparcamiento del hospital sin que nadie los viera, sin que ninguna cámara los registrara, sin que el sistema supiera que Samuel/Lucas Sáez, el niño recuperado después de veinte años, acababa de marcharse voluntariamente con el hombre que lo había secuestrado.

Garrido recibió la llamada a las diez y treinta y siete.

Estaba a tres kilómetros del hospital, conduciendo con la sirena encendida aunque no había tráfico porque a estas horas en una carretera comarcal de Soria no hay tráfico, solo la lluvia y la oscuridad y el peso de saber que llegas tarde.

—Garrido —contestó.

—Fonseca al habla. Samuel ha desaparecido del hospital.

Garrido pisó el freno.

El todoterreno se detuvo en el arcén con el chirrido de los neumáticos sobre el asfalto mojado.

—¿Cuándo?

—Hace quince minutos. La enfermera entró en su habitación para el turno de medicación. Habitación vacía. Revisaron las cámaras. Nada. —Pausa—. Pero hay un testigo. Una paciente del piso de arriba vio a un hombre con gorra en el aparcamiento subiendo a un Seat León oscuro. Y vio que había alguien en el asiento del copiloto.

—¿Descripción del copiloto?

—Joven. Delgado. Pelo oscuro.

Garrido cerró los ojos.

Los abrió.

—Samuel fue con él voluntariamente.

—Eso parece.

Garrido miró la carretera. El hospital estaba a tres kilómetros al sur. La finca estaba a veinte kilómetros al noroeste. La casa del valle estaba a quince al norte.

¿A dónde llevaría Ruiz a Samuel?

No a la finca, que estaba sellada y rodeada de equipos.

No a la casa del valle, que también estaba sellada.

¿Entonces dónde?

El teléfono de Garrido vibró. Un mensaje de Jana. Del teléfono que le habían dado en el hospital después de que la ambulancia la trajera de la lastra.

El mensaje tenía tres palabras:

Vuelve a casa.

Garrido las leyó dos veces.

Vuelve a casa.

No vuelven a casa. Vuelve.

Singular.

Ruiz vuelve a casa.

Pero no la casa del valle. Otra casa.

El origen.

La finca.

Pero la finca estaba sellada, estaba llena de equipos forenses, era imposible entrar sin ser visto.

A no ser que.

Garrido amplió el mapa topográfico en la tablet. Buscó la finca. Amplió más.

Y lo vio.

Detrás de la estructura principal de la finca, a cincuenta metros, había otra estructura. Más pequeña. No registrada en el catastro porque era demasiado pequeña o porque Ruiz nunca la había declarado.

Un cobertizo. O un almacén.

O una segunda habitación.

Una última puerta.

Garrido arrancó el todoterreno.

Marcó el número de Fonseca.

—Necesito que vuelvas a la finca —dijo—. Detrás de la estructura principal hay una segunda construcción. Cincuenta metros al norte. Compruébala ahora.

—Aún estamos aquí —dijo Fonseca—. Voy.

Garrido condujo.

La radio crepitó.

La voz de Fonseca.

—Garrido. Confirmado. Hay una segunda estructura. Cobertizo de piedra. La puerta está\... —Pausa—. La puerta acaba de cerrarse. Desde dentro.

—¿Cuántas personas?

—No puedo confirmar. Pero escucho movimiento. Y voces. Dos voces.

Garrido aceleró.

—Nadie entra. Rodea el perímetro pero nadie entra hasta que yo llegue.

—Copiado.

Garrido miró el cronómetro en el salpicadero.

Quince minutos hasta la finca.

Quince minutos en los que Ruiz y Samuel estaban solos en una habitación cerrada con nueve esqueletos de niños en el edificio de al lado y con una historia que llevaba veinte años construyéndose y que ahora estaba llegando a su última página.

La última que Ruiz escribiría.

O la última que Samuel escribiría.

O las dos.

Garrido no sabía cuál de las tres opciones era peor.

Viernes / Cobertizo finca Ruiz Montoya / 22.52 horas

El cobertizo era más pequeño que el edificio principal.

Tres metros por tres. Sin ventanas. El techo bajo con una sola viga de madera que crujía cuando el viento soplaba contra la estructura. Las paredes de piedra sin revocar, húmedas, con el mismo musgo que Samuel había visto en la casa del valle pero más denso, más antiguo.

En el centro del espacio, una mesa plegable. Sobre la mesa, una linterna LED. Junto a la linterna, un cuaderno y un bolígrafo.

Ruiz estaba de pie junto a la puerta, con la espalda contra la madera, bloqueando la salida aunque Samuel no había intentado salir.

Samuel estaba de pie junto a la mesa, mirando el cuaderno.

Los dos se miraron en el silencio del cobertizo, con el zumbido de la linterna como único sonido de fondo.

—Gracias por venir —dijo Ruiz.

Samuel no contestó.

—Sé que no tenías que venir —continuó Ruiz—. Podías haber gritado. Podías haber avisado. —Pausa—. Pero viniste porque sabes que la historia que va a contar el sistema no es la historia correcta. Y la única manera de corregirla es que la cuenten los que la vivieron.

Samuel miró el cuaderno en la mesa.

—¿Qué es eso?

—Tu historia —dijo Ruiz—. La que vas a escribir. La versión que el sistema nunca va a escribir porque el sistema no estaba ahí. —Pausa —. Tú sí.

Samuel se acercó a la mesa.

Abrió el cuaderno.

Estaba en blanco.

Todas las páginas en blanco, esperando.

—¿Qué quieres que escriba? —dijo Samuel.

—La verdad. —Ruiz se separó de la puerta. Dio dos pasos hacia la mesa—. Que durante veinte años tuviste todo lo que necesitabas. Educación. Protección. Un espacio donde crecer sin el ruido que daña a todos los niños del sistema. —Pausa—. Que fui tu padre en el único sentido que importa: el que cuida, el que enseña, el que protege.

Samuel miró a Ruiz.

—¿Y qué hay de los otros?

—¿Qué otros?

—Iulia. Los tres de la cámara subterránea. Los cinco de la finca. —Samuel lo dijo con la misma precisión clínica con la que decía todo, sin acusación pero sin retroceder—. Nueve niños que murieron antes de que aprendieras a mantenerme vivo.

Ruiz no contestó inmediatamente.

Cuando lo hizo, su voz había perdido la capa exterior. Era más cruda ahora, más directa.

—Fueron necesarios —dijo—. Errores necesarios para perfeccionar el método. Sin ellos, tú no habrías sobrevivido. Jana no habría sobrevivido. —Pausa—. Todo conocimiento requiere ensayo. Todo ensayo produce errores. La diferencia entre lo que hice y lo que hace el sistema es que yo aprendí de los errores y lo corregí. El sistema repite los mismos errores cada día y los llama éxito.

Samuel miró el cuaderno en blanco.

—¿Y si escribo eso? —dijo Samuel—. ¿Y si escribo que nueve niños murieron para que yo viviera? ¿Eso es la historia correcta?

—Es la historia completa —dijo Ruiz—. Y la historia completa es mejor que la historia parcial que el sistema va a contar.

Samuel cogió el bolígrafo.

Lo sostuvo durante un momento con la mano suspendida sobre el cuaderno.

Luego lo bajó sin escribir nada.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué?

—Porque no es mi historia. —Samuel lo dijo despacio, como descubriendo mientras hablaba—. Es la tuya. Y llevas veinte años intentando que sea la mía. Pero no lo es. Mi historia empieza en la gasolinera hace cuatro días. Todo lo anterior no es mi historia. Es el contexto de mi historia. Y el contexto lo escribe otra persona.

Ruiz lo miró.

Y algo cambió en su cara. No de golpe. Despacio. Como cuando una estructura que ha estado sosteniéndose durante veinte años entiende que ya no puede seguir sosteniéndose y que el colapso no es una opción sino una inevitabilidad.

—Entonces he fallado —dijo Ruiz.

—No fallaste —dijo Samuel—. Hiciste exactamente lo que dijiste que harías. Me protegiste del sistema. Me enseñaste. Me diste un espacio. —Pausa—. Pero eso no cambia lo que hiciste antes de que yo llegara. Y no cambia que Jana está en el hospital con una herida de bala. Y no cambia que hay nueve niños muertos.

Ruiz se quedó quieto.

Afuera, el sonido de vehículos llegando. Puertas cerrándose. Voces en la radio.

Ruiz miró la puerta del cobertizo.

Luego miró a Samuel.

—Cuando salga de aquí —dijo—, van a preguntarte qué pasó. Y vas a tener que decidir qué decir. —Pausa—. Puedes decir que fui un monstruo. Que te secuestré. Que todo fue daño. —Otra pausa—. O puedes decir la verdad completa.

Samuel miró a Ruiz durante un momento largo.

—La verdad completa es que no sé qué fuiste —dijo Samuel—. Y voy a tardar mucho tiempo en saberlo.

Desde afuera, una voz amplificada por megafonía.

La voz de Garrido.

—Javier Ruiz Montoya. Estamos rodeando el perímetro. Salga con las manos visibles.

Ruiz no se movió.

Samuel tampoco.

Los dos se quedaron en el cobertizo con el cuaderno en blanco en la mesa y la linterna LED zumbando y el peso de los veinte años entre ellos como algo sólido que ninguno de los dos sabía cómo mover.

Ruiz extendió la mano hacia la puerta.

La abrió.

La luz de los focos del exterior entró en el cobertizo con la intensidad de las luces que Samuel había aprendido a temer en la casa, las luces-castigo, las que significaban que algo había ido mal y que el Padre estaba corrigiendo.

Pero esta vez el Padre no estaba corrigiendo.

Esta vez el Padre era el que estaba siendo iluminado.

Ruiz salió con las manos levantadas.

Samuel se quedó dentro, mirando cómo los agentes rodeaban a Ruiz, cómo lo esposaban, cómo lo llevaban hacia el vehículo policial con la eficiencia de quien ha practicado este procedimiento mil veces.

Y luego Garrido apareció en la puerta del cobertizo.

—¿Estás bien? —dijo Garrido.

Samuel lo miró.

—No lo sé todavía —dijo.

Y era la respuesta más honesta que había dado en cuatro días.

CAPÍTULO 20
EL RECUERDO COMPLETO

Viernes / Hospital Comarcal de Valdecinos / 23.15 horas

La hipnosis no era como en las películas.

Eso fue lo primero que el doctor Cifuentes le explicó a Samuel cuando entraron en la sala que el hospital había habilitado para la sesión: una habitación del tercer piso que normalmente se usaba para consultas psiquiátricas, con las paredes pintadas de un beige neutro y sin ventanas porque las ventanas, según Cifuentes, producían distracciones que dificultaban la inducción.

Samuel se sentó en el sillón reclinable que alguien había traído de otra planta. El sillón crujió bajo su peso con el sonido de cuero sintético viejo. Cifuentes se sentó enfrente, en una silla de oficina, con una libreta en el regazo y un bolígrafo que no usó todavía pero que sostenía de la manera en que la gente sostiene objetos cuando necesita algo físico que les recuerde que están trabajando.

—No vas a perder el control —dijo Cifuentes—. No vas a hacer nada que no quieras hacer. La hipnosis clínica no es control mental. Es una técnica de relajación profunda que facilita el acceso a recuerdos que el cerebro ha archivado en lugares que la memoria consciente no puede alcanzar fácilmente.

Samuel asintió.

Garrido estaba en la esquina de la sala, sentado en otra silla, observando. Había pedido permiso para estar presente y Cifuentes había accedido con la condición de que no interviniera en ningún momento durante la sesión.

—¿Por qué necesitan que recuerde? —dijo Samuel.

Cifuentes miró a Garrido. Garrido miró a Samuel.

—Porque hay un fragmento del expediente que no encaja —dijo Garrido—. Una fotografía que encontramos en la caja de metal de la finca. Un niño. Rubio. Aproximadamente cuatro años. En el suelo de la casa del valle, en el mismo encuadre que las fotos de Iulia. —

Pausa—. Pero no hay registro de ese niño en ninguna parte. Ni en las desapariciones. Ni en los esqueletos que encontramos. Ni en los cuadernos de Ruiz.

Samuel miró el techo de la sala. El fluorescente zumbaba en su frecuencia habitual, diferente al de su habitación, diferente al de todos los demás espacios.

—¿Y creen que yo lo recuerdo?

—Creemos que estuviste ahí cuando ese niño estuvo ahí —dijo Cifuentes—. Y que el cerebro guarda esos recuerdos aunque la memoria consciente no pueda acceder a ellos por razones que vamos a explorar con cuidado.

Samuel cerró los ojos.

—Está bien —dijo—. Empecemos.

La inducción duró doce minutos.

Cifuentes usó la técnica que había explicado antes: respiración guiada, relajación muscular progresiva, conteo descendente desde cien. Samuel siguió las instrucciones con la misma precisión con la que seguía todo, y a los ocho minutos Garrido notó el cambio en su respiración: más profunda, más lenta, el ritmo de alguien que está en algún lugar entre el sueño y la vigilia.

—Samuel —dijo Cifuentes, con la voz más baja ahora, más modulada—, estás en un espacio seguro. Nada de lo que recuerdes puede hacerte daño aquí. Solo estás observando. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Bien. Vamos a ir hacia atrás en el tiempo. Despacio. Sin prisa. Vas a volver a la casa del valle. ¿La ves?

—Sí.

—Descríbela.

—Paredes de piedra. Suelo de madera. La ventana grande en la sala que da al sur. —Pausa—. Hace frío. Es invierno.

—¿Qué año?

Samuel tardó.

—No lo sé. Pero yo soy\... pequeño. Más pequeño que ahora. —Pausa—. Seis años. Tengo seis años.

Cifuentes anotó.

—¿Estás solo en la casa?

—No.

—¿Quién más está contigo?

—El Padre. Y\... —Se detuvo.

Garrido se inclinó hacia delante en su silla, casi sin darse cuenta.

—¿Y quién más, Samuel?

—Hay alguien en el catre de la derecha —dijo Samuel, con una voz que era diferente ahora, más joven, la voz de alguien que no es Samuel con veinticuatro años sino Samuel con seis—. No es Jana. Es diferente a Jana. Es\... es pequeño. Más pequeño que yo.

—¿Puedes verlo?

—Sí.

—Descríbelo.

Samuel frunció el entrecejo con los ojos cerrados, la arruga entre las cejas que aparecía cuando procesaba algo difícil.

—Pelo rubio. Muy rubio. Rizado. Tiene cuatro años. Quizás cinco. —Pausa—. No habla español. Habla\... algo diferente. Alemán. Creo que es alemán.

Cifuentes miró a Garrido.

Garrido asintió. Alemán. Elena Vidal vivía en Berlín. Jana era de Berlín. El niño rubio podría ser otro niño de Berlín. Anterior a Jana. O simultáneo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Cifuentes.

—No lo sé. El Padre lo llama\... —Samuel se detuvo—. Lo llama der Kleine. El pequeño. En alemán.

—¿Y tú cómo lo llamas?

Silencio largo.

—No lo llamo —dijo Samuel finalmente—. No quiero hablar con él.

—¿Por qué?

Samuel abrió la boca. La cerró. La respiración se aceleró ligeramente, el primer signo de que la sesión estaba llegando a algo que el cerebro había archivado con una etiqueta de no abrir sin precaución.

—Porque es el nuevo —dijo Samuel—. Y yo era suficiente. El Padre decía que yo era suficiente. Que yo era el éxito. Que no necesitaba a nadie más. —La voz de Samuel temblaba ahora, la de

seis años superponiéndose a la de veinticuatro—. Y luego él trae a este niño. Y dice que ahora tengo que compartir. Que el niño va a dormir en el catre de la derecha. Que voy a enseñarle las rutinas. Que voy a ser su hermano.

—¿Y tú qué pensaste?

—Pensé\... —Samuel se detuvo otra vez—. Pensé que no quería un hermano. Que el Padre ya tenía suficiente conmigo. Que el niño rubio no era familia. Que yo era familia.

Garrido miró a Samuel con una expresión que era o compasión o algo más complicado. Compasión mezclada con la comprensión de que lo que Samuel estaba diciendo era la lógica de un niño de seis años que ha crecido en aislamiento completo y cuya única fuente de afecto es el hombre que lo mantiene encerrado.

La lógica de alguien que ha aprendido a competir por atención porque la atención es la única moneda de cambio disponible.

—¿Qué pasó con el niño rubio? —preguntó Cifuentes.

Samuel no contestó inmediatamente.

Su respiración se aceleró más. Las manos, que habían estado relajadas en los apoyabrazos del sillón, se cerraron en puños.

—Samuel —dijo Cifuentes, con la voz todavía calmada pero con una nota nueva de alerta—, si necesitas parar, puedes parar. Solo dilo.

—No —dijo Samuel—. Necesito recordar.

—Bien. ¿Qué pasó con el niño rubio?

Samuel abrió los ojos.

No salió de la hipnosis. Los ojos estaban abiertos pero no miraban la sala. Miraban algo que solo él veía, algo que estaba en el pasado y no en los días que llevaban desde la gasolinera.

—Estamos en la habitación —dijo Samuel—. Es de noche. El niño rubio llora. Llora todas las noches. Llama a su madre. Mutti, Mutti. No para. —Pausa—. Yo le digo que se calle. Que el Padre se va a enfadar si no se calla. Pero él no me entiende o no me escucha.

—¿Y entonces?

—Entonces el Padre entra. Con los focos. Las luces-castigo. Las enciende en el centro de la habitación. Nos mira a los dos. —La voz de Samuel era plana ahora, sin inflexión, la voz de alguien que está

relatando hechos sin procesarlos emocionalmente—. Y yo pienso que el castigo es para el niño. Porque él es el que llora. Pero el Padre me mira a mí. Y dice: Tú eres el mayor. Tú eres el responsable. Si él llora, es porque tú no lo has cuidado bien.

Garrido cerró los ojos un segundo.

Los abrió.

—¿Te castigó a ti? —preguntó Cifuentes.

—Sí. —Samuel lo dijo sin emoción—. Tres horas bajo las luces. Y el niño rubio mirando desde su catre. Sin entender. Solo mirando.

—¿Y después?

Samuel cerró los ojos otra vez.

—Después\... hay un hueco. No recuerdo qué pasó después esa noche. Solo recuerdo que al día siguiente el niño rubio tenía miedo de mí. Me miraba como si yo fuera peligroso. —Pausa—. Y yo\... yo estaba enfadado. Muy enfadado. Porque el Padre me había castigado por culpa de él. Porque todo era más fácil cuando el no estaba.

Cifuentes esperó.

Samuel siguió con los ojos cerrados, la respiración ahora en ese ritmo que indica que lo que viene es lo que el cerebro ha guardado en el lugar más profundo, protegido por capas de olvido porque recordarlo duele de una manera que recordar no debería doler.

—Una semana después —dijo Samuel— el Padre salió. Fue al pueblo. Tardaba dos días cuando iba al pueblo. Nos dejó solos. A mí, a Jana y al niño rubio. —Pausa—. Yo tenía seis años. Él tenía cuatro. Yo era el responsable.

—¿Qué pasó?

Samuel abrió los ojos.

Miró a Cifuentes.

Y en sus ojos había algo que Garrido reconoció de cuarenta años de trabajo policial: la expresión de alguien que acaba de recordar algo que llevaba dieciocho años sin recordar y que ahora que lo recuerda no sabe cómo vivir con ello.

—Le dije que fuera a jugar a la planta de arriba —dijo Samuel—. Había una escalera. Estrecha. De madera. Con escalones irregulares.

El Padre nos había dicho que tuviéramos cuidado en la escalera. Que los escalones estaban sueltos. Que si corríamos podíamos caer.

Silencio.

—¿Y? —dijo Cifuentes.

—Le dije que jugáramos a que él me perseguía —dijo Samuel—. Le dije que corriera. Que corriera rápido por la escalera. —La voz de Samuel se quebró por primera vez en toda la sesión—. Y él corrió. Porque confiaba. Porque los niños de cuatro años confían. Y yo\... yo sabía. Yo sabía que los escalones estaban sueltos. Yo sabía que si corría iba a\...

Se detuvo.

—¿Qué pasó, Samuel?

—Cayó —dijo Samuel—. El tercer escalón cedió. Y él cayó hacia atrás. La cabeza contra la piedra del descanso. —Pausa—. Escuché el golpe. Y luego el silencio. Y luego nada.

El fluorescente zumbó.

Garrido no se movió.

Samuel tenía lágrimas en los ojos abiertos, lágrimas que no había tenido desde que había llegado a la gasolinera, ni cuando habló con la doctora en el hospital aquella primera noche, ni cuando vio la foto de Jana por primera vez.

—¿Estaba muerto? —preguntó Cifuentes.

—No lo sé —dijo Samuel—. Respiraba. Creo. Pero no se movía. Y había\... había sangre. En la piedra. En su pelo. —Pausa—. Y yo bajé. Y lo miré. Y pensé que si lo dejaba ahí el Padre lo encontraría cuando volviera. Y sabría que fue mi culpa. Y entonces\... entonces\...

Se detuvo otra vez.

—¿Qué hiciste, Samuel?

—Lo arrastré —dijo Samuel, con una voz que era apenas audible —. Lo arrastré hasta la puerta E. Y lo dejé ahí. En el suelo. Del otro lado de la puerta. Donde el Padre guardaba las cosas que no podíamos ver. —Pausa—. Y cerré la puerta. Y esperé a que el Padre volviera.

—¿Y cuando el Padre volvió?

—Le dije que el niño se había caído. Que yo no había podido ayudarlo. —Samuel miró a Garrido—. Y el Padre no me preguntó más. Solo\... solo lo miró. Y luego cerró la puerta E con llave. Y nunca hablamos de él otra vez.

El silencio que siguió era el silencio de las cosas que son demasiado grandes para llenar con palabras.

Cifuentes miró a Garrido.

Garrido miró a Samuel.

Samuel miraba el techo con los ojos abiertos y las lágrimas cayendo por los lados de la cara hacia el cuero sintético del sillón.

—¿El niño murió? —dijo Garrido finalmente.

—No lo sé —dijo Samuel—. No volví a verlo.

Viernes / Hospital Comarcal de Valdecinos / 01.30 horas

Julia llegó al hospital dos horas después de que terminara la sesión de hipnosis.

No había sido invitada. Había recibido un mensaje de Garrido a medianoche que decía simplemente: Hospital. Tercera planta. Sala 312. Ven si puedes. Y Julia había sabido por el tono del mensaje —o por la ausencia de tono, por la economía de palabras que Garrido usaba cuando algo grave había pasado— que necesitaba ir.

Llegó a la una y media.

Samuel estaba sentado en la sala de espera de la tercera planta, con un vaso de agua en las manos que no bebía, mirando la pared de enfrente con la expresión de alguien que acaba de recibir información sobre sí mismo que no sabía que existía y que ahora que existe no sabe dónde ponerla.

Julia se sentó junto a él sin decir nada.

Garrido estaba de pie junto a la máquina de café, con una taza que también no bebía, mirando por la ventana que daba al aparcamiento vacío del hospital.

Nadie habló durante dos minutos.

Luego Julia dijo:

—¿Qué pasó?

Samuel la miró.

—Recordé —dijo.

—¿Qué recordaste?

Samuel le contó. Todo. El niño rubio. La escalera. La puerta E. El silencio de dieciocho años.

Julia escuchó sin interrumpir.

Cuando Samuel terminó, Julia miró sus propias manos durante un momento. El pulgar ligeramente doblado hacia dentro. El gesto de Jana. El gesto que ahora sabía que compartía aunque no hubiera estado nunca en la casa.

—¿Lo mataste? —dijo Julia.

—No lo sé —dijo Samuel—. Pero lo puse ahí sabiendo que podía morir. Y no lo saqué. Y no le dije al Padre dónde estaba hasta que fue demasiado tarde.

—Eso es matarlo —dijo Julia.

Samuel no contestó.

Julia se levantó.

Caminó hasta donde estaba Garrido y le habló en voz baja pero lo suficientemente alta para que Samuel la escuchara desde el otro lado de la sala:

—¿Esto cambia el caso?

—Cambia la comprensión del caso —dijo Garrido—. No sé si cambia la culpabilidad legal. Samuel tenía seis años. Ruiz era el adulto responsable. —Pausa—. Pero sí cambia la narrativa.

—¿Qué narrativa?

—La que hemos construido estos días. La del niño que creció en aislamiento y que sobrevivió sin dañar a nadie. —Garrido miró a Samuel—. Esa narrativa acaba de complicarse.

Julia se giró hacia Samuel.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo.

—Tenía seis años —dijo Samuel—. Estaba celoso. Quería que el Padre me prestara atención solo a mí. —Pausa—. No pensé que iba a morir. Solo pensé que si se hacía daño el Padre lo mandaría de vuelta y yo volvería a ser el único.

—Pero no lo mandó de vuelta —dijo Julia—. Lo escondió detrás de la puerta E y te dejó vivir con eso durante dieciocho años sin decirte nada.

—Sí.

Julia se acercó a Samuel.

Se paró frente a él, mirándolo desde arriba porque Samuel seguía sentado y Julia estaba de pie.

—¿Sabes lo que eso significa? —dijo Julia.

—¿Qué?

—Que el Padre no te protegió. Te convirtió en cómplice. —Pausa —. Te dejó vivir pensando que habías matado a alguien y que si alguna vez lo decías, tú también irías a la cárcel. Eso no es protección. Eso es control.

Samuel miró a Julia con los ojos que todavía tenían el rastro de las lágrimas de la sesión de hipnosis.

—Lo sé —dijo.

—¿Lo sabes?

—Lo sé ahora. No lo sabía entonces.

Julia se sentó otra vez junto a él.

Los dos se quedaron en silencio durante un momento, con el zumbido del fluorescente y el sonido de los pasos de una enfermera en el pasillo y el peso de lo que acababan de decir suspendido entre los dos como algo sólido.

—¿Vas a contarlo? —dijo Julia.

—¿El qué?

—Lo del niño rubio. Lo de la escalera. Lo de que fuiste responsable de que muriera.

Samuel tardó en contestar.

—El psicólogo forense dice que tengo que decidir si quiero que conste en acta. Que puedo declararlo voluntariamente o puedo guardarlo. —Pausa—. Legalmente no estoy obligado porque tenía seis años y porque el adulto responsable era Ruiz.

—Pero moralmente —dijo Julia.

—Moralmente es diferente.

—¿Qué vas a hacer?

Samuel miró a Garrido.

Garrido lo miraba con la expresión de quien sabe que la decisión no es suya pero que sabe también que lo que Samuel decida va a definir el resto de su vida como ninguna otra decisión lo ha hecho.

—Voy a contarlo —dijo Samuel.

—¿Por qué? —dijo Julia.

—Porque si no lo digo, hay una parte de la historia que no existe. Y si hay una parte que no existe, entonces todo lo que sí cuento tiene un hueco en el centro que la gente va a notar aunque no sepa nombrarlo. —Pausa—. No puedo contar una verdad con agujeros y llamarla verdad.

—¿Aunque te destruya?

—Aunque me complique —dijo Samuel—. No sé si me destruye. Pero sé que si no lo digo, me destruye más el silencio que la verdad.

Sábado / Comisaría de Valdecinos / 11.00 horas

La declaración complementaria de Samuel se produjo el sábado a las once de la mañana.

No era un juicio. Era una diligencia de ampliación de declaración ante el juez instructor del caso, convocada de urgencia después de que Garrido presentara el informe del doctor Cifuentes con el contenido completo de la sesión de hipnosis. El juez había decidido recibirla en la sala de reuniones de la comisaría de Valdecinos, no en sede judicial, porque la situación procesal de Samuel era todavía la de testigo protegido, no la de imputado, y el traslado a Burgos habría implicado una exposición mediática para la que nadie estaba preparado.

Estaban presentes: el juez instructor, el fiscal, el abogado que la judicatura había asignado a Samuel en calidad de representación de oficio, Garrido, y el doctor Cifuentes en calidad de perito.

Ruiz no estaba presente. Su abogado sí, en la antesala, esperando.

Samuel se sentó en la silla frente al juez con una expresión que Garrido había visto pocas veces en su carrera: no la expresión del testigo que declara sobre lo que le hicieron, sino la del testigo que declara sobre lo que hizo. La diferencia era sutil y al mismo tiempo era todo.

El juez le explicó el procedimiento. Le recordó que la declaración era voluntaria y que tenía derecho a no responder. Samuel escuchó con la atención de quien ha decidido algo la noche anterior y no necesita que nadie se lo explique dos veces.

—Entiendo —dijo Samuel—. Quiero declarar.

Luego habló durante diecisiete minutos sin que nadie lo interrumpiera.

Contó lo del niño rubio. La escalera. La puerta E. Los catorce años de silencio. La sesión de hipnosis donde el recuerdo había vuelto completo y de golpe, como cuando abres una ventana que llevaba demasiado tiempo cerrada y el aire entra de una sola vez.

Cuando terminó, el silencio en la sala era el silencio de las cosas que cambian la comprensión de todo lo anterior.

El fiscal tomó notas durante un momento. Luego levantó la vista.

—¿Está diciendo que usted fue responsable de la muerte de ese niño?

—Estoy diciendo que con seis años hice algo que resultó en su muerte. Y que el adulto responsable, Javier Ruiz, lo supo y lo ocultó y me dejó vivir con esa culpa sin nunca hablar de ello. —Samuel miró al fiscal—. Yo era un niño. Él no. Y esa es la diferencia.

El abogado de oficio intervino:

—Mi representado tenía seis años en el momento de los hechos. Cualquier consideración de responsabilidad penal queda excluida por minoría de edad. Lo que declara hoy es relevante para completar el cuadro de los hechos, no para establecer culpabilidad de mi representado.

El juez asintió.

—Queda registrado para el expediente. —Miró a Samuel—. Gracias por su declaración.

Samuel se levantó.

Salió de la sala.

En el pasillo, Julia lo estaba esperando. Se había quedado fuera durante toda la declaración, sentada en el banco de madera del corredor de la comisaría, con los codos en las rodillas y la vista en el suelo de linóleo.

Cuando Samuel salió, Julia levantó la vista.

—¿Cómo te sientes? —dijo.

—No lo sé todavía —dijo Samuel.

—¿Te arrepientes?

—¿De haberlo dicho o de haberlo hecho?

—De las dos cosas.

Samuel pensó.

—Me arrepiento de haberlo hecho. No me arrepiento de haberlo dicho. —Pausa—. Son dos cosas diferentes.

Julia asintió.

Los dos salieron de la comisaría.

El frío del norte estaba en el aire y el cielo de febrero era el cielo de los días que no deciden si van a abrirse o a cerrarse del todo.

Samuel se detuvo en la acera.

—¿Crees que soy un monstruo? —dijo.

Julia lo miró.

—Creo que eras un niño —dijo—. Y que los niños en situaciones imposibles hacen cosas imposibles. —Pausa—. Y que lo que define si eres un monstruo no es lo que hiciste entonces. Es lo que haces ahora con lo que hiciste entonces.

Samuel asintió.

Estuvieron un momento en silencio en la acera, con el sonido del tráfico de la mañana y los pasos de la gente que pasaba sin mirarlos.

—Cuando salga de todo esto —dijo Samuel—, quiero escribir sobre ello. No un libro. Algo más pequeño. Más directo. —Pausa—. Hay cosas que no se pueden decir en un juzgado y que necesitan decirse en algún sitio.

—¿Cómo qué?

—Como que un niño de seis años puede hacer daño sin ser malo. Como que el sistema que protege a los niños no sabía que existíamos. Como que la verdad no es una sola historia. —Samuel miró la calle—. Todavía no sé cómo. Pero lo voy a escribir.

Julia no dijo nada durante un momento.

—¿Y si la gente decide que eres culpable cuando lo lea?

—Entonces son honestos —dijo Samuel—. Y la honestidad es lo único que he pedido del sistema desde el principio.

Julia no contestó.

Los dos siguieron caminando.

Y en algún lugar del espacio entre la comisaría y el hospital, entre el recuerdo completo y lo que venía después, Samuel empezó

a entender que la verdad no era una historia sino muchas, y que todas eran correctas aunque se contradijeran, y que la única manera de vivir con eso era dejar de buscar la versión definitiva y empezar a aceptar que todas las versiones eran fragmentos de algo más grande que ninguno de ellos podría ver completo nunca.

CAPÍTULO 21
NEGOCIACIONES Y TRAICIONES

Domingo, 17 de febrero de 2025 / Oficinas Cadena Nacional, Madrid / 17.00 horas

El sábado había transcurrido entre declaraciones, traslados y el silencio específico de los casos que han llegado a su punto de no retorno y que ya solo esperan que alguien decida qué hacer con ellos. El domingo amaneció con lluvia en Madrid y con la certeza de que al día siguiente todo terminaría de una manera u otra.

La chaqueta roja se rasgó en el momento exacto en que Alicia intentó cruzar los brazos.

No fue un rasgón grande. Fue pequeño, discreto, en la costura del hombro derecho donde el tejido llevaba meses cediendo bajo la tensión de demasiadas emisiones y demasiados ajustes de última hora. Pero Alicia lo sintió como si fuera algo mucho más grande, como si la chaqueta roja que había usado en cuarenta y ocho programas sobre el caso y que se había convertido en su uniforme no oficial acabara de decidir que ya no podía sostener más peso.

Se quedó quieta en la silla ejecutiva del despacho de Patricia Leal, con los brazos a medio cruzar y el sonido del tejido cediendo todavía resonando en sus oídos aunque probablemente nadie más en la sala lo había escuchado.

Patricia estaba sentada al otro lado del escritorio de cristal, con el portátil abierto y dos versiones del vídeo del directo de mañana en pantalla dividida.

A su izquierda, Marcos Ibáñez, director de contenidos. A su derecha, un hombre que Alicia no había visto antes pero cuyo traje azul marino y cuya expresión de quien ha llegado desde arriba para asegurarse de que ciertas cosas se hagan de cierta manera le dijeron todo lo que necesitaba saber: Departamento Legal. O peor. Departamento de Imagen Corporativa.

—Doctora Varela —dijo Patricia, con la voz que usaba cuando necesitaba que algo se hiciera sin margen de negociación—, le hemos mostrado las dos versiones. Necesitamos que elija una.

En la pantalla izquierda del portátil: Versión A - El Milagro. Dieciocho minutos de edición que empezaba con Samuel en la gasolinera, seguía con el ADN positivo, incluía el reencuentro con Marta, mostraba fragmentos de la terapia con Jana, y terminaba con un plano de Samuel y Jana juntos en el hospital con una voz en off de Alicia diciendo: Después de veinte años, dos vidas recuperadas. Eso es lo que importa.

En la pantalla derecha: Versión B - La Verdad Completa. Treinta y ocho minutos que incluía todo lo de la Versión A más: los nueve esqueletos detrás de la puerta E, el testimonio de Samuel sobre el niño rubio, la confesión de Marta sobre la custodia firmada en 2005, las imágenes de la finca con los cinco esqueletos de 1998, y la sentencia de Ruiz con perpetua revisable.

Alicia miró las dos pantallas durante un momento que era más largo de lo que Patricia esperaba pero más corto de lo que Alicia necesitaba.

—La B —dijo Alicia.

El hombre del traje azul marino habló por primera vez:

—La B destruye la narrativa que hemos construido durante tres meses. Destruye el libro que usted escribió. Destruye la esperanza que millones de familias tienen sobre casos sin resolver. —Pausa—. Y destruye la imagen de la cadena como canal de esperanza en lugar de canal de morbo.

Alicia lo miró.

—La B es la verdad.

—La verdad no siempre es lo que la audiencia necesita —dijo el hombre—. Y definitivamente no es lo que la cadena necesita en este momento.

—¿Qué necesita la cadena?

—Necesita que el especial de mañana sea el cierre perfecto de una historia de esperanza. Necesita que los índices de audiencia justifiquen la inversión. —Pausa—. Necesita que usted elija la A.

Alicia miró a Patricia.

Patricia miró a Alicia con la expresión de alguien que ha tenido esta conversación con el hombre del traje azul marino antes de que Alicia llegara y que ha perdido.

—Si elijo la B —dijo Alicia—, ¿qué pasa?

—Si elige la B —dijo el hombre—, la cadena reconsidera su contrato para la siguiente temporada.

La frase cayó en el despacho con el peso específico de las amenazas que no son amenazas sino hechos.

Alicia se levantó.

La chaqueta roja se rasgó un poco más.

—Necesito pensarlo —dijo.

—Tiene hasta las veintitrés horas —dijo Patricia—. Después de eso, decidimos nosotros.

Alicia salió del despacho.

En el pasillo, el café de la máquina era el café frío de las máquinas de pasillo que llevan horas sin mantenimiento. Alicia se sirvió uno de todas formas. El quinto de la tarde. Los otros cuatro estaban en la papelera de su propio despacho, tres pisos más abajo, con las marcas de pintalabios rojo en el borde de los vasos de plástico.

Bebió el café frío.

Miró por la ventana del pasillo hacia Madrid, hacia la ciudad que se extendía bajo la lluvia de febrero con sus luces empezando a encenderse aunque faltaban dos horas para que oscureciera del todo.

Pensó en las dos versiones.

Pensó en que una la mantenía con trabajo y credibilidad intacta.

Pensó en que la otra la convertía en la periodista que había ayudado a construir una mentira durante veinte años y que ahora la desmontaba en directo.

No sabía cuál de las dos opciones era peor.

Domingo, 17 de febrero de 2025 / Casa de Marta Sáez, calle Montserrat 14, Madrid / 18.30 horas

Las uñas de Marta eran rojas.

Siempre habían sido rojas, el mismo tono de rojo Chanel que había usado en todas las ruedas de prensa y en todas las entrevistas

y en todas las apariciones públicas durante veinte años porque alguien —probablemente Silvia, su agente de comunicación— le había dicho hace mucho tiempo que el rojo transmitía fuerza y determinación y que las madres coraje no llevaban colores pastel.

Ahora las uñas rojas arañaban la mesa del comedor mientras Marta escuchaba a los dos abogados que habían llegado a las seis y cuarto con maletines de cuero y expresiones de quien ha leído el expediente completo y sabe exactamente lo que puede salvar y lo que no.

El abogado mayor se llamaba Esteban Ruiz —sin relación con Javier Ruiz, había aclarado al principio, como si eso importara— y tenía sesenta años y la clase de experiencia que se mide en casos ganados en el Supremo. El más joven era su asociado, treinta y cinco años, portátil abierto, tomando notas.

—Señora Sáez —dijo Esteban—, mañana es el directo. Usted va a declarar. Lo que diga puede usarse en su contra si la Fiscalía decide reabrir su caso como cómplice de secuestro.

—Ya me lo han dicho —dijo Marta.

—Lo que no le han dicho es que hay una manera de limitar el daño. —Esteban sacó un documento del maletín—. Esto es un acuerdo de testimonio limitado. Usted declara solo sobre lo que pasó en 2005. Admite que firmó la custodia. No añade nada más. No menciona las conversaciones con Ruiz. No menciona la nota de 2006. No menciona nada que pueda interpretarse como conocimiento previo de los otros niños.

—¿Y a cambio?

—A cambio, la cadena dona cien mil euros a la ONG que usted presida. Imagen de reconciliación. Víctima que ha sufrido pero que sigue adelante. —Pausa—. Y la Fiscalía no reabre.

Marta miró el documento.

No lo tocó. Las uñas rojas seguían arañando la mesa, dejando marcas invisibles en el barniz que alguien tendría que lijar más adelante.

—¿Quién ha negociado esto? —dijo Marta.

—No puedo decirlo.

—¿El Ministerio?

Esteban no contestó, que era una forma de contestar.

Marta cogió el documento.

Lo leyó durante tres minutos sin que su expresión cambiara.

Luego lo firmó.

En el momento en que el bolígrafo tocó el papel, el teléfono de Esteban vibró.

Lo miró.

—Disculpe —dijo, y salió al pasillo.

Marta se quedó con el asociado joven, que seguía tomando notas en el portátil con la eficiencia de quien no necesita mirar el teclado.

Cuando Esteban volvió, tres minutos después, su expresión había cambiado.

—Era del Ministerio —dijo—. Quieren que sepa que si mañana menciona algo sobre 2005 que no esté en el acuerdo, reabren su expediente. No como posibilidad. Como certeza.

Marta lo miró.

—¿Me están amenazando?

—Le están informando —dijo Esteban.

Marta se levantó.

Fue hasta la ventana que daba a la calle Montserrat, donde la lluvia caía sobre los coches aparcados y sobre los paraguas de la gente que caminaba hacia el metro.

—¿Y si no firmo? —dijo.

—Si no firma, mañana declara sin protección. Y cualquier cosa que diga puede y será usada. —Pausa—. Incluido el testimonio de Samuel sobre el niño rubio. Incluido el informe de Garrido sobre la nota de 2006. Incluido todo lo que Ruiz dijo en el juicio sobre que usted sabía.

Marta cerró los ojos.

Cuando los abrió, tenían el brillo de las cosas que lloran sin llorar.

—Ya firmé —dijo.

Esteban asintió.

—Bien. Nos vemos mañana a las diez en el estudio. No hable con nadie antes. Especialmente no hable con Alicia Varela.

Domingo, 17 de febrero de 2025 / Hotel Castilla, Valdecinos / 19.45 horas

Samuel firmó el documento con un bolígrafo Bic azul que Garrido le había prestado.

El bolígrafo temblaba ligeramente cuando la punta tocó el papel, no porque Samuel tuviera miedo sino porque había pasado las últimas cuatro horas dibujando en el cuaderno de espiral que llevaba siempre en el bolsillo, y dibujar durante cuatro horas produce un cansancio en los dedos que es específico y que se manifiesta como temblor fino cuando intentas hacer algo que requiere precisión.

Lo que había dibujado eran escaleras.

Siete versiones de la misma escalera. La escalera de la casa del valle. La escalera donde el niño rubio había corrido y había caído y había golpeado la cabeza contra la piedra del descanso.

Cada dibujo era desde un ángulo diferente. Cada ángulo mostraba algo que los otros no mostraban: los escalones sueltos, la barandilla que no existía, la piedra del descanso con la esquina afilada.

Julia estaba sentada en la otra silla del cuarto de hotel, mirando los dibujos que Samuel había dejado sobre la cama.

—¿Por qué dibujas esto? —había preguntado.

—Porque si no lo dibujo, no puedo verlo completo —había dicho Samuel—. Y si no lo veo completo, no puedo explicarlo mañana.

El documento que acababa de firmar era un contrato con la cadena. Una página. Letra pequeña. Que básicamente decía: Samuel Sáez declara que hablará sin guion durante el directo de mañana y que la cadena no es responsable del contenido de sus declaraciones.

Garrido, que había estado de pie junto a la ventana mirando la lluvia, se giró cuando Samuel terminó de firmar.

—¿Estás seguro? —dijo Garrido.

—No —dijo Samuel—. Pero lo voy a hacer de todas formas.

—Si cuentas lo del niño rubio en directo, la gente va a dividirse —dijo Garrido—. La mitad va a entender que eras un niño de seis años en una situación imposible. La otra mitad va a decir que mataste a alguien y que deberías estar en la cárcel.

—Lo sé.

—Y no hay manera de controlar cuál de las dos mitades es más ruidosa.

—Lo sé.

Julia se levantó de la silla.

—¿Por qué lo haces? —dijo—. Podrías no decirlo. Podrías contar la historia sin esa parte. Nadie lo sabría excepto tú, yo, Garrido y el psicólogo forense. Y el psicólogo tiene secreto profesional.

Samuel la miró.

—Porque si no lo digo, hay una parte de la historia que no existe. Y si hay una parte que no existe, entonces todo lo que cuento tiene un hueco en el centro que la gente va a notar aunque no sepa nombrarlo. —Pausa—. No puedo contar una verdad con agujeros y llamarla verdad.

Julia no dijo nada durante un momento.

Luego dijo:

—Te van a destruir.

—Quizás —dijo Samuel—. O quizás me complican. Pero complicado es más honesto que simple.

Garrido recogió el documento firmado.

Lo guardó en la carpeta que había traído, la misma carpeta de notas viejas que había cargado durante veinte años y que ahora tenía una sección nueva para el caso reabierto.

—Mañana a las diez —dijo Garrido—. Estudio B. Madrid. ¿Necesitas que te lleve?

—Voy con Julia —dijo Samuel.

Garrido asintió.

Salió del cuarto de hotel.

Samuel se quedó con Julia, con los siete dibujos de la escalera sobre la cama y con el bolígrafo Bic azul que temblaba cuando lo sostenía demasiado tiempo.

—¿Te arrepientes? —dijo Julia.

—Todavía no —dijo Samuel—. Pregúntame mañana a las once.

Domingo, 17 de febrero de 2025 / Apartamento de Alicia Varela, barrio de Salamanca, Madrid / 21.30 horas

La grabación llegó por correo electrónico.

Sin remitente identificable. Con una línea en el asunto que decía: Para Alicia Varela. Privado y urgente.

Alicia lo abrió a las nueve y media de la noche, después de pasar tres horas en su apartamento intentando decidir entre la Versión A y la Versión B del directo de mañana y no llegando a ninguna conclusión que no fuera que ambas versiones la destruían de maneras diferentes.

El archivo adjunto era un vídeo. Duración: cuatro minutos y treinta segundos. Formato: MP4. Calidad: alta, como si hubiera sido grabado con equipo profesional y no con un teléfono.

Alicia lo reprodujo.

La primera imagen era de una sala de reuniones. No la reconoció de inmediato. Luego vio el calendario en la pared: Enero 2005. Y entendió.

Era la sala de coordinación del caso. La primera semana de la investigación. Antes de que Garrido fuera retirado del equipo activo. Antes de que el caso se cerrara por presión política.

En la pantalla, cinco personas alrededor de una mesa. Garrido. El inspector Mora. Dos agentes que Alicia no reconocía. Y ella misma.

Alicia con treinta y dos años. Con el pelo más corto. Con la expresión de alguien que todavía no sabe que este caso va a definir los próximos veinte años de su vida.

La cámara enfocaba la mesa desde un ángulo elevado. Probablemente una cámara de seguridad de la sala. El audio era claro.

En la grabación, Garrido hablaba:

—Tenemos un testimonio del sector norte. Un vecino que dice haber visto a un hombre con dos niños cruzando el río el catorce de enero. Dos días después de la desaparición.

Mora respondía:

—¿Identificación del testigo?

—Se niega a dar nombre. Dice que tiene miedo.

—Entonces no es fiable.

—Podríamos presionarlo. Si lo que vio es relevante\...

Y entonces la Alicia de treinta y dos años en la pantalla hablaba. La voz era suya. Las palabras eran suyas.

—No vale la pena. Testimonios anónimos sin corroboración no resisten en juicio. Gastar recursos en eso cuando tenemos otras

líneas más sólidas es ineficiente.

Mora asentía.

—Estoy de acuerdo con la doctora Varela. Cerramos esa línea.

La grabación continuaba otros dos minutos. Alicia diciendo cosas sobre perfiles psicológicos y sobre probabilidades estadísticas y sobre cómo gestionar los recursos limitados del equipo.

Luego la grabación terminaba.

Y aparecía un mensaje de texto sobre pantalla negra:

Esta grabación muestra que usted, Alicia Varela, recomendó cerrar la línea de investigación que habría llevado al descubrimiento de la casa del valle en 2005. Si esa línea no se hubiera cerrado, Samuel y Jana habrían sido rescatados veinte años antes. Iulia habría sobrevivido. Los tres niños de la cámara subterránea habrían sobrevivido.

Usted es responsable de que pasaran veinte años en lugar de unos días.

Si mañana elige la Versión B del directo, esta grabación se enviará a todos los medios nacionales. Si elige la Versión A, la grabación se borra.

Tiene hasta las 23:00 para decidir.

La pantalla se puso negra.

Alicia cerró el portátil.

Se quedó sentada en el sofá de su apartamento, con la chaqueta roja rasgada colgada en el respaldo de la silla del comedor, con los cinco cafés fríos del día todavía en su sistema produciendo un temblor fino en las manos que no era nerviosismo sino cafeína pura.

Miró el reloj.

Las veintiuna y treinta y tres.

Una hora y veintisiete minutos para decidir.

Se levantó.

Fue hasta la ventana que daba a la calle Velázquez. La lluvia había parado pero el asfalto seguía mojado, brillando bajo las farolas con ese brillo específico de Madrid después de lluvia.

Pensó en 2005.

Pensó en que lo que había dicho en esa reunión era verdad: los testimonios anónimos sin corroboración no resisten en juicio. Pensó

en que había sido una recomendación correcta desde el punto de vista técnico.

Pensó en que si Mora no hubiera seguido su recomendación, si Garrido hubiera presionado al testigo anónimo —que resultó ser Aurelio Vega—, habrían encontrado la casa en 2005.

Pensó en que eso significaba que ella era técnicamente correcta y moralmente culpable.

Pensó en que esa distinción no importaba a nadie excepto a ella.

Cogió el teléfono.

Marcó el número de Patricia Leal.

Patricia contestó al segundo tono.

—Alicia. ¿Has decidido?

—Sí —dijo Alicia—. Emitimos la B.

Silencio al otro lado.

—¿Estás segura?

—No —dijo Alicia—. Pero es lo que vamos a hacer.

—¿Has visto la grabación?

Alicia tardó un segundo.

—¿Qué grabación?

—La que te enviaron a las nueve y media. La de 2005. —Pausa —. Nos enviaron copia a nosotros también. Con la misma amenaza.

Alicia cerró los ojos.

—¿Quién la envió?

—No lo sabemos. Pero la amenaza es real. Si emitimos la B, esa grabación sale. Y tu carrera termina.

—Mi carrera termina de todas formas —dijo Alicia—. O termina porque callé la verdad. O termina porque la verdad me expone como cómplice. —Pausa—. Al menos con la B, termina haciendo lo correcto.

Patricia no dijo nada durante un momento.

Luego:

—A las once te envío la confirmación. Prepárate para que mañana sea el último programa que hagas para nosotros.

Colgó.

Alicia dejó el teléfono en la mesa.

Se quedó de pie en el apartamento, con las luces de Madrid al otro lado de la ventana y con el peso de veinte años de haber construido una carrera sobre un caso que acababa de demostrar que ella había ayudado a prolongar veinte años más de lo necesario.

No lloró.

No porque no quisiera. Porque había aprendido hace mucho tiempo que llorar no cambiaba los hechos y que los hechos eran lo único que importaba cuando todo lo demás se había derrumbado.

Domingo, 17 de febrero de 2025 / Estudio B, Cadena Nacional, Madrid / 23.00 horas

La filtración llegó a las once de la noche.

No a los medios principales. A Twitter. A una cuenta anónima creada esa misma tarde con cero seguidores y que publicó un solo tuit:

EXCLUSIVA: Samuel Sáez confesó en sesión de hipnosis forense que con 6 años causó muerte de otro niño en casa del Padre. Mañana lo admitirá en directo. #CasaDelPadre #VerdadCompleta

Adjunto al tuit: un fragmento de audio. Treinta segundos. La voz de Samuel en la sesión de hipnosis diciendo: Le dije que corriera. Que corriera rápido por la escalera. Y yo sabía. Yo sabía que los escalones estaban sueltos.

El tuit tuvo mil retuits en diez minutos.

Cinco mil en veinte.

Trending topic nacional a las once y cuarto.

Patricia Leal llamó a Alicia a las once y dieciséis.

—¿Has visto Twitter?

—No.

—Míralo. Ahora.

Alicia abrió Twitter.

Leyó el tuit.

Escuchó el audio.

—¿Quién filtró esto? —dijo Alicia.

—No lo sabemos. Pero viene de dentro. Alguien con acceso al informe forense. —Pausa—. El directo de mañana acaba de convertirse en otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Un juicio público. A Samuel. A Ruiz. A Marta. —Pausa—. A ti.

Alicia colgó.

Miró el tuit durante un momento.

Luego abrió el portátil.

Abrió el correo con la grabación de 2005.

La vio otra vez. Completa. Sin pausarla.

Cuando terminó, abrió una ventana nueva.

Escribió un correo a Patricia con una línea en el asunto: Confirmación final.

En el cuerpo del correo escribió:

Emitimos la Versión B. Completa. Sin editar. Aunque la grabación de 2005 salga. Aunque mi carrera termine. Es lo correcto.

Y si voy a caer, prefiero caer diciendo la verdad que callándola.

Envió el correo.

Cerró el portátil.

Se quedó sentada en el apartamento con la chaqueta roja rasgada colgada en el respaldo de la silla y con el sonido de la ciudad al otro lado de la ventana y con la certeza de que mañana, cuando saliera en directo, iba a ser la última vez que lo hacía como Alicia Varela, criminóloga de referencia del caso más grande de España en dos décadas.

Después de eso, sería otra cosa.

No sabía qué.

Pero sabía que sería más honesto.

Y la honestidad, había aprendido en las últimas cuatro horas, era lo único que quedaba cuando todo lo demás se había quemado.

CAPÍTULO 22
COMIENZA EL DIRECTO

Lunes, 18 de febrero de 2025 / Estudio B, Cadena Nacional Madrid / 20.00 horas

Los focos se encendieron a las ocho en punto.

No gradualmente. De golpe. Ochocientos lux de luz blanca cayendo sobre el plató con la violencia específica de las luces de estudio que están diseñadas para borrar todas las sombras y para hacer que todo lo que está bajo ellas parezca más real de lo que es real en cualquier otro sitio.

Alicia sintió el calor inmediatamente. No en la cara, que estaba protegida por tres capas de maquillaje profesional que el equipo había aplicado durante cuarenta minutos en el camerino, sino en las axilas, donde la chaqueta roja nueva —la que había comprado esa mañana para reemplazar la rasgada— no tenía la ventilación suficiente y donde el sudor empezaba ya a acumularse aunque el programa no había comenzado todavía.

Se quedó de pie en el centro del plató, con el micrófono de solapa correctamente posicionado en el cuello de la chaqueta, con los zapatos de tacón que le daban cinco centímetros extra de altura pero que después de tres horas de pruebas técnicas ya le dolían en los puntos de presión, con la expresión que había practicado en el espejo del camerino: seria pero no dramática, empática pero no blanda, la expresión de alguien que va a contar una historia difícil pero que tiene la autoridad para contarla.

En la pantalla de control frente a ella, el contador de audiencia en tiempo real: 6.2M espectadores.

Seis millones doscientas mil personas. En directo. A las ocho de la noche de un lunes.

Patricia había tenido razón: era la audiencia más grande de la cadena en tres años.

El realizador habló por el auricular que Alicia llevaba en el oído derecho:

—Doctora Varela. Treinta segundos. Respire. No mire la cámara hasta que le demos señal.

Alicia respiró.

La señal llegó.

La luz roja de la cámara principal se encendió.

Alicia miró directamente al objetivo.

—Buenas noches —dijo—. Hace veinte años, un niño de cuatro años desapareció del jardín de su casa en el pueblo de Hoces del Duero. Su nombre era Lucas Sáez. Esta es su historia. Y la historia de lo que pasó después.

El prólogo duró cuatro minutos.

Alicia lo había escrito ella misma esa mañana, en el apartamento, después de tres horas de sueño interrumpido y cinco cafés. Lo había memorizado en el taxi camino al estudio. Lo había ensayado una vez en el camerino mientras el maquillador le aplicaba la base.

Era bueno. Sabía que era bueno. Tenía el ritmo correcto, la emoción correcta, el peso correcto de las palabras que necesitan pesar.

En la pantalla principal detrás de ella, las imágenes de archivo del caso: Lucas con la camiseta de rayas. Marta llorando en la escalinata del juzgado. Los voluntarios peinando el monte. El helicóptero de la Guardia Civil. Todo lo que había definido el caso durante los primeros seis meses de 2005 antes de que el caso se cerrara por falta de pistas y pasara a ser uno de esos casos que el país recuerda cada aniversario pero que no espera resolver nunca.

Luego las imágenes nuevas.

La gasolinera de la N-232. Samuel entrando descalzo, empapado, con los pies negros de barro. La ambulancia. El hospital. El laboratorio de genética forense con la pantalla mostrando los marcadores de ADN coincidentes.

Positivo.

Lucas Sáez. Vivo. Después de veinte años.

El contador de audiencia: 6.8M espectadores.

Alicia terminó el prólogo con la frase que había decidido usar aunque Patricia había sugerido cambiarla:

—Pero esta no es solo una historia de esperanza. Es una historia de verdades múltiples. Y algunas de esas verdades son difíciles. Porque después de veinte años, nada es solo blanco o solo negro. Todo es gris. Y el gris es donde vivimos todos.

La cámara cortó a plano general del plató.

Doscientas personas en el público. Sentadas en gradas que el equipo de producción había instalado esa mañana. Con instrucciones claras de cuándo aplaudir y cuándo guardar silencio. Con luces individuales sobre cada grada para que las cámaras pudieran captar las reacciones en primer plano cuando hiciera falta.

El público aplaudió.

Sincronizado. Entusiasta. Como si todos hubieran esperado veinte años para estar en esta sala esta noche.

Alicia esperó a que el aplauso terminara.

Luego dijo:

—Nuestro primer invitado esta noche es alguien que muchos de ustedes conocen. Alguien que ha sido la voz de las familias de niños desaparecidos durante dos décadas. Alguien que nunca dejó de buscar. —Pausa—. Marta Sáez.

20.15 horas

Marta entró en el plató desde el lateral izquierdo con el abrigo negro que había usado en todas las ruedas de prensa importantes y que ahora, bajo los ochocientos lux de los focos del estudio, parecía absorber la luz en lugar de reflejarla.

Se sentó en la silla que habían preparado frente a Alicia, a dos metros de distancia, con una mesita baja entre las dos donde alguien había puesto dos vasos de agua que nadie iba a beber.

El público aplaudió otra vez.

Marta esperó a que terminara el aplauso antes de hablar, con el timing perfecto de alguien que ha aprendido durante veinte años cuándo hablar y cuándo dejar que el silencio haga el trabajo.

—Gracias —dijo Marta—. Gracias a todos por estar aquí. Por no olvidar. Por seguir creyendo que era posible.

Las uñas de Marta eran rojas. Las mismas que había arañado la mesa del comedor ayer mientras los abogados le explicaban el acuerdo. Ahora las uñas descansaban sobre una libreta que Marta había traído al plató —la libreta donde supuestamente había anotaciones sobre el caso durante veinte años— y que ocasionalmente tocaba cuando necesitaba anclar las manos en algo físico.

Alicia empezó con las preguntas suaves.

Las preguntas que Patricia había aprobado. Las preguntas que el público esperaba.

—Marta, ¿cómo fue el momento en que recibió la llamada del Ministerio diciéndole que habían encontrado a alguien que podría ser Lucas?

Marta contestó con la versión ensayada. La que había repetido en tres entrevistas previas durante los últimos tres meses. La historia de la esperanza que nunca murió. La madre que supo desde el primer momento que su hijo estaba vivo.

El público reaccionó con la emoción correcta en los momentos correctos.

El contador de audiencia: 7.1M espectadores.

Alicia hizo la siguiente pregunta.

—¿Qué sintió cuando el ADN confirmó que era él?

Y aquí Marta hizo lo que había hecho en todas las entrevistas importantes de los últimos veinte años: lloró.

No mucho. No de manera descontrolada. Solo lo suficiente para que una lágrima bajara por la mejilla izquierda y se detuviera en el borde de la mandíbula antes de que el maquillaje la absorbiera.

La cámara hizo un close-up. El realizador había pedido ese plano específicamente en la reunión de producción de esa mañana: Lágrima de Marta. Primer plano. Tres segundos.

Duró cinco.

El contador de audiencia: 7.4M espectadores.

Marta siguió hablando. Sobre los veinte años de búsqueda. Sobre las noches sin dormir. Sobre la ONG que había fundado para ayudar a otras familias. Sobre cómo nunca había dejado de creer.

Todo era verdad.

Todo era también una actuación.

Y Alicia, sentada a dos metros con el micrófono captando cada palabra, sabía exactamente cuándo Marta estaba siendo honesta y cuándo estaba siendo la madre coraje.

La diferencia no estaba en las palabras. Estaba en las uñas.

Cuando Marta era honesta, las uñas descansaban sobre la libreta.

Cuando Marta actuaba, las uñas se movían. Pequeños garabatos invisibles para las cámaras pero visibles para Alicia, que llevaba veinte años observando a Marta en contextos donde las cámaras no llegaban.

En la libreta, Alicia pudo ver que Marta había escrito una sola palabra, repetida tres veces en el margen:

Custodia. Custodia. Custodia.

La palabra que no podía mencionar según el acuerdo con los abogados.

La palabra que el Ministerio había dicho que si mencionaba, reabrirían su caso.

Alicia hizo la pregunta que no estaba en el guion aprobado:

—Marta, hay algo que muchas familias nos han preguntado durante estos tres meses. ¿Hay algo que usted hubiera hecho diferente en 2005? ¿Alguna decisión que ahora, mirando atrás, cambiaría?

Marta la miró.

En los ojos de Marta había algo que Alicia reconoció: el reconocimiento de que la pregunta no era inocente, que era una puerta que Alicia estaba abriendo, y que Marta podía cruzarla o no.

Marta eligió no cruzarla.

—Haría todo diferente —dijo Marta—. Pero con la información que tenía entonces, hice lo que creí que era correcto. —Pausa—. Y eso es lo único que cualquier madre puede hacer.

La respuesta era perfecta.

Era también completamente evasiva.

El público aplaudió.

20.30 horas

Samuel entró en el plató durante el corte publicitario.

No desde el lateral como Marta. Desde el fondo, caminando por el pasillo entre las gradas del público, con la misma ropa que había usado en el juzgado de Burgos —vaqueros, camisa gris, sin chaqueta— y con el cuaderno de espiral en el bolsillo trasero del pantalón, el borde asomando ligeramente.

El público no aplaudió.

No porque no quisieran. Porque el realizador había dado instrucción de que no aplaudieran cuando Samuel entrara. Silencio respetuoso. Esto no es celebración. Es testimonio.

Samuel se sentó en la silla que había ocupado Marta dos minutos antes. La silla todavía estaba caliente. Samuel lo notó pero no dijo nada.

Alicia esperó a que el realizador diera señal de que volvían del corte.

Luz roja.

—Estamos de vuelta —dijo Alicia—. Y conmigo ahora Samuel. Lucas Sáez. El niño que desapareció hace veinte años y que ha vuelto. —Pausa—. Samuel, gracias por estar aquí.

—Gracias por invitarme —dijo Samuel.

El contador de audiencia: 8.1M espectadores.

Alicia empezó con las preguntas suaves. Las mismas que había usado con Marta. Las que permitían a Samuel contar la historia desde su perspectiva sin presionarlo demasiado.

—¿Qué recuerdas del día que llegaste a la gasolinera?

Samuel contestó con la precisión que Alicia había aprendido a esperar de él: detalles sensoriales, observaciones específicas, la metodología de alguien que ha pasado veinte años aprendiendo a describir el mundo desde cero.

—Recuerdo el olor de la gasolina mezclado con la lluvia. Recuerdo que los tubos fluorescentes zumbaban diferente a los de la casa. Recuerdo que el empleado me miró con miedo y con compasión al mismo tiempo. —Pausa—. Y recuerdo que pensé que si cruzaba la puerta de la gasolinera, no podría volver atrás. Que el mundo exterior era más grande de lo que había imaginado y que no sabía si era suficientemente grande yo para estar en él.

El silencio en el estudio era el silencio de doscientas personas conteniendo la respiración.

Alicia hizo la siguiente pregunta.

—La casa donde creciste. ¿Cómo la describirías?

Samuel miró el techo del estudio. Los mismos focos que quemaban. Los mismos ochocientos lux que borraban las sombras.

—Era un espacio controlado —dijo—. Cada cosa tenía su lugar. Cada día tenía su rutina. El Padre\... —Se detuvo—. Javier Ruiz nos enseñó que el control era protección. Que el caos del mundo exterior era lo que dañaba a los niños. Que en la casa estábamos seguros.

—¿Y lo estabas? ¿Te sentías seguro?

Samuel tardó en contestar.

—Me sentía protegido del ruido. —Pausa—. Pero protección sin elección no es protección. Es otra cosa.

El contador de audiencia: 8.3M espectadores.

Alicia miró la pantalla de control. Patricia estaba en la cabina de realización haciendo gestos que Alicia podía ver por la cámara de retorno: Sigue así. Esto es oro.

Alicia hizo la pregunta que había estado esperando hacer desde que Samuel se sentó:

—Samuel, hace un momento dijiste que protección sin elección no es protección. Que es otra cosa. —Alicia hizo una pausa—. ¿Qué cosa?

Samuel metió la mano en el bolsillo trasero.

Sacó el cuaderno de espiral.

Lo abrió en una página marcada con un clip.

La página con el dibujo de la escalera.

La cámara hizo un close-up. Tres segundos. El dibujo llenando la pantalla principal detrás de Alicia.

Escalones irregulares. Barandilla inexistente. Piedra del descanso con la esquina afilada.

El público no hizo ruido.

Samuel miró el dibujo.

Luego miró a Alicia.

—Puedo —dijo—. Pero necesito que entiendas que lo que voy a decir no es para justificarme. Es para explicar que la verdad no es

solo lo que me hicieron. Es también lo que yo hice.

En Twitter, el hashtag #SamuelVíctima que había sido trending durante los últimos veinte minutos empezó a ser reemplazado por otro:

#SamuelCulpable.

Todavía no era trending.

Pero en cinco minutos lo sería.

20.55 horas

El corte publicitario llegó en el momento exacto en que Samuel iba a empezar a hablar sobre el niño rubio.

No por accidente. El realizador lo había cronometrado así: Corte antes de la confesión. Dejamos que la tensión suba durante tres minutos de anuncios. Volvemos con Samuel en primer plano.

Alicia se quitó el micrófono de solapa.

Fue hacia la cabina de realización donde Patricia estaba con el equipo de producción, todos mirando las tres pantallas que mostraban: audiencia en tiempo real, trending topics de Twitter, y el feed de las cámaras del plató.

Patricia la vio llegar.

—Es perfecto —dijo Patricia—. Ocho punto tres millones. Récord histórico. Y Samuel está a punto de confesar en directo. —Pausa—. Esto es lo que la audiencia quiere. Esto es lo que necesitamos.

—Después del corte publicitario emitimos la Versión B —dijo Alicia.

Patricia la miró.

—¿Qué?

—La Versión B. La que incluye los nueve esqueletos. La finca. La confesión de Marta sobre 2005. Todo. —Pausa—. Acordamos que después de que Samuel hablara, pasábamos a la B.

—Eso fue antes de saber que íbamos a tener ocho punto tres millones viendo. —Patricia bajó la voz aunque nadie más en la cabina estaba escuchando—. Si ponemos la B ahora, la audiencia cae. La gente quiere esperanza, no nueve esqueletos de niños muertos.

—La gente quiere la verdad —dijo Alicia.

—La gente quiere lo que le hace sentir bien. —Patricia se giró hacia la pantalla de control—. No emitimos la B. Seguimos con Samuel. Le dejamos confesar lo del niño rubio. Cerramos con esperanza. Final feliz con matices.

—No hay final feliz en esta historia —dijo Alicia.

—Hay el final que construimos. Y el que construimos es el que le da a la audiencia lo que necesita. —Patricia la miró—. Y lo que tú necesitas también. Porque si emitimos la B, la grabación de 2005 sale. Y tu carrera termina.

Alicia miró las pantallas.

8.3M espectadores.

#SamuelCulpable empezando a subir.

Samuel en el plató, sentado en la silla, con el cuaderno abierto en la página de la escalera.

—Emitimos la B —dijo Alicia—. Y si mi carrera termina, termina haciendo lo correcto.

Patricia abrió la boca.

Alicia no esperó a que hablara.

Volvió al plató.

Se puso el micrófono de solapa.

El realizador contó desde la cabina:

—Volvemos en treinta segundos.

21.00 horas

Samuel estaba solo en el pasillo de bambalinas cuando Julia lo encontró.

No en su camerino. En el pasillo. De pie junto a la máquina de café que nadie usaba porque el café era malo pero que tenía una ventana pequeña desde donde se podía ver el plató sin estar en el plató.

Julia se paró junto a él.

—¿Estás bien? —dijo.

—No —dijo Samuel—. Pero lo voy a hacer de todas formas.

—¿Vas a contar lo del niño rubio?

—Voy a contar todo. —Samuel miró el reloj digital en la pared del pasillo. El reloj que contaba regresiva hasta que volvieran del corte

publicitario—. La escalera. La puerta E. El silencio de dieciocho años. Todo.

—Te van a destruir.

—Lo sé.

—¿Por qué lo haces?

Samuel la miró.

—Porque llevo tres meses diciendo que la verdad no es una historia sino muchas. Y si no cuento esta parte, entonces todo lo que he escrito es mentira. —Pausa—. Y prefiero ser destruido por la verdad que protegido por la mentira.

El reloj digital: 5:00\... 4:59\... 4:58\...

Julia puso la mano en el brazo de Samuel.

—Sea lo que sea lo que pase después, yo sigo aquí.

Samuel asintió.

—Gracias.

El reloj digital: 3:00\... 2:59\... 2:58\...

Desde el plató, la voz del realizador por los altavoces:

—Samuel Sáez al plató. Treinta segundos.

Samuel empezó a caminar hacia el plató.

Julia se quedó en el pasillo, mirando el reloj digital contar hacia abajo.

1:00\... 0:59\... 0:58\...

Samuel llegó al plató.

Se sentó en la silla.

Los focos se encendieron con la misma violencia de antes, ochocientos lux quemando, borrando todas las sombras.

El reloj digital en la pared del pasillo: 0:05\... 0:04\... 0:03\...

Samuel miró a Alicia.

Alicia lo miró.

Y en ese intercambio de tres segundos, algo pasó que ni el público ni las cámaras captaron pero que Julia vio desde el pasillo a través de la ventana pequeña: el reconocimiento de dos personas que han decidido hacer lo más difícil que pueden hacer, que es decir la verdad aunque la verdad los destruya.

0:00.

Luz roja.

Alicia habló:

—Estamos de vuelta. Y Samuel estaba a punto de contarnos algo importante. Algo sobre la casa. —Pausa—. Samuel, tienes la palabra.

Samuel miró el cuaderno en su regazo.

Luego lo cerró.

No lo necesitaba. El dibujo de la escalera estaba en su cabeza. Los escalones sueltos. La piedra del descanso. El niño rubio corriendo.

Todo estaba en su cabeza y había estado ahí durante catorce años esperando el momento en que pudiera salir.

Ese momento era ahora.

Samuel miró directamente a la cámara.

Y dijo, con la voz que había usado en el juzgado de Burgos y en todas las sesiones de terapia y en todas las entradas del Substack, la voz de alguien que ha decidido que la honestidad es más importante que la protección:

—La casa no era protección. Era una tumba. Y durante dieciocho años, yo ayudé a guardar uno de los cuerpos.

La pantalla cortó a negro.

No por decisión del realizador.

Por fallo técnico.

O por algo más.

El contador de audiencia congeló en: 8.7M espectadores.

CAPÍTULO 23
LA VERDAD EN DIRECTO

Lunes, 18 de febrero de 2025 / Estudio B, Cadena Nacional Madrid / 21.01 horas

La pantalla estuvo negra durante noventa segundos exactos.

Alicia los contó.

No porque quisiera contarlos. Porque no había nada más que hacer mientras el equipo técnico en la cabina de realización intentaba descifrar qué había causado el corte y mientras el público de doscientas personas empezaba a murmurar con esa energía nerviosa que produce el fallo técnico en directo, cuando las reglas del espectáculo se suspenden y todo el mundo recuerda de golpe que esto no es magia sino cables y electricidad y cosas que pueden romperse.

Samuel seguía sentado en la silla, con el cuaderno cerrado en el regazo y la expresión de alguien que acaba de decir algo que no puede retirar y que está esperando a ver qué pasa con las palabras que acaba de soltar.

Alicia tenía el auricular puesto. La voz del realizador llegaba entrecortada por la interferencia:

—\...sabotaje eléctrico\... alguien cortó\... recuperando en treinta segundos\...

Y debajo de esa voz, otra. Más aguda. Más urgente.

Patricia, desde la cabina de control, gritando:

—¡CANCELAR B! ¡CANCELAR VERSIÓN B AHORA!

Alicia se quitó el auricular.

Lo dejó en la mesita entre ella y Samuel.

El realizador seguía hablando pero Alicia ya no escuchaba.

En la pantalla de control frente al plató, el contador de audiencia había subido durante los noventa segundos de pantalla negra.

8.7M → 9.2M espectadores.

Nueve millones doscientas mil personas esperando a ver qué pasaba cuando las luces volvieran.

Las luces volvieron a las 21:03.

21.03 horas

Los focos se encendieron de golpe otra vez, con la misma violencia de antes, y Samuel parpadeó dos veces antes de que sus ojos se ajustaran.

Alicia no parpadeó. Había aprendido hace años a no parpadear bajo los focos del estudio porque parpadear en cámara es un segundo de debilidad y un segundo es suficiente para que la audiencia decida que no eres de confianza.

Miró directamente a la cámara principal.

—Estamos de vuelta —dijo, con la voz que había usado en cuarenta y ocho programas anteriores pero con algo nuevo debajo, algo que era o desesperación o determinación o las dos cosas fundidas—. Disculpen el corte técnico. Samuel, continúa.

Samuel miró a Alicia.

Luego miró a la cámara.

Abrió el cuaderno otra vez.

No al dibujo de la escalera. A la página siguiente. Donde había escrito con la letra pequeña y vertical que el Padre le había enseñado:

Niño rubio. 4 años. Alemán. Octubre 2005. Escalera. Mi culpa.

Y debajo de esas palabras, repetidas tres veces como si repetirlas las hiciera más verdaderas:

Yo lo hice. Yo lo hice. Yo lo hice.

Samuel empezó a hablar.

No con la voz clínica que había usado hasta ahora. Con otra voz. Más joven. La voz de seis años superponiéndose a la de veinticuatro.

—Tenía seis años —dijo—. Y había otro niño en la casa. No Jana. Antes de Jana. Un niño rubio. Muy rubio. Con el pelo rizado. Cuatro años. —Pausa—. Hablaba alemán. El Padre lo llamaba der Kleine. El pequeño. Yo\... yo no quería que estuviera ahí.

El público de doscientas personas se quedó quieto.

En Twitter, el hashtag #SamuelCulpable que había empezado a subir durante el corte publicitario explotó. Mil tuits por minuto. Dos

mil. Tres mil.

Samuel siguió:

—El Padre me castigó una noche porque el niño lloraba y yo no lo había consolado. Tres horas bajo las luces-castigo. Y yo\... yo pensé que si el niño se hacía daño, el Padre lo mandaría de vuelta. Pensé que volvería a ser el único. —Su voz se quebró por primera vez en veinticuatro años de vida, o al menos en los últimos tres meses que Alicia lo había conocido—. Así que le dije que jugáramos. Que corriéramos por la escalera. Y yo sabía. Yo sabía que los escalones estaban sueltos.

El silencio en el estudio era el silencio de las cosas que no se pueden desescuchar.

—Cayó —dijo Samuel—. El tercer escalón cedió. Y la cabeza contra la piedra del descanso. Y yo lo arrastré. Lo arrastré hasta la puerta E. Y lo dejé ahí. —Pausa—. Y cuando el Padre volvió dos días después, le dije que el niño se había caído y que yo no había podido ayudarlo. Y el Padre\... el Padre cerró la puerta. Y nunca hablamos de él otra vez.

El cuaderno se le cayó de las manos.

No porque lo soltara intencionalmente. Porque las manos habían empezado a temblar y el cuaderno resbaló y cayó al suelo del plató con el sonido de papel contra madera que las cámaras captaron y amplificaron.

Samuel miró el cuaderno en el suelo.

No se agachó a recogerlo.

Miró a Alicia.

—Eso es lo que hice —dijo—. Con seis años. En una casa donde la única manera de conseguir atención era eliminando la competencia. —Pausa—. Y llevo catorce años sin recordarlo. O recordándolo pero sin poder admitir que lo recordaba.

Y entonces Samuel hizo algo que ninguna cámara había captado en tres meses de cobertura del caso.

Lloró.

No mucho. No como Marta con la lágrima calculada en la mejilla izquierda. Diferente. Más roto. La clase de llanto que viene de un

lugar que no tiene modales sociales y que no sabe cómo presentarse en público sin destruir algo en el camino.

La cámara hizo el close-up. Tres segundos que se convirtieron en cinco. La lágrima bajando por la mejilla de Samuel, solo la luz natural de alguien que no había dormido bien en tres meses.

El contador de audiencia: 10.1M espectadores.

Diez millones cien mil personas viendo a Samuel llorar en directo.

21.15 horas

Marta se levantó de la silla donde había estado sentada en las gradas del público durante los últimos doce minutos.

No de manera elegante. Se levantó con la torpeza de alguien que ha tomado una decisión súbita y cuyo cuerpo no ha tenido tiempo de coordinar el movimiento con la decisión.

Gritó:

—¡MENTIRAS!

El público se giró.

Las cámaras se giraron.

Alicia se giró.

Marta caminó hacia el plató desde las gradas, pasando entre las filas de personas que se apartaban para dejarla pasar, con el abrigo negro ondeando detrás de ella como una capa.

—¡Todo lo que ha dicho son MENTIRAS! —Marta llegó al borde del plató. Los focos la iluminaron desde un ángulo nuevo, desde abajo, que le daba a su cara una cualidad espectral—. ¡Yo soy la víctima! ¡YO! ¡Veinte años buscando! ¡Veinte años sin dormir! ¡Y ahora este\... este\...!

Se detuvo.

Las uñas rojas, que habían estado arañando la libreta durante toda la emisión, ahora apretaban la libreta con tanta fuerza que el papel se rompió. El sonido fue audible en los micrófonos del plató: papel rasgándose, pequeño pero definitivo.

El maquillaje de Marta había corrido completamente. No por las lágrimas calculadas de antes. Por sudor. Por el calor de los focos. Por tres horas de estar bajo ochocientos lux con el peso de veinte años y con el acuerdo con los abogados que le prohibía mencionar 2005 pero que ahora, en este momento, parecía menos importante que el

hecho de que Samuel acababa de confesar en directo algo que convertía la narrativa de los últimos tres meses en algo mucho más complicado.

—¡Él mató a un niño! —gritó Marta, señalando a Samuel—. ¡Con seis años! ¡Y ahora viene aquí a hacerse la víctima cuando la víctima soy YO!

Samuel la miraba sin moverse de la silla.

Alicia se levantó.

—Marta, por favor, vuelve a tu sitio.

—¡NO! —Marta se giró hacia Alicia—. ¡Tú también! ¡Tú construiste toda tu carrera sobre este caso! ¡Sobre MI dolor! ¡Y ahora resulta que cerraste una línea de investigación en 2005 que podría haberlo resuelto! ¡Todos sois cómplices! ¡TODOS!

El público de doscientas personas había dejado de ser público y se había convertido en testigos de algo que no era programa televisivo sino implosión en directo.

En Twitter, los hashtags se multiplicaron:

#SamuelCulpable: 1.2M tuits

#MartaHistérica: 800K tuits

#AliciaCómplice: 650K tuits

Patricia, desde la cabina de control, gritaba por los auriculares que Alicia había dejado en la mesita pero que el realizador había olvidado silenciar:

—¡CORTAR! ¡CORTAR EMISIÓN AHORA!

Pero nadie cortó.

Porque el realizador estaba viendo los números de audiencia subir y subir y subir, y porque en televisión los números son lo único que importa cuando todo lo demás se ha derrumbado.

21.25 horas

Alicia tomó la decisión en el segundo exacto en que Marta terminó de gritar.

No fue una decisión reflexiva. Fue instintiva. La decisión de alguien que ha pasado veinte años construyendo una carrera sobre la narrativa controlada de un caso y que ahora, en el momento en que esa narrativa se está destruyendo en directo frente a diez

millones de personas, decide que la única manera de salir de esto con alguna clase de integridad intacta es destruir el resto también.

Habló directamente a la cámara, sin mirar a Patricia en la cabina de control, sin mirar al realizador, sin mirar a nadie excepto a los diez millones de personas al otro lado de las pantallas:

—Vamos a mostrarles algo que no estaba programado —dijo Alicia—. Algo que mucha gente no quiere que vean. Pero que necesitan ver para entender la historia completa.

En la pantalla principal detrás de ella, las imágenes cambiaron.

No a las imágenes de esperanza de la Versión A.

A las imágenes de la Versión B.

Los nueve esqueletos detrás de la puerta E. El close-up del cráneo de Iulia con la fractura visible. Los cinco esqueletos de la finca de 1998, dispuestos uno junto al otro con la misma precisión con la que Ruiz había documentado todo. Las fotografías polaroid de los niños antes de morir. El documento firmado por Marta en la notaría: Renuncia voluntaria de custodia sobre el menor Lucas Sáez.

Y luego, la grabación.

La que Alicia había recibido por correo electrónico la noche anterior.

La sala de coordinación. Enero de 2005. Alicia con treinta y dos años diciendo:

—No vale la pena. Testimonios anónimos sin corroboración no resisten en juicio. Gastar recursos en eso cuando tenemos otras líneas más sólidas es ineficiente.

La grabación duró treinta segundos.

Fue suficiente.

En Twitter, el hashtag #AliciaCómplice explotó. De 650K tuits a 800K en dos minutos.

Alicia no miró Twitter.

Miró a la cámara.

—Esa era yo —dijo—. En 2005. Recomendando cerrar la línea de investigación que habría llevado al descubrimiento de la casa del valle. —Pausa—. No lo hice con mala intención. Lo hice porque técnicamente era la recomendación correcta. Pero técnicamente correcto no es lo mismo que moralmente correcto. Y si esa línea no

se hubiera cerrado, Samuel y Jana habrían sido rescatados veinte años antes.

El silencio en el estudio era absoluto.

—Así que sí —continuó Alicia—. Soy cómplice. No de manera criminal. Pero sí de manera moral. Y eso es algo con lo que voy a tener que vivir el resto de mi vida.

El contador de audiencia: 11.3M espectadores.

21.45 horas

El teléfono de Patricia sonó en la cabina de control.

No su móvil personal. El teléfono fijo de la cadena. El que solo sonaba cuando llamaba alguien con suficiente autoridad para que el número estuviera en la lista de emergencias.

Patricia contestó.

La voz al otro lado era la del Ministro del Interior.

No su secretario. Él mismo.

—Señora Leal. Le ordeno que corte la emisión inmediatamente.

—Ministro, estamos en directo. Once millones de personas están viendo—

—Me da igual cuántas personas estén viendo. Esta emisión está comprometiendo una investigación en curso y está exponiendo información clasificada. CORTE. LA. EMISIÓN.

Patricia miró las pantallas.

Once millones trescientas mil personas.

Récord histórico de la cadena.

Récord histórico de cualquier programa en horario de máxima audiencia en España en los últimos cinco años.

—Con el debido respeto, Ministro, no puedo—

—Si no corta en treinta segundos, intervenimos la señal desde aquí.

La línea se cortó.

Patricia miró al realizador.

—¿Pueden intervenir la señal?

—Técnicamente sí. Pero tardarían al menos cinco minutos en coordinar con el centro de emisión.

—Entonces tenemos cinco minutos.

Abajo, en el plató, el caos había alcanzado un nivel que ningún protocolo de producción había previsto.

Los micrófonos de ambiente captaron un feedback agudo cuando alguien en el público levantó su teléfono móvil demasiado cerca de uno de los micrófonos colgantes. El chillido llenó el estudio durante tres segundos antes de que el técnico de sonido lo cortara, pero tres segundos fueron suficientes para que la mitad del público se tapara los oídos y para que Marta, que todavía estaba de pie en el borde del plató, se girara hacia las cámaras con una expresión que era o terror o furia o las dos cosas.

Los teléfonos del público vibraban en las mesas donde los habían dejado. Todos al mismo tiempo. Notificaciones de Twitter. Mensajes de amigos preguntando ¿estás viendo esto? Llamadas perdidas.

Los focos parpadearon.

No por fallo técnico esta vez. Por interferencia eléctrica. Demasiados dispositivos encendidos en el mismo espacio. Demasiada energía concentrada.

Samuel seguía sentado en la silla, con el cuaderno en el suelo a sus pies, mirando a Marta con la expresión de alguien que acaba de ver algo que llevaba veinte años sin poder ver y que ahora que lo ve no sabe si lo que está viendo es real o es el fantasma de lo real.

Alicia se quitó la chaqueta roja.

La dejó en el respaldo de su silla.

Debajo llevaba una blusa blanca que ahora, después de dos horas bajo los focos, estaba empapada de sudor en las axilas y en la espalda, visible en las cámaras que hicieron el plano general del plató.

Habló sin micrófono, con la voz natural que las cámaras de ambiente captaron:

—Esto es lo que pasa cuando intentas contar la verdad completa en un sistema que solo quiere la verdad parcial.

En Twitter, el hashtag #CasaDelPadre llegó a dos millones cien mil tuits.

Primero en España.

Luego en Europa.

Luego trending topic número uno mundial.

22.30 horas

Las luces del estudio se apagaron a las diez y treinta de la noche.

No por orden del Ministro. Por decisión de Patricia, que después de veinticinco minutos de negociación con tres niveles diferentes de la cadena y del gobierno había llegado a la conclusión de que la única manera de terminar esto sin que terminara peor era terminar.

Los focos se apagaron.

Las cámaras siguieron grabando en la oscuridad, con visión nocturna, captando las siluetas del público levantándose, de Marta sentándose finalmente en el suelo del plató con la cabeza entre las manos, de Samuel todavía en la silla mirando el cuaderno que alguien había pisado y que ahora tenía la huella de una zapatilla en la portada.

Alicia estaba de pie en el centro del plató.

En la oscuridad.

Con el micrófono de solapa todavía encendido aunque no había luces.

Habló:

—La verdad no es una historia —dijo, repitiendo las palabras que Samuel había escrito en el Substack—. Son muchas. Y todas son correctas aunque se contradigan. Y la única manera de vivir con eso es dejar de buscar la versión definitiva y empezar a aceptar que cada versión es un fragmento de algo más grande que ninguno de nosotros va a ver completo nunca.

Pausa.

El silencio en el estudio era el silencio de doscientas personas conteniendo la respiración en la oscuridad.

—Esto ha sido La Casa del Padre: La Verdad Completa. —Alicia lo dijo con la voz que había usado al principio del programa, la voz profesional, aunque ahora tenía grietas—. Gracias por estar con nosotros esta noche. Mañana\... mañana continuamos.

Las cámaras se apagaron.

La pantalla en los televisores de once millones cuatrocientas mil hogares se puso negra.

El contador de audiencia congeló en: 12.4M espectadores.

Récord histórico.

No solo de la cadena.

No solo de España.

De cualquier programa de no-ficción en directo en lengua española en la historia de la televisión.

Patricia, en la cabina de control, miró los números durante un momento sin decir nada.

Luego dijo, a nadie en particular:

—Alicia Varela acaba de destruir su carrera y de hacernos los mejores números de la historia en la misma noche.

El realizador no contestó.

No había nada que contestar.

Abajo, en el plató, Samuel se levantó de la silla.

Recogió el cuaderno del suelo.

La huella de zapatilla estaba en la portada, sobre el dibujo de la escalera que ahora estaba parcialmente borrado.

Julia apareció desde el pasillo de bambalinas.

—¿Estás bien? —dijo.

—No —dijo Samuel—. Pero lo hice.

—Lo hiciste.

Los dos salieron del plató, pasando junto a Marta que seguía sentada en el suelo con la cabeza entre las manos, pasando junto a Alicia que estaba de pie en el centro del espacio vacío donde hacía treinta segundos había doce millones de personas mirando y que ahora era solo ella y la oscuridad y el peso de lo que acababa de hacer.

Garrido apareció en la entrada del plató.

Se acercó a Alicia.

—¿Sabías que iban a cortar las luces? —dijo.

—No —dijo Alicia—. Pero si no las hubieran cortado, habría seguido hasta destruir todo lo que quedaba.

—¿Y ahora?

Alicia miró el espacio vacío del plató.

—Ahora ya no hay nada que destruir. Así que supongo que empezamos a construir algo nuevo.

Garrido no dijo nada.

Los dos se quedaron en el plató oscuro durante un momento.

Luego Garrido dijo:

—¿Qué dijiste al final? ¿Mañana continuamos?

—Sí.

—¿Hay algo más que contar?

Alicia lo miró.

—Siempre hay algo más que contar. La pregunta es si alguien quiere seguir escuchando.

Garrido asintió.

Los dos salieron del plató.

Detrás de ellos, en la oscuridad, el cuaderno de Samuel que había quedado olvidado en la silla, abierto en la página donde había escrito:

Yo lo hice. Yo lo hice. Yo lo hice.

Las tres líneas visibles en la oscuridad, aunque no había nadie para verlas.

CAPÍTULO 24
EL DÍA DESPUÉS

Martes, 19 de febrero de 2025 / Hotel Castilla, Valdecinos / 08.00 horas

El teléfono de Samuel vibró cuarenta y tres veces en los primeros diez minutos después de que se despertara.

No lo contó intencionalmente. Pero cuando tienes un teléfono en la mesita de noche y cada vibración produce un sonido específico contra la madera y llevas toda la vida aprendiendo a contar cosas porque contar era la única manera de organizar el tiempo en un espacio donde el tiempo no tenía marcadores externos, cuentas.

Cuarenta y tres notificaciones.

Samuel no miró ninguna.

Se quedó en la cama del hotel mirando el techo, que era diferente al techo de su habitación en el hospital pero que tenía el mismo tipo de textura acústica, esas placas de espuma blanca con pequeños agujeros que absorben el sonido y que hacen que las habitaciones de hotel y las habitaciones de hospital sean silenciosas de una manera que es antinatural.

Julia estaba dormida en la otra cama. Habían reservado habitación doble porque después del directo de anoche ninguno de los dos había querido estar solo, pero tampoco habían querido compartir cama porque hay límites en la cercanía que incluso las crisis no eliminan.

El teléfono vibró otra vez.

Cuarenta y cuatro.

Samuel lo cogió.

Abrió Twitter.

El hashtag #CasaDelPadre estaba en la parte superior de la pantalla con un número al lado que Samuel tuvo que leer dos veces para asegurarse de que no era un error: 5.2M tuits.

Cinco millones doscientos mil tuits en dieciséis horas.

Bajó el scroll.

Los primeros diez tuits que vio eran todos diferentes pero todos decían básicamente lo mismo en variaciones de las mismas palabras:

«Samuel confesó que mató a un niño con 10 años y ahora quiere que lo veamos como víctima. NO. #SamuelCulpable»

«Samuel era un NIÑO manipulado por un psicópata. Tenía 10 años. Si no entiendes trauma infantil, cállate. #SamuelVíctima»

«Lo que hizo Samuel es imperdonable. Punto. #SamuelCulpable»

«Ruiz creó las condiciones. Samuel sobrevivió como pudo. Contexto importa. #SamuelVíctima»

Los hashtags se alternaban. #SamuelCulpable. #SamuelVíctima. Uno tras otro. Como dos ejércitos lanzándose piedras a través de un campo de batalla que era su vida pero que para ellos era solo contenido.

Samuel cerró Twitter.

Abrió el Substack.

El contador de visitas en la entrada de ayer —la que había escrito antes del directo, la que explicaba por qué iba a confesar— había llegado a dos millones ciento treinta mil visitas.

Los comentarios: cuatro mil setecientos.

Samuel no los leyó.

Cerró el portátil.

Se quedó sentado en el borde de la cama mirando la ventana que daba al aparcamiento del hotel, donde ya había tres furgonetas con antenas parabólicas en el techo y periodistas bebiendo café de vasos de cartón mientras esperaban a que alguien saliera.

Julia se despertó.

—¿Qué hora es? —dijo.

—Ocho y cuarto.

—¿Has dormido?

—Tres horas. Tú?

—Dos.

Julia se incorporó. Miró su propio teléfono en la mesita. La pantalla mostraba cincuenta y siete notificaciones.

—No los mires —dijo Samuel.

—Ya los miré —dijo Julia—. A las seis de la mañana. Antes de volver a dormirme.

—¿Y?

—Y el país está dividido exactamente por la mitad sobre si eres un monstruo o una víctima. —Pausa—. No hay término medio. O eres completamente culpable o completamente inocente. Nadie parece entender que puedes ser las dos cosas.

Samuel asintió.

—Gillian Flynn lo entendería —dijo.

Julia lo miró.

—¿Quién?

—Una escritora. Americana. Escribió sobre esto. Sobre cómo las personas no son blanco o negro. Sobre cómo todo es gris. —Pausa —. El Padre tenía uno de sus libros en la estantería. Objetos cortantes. Lo leí cuando tenía dieciséis años.

—¿El Padre tenía libros de Gillian Flynn?

—Tenía muchos libros. Algunos eran sobre psicología. Otros eran sobre cómo entender que la gente es complicada. —Samuel miró la ventana—. Creo que los leía para entenderse a sí mismo. Para encontrar una narrativa donde lo que hizo tuviera sentido.

Julia no dijo nada durante un momento.

Luego:

—¿Y lo tiene? ¿Tiene sentido?

—No —dijo Samuel—. Pero tampoco es solo blanco o negro. Y eso es lo que la gente no quiere escuchar.

Martes, 19 de febrero de 2025 / Ministerio del Interior, Madrid / 10.00 horas

El anuncio llegó en forma de nota de prensa.

No una rueda de prensa con periodistas y preguntas. Una nota escrita, distribuida a todos los medios nacionales a las diez en punto de la mañana, firmada por el Ministro del Interior pero redactada por alguien del departamento de comunicación que sabía exactamente qué palabras usar para que sonara como acción decisiva sin comprometerse a nada específico.

El texto completo:

«El Ministerio del Interior anuncia la creación de una Comisión de Revisión de Casos de Menores Desaparecidos para el período 2000-2005. La comisión estará compuesta por expertos independientes y revisará un total de 47 casos que, según análisis preliminar, presentan similitudes con el caso conocido como \'La Casa del Padre.\'

El objetivo de la comisión es identificar posibles fallos en los protocolos de investigación de la época y establecer mejoras en los procedimientos actuales para evitar que situaciones similares puedan repetirse.

La comisión presentará sus conclusiones en un plazo de seis meses. Se priorizarán los casos con mayor probabilidad de resolución.

El Ministerio reitera su compromiso con las familias de menores desaparecidos y con la mejora continua de nuestros sistemas de protección infantil.»

Garrido lo leyó en su móvil a las diez y dos.

Estaba en su piso de Madrid, con la carpeta de notas viejas abierta en la mesa del comedor, comparando la lista de casos que él mismo había identificado como potencialmente relacionados con Ruiz durante los últimos tres meses con la lista oficial de cuarenta y siete casos que el Ministerio acababa de anunciar.

Veintinueve coincidían.

dieciocho no.

Lo que significaba que o Garrido había identificado casos que no eran relevantes, o el Ministerio había omitido casos que sí lo eran.

Probablemente las dos cosas.

Llamó al inspector Sáez.

—¿Has visto el anuncio?

—Sí.

—¿Cuarenta y siete casos?

—Eso dice.

—Yo tengo setenta y dos en mi lista —dijo Garrido—. Casos donde las circunstancias son suficientemente similares para merecer revisión.

—Lo sé. Vi tu lista. —Pausa—. El Ministerio eligió los cuarenta y siete que tienen mayor probabilidad de resolución rápida. Los que tienen pruebas físicas. Los que tienen testigos vivos. Los que pueden cerrarse en seis meses.

—¿Y los otros veinticinco?

—Los otros veinticinco son casos donde la probabilidad de resolución es baja o donde la resolución implica admitir errores estructurales que el Ministerio no está dispuesto a admitir. —Pausa —. Bienvenido a la política de la justicia, Garrido.

Garrido colgó.

Miró la lista de setenta y dos casos.

Luego miró la carpeta de notas viejas que había cargado durante veinte años.

Pensó en Aurelio Vega, el testigo de 2005 que había visto a Ruiz cruzar el río con dos niños y que nadie había escuchado hasta que fue demasiado tarde y hasta que Ruiz lo mató por saber demasiado.

Pensó en cuántos otros Aurelios había en esos setenta y dos casos. Cuántos testigos ignorados. Cuántas líneas de investigación cerradas por «falta de recursos» o por «priorización estratégica» o por cualquiera de los eufemismos que el sistema usa cuando decide que algunas víctimas importan menos que otras.

Abrió el portátil.

Escribió un correo a todos los medios que tenía en su lista de contactos.

El asunto: Casos omitidos de la Comisión del Ministerio.

El cuerpo del correo contenía la lista completa de setenta y dos casos, con una breve descripción de cada uno y con las razones por las que Garrido consideraba que merecían revisión.

Adjuntó su carpeta de notas. Completa. Ochenta y tres páginas.

Envió el correo.

Cerró el portátil.

No sabía si algún medio lo publicaría.

Pero sabía que si no lo intentaba, esos veinticinco casos seguirían siendo los que el sistema había decidido que podían esperar seis meses más. O seis años. O para siempre.

Martes, 19 de febrero de 2025 / Apartamento de Alicia Varela, Madrid / 13.00 horas

La suspensión llegó por correo electrónico.

No una llamada. No una reunión. Un correo del director de programas de la cadena con el asunto: Decisión sobre tu continuidad.

Alicia lo abrió a las trece horas, después de pasar cinco horas respondiendo correos de periodistas, de colegas criminólogos, de familias de menores desaparecidos que le escribían para decirle que era una traidora o para decirle que era valiente, sin término medio, sin nadie que dijera que era las dos cosas porque eso habría requerido matiz y el matiz no existía en el día después de una implosión en directo de doce millones de personas.

El correo decía:

«Alicia,

Después de revisar los acontecimientos de la emisión de ayer y consultando con el equipo directivo y con el departamento legal, hemos tomado la decisión de suspender temporalmente tu participación en todos los programas de la cadena.

Esta decisión no es un juicio sobre tu trabajo durante los últimos veinte años, que ha sido ejemplar. Es una respuesta a las circunstancias excepcionales que surgieron durante la emisión y que requieren un período de reflexión tanto por tu parte como por la nuestra.

La suspensión será efectiva inmediatamente y se revisará en treinta días.

Gracias por tu comprensión.»

Alicia leyó el correo dos veces.

Luego lo cerró.

Abrió Twitter.

Escribió:

«La cadena me ha suspendido. Lo entiendo. Lo que dije anoche sobre 2005 es verdad: recomendé cerrar una línea de investigación que habría rescatado a Samuel y Jana 19 años antes. Técnicamente correcto. Moralmente culpable. No me arrepiento de haberlo dicho. Sí me arrepiento de haberlo hecho.»

Publicó el tuit.

Cerró Twitter sin mirar las respuestas.

Se quedó sentada en el apartamento con la chaqueta roja rasgada todavía colgada en el respaldo de la silla del comedor, sin lavar, con las manchas de sudor de anoche visibles en las axilas.

El teléfono sonó.

No lo contestó.

Sonó cuatro veces más en los siguientes diez minutos.

A la quinta, lo apagó.

Se levantó.

Fue hasta la ventana que daba a la calle Velázquez.

Había periodistas abajo. Tres. Con cámaras. Esperando a que saliera.

No iba a salir.

No hoy.

Tal vez no mañana.

Pero eventualmente saldría. Porque eventualmente todos salen. Y cuando saliera, tendría que decidir qué hacer con los veinte años que había construido sobre este caso y que ahora se habían derrumbado en noventa minutos de televisión en directo.

No sabía qué haría.

Pero sabía que fuera lo que fuera, sería diferente.

El tuit que había publicado llegó a un millón setecientos mil retuits en tres horas.

Alicia no lo supo hasta dos días después, cuando finalmente volvió a encender el teléfono.

Martes, 19 de febrero de 2025 / Sede del Ministerio del Interior, Madrid / 16.00 horas

La ceremonia de entrega de la medalla fue breve.

Más breve de lo que estas ceremonias suelen ser, porque el Ministerio había decidido que en el contexto actual —con #CasaDelPadre todavía trending y con la comisión de revisión acabando de anunciarse— una ceremonia larga con discursos y con prensa sería contraproducente.

Así que fue solo el Ministro, Garrido, y tres funcionarios del departamento en una sala sin periodistas, con una medalla de

bronce en un estuche de terciopelo azul que el Ministro le entregó con un apretón de manos y con palabras que Garrido escuchó pero no procesó porque estaba pensando en otras cosas.

—Inspector Garrido, en reconocimiento a su perseverancia durante veinte años en la investigación del caso conocido como La Casa del Padre, y por su contribución decisiva a la resolución del mismo, el Ministerio del Interior le otorga la Medalla al Mérito Policial.

Garrido aceptó la medalla.

No dijo nada durante la ceremonia.

Después, cuando el Ministro le ofreció hacer una declaración para el comunicado de prensa interno, Garrido dijo:

—El reconocimiento llega tarde. Los niños no vuelven. Las vidas no se reconstruyen. —Pausa—. Pero es mejor tarde que nunca, supongo.

El Ministro no incluyó esa cita en el comunicado.

Garrido salió del Ministerio con la medalla en el bolsillo del abrigo y con la sensación de que había pasado veinte años subiendo una montaña para descubrir que en la cima no había nada excepto la vista de todas las otras montañas que todavía faltaban por subir.

En el taxi de vuelta a su piso, el conductor lo reconoció.

—Usted es el inspector del caso ese, ¿no? El de la tele de anoche.

—Sí.

—Joder. Qué fuerte. —Pausa—. ¿Es verdad que el chaval mató a otro niño?

—Es verdad que un niño de seis años en una situación imposible hizo algo que resultó en la muerte de otro niño. —Garrido miró por la ventanilla—. La diferencia entre esas dos frases es importante.

El conductor no dijo nada más durante el resto del trayecto.

Garrido le dio propina.

Martes, 19 de febrero de 2025 / Hotel Castilla, Valdecinos / 18.30 horas

Samuel y Julia salieron del hotel cuando el sol empezaba a ponerse.

No por la puerta principal. Por la salida de emergencias del sótano que daba a un callejón lateral donde los periodistas no habían pensado en esperar porque nadie había pensado que Samuel conociera el hotel lo suficientemente bien para saber que había salida de emergencias.

Pero Samuel conocía todos los edificios mejor que la mayoría de la gente. Cuando pasas veinte años en un espacio de trescientos metros cuadrados, aprendes que todos los espacios tienen geometrías ocultas. Y cuando sales de ese espacio, sigues buscando las geometrías ocultas en todos los demás espacios porque es la única manera de sentir que tienes control.

Caminaron por el callejón hasta llegar a la plaza del pueblo.

La plaza estaba vacía. Era febrero. Era martes. No había turistas. Solo dos ancianos en un banco y un perro sin correa que olfateaba la base de una farola.

Se sentaron en otro banco, el que estaba más lejos de la farola.

Julia sacó dos bocadillos de la mochila que había comprado en la cafetería del hotel cuando Samuel estaba en la ducha.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —dijo.

—Ayer. Antes del directo.

—Veinticuatro horas. Come.

Samuel comió. No porque tuviera hambre. Porque Julia se lo había pedido y porque decir que no habría requerido más energía de la que tenía disponible.

Comieron en silencio durante cinco minutos.

Luego Julia dijo:

—¿Y ahora qué?

Samuel tardó en contestar.

—No lo sé.

—¿Vas a seguir escribiendo en el Substack?

—No lo sé.

—¿Vas a volver a Madrid?

—No lo sé.

Julia lo miró.

—Tienes que saber algo. No puedes quedarte en no lo sé para siempre.

Samuel la miró.

—¿Por qué no?

—Porque no lo sé es donde te quedas cuando estás congelado. Y tú no estás congelado. Estás aquí. Estás comiendo un bocadillo. Estás respirando. —Pausa—. Estás vivo.

Samuel miró el bocadillo que tenía en las manos.

—No me siento vivo —dijo—. Me siento como alguien que está haciendo las acciones de estar vivo sin entender qué significan las acciones.

—Eso es normal —dijo Julia—. Después de lo que pasó anoche. Después de lo que confesaste. Después de que doce millones de personas te vieran llorar en directo.

Samuel asintió.

—¿Tú qué vas a hacer? —dijo.

—Yo voy a seguir estudiando Psicología. Voy a seguir viviendo con Alicia y Carmen. Voy a seguir siendo Julia Varela en lugar de Julia Sáez. —Pausa—. Y voy a seguir siendo tu hermana. No porque lo diga el ADN. Porque lo decidí.

Samuel la miró.

—¿Por qué decidiste eso?

—Porque las familias que eliges son más reales que las que te dan. —Julia terminó el bocadillo—. Y yo te elegí. Aunque seas complicado. Aunque hayas matado a un niño con seis años. Aunque la mitad del país piense que eres un monstruo.

—¿Y tú qué piensas?

Julia tardó.

—Pienso que eres alguien que sobrevivió a algo que la mayoría de la gente no habría sobrevivido. Y que sobrevivir no es bonito. Y que a veces sobrevivir significa hacer cosas que no puedes perdonarte. —Pausa—. Pero que seguir vivo después de eso es lo más valiente que existe.

Samuel no dijo nada.

Los dos se quedaron sentados en el banco mirando la plaza vacía con el sol poniéndose detrás de los edificios de tres plantas que rodeaban la plaza y con el perro sin correa que había terminado de

olfatear la farola y que ahora se alejaba hacia algún otro lugar que solo él conocía.

—¿Y ahora qué? —volvió a preguntar Julia.

Samuel miró el cielo que empezaba a oscurecer.

—Ahora vivo —dijo—. No sé cómo. Pero vivo.

Julia asintió.

—Es suficiente.

Los dos se levantaron del banco.

Caminaron de vuelta al hotel por el callejón lateral, pasando junto a los periodistas que todavía esperaban en la entrada principal sin saber que su objetivo había estado en la plaza durante media hora comiendo bocadillos y decidiendo que vivir era suficiente.

Cuando entraron en la habitación del hotel, el teléfono de Samuel tenía doscientas treinta y siete notificaciones nuevas.

Lo apagó.

Lo puso en el cajón de la mesita de noche.

Cerró el cajón.

Mañana sería otro día. Mañana habría más tuits. Más opiniones. Más gente dividida entre #SamuelCulpable y #SamuelVíctima.

Pero mañana era mañana.

Hoy, Samuel había comido un bocadillo. Había caminado por una plaza. Había decidido seguir vivo.

Era suficiente.

Jueves, 21 de febrero de 2025 / Hospital Gregorio Marañón, Madrid / 16.45 horas

Marta estaba despierta cuando Samuel entró.

No había esperado que estuviera despierta. El parte médico que había leído en recepción decía sedación ligera, pero Marta tenía los ojos abiertos y miraba el techo con la expresión de alguien que ha estado mirando el mismo punto durante horas sin encontrar lo que busca.

Samuel se quedó en la puerta durante un momento.

Marta giró la cabeza.

—No pensé que vendrías —dijo. La voz era ronca, probablemente por el tubo que le habían puesto para el lavado gástrico.

—Yo tampoco —dijo Samuel.

—¿Por qué viniste?

Samuel entró en la habitación. Se sentó en la silla junto a la cama. No cerca. A dos metros. La distancia correcta entre dos personas que comparten biología pero no historia.

—Porque necesitaba ver si todavía te reconozco —dijo.

Marta lo miró sin decir nada.

Samuel continuó:

—Durante tres meses te he visto como la madre coraje. Luego como la madre que firmó mi custodia. Luego como la madre que implosionó en directo. —Pausa—. Pero ninguna de esas versiones es completa. Y necesitaba venir para ver si había una versión de ti que puedo entender sin odiar o sin perdonar. Algo intermedio.

Marta cerró los ojos.

—No hay nada intermedio. Soy la persona que te entregó porque creí que Ruiz te protegería mejor que yo. Y soy la persona que pasó veinte años construyendo una mentira alrededor de esa decisión. —Abrió los ojos—. Y ahora soy la persona que no pudo vivir con ninguna de las dos cosas.

Samuel miró las manos de Marta sobre las sábanas del hospital. Las uñas ya no eran rojas. El esmalte se había descascarillado. Debajo, las uñas naturales, sin color, sin adorno.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Samuel—. No el intento. La firma. En 2005.

Marta tardó en contestar.

—Porque tenía miedo —dijo finalmente—. Miedo de que el mundo te dañara. Miedo de que yo no fuera suficiente para protegerte. Miedo de que todo lo que veía cada día en mi trabajo —los niños abusados, los niños abandonados, los niños destruidos por el sistema— te pasara a ti. —Pausa—. Y Ruiz me convenció de que tenía una manera mejor. Un espacio donde crecerías sin ese daño.

—Pero ese espacio mató a nueve niños antes de que yo llegara.

—Eso no lo supe hasta hace tres meses. —Marta lo dijo con una urgencia que era o verdad o la mejor actuación que había hecho nunca—. Te juro que no lo sabía. Si lo hubiera sabido\...

Se detuvo.

Samuel esperó.

Marta no terminó la frase.

Porque ambos sabían que terminarla requería admitir algo que ninguno de los dos podía verificar: si Marta hubiera sabido, habría actuado diferente. Y sin verificación, la frase no servía para nada excepto para llenar el silencio.

Samuel se levantó.

—Voy a irme —dijo.

—¿Volverás?

Samuel miró a Marta. La mujer en la cama del hospital. Cincuenta y dos años. El pelo sin teñir mostrando las canas. El maquillaje completamente ausente. La persona debajo de la madre coraje, debajo de la mentira, debajo de todo.

—No lo sé —dijo—. Pero si vuelvo, no será porque te perdono. Será porque decidí que puedo vivir con la versión de mí que existe después de verte.

Salió de la habitación.

En el pasillo, una enfermera le preguntó si estaba bien.

Samuel dijo que sí aunque no estaba seguro de que fuera verdad.

Llamó a Julia desde el vestíbulo del hospital.

—¿Necesitas que vaya? —preguntó Julia.

—No —dijo Samuel—. Necesito caminar solo un rato.

—¿Cuánto es un rato?

—No lo sé todavía.

Colgó.

Caminó.

CAPÍTULO 25
LA PUERTA SIEMPRE ABIERTA

Viernes, 22 de febrero de 2025 / Apartamento de Alicia Varela, Madrid / 11.00 horas

La entrevista era con un podcast americano.

No uno grande. Uno mediano. Especializado en true crime con perspectiva crítica. El host se llamaba Marcus y había contactado con Alicia veinticuatro horas después del directo pidiendo una conversación sobre la ética del true crime cuando el criminal es el sistema.

Alicia había aceptado porque ya no tenía nada que perder.

La cámara del portátil la encuadraba mal. Demasiado cerca. Demasiada luz desde la ventana creando una sombra dura en un lado de su cara. Pero Alicia no ajustó nada. Ya no le importaba la imagen.

Marcus preguntó sobre la línea de investigación cerrada en 2005, sobre la ética del true crime, sobre si hay manera honesta de contar el dolor ajeno. Alicia contestó todo. Las respuestas no importan aquí. Lo que importa es que las dio.

Cuando terminó, cerró el portátil.

Se quedó sentada en el apartamento vacío.

El teléfono no sonó.

Estaba bien.

Sábado, 23 de febrero de 2025 / Casa del valle / 18.00 horas

Volvieron juntos a la casa del valle.

No habían planeado volver. Pero el viernes por la noche, Samuel había escrito en el Substack una entrada titulada La última visita, donde explicaba que necesitaba ver la puerta E una vez más antes de poder cerrar ese capítulo, y Jana había comentado en la entrada: Voy contigo.

Llegaron al valle a las seis de la tarde. El sol empezaba a ponerse. La casa estaba exactamente como la habían dejado tres meses antes: precintada, vacía, con la cinta policial ondeando en el viento de febrero.

Rompieron el precinto.

Entraron.

La casa olía a humedad y a tiempo detenido. Los dos catres seguían en la habitación de arriba. La puerta E seguía cerrada, aunque el candado había sido removido por los técnicos forenses y ahora la puerta solo estaba entornada, sostenida por las bisagras oxidadas.

Samuel y Jana se quedaron frente a la puerta durante un momento sin hablar.

Luego Jana dijo:

—¿Vas a abrirla?

—Ya la abrieron. Ya sabemos lo que había detrás.

—No te pregunto qué había. Te pregunto si la abres tú.

Samuel miró a Jana. Ella lo miraba con los ojos que eran los ojos de Samuel, la misma oscuridad, la misma capacidad de ver las cosas sin flinch.

—¿Por qué?

Jana no contestó. Extendió la mano hacia la manilla y esperó.

Samuel miró la puerta E.

Pensó en Iulia. En el niño rubio. En los nueve que no sobrevivieron para que él y Jana pudieran sobrevivir.

Pensó en que cada uno de ellos había estado detrás de esa puerta en algún momento, vivos o muertos, esperando a que alguien abriera.

Puso la mano sobre la manilla.

La giró.

La puerta se abrió con el chirrido de las bisagras que llevan décadas sin moverse.

El espacio detrás estaba vacío. Los esqueletos habían sido removidos por forenses. Las polaroids habían sido archivadas como evidencia. Solo quedaba el suelo de piedra y las paredes húmedas y el olor a tierra antigua.

Samuel entró.

Jana lo siguió.

Los dos se quedaron de pie en el espacio que había sido la puerta E, el espacio que había contenido todo lo que el Padre no quería que vieran, y que ahora no contenía nada excepto ausencia.

—¿Qué sientes? —dijo Jana.

Samuel tardó en responder.

—Siento que la puerta siempre estuvo abierta —dijo—. Que el Padre puso el candado pero que el candado era teatro. Que cualquiera de nosotros podría haberla abierto si hubiéramos decidido que queríamos saber más de lo que queríamos obedecer.

—Pero éramos niños.

—Sí. Pero ahora no. Y ahora que la puerta está abierta de verdad, puedo decidir si la cierro otra vez o si la dejo abierta. —Samuel miró a Jana—. ¿Tú qué decides?

Jana miró el espacio vacío un momento.

—No hay puerta —dijo.

Samuel asintió.

Los dos salieron del cuarto que había sido la puerta E.

Bajaron las escaleras.

Salieron de la casa.

La puerta principal quedó abierta detrás de ellos, ondeando en el viento.

No la cerraron.

La dejaron abierta.

EPÍLOGO - SEIS MESES DESPUÉS

El Substack de Samuel llegó a tres millones de suscriptores en agosto.

La última entrada se tituló: Vivir es la respuesta que nadie quiere escuchar.

La entrada recibió quinientos mil comentarios en tres días.

Samuel no leyó ninguno.

Cerró el portátil.

Salió a caminar con Julia.

El sol de agosto era diferente al sol de febrero. Más alto. Más directo. Sin las sombras largas que producen las tardes de invierno

en la meseta.

Samuel lo notó pero no lo dijo.

Caminaron.

FIN